ELENA ÁLVAREZ

UN ELEFANTE BAJO EL PARASOL BLANCO

PLAZA JANÉS

ELENA ÁLVAREZ RODRÍGUEZ

UN ELEFANTE BAJO EL PARASOL BLANCO

PLAZA JANÉS

A todos los que se atreven a buscar elefantes

El poste de bambú en el que Madre secaba habitualmente la ropa permanecía vacío. Los zapatos que le gustaba llevar al mercado o para visitar a los vecinos ya no estaban ahí.

OUTHINE BOUNYAVONG, *Mother's Beloved. Stories From Laos*

En medio de la guerra, cuando por todas partes persiste ese espíritu de «muerte para cien millones», ¿cómo podría vivir una mujer joven?

HAYASHI FUMIKO, *Nubes flotantes*

Dice que todos esos años pasados aquí, en este calor intolerable, son la causa de que se haya convertido en una muchacha de ese país de Indochina.

MARGUERITE DURAS, *El amante*

CHINA
VIETNAM
LAOS
HANOI
Hai Phong
Xam Neua
Luang Prabang
río Mekong
Xieng Khouang
Ruta Colonial 7
Vang Vieng
Hainan (CHINA)
Vinh
VIENTIÁN
Ruta Colonial 12
Thakhek
Savannakhet
TAILANDIA
Ruta Colonial 13
Pakse
Attapeu
Bassac
BANGKOK
CAMBOYA
NOM PEN
Saigón

Prólogo

Cuando recuperé la capacidad de raciocinio y miré a mi alrededor, lo primero que advertí fue el chorro de sangre; muy rojo, corría desde la nuca de Sukenori, superpuesto a los lamparones de sudor de la camisa.

Alguien gritaba y yo me uní.

Del morro del auto, extrañamente incrustado en el tronco del árbol, brotaba una columna de humo. Como un cigarro gigante.

Tosí y algo entre mis costillas protestó.

Miré a Sukenori de nuevo; quizá esperaba que se levantara y chasqueara la lengua, como cuando lo había hecho parar el coche. Pero la montura de las gafas se le había enredado y el alambre dorado le hilvanaba la carne bordándola con cristales.

Y, de pronto, había salido del vehículo —¿me habían sacado?— y corría carretera abajo, sin haber comprobado siquiera si aquel pobre hombre cubierto de sangre seguía respirando. Quise volver, pero por alguna razón seguí corriendo, sin mirar atrás, sin parar a cambiarme de zapatos, con las náuseas de nuevo reclamándome; no era capaz de detenerme.

Una alfombra de mangos, amarillos y maduros, me perseguía.

Me di cuenta de que algo —una mano, una mano firme— me guiaba justo por el límite entre la carretera y la tierra, al abrigo de los recortes de sombra. Y me dejé llevar por aquella mano que estaba unida a un brazo y a toda una persona, que de cuando en cuando se giraba y me miraba con unos ojos que yo conocía —¿de qué?— y seguía tirando de mí.

PARTE 1:

Mademoiselle

1940

1

Descubrí que Kun hablaba francés cuando, una mañana, interrumpió mi silenciosa discusión con las palmeras del jardín. Echaba terriblemente de menos a Nounou desde que se había vuelto a la aldea, pero no recordaba haber cruzado con su nieto más de diez palabras en todos los años que él llevaba trabajando en Villa Noël.

—Monsieur la espera en el estudio, mademoiselle —dijo.

Por un breve instante creí leer, en la casi borrosa línea de sus cejas, que lo que me aguardaba era la confirmación de que papá lo había descubierto todo, que tendría que esconderme en alguno de sus almacenes en Hanói durante meses hasta que hubiera pasado mi vergüenza. Que no podría volver a mirarlo a la cara.

Sin embargo, Kun esperaba sin decir palabra y, cuando me levanté de la butaca, la falda de lino me acarició las rodillas y me recordó que era imposible que papá supiera nada; aún no, porque era demasiado pronto y habíamos tenido cuidado, y nadie se habría enterado nunca de no haber sido por…

—Voy enseguida —respondí por fin. Con un carraspeo suave corté esa semilla de pánico que me trepaba desde el estómago cada vez que dejaba que la mente se me perdiera por caminos que no me convenía recorrer.

Kun me siguió por el pasillo mientras yo me convencía de que papá solo querría que leyéramos juntos la última carta de Jacques, de que no tenía que preocuparme antes de tiempo y de que la humedad que notaba en las axilas era debida exclusivamente al calor del mediodía.

Pero papá no tenía carta alguna cuando me besó la mejilla junto a la puerta del estudio. Me condujo frente a un hombre que esperaba dentro, con un coñac en la mano y la mirada serena tras unas gafas de cristales redondos.

—Querida Anne-Frédérique, déjame que te presente a uno de mis más estimados socios: monsieur Tokihiko Sukenori, del Gran Imperio del Japón.

En aquel momento, me permití tomar un poco de aire. Así que era eso: papá probablemente quería entretener a su nuevo amigo, hacer que se sintiera cómodo lejos de casa y bañarlo en atenciones para, a la hora de firmar cualquiera que fuera el contrato que tenían entre manos, obtener todas las ventajas posibles. No era la primera vez que

me pedía que acompañara a sus invitados, aunque me habría gustado que me hubiera avisado antes para preparar una sonrisa más auténtica que la burda mueca que debí de dedicarle cuando le extendí la mano para que la besara.

—Encantada de conocerlo, monsieur Sukenori. Espero que su estancia en Indochina esté resultándole satisfactoria.

Una media sonrisa dejó entrever sus dientes blanquísimos mientras papá me servía otro vaso de licor.

—No tanto como me gustaría, mademoiselle Noël, aunque dados los tiempos que corren debo admitir que podría ser mucho peor. —Su francés era impecable. Me pregunté si habría empleado tiempo en perfeccionar su acento para ganarse a papá y al resto de los terratenientes de Indochina.

—¿Es usted soldado?

—Oh, no. Lamentablemente carezco de habilidad para las armas.

—¡No es así con los negocios, por fortuna!

Con un amplio gesto, papá nos indicó que tomáramos asiento en la zona más fresca del estudio, junto a las ventanas abiertas de par en par. De más allá del jardín llegaban algo amortiguados los ruidos de la calle. Aferrándome con fuerza al vaso de cristal reprimí un súbito impulso de echar a correr y no parar hasta llegar al río. Quizá bajo el agua consiguiera librarme de este vértigo que me asaltaba, pese a tener los zapatos bien clavados en el suelo de madera.

—Por suerte —concedió Sukenori, y alzó su vaso antes de dar un trago. Supuse que debía imitarlo, pero la simple idea del alcohol entrando en mi cuerpo hizo que se me enredaran las tripas.

Tragué saliva y dejé que el vaso descansara, intacto, en mi regazo.

—Y, dígame, monsieur Sukenori, ¿piensa prolongar mucho su viaje?

Su sonrisa se amplió, y lo que hasta ese momento me había parecido tan solo un gesto de sencilla cordialidad se me antojó de pronto calculador, medido a la perfección para hacerme bajar la guardia, calibrado al milímetro para darle la vuelta a la estrategia de papá sin que este se diera cuenta de que era la oveja y no el lobo, como seguro pensaba.

Me erguí un poco más en el asiento mientras me esforzaba por mantener una expresión neutra. ¿Por qué papá no me habría avisado antes? Podría haberme asegurado de que no tenía un cabello fuera de lugar ni una arruga en el vestido antes de presentarme ante esta ave de presa. Justo lo que me hacía falta en un día como aquel.

Para mi sorpresa, fue papá quien contestó.

—En realidad, piensa abandonar Luang Prabang este mismo

sábado, ¿no es así, monsieur Sukenori?

—Si todo sale según lo planeado —concedió él. Me miraba fijamente, como leyéndome el alma, sin mover un músculo.

«Lo sabe», me dije antes de tragarme la idea, porque no podía permitirme pensar en eso con este hombre delante. Porque no era posible que lo supiera, pero si me dejaba llevar, no solo él, sino también papá terminaría por averiguar que había algo que saber, y no habría vuelta atrás.

De repente, no me parecía tan mala la idea de dejar que el alcohol me quemara la garganta y di un largo sorbo a mi bebida sin apartar los ojos de los de Sukenori.

—¿Vuelve a casa? —pregunté.

—Sí, así es. Hai Phong, Hainan, Taiwán y, finalmente, Nagoya.

—Le deseo un buen viaje, en tal caso.

—Ah, querida. Sobre eso… Tengo que darte una noticia. —El bigote de papá se curvó en una tímida sonrisa—. Vas a acompañar a monsieur Sukenori hasta Japón.

—¿Cómo?

No.

Bebí de golpe todo el coñac que me quedaba y me levanté de súbito con la excusa de rellenarme el vaso.

Conocía a papá y sabía de sobra que el tono con el que acababa de anunciar su flamante decisión era el que utilizaba cuando los contratos ya estaban cerrados y a la otra parte no le quedaba más remedio que aceptarlos. Hasta cierto punto, podía incluso entender qué lo habría llevado a decidir que algo así era una buena idea.

—Una gran aventura, como siempre has querido. Sé que es algo repentino, querida, pero es lo mejor en estos momentos.

—¿Lo mejor para quién? —Por el rabillo del ojo podía ver que Sukenori intentaba ocultar tras el vaso de coñac su expresión, más que probablemente teñida de cualesquiera que fueran sus razones para querer llevarme consigo.

—Anne-Frédérique.

«Compórtate», quería decir. «No eres una niña. No es momento para arrebatos. Obedece y vuelve a sentarte. Estás dando un espectáculo».

Y tenía razón. Me tomé un momento más para observarme la punta de los zapatos a través del dedo de licor, que lo teñía todo del color de las túnicas de azafrán de los monjes, antes de vaciar definitivamente el vaso y dejarlo con firmeza sobre la mesita.

—Y tú no vienes, ¿verdad, papá? —pregunté, con más suavidad, retomando toda la dignidad que había perdido mientras recorría con

la mayor confianza que pude reunir los pocos pasos que me separaban del sillón.

—Todavía tengo negocios que atender aquí, querida. —Una leve inclinación de cabeza como aquiescencia, una sutil vacilación al terminar la frase que prometía más explicaciones cuando estuviéramos a solas.

Asentí.

—Por supuesto.

Sukenori carraspeó casi en silencio. Parecía divertido.

—En principio, mademoiselle Noël, se trata de algo provisional. Hasta que la situación se calme, al menos.

—¿Hasta que Hitler sea derrotado por Francia?

Sukenori dejó escapar una breve carcajada.

—Es una posibilidad que debe ser considerada, sin duda. Sin embargo, monsieur Noël está más preocupado por lo que puedan hacer los chinos y los siameses que por el destino de Hitler en Europa.

—Imagino. —A veces llegaba a pensar que las minas eran más importantes para papá que el destino de Jacques en el ejército en Francia.

—En cualquier caso, querida, en Japón estarás mucho más segura que aquí. Monsieur Sukenori se encargará de ello y, además, será una oportunidad única para visitar ese gran país y alejarte un poco de este asfixiante clima tropical. —Riendo entre dientes al sacar su pañuelo, papá se limpió el sudor de la frente con grandes ademanes.

No dije que me importaba poco la temperatura ante la perspectiva de tener que viajar con aquel desconocido que tan poca confianza me inspiraba.

—Será una ocasión perfecta para renovar mi ropero, en tal caso —comenté en cambio.

—Mi hermana Otoha estará encantada de ayudarla en esa tarea —ofreció Sukenori—. De hecho, antes de retirarme me veo en la obligación de pedirle un favor concerniente a mi hermana, mademoiselle Noël.

No tuve que cruzar una mirada con papá para saber que no tenía otra opción más que aceptar.

—Diga usted.

—Me ha acompañado durante varias semanas, aunque planea extender un tiempo más su visita a estas tierras y se reunirá con nosotros en Nagoya más adelante. Sin embargo, acabamos de llegar a Luang Prabang y a Otoha la agotan terriblemente todas las reuniones de negocios a las que se ve obligada a acompañarme. ¿Sería usted tan amable de presentarle a alguna de sus amigas? Sin duda se sentirá

mucho más cómoda entre mujeres, y yo me veré tremendamente aliviado si sé que cuenta con algunas amistades para entretenerse cuando nos vayamos.

—Cómo no, monsieur Sukenori. —Respiré hondo para enterrar la punzada de pánico que me asaltó cuando comencé a comprender que tardaría mucho en volver a ver las palmeras que me saludaban, inmóviles, desde el jardín—. Organizaré una merienda para mañana.

Sukenori asintió y se levantó con eficiente rapidez. Se despidió con igual presteza, sin abandonar en ningún momento su impoluta cortesía, y se atusó la americana color blanco roto antes de marcharse. Tardé unos momentos en darme cuenta de que lo que había tomado por el eco de aquellas pisadas firmes eran en realidad los acordes desafinados de mi corazón, cuyo latido retumbaba por todo el estudio.

—¿Qué significa todo esto, papá?

—Lo creas o no, querida, me duele que tengas que marcharte lejos.

Casi podría habérmelo creído, de no haber sido por el leve temblor de su mano cuando sacó su pipa del primer cajón del escritorio.

—Pero ¿por qué tengo que irme? ¿Y quién es este hombre?

—Una feliz casualidad.

Un fósforo encendido con precisión, una mano experta que se acerca al tabaco, unos labios rugosos y cargados de medias verdades que succionan una boquilla.

Pese al bochorno, de pronto tenía los tobillos helados.

—¿De qué lo conoces?

—Negocios, hija. Los japoneses necesitan todas las herramientas que puedan conseguir, especialmente para continuar luchando contra los chinos, y en estos momentos son el mejor aliado que podríamos haber encontrado. Créeme, querida, cuando te digo que el mundo se está volviendo loco.

—Francia no es aliada de Japón.

Papá exhaló una gran bocanada de humo y se detuvo durante unos instantes, observándola.

—No, claro que no. Pero cuando tu hermano empiece a disparar cañones contra los alemanes, a nadie le importará lo que ocurra con este paraíso. Venderán Indochina al mejor postor y, para entonces, lo más conveniente es que estés bien lejos de aquí. En este momento, Japón es uno de los lugares más seguros del mundo.

No podía creer lo que estaba escuchando.

—¿Es que crees que vamos a perder?

Me miró, sorprendido sin duda por mi vehemencia.

—Cariño…

—Jacques está en Francia. Si crees que vamos a perder, ¿por qué

dejaste que se fuera?

—Anne-Frédérique… —La condescendencia con la que me había estado hablando se le escurrió por entre los pelos del bigote—. Si hubiera podido convencerlo, tu hermano habría sido el que te acompañase a Japón.

—Pero a mí no necesitas convencerme para dejarme a cargo de un hombre del que te niegas a darme más señas y al que ni siquiera tú conoces. Porque ya está todo decidido, ¿verdad?

—Anne-Frédérique, esas presunciones están totalmente fuera de lugar. Si crees que tu seguridad no es la mayor de mis prioridades, estás muy equivocada. —Poco a poco elevaba la voz y agitaba además la pipa enfáticamente, como retándome a gritar también, a dejarme llevar a una discusión que sabía que perdería, puesto que nunca había tenido la habilidad de papá para manipular las conversaciones.

Y, de haber sido otras las circunstancias, quizá habría caído en la trampa. Habría esgrimido orgullosa mis argumentos como si se tratase de una partida de naipes, donde no importa ganar o perder porque lo único en juego es el orgullo, y habría acabado el día enfurruñada en mi dormitorio porque papá habría terminado por convencerme de cualquiera que fuera su punto de vista, pues él siempre tenía más información que yo. Se guardaba los ases en la manga para el final, cuando ya había desbaratado mi tesis por completo y solo conseguía hacerme tropezar con opiniones del todo deshechas hasta que le daba la razón.

Pero de repente estábamos en guerra, aunque Jacques y los periódicos aseguraran que de momento Hitler estaba demasiado ocupado con Polonia y el norte de Europa como para atacarnos, y en unos pocos meses mi percepción del mundo había cambiado completamente. Primero se había ido Jacques, y después Giang, y de la noche a la mañana las minas de papá, que hasta ese momento no habían influido en mi vida más que para condenarme a cenas aburridas en compañía de alguno de sus socios, me obligaban a irme a un lugar lejano con absolutos extraños.

Me levanté del sillón con una calma que minutos antes me había parecido inalcanzable y me asaltó la certeza de que papá me había traicionado. Aunque él no lo sabía, yo lo había traicionado antes.

—No lo estoy, papá —respondí ya en la puerta del estudio—. Porque si fuera una cuestión de seguridad, vendrías conmigo. No son más que negocios.

—¡Hija!

—Descuida, empezaré a preparar el equipaje. Y le pediré a Boupha que haga *éclairs* para mañana.

Dos completos hipócritas, eso es lo que éramos, representando el papel de ofendida víctima con el poder que solo otorga el creerse moralmente superior. Pero papá había cedido ante el dinero, y yo…

Disimulé una sonrisa al pasar junto a Kun, que aguardaba aún en el pasillo. Los ojos de Nounou volvían a encontrarme después de tantos años, igual de sabios y afilados que siempre, completando un rostro que no les correspondía.

2

Boupha había construido una torre de *éclairs* sobre los cimientos floridos de una bandeja de porcelana de Limoges. La había transportado con extrema pericia hasta la mesa del porche trasero, donde el susurro de la levísima brisa entre las hojas de las palmeras nos hacía caer en la ilusión de que el sofoco de la tarde se desvanecía y el crepúsculo nos traería algo más que mosquitos. La había depositado con cuidado entre la tetera humeante y el azucarero, interrumpiendo por un instante la vacía perorata de Jeannine.

—¿Más café? —ofrecí a mis invitadas, aunque la taza de Jeannine apenas había sufrido la visita de sus labios rojos y madame Hirazakura había optado por llenar la suya del té de jazmín que tanto le gustaba a papá.

Ante la negativa de ambas, rellené mi propia taza y escuché tan solo a medias cómo Jeannine hablaba sobre el hijo mayor de monsieur Lémieux y sus estrategias para conseguir que la llevara a bailar.

—Madame Hirazakura —interrumpí cuando mi amiga se decidió por fin a hacer una pausa para llevarse a la boca el *éclair* que acababa de sumergir en su café.

—Por favor, llámeme Otoha. Al fin y al cabo, va usted a vivir en mi casa. —Su francés era mucho más basto que el de su hermano, como si la lengua se le enredara entre aquellos dientes algo torcidos y la hiciera duplicar el número de sílabas de cada palabra.

—Madame Otoha —asentí—. Entiendo que su hermano ha venido a Indochina por asuntos de negocios, pero ¿qué la trae a usted tan lejos de su tierra?

—Es cierto. No solemos recibir muchas visitas desde Japón.

Con mucha mayor gracilidad de la que Jeannine o yo podríamos nunca soñar siquiera con alcanzar, Otoha se tapó la boca con una mano blanquísima para ocultar la sonrisa dulce que le adivinamos en el color de la voz.

—Mi marido está destinado en Yunnan. Hace poco más de un año que no nos vemos y no pude resistirme cuando Tokihiko me contó que planeaba viajar hasta aquí: voy a reunirme con él en las obras del ferrocarril. Ha sido sin duda una aventura interesante. —La seda de sus mangas crujió cuando depositó la taza vacía sobre el platillo.

—¡Qué romántico! —suspiró Jeannine acariciándose las perlas del

collar—. Dos amantes reunidos después de un largo tiempo separados en una tierra desconocida y lejana tras un apasionante viaje lleno de peligros… ¡Yo no podría! Cuando el invierno pasado fui con mi padre a Saigón creí que moriría en aquel barco horrible durante tantos días por el río… No quiero ni imaginar lo que tiene que haber sido venir desde Japón. Debe usted de querer mucho a su marido, madame.

Otoha ladeó la cabeza y alargó una de esas manos etéreas para elegir un dulce mientras la otra recogía el exceso de tela con un nuevo crujido.

—No es el amor lo que me mueve, mademoiselle Dupont, sino el deber —sentenció con la voz suave pero firme de la institutriz que reprende a sus pupilos. Jeannine dejó que las perlas le cayeran muertas sobre los lazos color salmón del vestido y escondió su rubor tras la servilleta.

Cuando Otoha dio un pequeño mordisco a su *éclair*, no supe distinguir si su expresión satisfecha se debía a que había conseguido hacer callar a mi amiga o a que disfrutaba del relleno de crema.

—El deber de su marido ha de ser, primero, para con el ejército en el que se ha alistado, y después para su esposa —dije recostándome aún más sobre la butaca. Apenas había probado mi dulce, pero no me apetecía seguir comiendo.

Otoha asintió.

—Por supuesto. Pero asimismo es nuestro cometido tener hijos que crezcan fuertes y sanos para servir también al Imperio. —Arqueé las cejas, pero no respondí más que frunciendo levemente los labios. Otoha sonrió de nuevo, esta vez sin preocuparse por afectar timidez o modestia—. Disculpen mis terribles modales. Son ustedes aún muy jóvenes y quizá estoy abrumándolas con mis preocupaciones de esposa impaciente. Cuando se casen, como sin duda harán muy pronto, comprenderán tal vez mis inquietudes, pero no querría estropearles una tarde tan agradable con mis imprudencias. —Inclinó la cabeza, sin que se le moviera un solo cabello del recogido bajo en el que los llevaba anudados. Noté cómo Jeannine se relajaba lo suficiente como para volver a depositar la servilleta en su regazo.

—No hay nada de lo que deba disculparse, madame Hirazakura. Tanto Fred como yo esperamos que disfrute de esa reunión con su marido, ¿verdad, Fred?

—Sin duda.

Se me estaban ocurriendo un par de comentarios en referencia al tal soldado Hirazakura, pero me los tragué cual píldora amarga. No quería darle la satisfacción a aquella señora de tener algo que echarme en cara cuando volviéramos a vernos en su casa en Japón.

Reprimí un escalofrío al pensar que tendría que vivir rodeada de seres tan deleznables como ella y su hermano por quién sabía cuánto tiempo y me obligué a ser pragmática mientras Jeannine retomaba la charla preguntando tímidamente por las costumbres matrimoniales japonesas.

Giang no estaba. Se había ido en busca de gloria a luchar en una guerra que no debería de haberle importado, y me había dejado atrás. Y yo ni siquiera había tratado de detenerlo, pues cuando me había dicho que cogería un barco en Hai Phong ya tenía el equipaje hecho. Haber intentado convencerlo habría supuesto admitir que todas aquellas promesas, bañadas por la luz dorada que se reflejaba en la estupa frente a la casa de Liên, habían significado mucho más para mí que para él.

Pero ahora todo eso daba igual; para cuando quisiera regresar ya no estaría aquí, esperándolo. También yo viajaría, también yo recorrería el mundo e intentaría entender por qué Laos se le había quedado pequeño, a pesar de que todavía no habíamos encontrado nuestro millón de elefantes.

Por eso daba sorbos a mi café y asentía cuando Jeannine parecía querer incluirme en la conversación, porque al fin y al cabo estábamos en mi casa y yo las había invitado, hasta que conseguí serenarme lo suficiente como para preguntarle a Otoha por Nagoya, que aparentemente se convertiría en mi nuevo hogar.

—Ah. Es un lugar hermoso para vivir, sin duda. Carece por supuesto del encanto exótico de estas tierras, aunque cuenta con todas las comodidades que cualquiera podría esperar de una ciudad moderna. —Con la misma elegancia con la que tomaba té, Otoha comenzó a describirnos con su acento empalagoso un sitio novelesco, maravilloso, cruzado por amplios bulevares como los que papá me contaba que había en París, que se llenaban de flores de cerezo en primavera—. Le gustará, se lo aseguro, mademoiselle Anne-Frédérique. Eso sí, deberá insistirle a mi hermano para que deje de trabajar de vez en cuando y la acompañe a visitar la ciudad.

—Ay, Fred, no puedo creer que te vayas de verdad. ¡Lo que te echaré de menos!

Probablemente fuera cierto, quizá solo porque había pocas jóvenes francesas de nuestra edad en Luang Prabang y a Jeannine le gustaba demasiado hablar del hijo de monsieur Lémieux como para perder a una de sus pocas confidentes.

—También yo —mentí.

—Tendré que insistirle a Tokihiko para que encuentre formas de mantenerla entretenida. La nostalgia busca aposentarse en las mentes

ociosas.

Otoha dejó caer estas palabras con la misma máscara de serenidad que había demostrado llevar adherida a aquel rostro de facciones bien proporcionadas, que solo habría necesitado de algunos toques de maquillaje para resultar atractivo. Algo en la manera en la que dejó vagar los ojos por las palmeras me dijo que la indirecta tenía toda la intencionalidad del mundo.

Muy a mi pesar, no pude evitar ruborizarme mientras Jeannine dejaba escapar una risita nerviosa como las que habitualmente reservaba para hablar de besos robados al joven Lémieux de camino al tocador de señoras.

—Oh, pero, madame, no estará insinuando que su hermano tiene en mente ese tipo de… —Dejó la frase colgando en el aire, con un leve tintineo excitado como el de las lágrimas de cristal de una lámpara zarandeada sin piedad por el plumero.

—¡Jeannine! —exclamé segura de que la mirada aguda de Otoha habría descubierto ya mis orejas coloradas.

—Lo único que tiene en mente es su seguridad, mademoiselle. Lo que no puede negarse es que mi hermano tiene ya veinticinco años y pronto deberá empezar a pensar en cumplir con su deber para con nuestra familia y, claro está, el Imperio.

—Oh…

El suspiro soñador de Jeannine me confirmó que ahora era ella la que se veía acariciando el paño de la americana de Sukenori en lugar de las perlas del collar, rodeada de pétalos rosados.

—Jeannine, apenas conocemos a madame Hirazakura ni a su hermano —le recordé—. No creo que sea apropiado que le robemos más tiempo, seguro que está ansiosa por aprovechar en compañía de monsieur Sukenori las horas que les quedan en Luang Prabang, ¿no es así?

Otoha asintió comprensiva.

—Tiene razón, lamentándolo mucho, pues créanme cuando les aseguro que he disfrutado enormemente de haber podido pasar esta tarde con ustedes. —Como si sus ropas tradicionales no reprimieran los movimientos, se levantó y nos hizo una rápida reverencia en agradecimiento a la invitación.

—Ha sido un placer conocerla —murmuró Jeannine cuando nos levantamos.

Tomé un *éclair* de los que habían sobrevivido al asalto y esperé a que Boupha regresara de acompañar a mi invitada hasta la puerta para pedirle una copa de brandy.

—¿Quieres?

Jeannine se atusó el moño, se apartó el flequillo de la frente y resopló como si hubiera subido a la carrera las escaleras del monte Phousi.

—Cielos, sí.

3

Nunca llegué a preguntar de dónde había sacado Sukenori aquel sucio coche militar del color del té verde, porque antes de poder hacerlo, cuando me abrió la puerta del acompañante con una flamante sonrisa, me percaté de que solo tenía tres asientos. Como parecía obvio que el techo de lona no serviría para llevar las maletas y baúles donde Hina había metido toda mi ropa, me giré, casi tropezándome con los tacones de los zapatos, para encarar a papá, que había salido a despedirme.

—Aquí no cabe mi equipaje —dije después de carraspear ligeramente para que no me temblara la voz.

Aquella mañana, tras abrir las contraventanas de mi dormitorio para mirar al río Nam Khan por última vez en no sabía cuánto tiempo, tomé la firme decisión de copiarle la máscara de indiferencia absoluta a Otoha Hirazakura. ¿Que me iba a Japón? Pues excelente. ¿Que de todas las personas que trabajaban para papá en Villa Noël había escogido a Kun —aquel muchacho con los ojos acusadores de Nounou — para que me acompañara por las Rutas Coloniales enlatados en aquel automóvil del ejército? Soberbio. ¿Que no había salido todavía de mi casa y ya estaba deseando volver y robarle a Boupha uno de los trozos de mango amarillo que había estado cortando para el *khao-nyao mak-mouang* cuando había pasado por la cocina para despedirme? ¡Maravilloso! ¿Que aparentemente mi ropa y yo no viajaríamos en el mismo vehículo? Pues muy bien también, pero al menos quería una explicación.

—Ah, no, verás, querida, tus maletas saldrán esta misma tarde y calculo que no tardarán mucho más que tú en llegar a Nagoya. Vamos a aprovechar un cargamento que partirá de Hanói la próxima semana.

—¿De carbón de tus minas? —Me esforcé por esbozar una levísima sonrisa, como imaginé que habría hecho Otoha. Ella probablemente habría sabido ocultar mejor la tirantez de la voz y, si me paraba a pensarlo, ni siquiera había sonreído al insinuar que su hermano podría querer más que mi agradable compañía en una travesía por los mares de China. Lo cual, por otra parte, estaba fuera de toda consideración y pensaba dejárselo claro a Sukenori en cuanto se atreviera a sacar el tema.

—Entre otras muchas cosas. Arroz, principalmente.

De carbón, pues.

—¿Supone algún problema, mademoiselle Noël? —Solícito, como no podía ser de otra manera, Sukenori dejó la puerta del coche abierta cuando se nos acercó a papá y a mí.

—Deberé preparar algo para llevar conmigo durante el viaje. —Quizá me diera tiempo hasta a pasarme a por esos trozos de mango. Aliviada por tener una excusa para alejarme de Sukenori, aunque fuera por unas horas, comencé a caminar de vuelta hacia Villa Noël.

—Mademoiselle. —Kun era el último obstáculo que superar antes de llegar al porche. Incluso con los ojos de Nounou leyéndome las entrañas, no debería de ser muy difícil sortearlo.

—¿Sí?

—Hina ya se ha ocupado de tener lista su bolsa de viaje —dijo señalando la más voluminosa de las dos maletas que descansaban a sus pies.

De pronto, las puertas blancas de la entrada parecieron cerrarse de golpe.

Por supuesto, seguían abiertas, pero para mí era como si estuvieran atrancadas y aseguradas con diez mil cerrojos. Los siete pasos que había dado y me separaban de papá, Sukenori y el coche se me hicieron larguísimos, como si estuviera caminando sobre charcos de caucho pegajoso que quisieran abrazárseme a los tacones; como si cada gota de sudor que me bajaba desde la nuca se convirtiera en una perla de hierro macizo que, incrustada entre las flores bordadas de mi vestido, me imposibilitara totalmente el seguir avanzando.

Pero, por mucho que quisiera alargar el momento de la despedida, Sukenori seguía esperándome, con el flequillo bien repeinado y una mano en el bolsillo del chaleco.

—¿Está lista, mademoiselle Noël? —preguntó enseñándome todos los dientes de su sonrisa de depredador.

Respiré hondo. Aire de Luang Prabang, de palmeras y estupas doradas, de matojos de *dok-tjampa* en los jardines, de filas de monjes vestidos de atardecer, que recogían su limosna antes de la salida del sol.

Me limpié una lágrima con el dorso de la mano, hice como que me ajustaba el sombrero y asentí.

—Vámonos.

—Que tengas un buen viaje, hija. —Papá se me acercó. Lo abracé sin entusiasmo alguno y dejé que me besara las mejillas.

—Sube, muchacho. —Kun saltó a la parte trasera del coche con una elegancia que quise imitar—. Mademoiselle. —Tomé la mano tendida de Sukenori y subí también, aunque de una forma

considerablemente más torpe. El asiento no era demasiado incómodo, al menos. Me dije que probablemente me retractaría en cuanto hubiéramos dejado atrás las calles de la ciudad.

Sukenori se sentó a mi lado, arrancó el motor y dijo algo en japonés antes de emprender la marcha. Me esforcé por reprimir un bufido que habría arruinado mi imitación de Otoha. En Nagoya no me servirían de nada ni el francés ni el lao ni el poco anamita que me habían enseñado Giang y Liên.

—¿Dónde aprendió a hablar francés? —pregunté mientras recorríamos la rue Sakkaline, esquivando a un grupo de niños que pasó corriendo frente al vehículo.

—En Francia. En París, de hecho. Una gran ciudad.

—Eso he oído.

—¿Nunca ha estado?

Fruncí los labios. Saqué las gafas de sol del bolso para escapar de las miradas, que se me antojaban acusadoras, de las laosianas que regresaban del mercado con sus cestas llenas de verduras.

—No.

Sukenori no contestó hasta que giramos hacia la rue Phuvao; el sol brillante de Laos le dibujaba ríos de sudor en los huesos de la mandíbula.

—Le gustará Nagoya —dijo.

Me permití una media sonrisa, aunque la oculté rápidamente al girarme para mirar, más allá de Kun y de las minúsculas maletas que sujetaba en su regazo, el último pedacito del Mekong que se adivinaba tras las palmeras y los tejados.

Nagoya tenía que gustarme. No había otra opción, gracias a las minas de papá y a que Hitler había invadido Polonia. Y más me valía acostumbrarme, porque cuando embarcáramos en Hai Phong, rumbo a aquellas islas de grullas y cerezos del Gran Imperio del Japón, la única cara indochina que vería en mucho tiempo sería la de Kun.

Me acomodé en el asiento y me forcé a clavar la vista en la calle que se acababa. Giramos a la derecha y ya estábamos en la decimotercera Ruta Colonial.

¿Habría sentido Giang este nudo en la boca del estómago cuando había dejado su aldea en Annam —entre Tourane y Hué, me había dicho— para venir a Luang Prabang? ¿Era esta misma sensación, esta extraña ansiedad sazonada de tristeza, la que nublaba sus ojos cuando le pedía que me enseñara más palabras anamitas, cuando me llamaba Voi y me hablaba de los manantiales donde jugaba con sus hermanos cuando era niño?

Tragué saliva al percatarme de que había vuelto a traerlo a mis

pensamientos y apreté con fuerza el asa de mi bolso. Giang se había ido. Giang estaba en Francia. No volvería para buscarme.

Y, aunque tuviera intenciones de hacerlo, no me encontraría en Luang Prabang.

Sukenori aceleró y dejó escapar una carcajada cuando empezamos a sentir las caricias de una pequeña brisa, que quemaba cuando se me arremolinaba entre los cabellos, antes de marcharse juguetona en dirección a las montañas.

Ya hacía rato que no veíamos ninguna casa cuando nos cruzamos con un carro tirado por bueyes. Sukenori chasqueó la lengua y redujo la velocidad para pasar a su lado en la estrecha carretera. Mi sombrero apenas filtraba la intensa luz solar que caía sobre nuestras cabezas, sin edificios que la bloqueasen ni Nounou para espantarla a golpe de abanico.

Dejé escapar un suspiro de alivio cuando volvimos a tomar velocidad. El ruido del motor tras el eficiente cambio de marchas de Sukenori me daba una excusa para no tener que rellenar el incómodo silencio que se había aposentado en el coche.

4

—¿Hasta dónde llegaremos hoy? —dije al fin, cuando calculé que habrían transcurrido unas dos horas desde que dejamos la ciudad. Habíamos pasado por un par de pueblos sin detenernos ni para estirar las piernas, y aunque durante un rato habíamos viajado acompañados por un río, hacía ya kilómetros que también lo habíamos dejado atrás. La carretera se retorcía, cada vez más caprichosa, mientras cruzábamos las montañas.

Sukenori me miró por un momento, quizá sorprendido porque había iniciado la conversación. Le sostuve la mirada a través de los cristales oscuros de mis gafas; el calor había derretido algunos trozos de mi máscara de Otoha, pero no estaba preparada para quitármela todavía. Me alegré pese a todo de no estar viajando durante la época de los monzones.

—Xieng Khouang —dijo cuando volvió a dirigir la vista hacia el frente.

—¿Queda mucho?

—Llegaremos esta tarde. Descansaremos unas horas y seguiremos el viaje de noche; si no tenemos ningún contratiempo, habremos llegado a Vinh mañana por la mañana.

Asentí. Había estudiado dónde estaba esa ciudad.

Me aferré con fuerza al borde del asiento cuando tomamos una curva demasiado pronunciada. Por alguna razón, Sukenori no redujo las marchas. Me pareció que íbamos a salirnos de la carretera y terminaríamos chocando contra alguna hevea o, peor, cayendo por algún precipicio. Me santigüé.

—Monsieur Sukenori —exclamé cuando tomé aire y miré hacia atrás. La curva en cuestión había quedado oculta tras otros dos giros. Kun dormitaba ajeno a la danza que estábamos bailando con la muerte.

—Las carreteras de Japón no están así de desiertas.

Giré de nuevo la cabeza para mirarlo con intención de pedirle con una cordialidad glacial que por favor aminorase la velocidad, si de todas formas tardaríamos horas en llegar a Xieng Khouang. Pero al moverme, al mismo tiempo que tomábamos otra curva, noté algo en la boca del estómago que no eran los nervios que llevaba sintiendo desde la mañana en la que papá me había presentado a este hombre en el

estudio de casa.

—¡Pare el coche! —exigí llevándome una mano a la boca en un intento pobrísimo de reprimir la náusea.

—Mademoiselle, no hay nadie más en estas montañas, deje que disfrutemos de…

—¡Pare el coche!

Debí de sonarle tan desesperada como me encontraba, porque frenó con brusquedad y nos detuvimos a la derecha de la carretera, entre los árboles. Abrí la puerta en cuanto acusé la falta de movimiento y corrí hacia los troncos.

Poco acostumbrada a tales ejercicios, tropecé cuando no había dado aún ni cuatro zancadas y decidí que aquel era un lugar tan bueno como cualquier otro para vaciar mi estómago de lo que quedara en él de mi desayuno.

Aun sabiendo lógicamente que en cuanto me dejara llevar me sentiría mucho mejor y que no tenía nada que perder, combatí las náuseas durante unos momentos más intentando contener la respiración hasta que me di por vencida: nunca había sido buena luchadora. Dejé todo lo que tenía dentro en aquel pedacito de montaña.

—¿Mademoiselle?

Me ardían las mejillas, no sabía si de vergüenza o del esfuerzo o si era un poco de todo. Apenas me volví para pedirle agua a Kun antes de adentrarme un poco más en el bosque en busca de algo de intimidad, donde recomponerme el peinado y asegurarme de que no me había manchado el vestido ni los zapatos con mi propia inmundicia.

Ni que decir tiene que, si Jeannine hubiera estado aquí, se habría reído de mí hasta el día del juicio final. Con esto había probablemente destruido por completo mi máscara de Otoha, pero me sentía tan débil y desorientada de repente, apoyándome de árbol en árbol mientras caminaba poco más que a tientas, que casi podía empujar ladera abajo la idea ridícula de que pudiera llegar a parecerme a aquella mujer.

—Mademoiselle, no es seguro que siga por ahí. —La voz de Kun sonaba muy cerca, pero no lo había sentido aproximarse.

En efecto, cuando me giré estaba justo allí, con el brazo extendido como si temiera que fuera a perder el equilibrio.

—¿Es agua? —pregunté señalando con una mano todavía algo temblorosa la petaca que llevaba.

—Monsieur dice que no tenemos agua, pero que esto la ayudará a calmar los nervios.

Serviría. Tomé un trago largo; el alcohol bajó libre por mi

garganta, lacerando todo lo que encontraba a su paso, pero era justo lo que necesitaba. Algo más despierta, le devolví la petaca.

—¿Está todo bien, mademoiselle? —No, no podía soportar aquella mirada justo en ese momento.

—Por supuesto, solo estoy algo mareada. ¿Te importa? Tengo que vaciar la vejiga. —Cabeceé vagamente en la dirección en la que habíamos dejado el coche.

Kun abrió la boca como para seguir protestando, pero finalmente asintió. Nounou no se habría dejado engañar con tanta facilidad; sonreí para mis adentros, porque ella estaba bien lejos de allí.

—Monsieur dice que seguiremos el viaje en cuanto se termine el cigarro.

Asentí. Aún tardó unos instantes en marcharse, como si dudara de mi capacidad para sobrevivir sola, aunque fuera solo por unos minutos, en medio de la naturaleza. Pero al final se fue.

Oriné, como había prometido, porque lo cierto era que no sabía cuándo volveríamos a detenernos. Aproveché también para respirar hondo y tratar de calmarme.

Todo saldría bien. No estaba sola, al fin y al cabo: papá y Jacques, y hasta Giang, me habían abandonado, pero tenía a Kun, que se preocupaba por mí, y a Sukenori, que me llevaría a un lugar seguro, donde podría hacer mis necesidades de manera más higiénica que entre los árboles en medio de la jungla.

«Era solo temporal», me dije. No tenía derecho a quejarme de nada. Jacques estaba en la guerra, eso era mucho peor. Papá nos había contado cosas terribles de cuando él mismo había sido soldado, en la Gran Guerra. ¿Qué era, comparado con eso, un viaje casi de placer a Japón?

Me recompuse como pude y me aseguré de limpiarme bien los posibles restos de lágrimas antes de regresar, con las gafas de sol en su sitio y el sombrero bien calado.

Sukenori había dejado el vehículo a la sombra de aquellos árboles cuyo nombre desconocía y esperaba recostado sobre la puerta, con la camisa remangada. Me pregunté cómo conseguía sujetar el cigarro con los labios deformados por tal mueca de hastío. Kun se había sentado contra un tronco; desde arriba, el *kup* no me dejaba ver si tenía los ojos cerrados.

—Gracias por la bebida. —Le tendí la petaca a Sukenori.

—¿Va todo bien?

—Debería tomar las curvas con más cuidado.

—No sabía que se mareaba en carretera, mademoiselle Noël. —Tiró la colilla al suelo y la pisó con sus suelas caras, sonriendo pero sin

disculparse. Antes de darme tiempo a recriminárselo, sin embargo, se apartó del coche y abrió la puerta sobre la que se había apoyado—. ¡Muchacho! Nos vamos.

Kun debía de estar despierto, porque se levantó perezosamente, aunque no sin una cierta agilidad lánguida en sus movimientos, en cuanto lo llamó.

Cuando Sukenori arrancó de nuevo, lo hizo con más suavidad. Seguía yendo más rápido de lo que me habría gustado, pero me dije que, ya que mi experiencia como pasajera de un automóvil consistía únicamente en los trayectos cortos de un lado a otro de Luang Prabang, bien podía claudicar y asumir que mi estómago no era quizá el mejor sistema para determinar la velocidad de viaje óptima.

—Monsieur —dije al cabo de un rato—. ¿Le ha pagado mi padre para que me lleve a Japón?

Sukenori rio.

—¿Eso cree?

—Usted no me conoce de nada. Y sospecho que tampoco conoce a mi padre, no sabe nada de nosotros. ¿Y acepta llevarme a su casa y acogerme sin pedir nada a cambio?

Sukenori ladeó la cabeza y me miró, descuidando la carretera por un momento. Me aferré con fuerza al asiento mientras intentaba ignorar la oleada de pánico que me subió por la garganta porque necesitaba saberlo. Aunque podía haberme esperado a que llegáramos a Xieng Khouang para preguntar.

El sol caía perpendicular sobre nuestras cabezas, pese a que con las curvas de las montañas había aparecido también un rebaño de nubes en el cielo; cuando Sukenori sonrió, dejó que un mapa de arrugas le recorriera el rostro.

—¿Y quién dice que no me llevo nada a cambio?

Deseé preguntarle a qué se refería, pedirle que volviera a parar el coche porque no quería seguir avanzando un kilómetro más sin saber qué me esperaba más allá, pero todo lo que oía era el latido de mi corazón taladrándome los tímpanos y el atronador ronroneo del motor, que obedecía al pie que lo alimentaba.

Sukenori aceleraba y yo me acordaba de las risillas de Jeannine, y estoy segura de que, si hubiera confiado lo suficiente en mi vientre revuelto como para mirar atrás, habría descubierto a Kun sesteando de nuevo, protegido del sol de mediodía por su *kup*. Lo único que me preocupaba en aquel momento era que cada árbol que veíamos pasar a toda velocidad era un árbol menos que nos separaba de Nagoya, donde nada impediría a Sukenori cobrarse su precio, si era eso lo que deseaba, si era eso lo que buscaba, si…

Tampoco yo vi la bicicleta con los mangos.

5

—Kun. Kun, espera.

Me desasí de aquella mano sólida que me arrastraba e inmediatamente me arrepentí, pues parecieron abandonarme todas las fuerzas en cuanto hube de sostenerme por mí misma.

La imagen del rostro ensangrentado de Sukenori me asaltaba, una y otra vez, y me impedía respirar. Ni siquiera había podido comprobar si tenía pulso. Me dejé caer de rodillas y me preocupé solamente de introducir aire en mis pulmones.

Kun se acuclilló junto a mí.

—Mademoiselle, tenemos que seguir. Pronto llegaremos a alguna aldea.

Asentí. Racionalmente, sabía que tenía razón. No solucionaríamos nada en medio de las montañas, teníamos que pedir ayuda.

El mango olvidado venía rodando hacia mí, abriendo un carril entre la hierba; me esforcé por ignorarlo y busqué otra cosa en la que ocupar la mente mientras trataba de recuperar el aliento.

—¿Qué hay en esas maletas?

Solo entonces me fijé en los bultos que llevaba Kun, que eran por supuesto los mismos que había llevado toda la mañana, y por un momento me distraje admirando la increíble fuerza que debía de tener en aquellos brazos delgaduchos, si llevaba todo el tiempo acarreando aquel peso además de guiarme a mí.

Abrimos la maleta más grande: los encajes arrugados de mi ropa interior, que Hina habría indudablemente relegado, bien planchados, al fondo del equipaje, fueron lo primero que nos saludó. No intenté disimular el rubor que me asaltó las orejas, de todas formas ocultas bajo el sombrero empapado de sudor.

Escarbé entre el lino, la seda y el algodón. Ni comida ni agua. Tampoco nada para curar heridas, aunque nos habíamos alejado demasiado de Sukenori como para intentar cortarle las hemorragias. En cualquier caso, yo tampoco habría sabido cómo.

Al menos encontré unas sandalias más cómodas que los tacones que llevaba. Me cambié intentando controlar los temblores de las manos y me enrollé un pañuelo alrededor de las hebillas donde rozaban la piel horadada por la carrera con los otros zapatos.

Me levanté y continuamos la marcha. Sabía que Kun habría

querido ir más rápido, pero no conseguía moverme más deprisa.

—Cuando lleguemos a una aldea… —comencé.

—Pronto.

—Sí. Cuando lleguemos… No hablarán francés, ¿verdad?

Kun rio.

—No, pero mademoiselle habla lao.

No le dije que probablemente todo el lao que sabía se me hubiera atrofiado dentro de la cabeza en los años que habían pasado desde que lo había utilizado por última vez.

—Nounou… Laya, quiero decir, siempre me hablaba en lao.

Kun se detuvo. Miró hacia atrás y lo imité, pensando que habría visto algún coche que podría llevarnos, pero no había nadie.

—Mademoiselle, cuando lleguemos a una aldea y encontremos a alguien que se ocupe de usted, voy a volver a casa.

Ya había empezado a sonreír al pensar que ya no tenía que ir a Japón si Sukenori no venía conmigo —un mango amarillo se nos acercaba rodando, pero mi mente exhausta sabía que aún no era el momento—, que podría volver a Luang Prabang con Kun… cuando me di cuenta de que él no se refería a mi casa.

Intenté contener el sollozo, pero el mango seguía rodando, cada vez más rápido, y si no me apartaba de su camino, me aplastaría, y no se me ocurría qué hacer para escapar. Ni Jacques ni Giang me habían elegido a mí antes que a la guerra; papá me había mandado lejos con un hombre que estaba muerto —o quizá no, pero lo estaría, porque lo habíamos abandonado cubierto de sangre con los mangos por toda compañía—, y por supuesto que Kun quería volver con su familia antes que ocuparse de mí; totalmente comprensible, ya que lo único que sabía hacer cuando las cosas se complicaban era echarme a llorar.

Me quité las gafas de sol con las manos sucias y me enjugué las lágrimas con el antebrazo, apretando los dientes.

—Está bien. No te necesito para volver a Luang Prabang. Estamos cerca, al fin y al cabo. —Reemprendí la marcha, a sabiendas de que me seguiría—. Eso es: vete a casa y explícale a Laya que me dejaste aquí sola, después de que ella te consiguiera este trabajo, después de todo lo que mi familia ha hecho por vosotros. Vete y… —Kun me agarró del brazo, como cuando me había sacado del coche, y se me encogió el estómago porque seguíamos estando manchados de sangre y humo.

—Mademoiselle. —Los ojos de Nounou me miraban con desprecio y por supuesto que me lo merecía, porque estaba siendo injusta, muy injusta, y además él no sabía a qué tipo de persona estaba ayudando. Pero tenía que aferrarme a algo para no rendirme a las lágrimas y solo

me quedaba una cosa más aparte de Kun y una maleta llena de ropa inútil—. Mi abuela querría que la llevara hasta un lugar seguro.

¿Por qué de repente sentía frío, si aún tenía toda la ropa adherida a la piel?

—No ibas a venir hasta Japón, ¿verdad? —pregunté en voz baja.

—No.

—Yo tampoco quería ir a Japón.

Kun asintió, relajando algo su postura.

—Lo sé. Vuelva a casa.

Negué con la cabeza, y ese breve movimiento fue lo único que necesitaron las lágrimas que llevaba un rato intentando contener para volver a salir.

—No puedo regresar.

Kun ladeó la cabeza y esperó, pero yo no quería que aquellos tintes de desprecio volvieran a manchar los ojos serenos de Nounou —y, si después de contárselo, Kun no me miraba con desprecio, la única alternativa era que no le importara y su indiferencia habría sido peor —. Así que callé.

—Tenemos que seguir —dijo finalmente tomándome de nuevo del antebrazo al no empezar a caminar por voluntad propia.

Cuando por fin vimos, al final de la carretera, el enjambre de casitas, me desasí con suavidad y me esforcé por andar con la espalda bien erguida, pese al cansancio y las punzadas de dolor en las piernas y las costillas.

Una vez allí dejé que Kun dirigiera toda la conversación con la amable señora que nos devolvió nuestro *nop* y nos condujo con una sonrisa hasta su casa. Nos trajo agua para lavarnos la sangre reseca de entre los dedos y sentí que le estaría eternamente agradecida a aquella pueblerina risueña, como todas las laosianas, que había dejado a un muchacho que no tendría más de diez años a cargo de su puesto de fruta.

—¿Ya habéis comido? —preguntó indicándonos un trozo de suelo donde podíamos tomar asiento. Ante nuestra negativa, la mujer nos empujó con una alegría demasiado boyante para ser real y empezó a traer cosas de la habitación contigua.

—¿Qué pasa? ¿Va todo bien? —mascullé en francés cuando volvió a desaparecer después de haber extendido una tela delante de nosotros.

Kun me miró como si acabara de crecerme una cabeza de elefante.

—¿No tienes hambre? —respondió en lao. Pero la aldeana regresó antes de que pudiera pensar siquiera en qué contestar, con dos cestas de bambú, redondas, en las manos.

—Tenemos algo de pollo y mi hija está preparando una ensalada de papaya; nada como una buena comida para restituir las energías del viajero. —La mujer levantó la tapa de una de las cestas y nos mostró el arroz humeante.

—Gracias —asentí. Estaba hambrienta, aunque no terminaba de sentirme cómoda haciendo que aquella señora y su hija se pusieran a cocinar solo para nosotros.

Pero Kun parecía aceptarlo con total naturalidad, de modo que, cuando una muchacha menuda, con un *pha-biang* con el mismo estampado que el de su madre, nos trajo el pollo asado, tardé exactamente diez segundos en olvidarme de todos mis reparos —incluso del de la evidente falta de cubiertos— y empecé a engullir con alegría.

Nuestra anfitriona respondía con agrado a las preguntas de Kun, y gracias a ella supimos que estábamos precisamente en el cruce entre dos carreteras, las Rutas Coloniales trece y siete, y que por tanto sería relativamente sencillo encontrar un transporte adecuado que me llevara de vuelta a Luang Prabang.

—También encontrarás a alguien que te lleve hasta Kasi, o incluso a Vang Vieng —añadió cuando Kun le informó de que él planeaba viajar hacia el sur, hacia Vientián. La mujer no nos había preguntado en ningún momento por nuestras razones para haber llegado hasta la puerta de su casa tambaleándonos, llenos de barro y oliendo a gasolina, pero Kun se las ofreció igualmente.

—El coche en el que viajábamos tuvo un accidente. —Con una calma envidiable, bebió un sorbo del té que también nos habían ofrecido.

—*Bo pen nyan*. —La mujer asintió, aún con la sonrisa delicada pegada en la cara.

Camuflé, también con té, la náusea que me asaltó cuando comprendí que a nadie le importaba que hubiera un cadáver en medio de la carretera porque, como esta mujer decía, no había ya nada que se pudiera hacer. Como cuando era niña y Nounou me descubría con el vestido manchado de tinta por haberme colado en el estudio a jugar y me miraba largamente —decepcionada, eso sí, porque siempre parecía ser capaz de superarme a mí misma y seguir decepcionándola, por muchos años que pasaran— antes de agachar la cabeza. «Bo pen nyan», decía, y entonces yo sabía que todo estaba bien. Que lavaría el vestido y papá no tendría que enterarse —aunque acababa sabiéndolo, porque Jacques solo compartía la filosofía de Nounou cuando lo incluía en mis juegos clandestinos—. A las dos semanas siempre había olvidado la promesa de no volver a hacerlo.

Quizá Nounou, incluso ahora, después de esto, seguiría sobreponiéndose a la decepción y sabría consolarme con un *bo pen nyan*. Podría, al menos, decirme cómo limpiar esta mancha que veía que se me estaba incrustando cada vez más entre los hilos y que pronto se convertiría en parte permanente del estampado.

O quizá no, porque mi vida no era un trozo de tela y había cosas que, simplemente, no podían deshacerse.

Como el hecho de que Sukenori estaba muerto.

Definitivamente, no podía volver a casa.

—Muchas gracias por la comida —murmuré. Quizá más allá de la ansiedad, el pánico y el mareo seguía teniendo hambre, pero no me veía capaz de tomar un solo grano de arroz más.

—Si has terminado, pon la tapa sobre la cesta —me indicó Kun ante la mirada de aprobación de nuestra anfitriona. Obedecí, con los dedos algo temblorosos.

Él siguió comiendo, intercalando preguntas entre los puñados de arroz, hasta que también, por fin, colocó la tapa encima de su cesta.

—Kun —murmuré entonces mientras la señora retiraba los cuencos.

—Sí, vamos a buscar transporte. —Se levantó con un solo movimiento y se puso enseguida lejos del alcance de mi brazo extendido, que querría haberlo retenido a mi lado.

—No. Espera —pedí en francés. Kun accedió.

La hija de nuestra anfitriona doblaba la mantelería —la tela que habían extendido sobre el suelo— con movimientos expertos; la descubrí mirándome de reojo cuando cambié de idioma.

¿Y si entendía francés? ¿Y si no éramos los primeros viajeros a los que recogían en su casa y les daban de comer? ¿Y si me confesaba con Kun y aquella muchacha se enteraba también?

Pero Kun esperaba pacientemente a que me decidiera a hablar.

«Pues si se entera, que se entere. *Bo pen nyan*», me dije.

—No puedo volver a Luang Prabang —comencé. Kun ladeó la cabeza, pero seguí hablando antes de que tuviera oportunidad de interrumpirme—: Tampoco quería ir a Japón y, aunque es terrible lo que ha pasado, y esto demuestra el tipo de persona que soy, casi me alegro —tragué saliva—, porque hay una cosa que no te he contado y que no le he contado a nadie, que es la razón por la que no puedo regresar a casa. Y, si fuera una buena hija, volvería y trataría de ganarme el perdón de papá, pero a estas alturas está bien claro que no lo soy. Y él me ha traicionado también, vendiéndome de esta manera. —Con toda la sangre del cuerpo concentrada en las mejillas, me atreví a levantar la vista del dobladillo de mi vestido y a mirar a Kun a los

ojos. Y, por vez primera, lo vi a él y no a su abuela. De alguna forma, reuní el valor para seguir hablando—. Así que no puedo volver a casa ni tampoco voy a ir a Japón, de modo que… ¿me llevarías a tu aldea?

Tras un breve silencio, Kun respondió:

—Algo así sería poco prudente.

Y lo que me temía se cumplió.

Kun salió de la casa y me dejó allí sentada, con la boca abierta por la sorpresa y el corazón acelerado por la traición.

Y así me encontró aquella muchacha que nos había preparado la ensalada de papaya y que, estaba segura, había escuchado al menos parte de la conversación más bochornosa que había tenido en mi vida. Se sentó frente a mí.

—Ese muchacho ha encontrado un coche que sale para Vang Vieng —dijo en lao.

—¿Cuándo?

—En un rato. El señor que conduce ha dicho que tiene que comprar algunas cosas. —Asentí. La chica me enseñó una sonrisa de dientes torcidos; no debía de tener más de doce o trece años—. ¿Vas a despedirte?

—Creo que él no quiere tener nada que ver conmigo. —Era la frase más larga que había dicho en lao en mucho tiempo; me la saqué del pecho como si me estuviera arrancando una flecha envenenada. Aunque a aquella aldeana poco parecía importarle que mi tono, mi acento y probablemente mi gramática estuvieran totalmente equivocados.

—Normalmente las señoritas francesas no viajan solas con jóvenes tan guapos —dijo con cierto aire de autoridad en la manera en la que agitaba el moño al hablar, como si lo que estaba diciendo fuese una verdad incontestable—. Una vez vino una también muy guapa: llevaba un sombrero más grande que el tuyo y también muchos collares. Pero no hablaba lao.

—Es que yo no soy francesa. No del todo; nací aquí, en Indochina.

La muchacha arrugó la nariz y cambió rápidamente de tema.

—Si yo tuviera un amigo tan guapo como él, no querría que se marchara sin despedirme.

—¿Hablas francés?

—Un poquito.

—¿Has entendido lo que le he contado a Kun?

—Un poquito —repitió con una sonrisa el doble de amplia que la primera.

—¿Cómo te llamas?

—Me llaman Nok.

—¿Puedes ayudarme, Nok? Si tú tuvieras un amigo guapo como Kun y quisieras pedirle un favor muy grande, como el de que te lleve consigo en un viaje larguísimo, ¿cómo lo convencerías?

La muchacha asintió lentamente. No me podía creer que estuviera dispuesta a confiarle mi futuro a una niña laosiana que comía con los dedos. Quizá me hubiera golpeado la cabeza en el accidente y por eso la situación me parecía aceptable. En cualquier caso, me incliné hacia Nok casi sin darme cuenta mientras ella sopesaba mi problema.

—Si quisiera ir a Vang Vieng, por ejemplo —comenzó—, le diría a mi amigo que tengo que hacer el viaje y que es preciso que alguien me acompañe. Y mi amigo tendría que venir conmigo, claro, porque sería terriblemente maleducado por su parte que me dejara ir sola.

Esa estrategia no me había funcionado.

—¿Y si el viaje fuera mucho más lejos, por ejemplo, a Saigón o a Nom Pen?

Los ojos rasgados de Nok parecieron crecer, redondos, de la curiosidad.

—¿Hay montañas en esos sitios? ¿O ríos? Ah, ¡ya sé! ¿Están cerca del mar?

—Bueno, Saigón… —Saigón estaba cerca del mar, pero yo no quería ir a la Cochinchina, sino a la aldea de Kun.

—Es que, si están cerca del mar, es mucho más fácil. —Nok continuó, sin darme tiempo a explicarle la geografía de Indochina—. Le diría a mi amigo que nunca he visto el mar y que tengo muchas ganas de ir, y que él también debería venir, porque dicen que huele muy bien y que allí viven unos peces muy raros. ¿Tú lo has visto alguna vez?

—No. Pero dicen que es muy bonito. —Giang había nacido junto al mar. Pero no tenía tiempo en aquellos momentos para pensar en Giang, así que ignoré el suspiro de Nok—. Oye, ¿por qué crees que Kun me ha dicho que no quiere que vaya con él a su aldea?

—Pues no sé…, ¿sois muy amigos?

Quise asentir con fuerza, pero me di cuenta de que no me lo había planteado. No, no éramos amigos. No sabía nada de él. Me había sacado de un coche estrellado, nada más.

—Trabajaba para mi padre —respondí al fin tragándome la vergüenza y la humillación.

—Ah, entonces quizá es por eso.

—¿Por qué?

—¡Si fuerais buenos amigos, seguro que querría llevarte! Hasta el mar, incluso.

—Sí. Claro, tienes razón. *Merci*, Nok. —Me levanté ignorando las

protestas de mi espalda y mis rodillas, entumecidas y poco acostumbradas a los esfuerzos a los que las estaba sometiendo aquel día, y corrí a la calle a buscar a Kun.

—Siento mucho haberte involucrado en todo esto. Siento que mi padre quisiera mandarte a Japón conmigo y siento volver a insistirte en algo que obviamente te parece mala idea —le dije cuando lo localicé sentado bajo unos toldos, junto a un puesto de cestas de bambú.

Kun alzó la vista, sin decir nada pero sin echarme de su lado, y finalmente me indicó con un gesto que me sentara junto a él. Así lo hice, hincando las rodillas ya sucias en la tierra.

—Antes no te conté por qué no puedo volver a casa —añadí.

—No me lo dijo.

—¿Cambiaría algo el que lo hiciera? —Kun me miraba intensamente, pero descubrí un asomo de indulgencia entre dos parpadeos. Así que me lancé a la aventura—: Verás, eres la primera persona a la que le cuento esto, pero en Luang Prabang estaba… viendo a alguien. Se llama Giang, era funcionario del vicecónsul. —Ignoré la ceja alzada de Kun—. Hasta que decidió irse a Francia de voluntario, ya sabes, para ayudar en los esfuerzos de guerra —expliqué, como si al dar detalles fuera a bajarme la sangre de las orejas.

—Y monsieur Noël no sabe nada de eso.

—¡No, claro que no!

—Pues si el tal funcionario se ha ido, problema resuelto.

—¡No! No, porque… Es que hay más.

—Ah, ¿sí?

—Sí.

Intenté decírselo hasta cuatro veces sin que la vergüenza me dejara sacar palabras de la garganta: se me atropellaban unas a otras y ningún eufemismo me parecía lo suficientemente elegante ni apropiado. Pero, cuando finalmente iba a rendirme y a decirle que no importaba, que era mi problema y que se fuera a su casa sin mí, que ya buscaría una solución —con el paso de los meses, suponía, sería más fácil admitirlo, aunque solo fuera por la obviedad del asunto—, bajé la vista hasta mis manos, los dedos torpes retorcidos en un nudo de nervios, descansando sobre el lino bordado y sucio de la falda. ¿A quién quería engañar? Ni lo que había hecho era apropiado ni nos encontrábamos en una situación elegante. Kun tampoco parecía el tipo de persona que se dejara impresionar por los vocablos endulzados que Jeannine y yo habríamos usado para definir la situación. Y había razones por las que no se lo había contado a Jeannine, pero estaba

intentando sincerarme con Kun, ¿no?

Mientras me debatía conmigo misma, Kun esperaba. Cuando volví a reunir el valor para mirarlo a la cara, descubrí para mi sorpresa que no parecía contrariado por mi falta de decisión. No estaba enfadado ni impaciente. Pese a que, con casi toda seguridad, mi silencio se había extendido durante varios minutos.

Simplemente, esperaba.

Decidí confiar en él.

—Creo que estoy embarazada —dije. Kun asintió. No preguntó nada más ni me dijo lo mala hija que era ni lo inconsciente que había sido al dejarme engatusar por un hombre que me había dejado plantada y se había ido a la otra parte del mundo en cuanto tuvo oportunidad. Tampoco se compadeció de mí ni me ofreció la ayuda que tanto necesitaba—. Por eso no puedo volver a casa —continué a la desesperada—. Y nadie más lo sabe, y Giang se fue, y por eso necesito que…

—Mademoiselle —interrumpió Kun—. Yo ya no trabajo para monsieur Noël.

—No —concedí—. Por eso te lo estoy pidiendo. Si trabajaras para mi padre, se lo contarías, ¿verdad?

—No es asunto mío.

Me estaba quedando sin argumentos. ¡Qué fracaso tan mayúsculo! Miré a mi alrededor en busca de inspiración, pero lo único que encontré fue a Nok, que me sonreía desde detrás de las colinas de lichis y ojos de dragón del puesto de su madre.

—Si yo no fuera francesa ni mi padre fuera francés, si te lo pidiera como amiga, ¿me dejarías viajar contigo?

—Usted es francesa, mademoiselle.

—Francés es el que nace en Francia —dije en lao—. Yo no he salido nunca de Laos.

—Mademoiselle…

—Ya no quiero ser mademoiselle Noël. Y no puedo serlo, porque mademoiselle Noël es una persona decente y yo no lo soy. Así que voy a convertirme en otra persona, alguien que puede salir adelante cuando las cosas salen mal, alguien como tú, que me has ayudado hasta ahora. —No recordaba cómo se decía «valiente» en lao. Pero tenía que seguir hablando, porque sabía que, si paraba, lo perdería y esta era mi última idea—: Por favor. Déjame ser tu amiga no-francesa.

—Dicen los sabios que las amistades verdaderas, como los buenos guisos, se cuecen a fuego lento.

—Vas primero a Vientián, ¿no? Si yo también quisiera ir a Vientián, ¿no sería más práctico que fuéramos juntos? Ya sé que no

soy de mucha ayuda, pero… quiero aprender. Puedo intentarlo. Puedo convertirme en la mejor amiga no-francesa que hayas tenido.

Ante esto, Kun sonrió. ¿Habría esperanza?

—Mi mejor amiga no-francesa se llama Vanhvilay y lo vas a tener difícil para igualarla.

—Un buen reto es justo lo que necesito para mantenerme en forma. —Reprimí una mueca ante la estupidez que acababa de decir, pero a Kun no pareció importarle.

—Y, si no eres mademoiselle Noël, ¿cómo te llamas? —preguntó.

—Ah, pues… ¿Solo Fred?

—¿No será eso un nombre francés?

Kun se levantó de repente y, por un momento, pensé que iba a dejarme allí. Pero enseguida me tendió una de sus manos grandes. Cuando la tomé no pude evitar recordar que esa misma mano me había guiado lejos del mango amarillo y el cadáver en el coche, y sentí que todo estaría bien.

—Me cambiaré el nombre, pues. —Kun me señaló con un gesto una de las camionetas aparcadas junto a la carretera; empezamos a caminar hacia ella—. No es la primera vez. Giang solía llamarme Voi. Significa «elefante» en anamita —dije sin saber muy bien por qué.

Kun dejó escapar una carcajada tan fuerte que casi hizo que se estremeciera el suelo.

—¿Qué clase de persona llama «elefante» a su amada? ¿Es algo propio de anamitas? —Enrojecí de nuevo.

—Era porque… bueno, ya da igual. No estaría bien tomar un nombre anamita, de todas formas. —Rodeamos la camioneta. Un hombre, que supuse que sería el conductor, cargaba unas cajas en la parte trasera. Nos acercamos a él.

—Hay un nombre lao… Sang —dijo Kun entonces.

—Sang —repetí—. ¿Puedo ser tu amiga Sang, entonces? Como en Lan Xang Hom Khao, el antiguo nombre de Laos, «el reino del millón de elefantes bajo el parasol blanco». Me trajo a la mente uno de tantos momentos que llevaba semanas tratando de olvidar.

—Laos no me ha dado ningún elefante —me había dicho Giang, con la yema del dedo dibujándome círculos alrededor del ombligo, una de aquellas tardes calurosas en las que me habría creído todos los cuentos que hubiera querido contarme—, pero te he encontrado a ti.

Reí. Satisfecha, no se me ocurrió en aquel momento comparar las palabras de Giang con los diálogos afectados de las novelas de folletín de mamá, que papá todavía guardaba en un baúl en Villa Noël.

—¿Soy entonces mejor aún que un elefante? —murmuré.

—Podríamos buscar juntos los elefantes de Laos. —Giang extendió

la palma de su mano sobre mi vientre; subía y bajaba levemente cada vez que tomaba aire—. ¿No te lo imaginas? Bajaríamos juntos el Mekong, coleccionando un millón de elefantes y otro de amigos, sin tener que rendirle cuentas a nadie.

Me gustaba verlo sonreír, así que le seguí la broma:

—¿Bajar el Mekong? Pero ¿cómo? ¿A nado?

—En sampán.

—¿En un sampán quieres subir tú un millón de elefantes? ¿Y no se hundirá? —dije. Quería comprobar si el dorso de su mano era tan cálido como la palma; si sus nudillos, resecos y algo descamados, resultaban ásperos al tacto. Pero, cuando quise colocar mi mano sobre la suya, Giang se levantó de la cama.

—No hace falta que nos los llevemos a todos. Solo tenemos que verlos y seguir adelante, y al final podríamos volver a casa. Vendrías, ¿verdad?

Asentí, todavía con una sombra de sonrisa en los labios, que Giang no llegó a ver porque se vestía de espaldas a mí, enumerando mil cosas que quería enseñarme de Annam. ¿Fue aquella nuestra primera mentira? ¿Pensaba ya entonces, mientras me susurraba al oído promesas en su idioma, cambiar los elefantes por el puerto de Marsella? En aquel cruce de carreteras, lejos de Giang y de Luang Prabang, Kun sacudió la cabeza y me indicó que fuera a buscar mis cosas a la casa de Nok. Pero cuando volví, preguntándome cómo él había sido capaz de cargar con aquella maleta, que no por ser pequeña y estar llena de estúpidos camisones pesaba menos, escuché su respuesta a la pregunta obvia del conductor:

—Ella es Sang. Viaja también a Vang Vieng.

Interludio: 1959

Lo primero que Songkham Phommachan hizo al bajar del tren en la Gare de l'Est fue ajustarse la bufanda para resguardarse mejor la piel del cuello. Se dijo que era porque, desde hacía semanas, e hiciera lo que hiciese, no conseguía sacudirse el frío. Pero en el fondo sabía que lo hacía porque —pese a lo que tía Vanhvilay se había encargado de repetirle día y noche antes de empujarlo fuera de la aldea— no podía evitar sentirse cohibido por las narices afiladas y los rostros palidísimos de los parisinos, a los cuales evitaba acercarse para que el contraste entre su piel y la de ellos no le pareciera tan fuerte. Si su padre hubiera estado allí con él, habría esgrimido un par de proverbios que vendrían a decir que lo que siempre había sido demasiado claro en Laos era en Francia demasiado oscuro y que, por tanto, Songkham no debía dejar que algo tan volátil condicionara a quién debía mirar a los ojos. Pero su padre estaba muy lejos —porque él mismo lo había decidido así—, de modo que Songkham bajó la mirada porque ya se sentía lo suficientemente incómodo como para tener que preocuparse de esquivar los ojos claros de los franceses.

Caminó unos pasos, bien agarrado a las asas de su maleta —no porque llevara nada de valor dentro, sino porque lo había acompañado todo el viaje y no sería práctico perderla o dejar que se la robaran justo al llegar a su destino—, hasta que encontró una columna que lo protegía al tiempo del frío y de las oleadas de gente que anegaban el andén. Dejó su equipaje en el suelo para meterse las manos en los bolsillos de los pantalones. Eran, por supuesto, occidentales, hechos de esa tela rígida y poco amable que sin embargo había resultado ser bastante resistente; comprados en Saigón siguiendo las detalladas instrucciones de tía Vanhvilay. Dedicó los siguientes minutos a, simplemente, respirar.

París olía a nuevo, a calles empedradas y a calzadas de asfalto; a niñas con las piernas desnudas brincando y persiguiendo pájaros, y a las risas comedidas de sus madres, que tomaban el sol en parejas en las terrazas de los cafés. A cláxones de automóviles y a muchos menos árboles de los que Songkham había esperado encontrar.

Deambuló por las calles y avenidas hasta que decidió que tenía hambre, y solo entonces se paró a preguntar por la dirección que llevaba cuidadosamente anotada en una media cuartilla amarillenta.

Apenas sabía reconocer las letras del alfabeto de los franceses y mucho menos descifrar los garabatos retorcidos que aquella mujer que mordisqueaba insistentemente su lapicero había escupido allí, sin despegar en ningún momento la oreja del auricular del teléfono.

—Pues has tenido suerte, muchacho —le había dicho mirándolo a través de las pestañas cargadas de maquillaje—, desde París nos han pedido indochinos para una fábrica de bombillas.

Songkham no sabía qué eran las «bombillas», porque nunca había prestado especial atención a las lecciones de francés de los monjes, pero no preguntó porque estaba tan emocionado por las posibilidades que aquel pedacito de papel contenía que se apartó de la cola sin dar siquiera las gracias. Y compró un billete de ida a París, se despidió con una mirada circular de Saint-Livrade, lleno de vietnamitas y familias tristes, y se montó en el tren, sin preocuparse demasiado de que tan solo le quedaran unos pocos francos en el bolsillo de la chaqueta.

Tras varios intentos infructuosos, un hombre con un mono azul y un cigarro en la boca le indicó finalmente la dirección general en la que tenía que ir. A Songkham no le importaba caminar, pero cuando por fin se halló ante el bloque de ladrillo visto que buscaba —AMPOULES LYONNAISES, SARL en letras de molde bajo la hilera de ventanas del primer piso— el sol empezaba a ocultarse tras las altísimas cimas de los edificios y a él le dolían los empeines por el peso de los zapatos.

Sonrió ampliamente cuando dos jóvenes que salían cuando él iba a entrar, al verle la cara y el pelo y todo lo que en él decía «acabo de llegar de Indochina», lo saludaron con un *nop*.

Songkham Phommachan no sabía nada de bombillas ni de electricidad; su abuela solo le había enseñado a hervir arroz a la manera laosiana y pronto descubriría que en Francia era muy difícil y costoso encontrar brotes de bambú, pero ya había decidido que estaba prendado de París.

PARTE 2:

ຊ້າງ (Sang)

1940

6

La carretera subía y bajaba por las montañas mientras nos alejábamos de Vang Vieng. El verde intenso de los arrozales y la dulzura melosa del río desviaban la atención de una ciudad horrible y tórrida, donde ni siquiera los bichos conseguían escapar del calor, por muchos escondrijos que cavaran entre los tablones de las paredes.

Lo primero que me habría encantado hacer, nada más llegar a Vang Vieng, habría sido poder deshacerme del vestido de lino con el que había salido de Villa Noël, pero en la tienda donde Kun me llevó me dijeron que estaba sucio y rasgado y no valía tanto como las combinaciones de seda y encaje, las maletas de piel y las medias sofocantes que Nounou siempre me había obligado a ponerme a la hora de la cena. Me conformé con lavar el lino como pude y me resigné a vestirlo de nuevo.

Kun consiguió cambiar unos céntimos por una habitación y unas mantas para dormir y en cuanto cerré los ojos decidí que Vang Vieng era el peor sitio de toda Indochina. La calentura se apoderó de mí, y con ella vinieron las pesadillas.

Vang Vieng quedaría grabada para siempre en mis recuerdos como un tumulto desordenado de explosiones y disparos —de lo que yo imaginaba que sería la guerra—, avalanchas de mangos amarillos que me aplastaban hasta dejarme sin aire y un murmullo constante de gente hablando en lenguas que no conocía; todo ello regado con el horrible sabor de un té o brebaje que Kun me hacía tomar de tanto en tanto y que me permitía recordar que mi realidad no era, en aquellos momentos, mucho mejor que los malos sueños. El infierno de aquellas cuatro paredes sin ventanas me reclamaba para sí y yo debía aceptar mi sentencia.

No tenía casa, no tenía familia, no tenía futuro. Mi propio padre me había vendido a un extraño. El que yo creía que era el amor de mi vida me había abandonado con un bebé en camino y no sabía si alguna vez volvería a dormir en un colchón de verdad. Me repugnaban el olor putrefacto de la habitación, el polvo que parecía querer adherirse a mi piel sudorosa y quemada, las manchas oscuras que se adivinaban en los tablones del suelo. Solo quería echarme a llorar, pero sabía que si empezaba no podría parar, así que me mordía la lengua y me esforzaba por recordar que podría haber sido peor: si

hubiera perdido al bebé, si Kun me hubiera dejado sola, si Sukenori siguiera vivo, si papá supiese dónde encontrarme… Podría haber sido mi sangre la que regara la tierra de aquella carretera odiosa, y sin embargo estaba aquí, patética y sintiendo lástima de mí misma pero viva.

Cuando por fin recuperé las fuerzas lo suficiente como para sostener mi propio cuenco al beberme la sopa, le dije a Kun que estaba lista para seguir el viaje. Teníamos que alejarnos, y pronto, de Luang Prabang y del accidente. Vang Vieng era demasiado pequeño como para que pudiéramos desaparecer allí. Y, además, se me agitaba la respiración cada vez que recordaba que Kun podía decidir en cualquier momento que, después de todo, era demasiado molesto viajar conmigo.

En cuanto volvió y me dijo que había encontrado a alguien que nos llevaría hasta Vientián a la mañana siguiente me sentí mucho mejor, pese a que aún me mareaba cuando salía para vaciar la vejiga. Pero no me quedaba más remedio que apretar los dientes y seguir caminando, aunque tuviera que aferrarme a las paredes para no caer al suelo.

Apenas había amanecido cuando Kun me condujo hasta el coche, me presentó al conductor y nos acomodamos como pudimos en la abarrotada parte de atrás. Llevaba a otros dos pasajeros hasta la capital: un funcionario anamita, que no intentó entablar conversación alguna con nosotros más allá de un saludo indiferente, y un hombre que, abanicándose con el sombrero panamá, me cedió el asiento junto a la ventanilla.

—Hace calor, ¿eh? —dijo con una sonrisa demasiado amplia mientras me acomodaba con lo que me quedaba de equipaje en el regazo. No era francés, ni debía de llevar mucho tiempo en Indochina si todavía se admiraba del bochorno de Laos.

—Mucho —asentí arrepintiéndome al instante porque la sonrisa del extraño se ensanchó. Se apresuró a extenderme la mano desde el otro lado del coche y no tuve más remedio que estrechársela.

—Me llamo Ramón María Fernández, redactor-corresponsal de la Agencia EFE. Mucho gusto. Viajan ustedes a Vientián, ¿no es así? Quién habría dicho que era tan complicado encontrar transporte en este país después de tantos años de protectorado. No le facilitan a uno la labor periodística, ¿sabe? Fíjese, justo la semana pasada me vi en la obligación de pagarle a un aldeano para que me llevara en su barquita de pesca, porque no había otro medio para cruzar el río. ¿Se lo puede usted creer?

Por suerte, el ruido desmesurado del motor me salvó de tener que seguirle la conversación. No podía decirle mi nombre ni tenía modo

alguno de justificar mi viaje a Vientián en tales condiciones. Ya era casualidad compartir coche con un periodista extranjero. Esperaba no resultar demasiado memorable; me convenía que se olvidara de nosotros lo antes posible, en cuanto se bajara del coche.

Me obligué a no desviar la vista del otro lado de la ventanilla en todo el viaje, no fuera que mi mirada volviera a cruzarse con la de monsieur Fernández, y me tragué los quejidos de dolor cada vez que el asiento me arañaba la piel quemada porque no quería que Kun pensara que era todavía más endeble de lo que ya le había demostrado. Entumecida y algo mareada, observaba los arrozales bordados sobre los valles cuando los veíamos desde lo alto de las montañas, que crecían cuando la carretera nos hacía bajar de nuevo hasta descubrir los *kup* de los campesinos que asomaban por entre los largos tallos verdes.

En el cielo siempre abierto, azul e inmenso, el sol no parecía moverse.

Me atreví a tomar aire cuando las casas que aparecían a ambos lados de la carretera florecieron de repente, algunas de ellas muy parecidas a las que estaba acostumbrada a ver en Luang Prabang, y supe que por fin habíamos llegado a Vientián.

—¿Ya estamos? —pregunté. Kun se despertó de su siesta cuando me sintió revolverme junto a su brazo.

—Eso de ahí es el Mekong —gritó nuestro conductor para hacerse oír sacando el brazo por la ventanilla—. Al otro lado queda Tailandia, la antigua Siam. Os dejo un poco más adelante.

Kun se desperezó al bajar del coche. Comprensible, pues llevábamos horas enlatados cual puros en su caja; estaba segura de que nuestro hedor se había entremezclado y no habría sabido decir si el sudor que notaba bajo el sombrero era solo mío. Aun así, no me uní a los estiramientos de Kun mientras miraba en derredor. No era solamente una cuestión de vergüenza; temía romperme si me agitaba demasiado.

Fingí no oír la despedida efusiva del periodista, entretenido en rescatar su equipaje del maletero del coche, y me acerqué a un quiosco para dar la impresión de que estaba ocupada y de que no me molestaba la poca prisa que Kun se daba en salir de allí. Me sorprendí al leer las fechas de los periódicos.

—¿Es de hoy? —le pregunté en francés al hombre que se abanicaba perezosamente al otro lado del mostrador y señalé un ejemplar de *L'echo annamite* con un montón de fotografías bajo el titular «Las grandes maniobras militares en el sur indochino». Era del 5 de febrero.

—No, ese sale los lunes y hoy es miércoles. —Asentí. ¿Habíamos

dormido cuatro noches en Vang Vieng?—. Tengo la última *Marie Claire* —añadió mostrándome la portada, desde la que me sonreía una señora de labios rojísimos y cabello perfecto.

—Muchas gracias, ya la he leído —mentí.

Me entretuve un poco más en leer los titulares. *Le nouvelliste d'Indochine*, entre algo sobre una conferencia de los Estados Balcánicos —me sonaba a Europa— y algo que solo podía ser propaganda de guerra —la exterminación de la raza polaca—, rezaba: «La vía férrea a Yunnan ha sido atacada». En un subtítulo flotante entre el océano de letras se añadía que había sido bombardeada y que había muertos. Estaba a punto de sacar los diez céntimos que costaba el número para comprarlo —no pude evitar acordarme del marido de Otoha Hirazakura, con el que tenía previsto reunirse en el ferrocarril, según nos había dicho— cuando oí que Kun me llamaba.

—Busquemos un mercado —dijo recorriendo con la vista los carteles de las tiendas que flanqueaban la calle.

—¿Hay un mercado por aquí cerca? —le pregunté al señor del quiosco. Torció el bigote cuando comprendió que no le compraría nada, pero nos indicó por dónde ir.

Refugiándonos como podíamos a la sombra de los edificios, empezamos a caminar. Al cabo de un rato, cuando se nos hizo evidente que los puestos no estaban a la vuelta de la esquina y que aún tardaríamos un rato en llegar —quizá el coche no nos había dejado tan en el centro de la ciudad como pensábamos—, le pedí a Kun que paráramos un momento.

—¿Ya estás cansada?

Podría haberle dicho que no estaba tan acostumbrada como él a ir andando a todas partes o que la noche anterior aún la había pasado entre fiebres y pesadillas, pero cuando vi que pese a todo dejaba caer el fardo con nuestras cosas me contuve.

—¿Tienes hambre? —Kun ya se había sentado y parecía dispuesto a echarse una siesta allí mismo. Resoplé y me acerqué a una mujer que vendía baguettes bajo un toldo picado. Mientras embutía verduras en las dos que le había pedido, le pregunté también a ella por el mercado.

—Solo tienes que girar a la izquierda en cuanto veas la estupa. —La mujer rio al tenderme las baguettes, con las tiras de carne como queriendo escaparse—. No todos los días conozco a una *falang* que hable lao con acento del sur.

Le sonreí.

—Toma, tu almuerzo.

Kun abrió solo un ojo cuando me acuclillé junto a él y le tendí su

baguette.

—Una amiga no-francesa habría comprado algo menos francés —rezongó, pero se incorporó un poco y aceptó el bocadillo.

—Pues esta amiga no-francesa ha descubierto que casi hemos llegado al mercado.

—Dicen los sabios que la impaciencia lleva a tomar decisiones poco ponderadas.

—¿Qué significa «ponderadas»? —Cuantas más frases conseguía formular en la lengua que Nounou me susurraba mientras me bañaba y me preparaba para irme a la cama, menos me parecía que sabía. Quizá la fiebre me hubiera espantado de la cabeza las pocas palabras que había conseguido rescatar en aquellos días.

—Razonadas —me explicó en vez de traducir.

—Ya. Pues te veo bien impaciente por deshacerte de este claro símbolo francés. —Kun engullía la baguette como si llevara tres días sin probar bocado.

—Solo los necios rechazan la comida ofrecida por un amigo.

Sacudí la cabeza y empecé a comer también, escondiendo una sonrisa de satisfacción entre mis mordiscos pequeños y comedidos. Como si en vez de arrodillada en el suelo estuviera en un banquete con el vicecónsul, bebiendo champán.

Kun me miraba por el rabillo del ojo y creí leer pinceladas de buen humor en su postura relajada. Había aceptado mi comida, después de todo. Quizá era un buen momento para dar el siguiente paso.

—¿Qué quieres comprar en el mercado? —pregunté.

—Comida para el resto del viaje.

Asentí, limpiándome con el dorso de la mano un poco de salsa de la comisura de la boca, en un gesto que habría escandalizado al vicecónsul, a papá y a todo Luang Prabang.

—¿Adónde, después de Vientián?

Kun sonrió, tenía un trozo de lechuga enredado entre los dientes.

—Creía que mi amiga no-francesa Sang solo quería viajar hasta Vientián.

Me dio un vuelco el corazón. Debió de notárseme en la cara, porque Kun se terminó la baguette en silencio y, cuando volvió a hablar, ya no sonreía.

—No sabes lo que me estás pidiendo.

—Sé perfectamente…

—Tu vida está con tu familia. En tu casa. Desde aquí puedes volver fácilmente, tu padre estará tan asustado por ti que seguro que te acoge de nuevo con los brazos abiertos. No le importará el bebé.

—¡Claro que le importará! Y volverá a enviarme lejos con el

próximo socio que se encuentre ¡y me obligará a dejar al bebé atrás!

—Madem…

—Sang —interrumpí.

—Está bien. Sang. Escucha. Mi aldea está muy lejos de aquí. En la meseta de Bolaven. Tengo que tomar un barco hasta Savan y después viajar aún más al sur, y llegará un punto en el que se acabe la carretera y tendré que caminar durante varios días. Solo llegar hasta allí será difícil y, para ti, aún más.

—¿Savan? ¿Savannakhet, quieres decir? ¿Todavía más al sur de Savannakhet? —pregunté extrañada. ¿Desde tan lejos había venido Nounou a trabajar a mi casa? Apreté los dientes cuando intuí un mohín condescendiente en la media sonrisa de Kun—. Puedo hacerlo —afirmé. No iba a llorar. Era una cuestión de orgullo; si me tocaba caminar durante días por la jungla, pues lo haría. Si Kun era capaz, yo también.

—La vida en mi aldea es muy diferente a la vida a la que estás acostumbrada.

—Lo sé. Por eso quiero ir.

—Cuanto más te alejes, más difícil será volver. Y yo no daré marcha atrás.

—No quiero volver.

—No iré más despacio si no puedes mantener el ritmo.

—No hará falta. Puedo hacerlo —repetí. Apreté la mandíbula para no dejar escapar las lágrimas, aunque estaba segura de que Kun era perfectamente consciente de que tenía los ojos húmedos.

—El dinero que tenemos se acabará.

—Venderemos todo lo que tengo: el resto de la ropa, los zapatos. Todo.

—¿Y cómo piensas caminar por el bosque sin zapatos?

—Como sea. Lo haré, de verdad. Te lo prometo.

Pero Kun negaba con la cabeza.

—La ignorancia también lleva a tomar malas decisiones.

—No se puede culpar al ignorante por serlo. Ya sé que no soy una compañera de viaje experimentada, pero aprenderé. Si en cualquier momento crees que soy una carga o una molestia, puedes dejarme atrás.

—No. Si viajamos juntos, lo haremos hasta el final. Pero creo que no entiendes qué significa lo que me estás pidiendo.

—¡Sí que lo entiendo! Ya sé que va a ser difícil, pero, de verdad, no puedo volver. —No había nada que hacer. Me limpié las lágrimas como pude, metiéndome los dedos sucios bajo las gafas de sol—. Por favor.

Kun me miraba fijamente mientras intentaba calmar los sollozos.

—Come —dijo al fin. Se recostó contra el tronco de un árbol y se ajustó el *kup* para que le tapara la cara.

Sabía que no estaba dormido, pero obedecí.

7

De no haber sido porque Kun tenía muy claro lo que necesitábamos —y, sobre todo, cuánto debíamos pagar por ello—, me habría gastado mis pocas piastras entre los dos primeros puestos del mercado. Todo era llamativo, brillante, hermoso: las colinas de especias olorosas, las cestas trenzadas de bambú junto a las láminas cuadradas de alga *khai-phen*; las bandejas repletas de pitahayas y tamarindos, y las lámparas vistosas de papel. Las matronas *hmong* nos llamaban a voces, en ese lao suyo sazonado y picante que me costaba entender, para engatusarnos con la perfecta armonía de sus bordados geométricos; un señor espantaba por igual a las moscas y a los niños que se acercaban demasiado a sus pirámides totalmente simétricas de pescado descabezado, y casi atropellé a una anciana que se había entusiasmado tanto regateando por un cuenco de *lap* que, acusando al muchacho del puesto de embaucador y ladrón, hizo amago de marcharse con la cabeza bien alta pero sin mirar adónde iba.

Pero por mucho que le señalara a Kun las deliciosas cestas de plátanos, piñas y mangostanes —con casi un metro de diámetro, estaba segura de que cada cesta llena pesaría tanto como una persona—, él sacudía la cabeza y me decía que necesitábamos cosas que no se pudrieran, como arroz y legumbres.

Así que me resigné a seguir caminando. Con la nariz arrugada cada vez que pasábamos por un puesto de pieles o de durianes, esquivábamos las manos sucias de los niños que se perseguían unos a otros y estos los sopapos certeros de los dueños de los tenderetes cuando pasaban demasiado cerca de ellos.

Un *pousse-pousse* muy apurado, que me habría arrollado si Kun no me hubiera apartado del camino a tiempo, nos indicó que habíamos cruzado al otro lado del mercado.

Entonces oí cómo alguien me llamaba. Me volví sin darme cuenta de que no me convenía responder al nombre de Fred.

Y allí, al otro lado de la carretera, estaba Liên saludándome con el brazo bien estirado, con un *áo dài* del color de la pulpa del pomelo que yo misma le había regalado hacía dos Navidades.

Tragué saliva mientras la veía acercarse, escoltada por un hombre alto y con barba pelirroja que nos saludó en francés. No me dio tiempo a mirar a Kun antes de responder, porque Liên me abrazó sin

previo aviso, y justo entonces recordé que se suponía que cuando había dejado Luang Prabang seguíamos siendo amigas.

—¡Fred! ¡Eres tú! ¡Casi no te he reconocido! ¿Te encuentras bien? —Liên esperó hasta que asentí con la cabeza antes de sonreír de nuevo. Naturalmente, nunca antes me había visto tan despeinada y sucia, tan fuera de lugar. En Luang Prabang me habría horrorizado la sola idea de tener que salir a la calle con los labios sin pintar—. Pero qué alegría verte aquí, en Vientián. ¡No sabía que estabas en la ciudad! Acabas de llegar, ¿verdad? ¿Por cuánto tiempo te quedas? —Los últimos tres meses no habían hecho nada para desgastar su habitual efusividad—. Mira, este es Hugues. No os conocéis, ¿verdad?

—Es un placer. —Liên se separó de mí y le tendí la mano al desconocido. Solo cuando la tomó para besármela recordé que no había podido lavarme los restos de salsa de la baguette, pero el tal Hugues no dijo nada al respecto. Debía de tener treinta y pocos años, casi el doble que Liên, que solo era dos más joven que yo. Una buena amiga habría preguntado qué hacían una muchacha anamita y un señor francés paseando juntos por Vientián—. Yo soy Fred. Y este es Kun. Kun, Liên.

—Hugues Baudin. ¿Conoce usted a Liên de Luang Prabang, entonces?

Forcé una sonrisa.

—Sí, tenemos amigos en común.

Pensándolo bien, Liên tenía unas amistades de lo más variopinto. Giang, por ejemplo. Este tal Hugues Baudin. Yo misma. En cualquier caso, quizá debería agradecérselo, Baudin no me preguntó mi apellido.

—Acabamos de llegar a la ciudad —intervino Kun—, pero solo estamos de paso. ¿Saben ustedes dónde podemos comprar pasajes para el vapor?

—¡No! ¿Tan pronto? ¿Por qué no os quedáis unos días, Fred? ¿Ya vuelves a Luang Prabang? —Liên me tomó la mano, todavía sucia, entre las suyas. Miró de soslayo a Kun antes de sonreírme de nuevo bajando la voz—: Hace tanto que no nos vemos… Me encantaría que me contaras todo lo que te ha pasado desde que me fui.

A mi pesar, enrojecí al recordar todas las cosas que tendría que contarle a Liên. Todos los secretos que debería revelarle, porque le incumbían casi más que a mí misma.

—En realidad, viajamos hacia el sur —dije—. Y lo cierto es que tenemos un poco de prisa…

Baudin empezó a darnos indicaciones y agradecí la excusa para no tener que mirar a los ojos a Liên. Recuperé mi mano.

—No está lejos de aquí. Podríamos acompañaros, si quisierais —

concluyó Baudin. Entonces me miró y esbozó una media sonrisa. Asentí antes de que Kun pudiera objetar.

—Lo agradeceríamos.

—¡Al menos podremos hablar algo en el camino! ¿De verdad que no podéis quedaros y descansar un poco? —Liên enganchó su brazo al mío, empezó a caminar y me hizo preguntas de todo tipo a las que respondí con el menor número de palabras posible.

Cuando ya habíamos recorrido toda una calle, me volví para comprobar que Kun nos seguía. En efecto, ahí estaba: los bultos con todas nuestras pertenencias sobre los hombros, los labios fruncidos en una línea recta que no revelaba nada y los ojos ocultos bajo el *kup*. Había dejado tres pasos de distancia entre nosotros, no debía de estar demasiado contento con que Liên y Baudin vinieran también a buscar los barcos. Intenté que su malhumor no me afectara mucho, había sido idea suya preguntar.

—¿Y vais al sur, dices? ¿Adónde? ¿A Savan? —Liên me devolvió a nuestra conversación. La miré. ¿Sería mejor contarle la verdad o añadir otro secreto a aquella lista larguísima que solo yo llevaba? La muy ingenua había plantado una sonrisa en su cara redonda. No utilizaría la información en mi contra.

Si hubiera sido cualquier otra, como Jeannine, estaba segura de que lo que le dijera habría terminado por llegar a los oídos de papá. Pero Liên no lo conocía y tenía una colección inaudita de amigos. Era una buena persona que no se merecía lo que le había hecho y que solo era culpable de haber confiado en mí.

—Sí. Aunque después seguiremos hasta la aldea de Kun —añadí, en un susurro. No quería que Kun nos oyera—. No sé exactamente dónde es, pero creo que queda entre Pakse y Attapeu.

—¡Vaya! ¿Y por qué vais allí? ¿Es que ha pasado algo?

Apreté el paso, dejando también a Baudin atrás.

—Pues… más o menos —comencé. Sin dejar de caminar, Liên me miró de arriba abajo.

—Ese chico —dijo, y al principio no supe a quién se refería— no te habrá hecho nada, ¿no?

Podría decirle que sí. Habría sido bien fácil; podría explicar el bebé si dijera que Kun era el padre y que me había obligado a seguirlo hasta Vientián. Podría cubrir mi mentira con otra mucho mayor y culparlo de todo para salvarme a mí misma. ¿Podría hasta volver a casa? ¿Cómo no se me había ocurrido antes? Tal vez papá incluso lo dejara estar si Kun para entonces ya estaba bien lejos, en su aldea. Pero, claro, me obligaría a abandonar al bebé.

Kun me había tomado la mano para alejarme de los mangos. No

merecía que lo traicionara más de lo que Liên se merecía que la hubiera engañado como lo había hecho.

Tragué saliva y seguí caminando.

—He tenido unos problemas con mi padre y de momento no puedo regresar a casa —resumí entre dientes.

Liên se detuvo, pero tiré de ella.

—¡Cuánto lo siento! —exclamó. Reprimí el impulso de chistarle para que hablara más bajo—. En fin, Fred, ya lo sabes, pero si necesitas un lugar para dormir y prefieres esto a una aldea en dondequiera que sea, puedes quedarte aquí conmigo.

Tomé aire. Espiré. Fui vagamente consciente de que Baudin intentaba llenar el silencio. La seda del *áo dài* de Liên me acariciaba el vello del antebrazo tan suavemente que no hería mi piel enrojecida. Ya había pasado por una situación parecida, cuando todavía vivía en Luang Prabang; cuando mi mayor preocupación era que los días en los que no veía a Giang se me hacían demasiado largos.

—¿Lo dices en serio? —pregunté, al cabo de un rato.

Liên no necesitó que le aclarara de qué estaba hablando antes de asentir.

—¡Pues claro! Eres mi amiga, una gran amiga, Fred. Todo lo que necesites. Es más, ¡me encantaría que te quedaras conmigo!

—¿Te quedas en Vientián? —Kun nos había alcanzado. O quizá éramos nosotras las que habíamos finalmente ralentizado nuestro paseo. Cuando lo miré, reconocí el desprecio en sus ojos, que eran los ojos de Nounou.

Si me quedaba con Liên, no volvería a verlos, ni a Kun ni a su abuela. Algo me decía que lo echaría de menos. Pero él había insistido tanto para que volviera a Luang Prabang…, quizá tuviera razón. Este viaje iba a ser demasiado para mí. Al fin y al cabo, solo quería ir con él porque no tenía otra alternativa.

La niña tonta y mimada que tenía miedo de volver a casa porque se había quedado embarazada. El desconocido que me había aceptado como amiga pese a saber qué tipo de persona era. La inocente muchacha que le abría las puertas de su casa a todo el mundo, que no tenía ni idea de quién era yo en realidad. Tres necios, cada uno por méritos propios, que tomaban decisiones con muy poca lógica.

—Sí.

Liên me abrazó. Baudin insistió en que, en cualquier caso, acompañáramos a Kun a comprar su billete, y yo me dije que tendría que acostumbrarme a su presencia no bienvenida entre Liên y yo, porque yo misma había sido la última en llegar. Seguimos todos andando, como si nada hubiera pasado. Qué fea se me antojaba

Vientián. De repente, tenía muchas ganas de llorar.

Quizá las fiebres me habían también trastocado algo en los ojos.

Por fin llegamos a un muelle donde un enjambre de piraguas y sampanes flotaba indolentemente en las aguas melosas del Mekong, tan enclenques que parecía que un pequeño soplo de viento sería suficiente para separar las velas de sus huesos de junco. Un poco más allá se veía un barco algo más robusto, con las chimeneas vacías y una larga fila de gente esperando junto a la pasarela que lo unía a tierra.

Kun llevaba dos bolsas: colgada del hombro, la más grande —la que habíamos cambiado por la maleta que me había preparado Hina al salir de Luang Prabang—, llena de lo que acabábamos de comprar en el mercado. En la mano, el hatillo donde habíamos metido sus mudas de ropa y lo poco que yo no había vendido. Sin decir una sola palabra, se sentó en el suelo y deshizo el nudo del paño. Con la misma eficacia con la que lo hacía todo cuando no estaba echándose la siesta, empezó a meter su ropa en la bolsa de la comida.

—¿Qué haces? —pregunté. Como respuesta, Kun me tendió el hatillo, nuevamente anudado.

—Adiós, Sang —dijo en lao. Se echó la otra bolsa al hombro y se puso el último en la fila para subir al barco.

Lo único que me quedaba en el mundo cabía en aquel pedazo de tela gastada, que pesaba bien poco. Quizá debería haberle pedido lo que quedara del dinero de lo que yo había vendido, pero Kun me había cambiado los paños húmedos de la frente durante cuatro noches seguidas. Además, sospechaba que no sería mucho. No había querido desprenderme de las gafas de sol y ahora me alegraba, porque ocultaban la humedad de mis ojos.

Liên seguía hablando de lo mucho que se alegraba de que Hina nos hubiera presentado, de lo divertido que sería tener a una amiga cerca y de lo sola que se habría quedado cuando Hugues Baudin volviese a Francia si yo también me hubiera marchado.

Qué gran contraste con el silencio armonizado por los rugidos del motor en el viaje en coche desde Vang Vieng del que me parecía que hubieran transcurrido siglos.

—Ya lo verás —decía—. Te conseguiremos un buen trabajo cerca de casa y cenaremos juntas todas las noches. Será como antes, ¿te acuerdas? Cuando venías a verme y charlábamos sin parar. ¡Solo que ahora no tendrás que correr para volver a casa antes que tu padre! Ay, solo nos faltará Giang para que todo sea como antes.

Y de pronto el hatillo se volvió muy pesado. O quizá no era el hatillo, sino la culpa; no, no tendríamos a Giang, sino a su hijo, que crecía más y más cada día, alimentándose de mí, obligándome a irme

de mi casa y a instalarme con una muchacha de la que ya me había aprovechado en el pasado. Forzándome a buscar un trabajo para tener qué comer si quería seguir conservando los cristales que me protegían los ojos, demasiado claros para el sol inclemente de Indochina.

—Gracias por invitarme a que me quede —me obligué a decir.

Liên sacudió la cabeza, y con ella las puntas del pañuelo con el que se anudaba el cabello.

—¡Tengo tantas cosas que contarte! Precisamente, el otro día recibí una carta de Giang.

Llegados a aquel punto, debería haber intentado cambiar de tema. Haber incluido en la conversación a Baudin, que llevaba un rato asintiendo a lo que Liên decía sin aportar mucho de cosecha propia. Diablos, podría haberlo imitado: seguro que, si hubiera dejado que Liên continuara, ella habría terminado por saltar a cualquier otro asunto, como llevaba haciendo desde que nos habíamos encontrado. Habría sacado el tema de nuevo más tarde, sin duda. ¡Quizá hasta me habría enseñado la susodicha carta! Y para entonces habría sido demasiado tarde y habría dado lo mismo.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué decía? —pregunté, sin embargo. Y estoy segura de que no conseguí enmascarar ni lo más mínimo la bola de ansiedad, del tamaño de un apestoso durián, que se instaló en mi estómago, muy cerca de donde engordaba el bebé, al pensar que, quizá y solo quizá, también podría haber una carta suya esperándome en Luang Prabang. Una carta que no recibiría nunca, porque no pensaba volver. Hasta era posible que papá la hubiera remitido a Nagoya.

—No mucho, porque la envió desde Marsella al poco de desembarcar. Pero por lo menos ahora sé que llegó bien, aunque dice que el viaje fue bastante desagradable. Ya sabes cómo son estas cosas… No sabía por cuánto tiempo, pero parece que iban a llevar a los trabajadores a unas instalaciones cerca de allí para empezar a organizarlos. ¡Por lo visto hace un frío terrible allá en Francia!

—Ah, el viejo invierno francés. Duro de pelar, ¿verdad, Fred? —De todos los momentos que Baudin podría haber escogido para reincorporarse a la conversación, este era sin duda el más inoportuno.

—¿Y no decía nada más? —Casi podía ver a Nounou sacudiendo la cabeza por mi tremenda grosería.

—No mucho, la verdad. Se nota que iba con prisas. Decía que volvería a escribir, sin embargo, cuando tuviera una dirección permanente. Y que me echaba mucho de menos y esperaba que la guerra acabase pronto para que podamos casarnos por fin. Vamos, lo normal.

El hatillo se convirtió en un elefante. Lo dejé caer y hasta lo

escuché barritar.

O quizá era el eco de las calenturas de Vang Vieng, que me abrazaban desde atrás y me mordían las orejas.

—¿Fred? —Liên se agachó y rescató al bebé quejicoso del suelo de tierra. Cuando me lo tendió recordé que solo era ropa, que no lloraba. ¿De dónde venían los sollozos, pues?

Los mangos amarillos que había evitado a toda costa en el mercado bajaban flotando por el Mekong: unos chiquillos harapientos estiraban sus manos oscuras, sucias, para recogerlos desde la orilla.

Liên me agarró el brazo y me devolvió al presente.

—¿Te encuentras bien?

Recogí mi maltrecha máscara de Otoha de la esquina recóndita donde la lluvia de mangos la había enterrado. Me enjugué las mejillas húmedas con el dorso de la mano.

—Sí —conseguí decir cuando controlé de nuevo mi respiración.

—Conozco a un médico que vive cerca de aquí… —Baudin empezó a guiarme lejos del agua y de los barcos.

—No será necesario. Todo va bien —insistí. Repasé las caras bajo la fila de *kup*; Kun ya no era el último.

—De todas formas, será mejor que vayamos a casa. Te encontrarás mejor en cuanto hayas descansado un poco. —Aparté la mano solícita de Liên, pese a que sabía que solo intentaba ayudar.

Reprimí una náusea y me aferré con fuerza a mi hatillo.

—Espero que volvamos a vernos —mentí. Incliné la cabeza, pero no junté las manos para el *nop*. Y corrí hacia Kun, como un adicto hechizado por el olor del opio.

Me coloqué a su lado en la fila, ganándome una mirada de desprecio del padre de familia que estaba justo detrás. Kun alzó una ceja.

—Giang quiere casarse con Liên —susurré, al cabo de un rato, ante su pregunta muda. Me giré para comprobar que ni ella ni Baudin podían oírnos, pero no los encontré donde los había dejado. ¿Se habían marchado ya, sin esperar siquiera a que subiéramos al vapor? —. Si Sang quisiera volver a viajar contigo, ¿sería posible que todavía fuéramos amigos?

—Parece que mi amiga no-francesa Sang tiene amistades ciertamente peculiares.

—Liên es amiga de Hina y Giang era amigo de Liên. —O algo más que amigo, aunque nunca había parecido importarle cuando estaba conmigo.

Para mi sorpresa, Kun asintió y volvió a mirar al frente, como si acabara de darle la explicación más satisfactoria del mundo.

—¿Qué? ¿Qué es lo que pasa? —pregunté ante su silencio.

Kun rio y se ajustó la bolsa colgada a los hombros.

—Quién lo habría dicho: el elefante resultó ser el animal más ignorante de toda la jungla.

—Pero ¿por qué? —Dimos un paso adelante cuando la cola avanzó.

—Hina es comunista. Y probablemente los dos anamitas y ese francés de la barba también. Es más, diría que estaban intentando convertirte, aunque parece que no tuvieron mucho éxito.

—¿Hina? ¡No! Pero si lleva trabajando en casa desde que era una niña… ¿Quién te ha dicho algo así?

Kun volvió a reír. Cuando lo hacía, los ojos de Nounou prácticamente desaparecían y lo que quedaba era todo Kun. Nounou nunca había sonreído mucho.

—La propia Hina.

Avanzamos otro paso. Me aparté el flequillo sucio y sudoroso de la frente. Había perdido la oportunidad de comprarme un *kup* como el de Kun en el mercado.

El agua del río bajaba manchada de tierra y Hina estaba muy lejos, en Luang Prabang.

—Oye, Kun. No se habrá vertido antes un cargamento de mangos de un barco ni nada parecido, ¿no?

Kun negó con la cabeza, pero me miró como si entendiera.

8

Cuando le había prometido a Kun que aguantaría todo lo que el viaje nos deparase, que no me quejaría y que aprendería a ser útil, no había contado con las barcazas.

El vapor estaba siendo también bastante terrible por méritos propios, por supuesto. No creía que pudiera llegar a acostumbrarme nunca a tener que hacer mis necesidades en un cubo y a la vista de todos, y por si fuera poco Kun parecía ambicionar el puesto de campeón nacional del molesto deporte de querer entablar amistad con todo el mundo. Lo cual, inevitablemente, me arrastraba a conversaciones que podían tornarse en extremadamente incómodas por dos motivos bien diferentes: o bien sus interlocutores me ignoraban por completo hasta que les demostraba que hablaba lao —y más de una vez me negué a hacerlo, por una cuestión de puro orgullo y porque no necesitaba la aprobación de aquella gente, faltaría más—, o bien, por el contrario, se deshacían en halagos y sonrisas, esperando quizá unas limosnas que ni quería ni podía darles, o me avasallaban con preguntas demasiado personales que no me sentía cómoda respondiendo. Y lo peor era que, cada vez que intentaba pedirle ayuda a Kun para escapar del repetitivo «¿Y tu marido te espera en Savan?», este infaliblemente había aprovechado para echarse una siesta, por descontado con el *kup* oscureciéndole los ojos. Conveniente en extremo, me habría atrevido a decir.

Así que casi casi salté de alegría cuando, después de días y días en aquel barco infernal, sin haber podido bañarme desde la pesadilla que había sido el retraso de Paksane —a algún iluminado se le había ocurrido la genial idea de subir al barco una cesta entera de durianes, con el consiguiente castigo para las narices de todos los presentes, y tuvieron que ir a buscar a la autoridad competente para que lo echara de allí, pero dicha autoridad había conseguido esconderse con gran acierto bajo unas telas en un fumadero de opio, y para cuando consiguieron resolver el oloroso problema habíamos sufrido más de veinticuatro horas de tortura— y con picaduras de mosquito hasta en los lóbulos de las orejas —nunca pensé que extrañaría los sarpullidos que una vez me causaron unos pendientes, que habían sido como una caricia comparados con estos picores—, nos pusieron en fila para bajar a tierra.

—Pensaba que Savannakhet sería más… grande —se me ocurrió comentar ante la visión poco acogedora de las barcazas enclenques. Una señora pescaba sentada en una precaria estructura flotante que copiaba la ingeniería de las pocas casas que se veían en la orilla; estas, asentadas sobre palos clavados directamente en el lecho del río, parecían demostrar que el que las construyó se había quedado sin sitio en la orilla y había tenido que edificar justo encima del muelle. La caña de la señora se dividía en cuatro antes de tocar el agua y ella vigilaba atentamente las cuatro esquinas de su trampa, al acecho de sus presas.

Kun rio con ganas: empecé a molestarme cuando se le saltaron las lágrimas.

—Dicen los sabios que una bandeja llena de dinero no vale tanto como una mente llena de conocimiento.

—¿Todos los proverbios que sabes sirven para reírte de mi ignorancia?

—No culpes al búfalo si tu valla está rota, y no culpes a los mosquitos si tu camisa está abierta.

—Déjame adivinar: también lo dicen los sabios. Pues mi ropa está perfectamente, gracias, y la culpa la tienen claramente los agujeros del tamaño de puños en esas mosquiteras que nadie se ha molestado en cambiar desde que Pavie exploraba los lagos de Camboya.

Kun sacudió la cabeza y guardó silencio hasta que bajamos del vapor por una pasarela. El resto de los pasajeros empezó a dispersarse por las casas, como si supieran exactamente adónde tenían que ir.

—No estamos en Savan todavía. Hoy dormiremos en esta aldea y mañana seguiremos el viaje. El vapor no puede hacer todo el camino. —Fue entonces cuando me señaló las barcazas. Serpientes de madera con una tabla por toda ilusión de techo, que se reían también de mí con su danza burlona sobre el Mekong.

Pero no había llegado hasta allí para dejarme vencer por una estúpida barcaza, de modo que apreté los dientes y asentí.

9

—¿Crees que podremos encontrar un buen estofado de ternera en algún lugar de Savan?

Resultó que la verdadera ciudad de Savan —Savannakhet, oficialmente— era bastante parecida a Luang Prabang; casi esperaba reconocer a alguno de los monjes que, enarbolando sus escobas con energía, se afanaban por barrer las entradas de las estupas. Me convencí por un momento de que no me habría importado encontrarme con el ceño fruncido de papá bajo el sombrero de alguno de los franceses que nos cruzamos por la calle, aunque hubiera significado tener que volver a pasar por el martirio de navegar por el Mekong.

Pero entonces recordé que no estaba sola, que tenía una buenísima razón para haberme alejado tanto de casa, y que habíamos dejado a Sukenori tomando el sol entre los mangos. No podía volver, ni siquiera por la promesa de la *blanquette* de Boupha.

—Es posible —respondió Kun señalando sin embargo el rótulo a pintura blanca de una pequeña tienda en la acera de enfrente. Nunca había aprendido a leer lao, pero como no había traducción alguna al francés, deduje que no sería precisamente un restaurante dirigido a los funcionarios del Gobierno.

—¿Y por qué no lo buscamos, entonces?

—Porque no conocemos la ciudad, nos conviene encontrar un coche a Pakse cuanto antes y todo se encuentra más fácilmente con el estómago lleno.

—Llevamos comiendo comida laosiana desde que salimos de Luang Prabang —observé mientras le seguía al cuchitril que se escondía bajo el letrero de marras.

—¿No te gustan los fideos?

—¿Por qué no podemos comer algo diferente de vez en cuando? Aprovechemos ahora que estamos en una ciudad grande… —Pero Kun ya se había metido dentro de la tienda, que resultó ser exactamente como la había imaginado: una mujer laosiana de labios gruesos, cuatro tarimas de ratán recostadas sobre la pared desnuda y un fortísimo olor a hierbas.

Kun pidió dos cuencos de *feu* y colocó una de las tarimas en el suelo, sin dejar de charlar con la mujer. No volví a dirigirle la palabra

hasta que tuvimos los fideos delante y, ante la pregunta de la mujer, Kun pidió cuatro guindillas para su caldo. Yo solo tomaría una.

—¿No estás exagerando un poco?

—La gracia del *feu* es que esté picante.

La mujer nos había dejado un gran plato con verduras y condimentos para aderezar nuestros cuencos. Kun había añadido tantas cosas que sus fideos parecían atemorizados de asomarse por entre las hojas de albahaca y menta, no fuera que terminaran regados con el zumo que se afanaba en exprimir de una lima.

—Si tantas ganas tenías de comer *feu*, podrías haberlo dicho. —Prudentemente, añadí una pizca de cada cosa, sin ahogar a mis pobres fideos.

—Si tantas ganas tenías de comer comida francesa, podrías haberte vuelto a Luang Prabang. —Casi esperaba que se le saltaran las lágrimas al probar el caldo que tan violentamente había ultrajado, pero su expresión de puro placer me hizo chasquear la lengua.

—¿Se puede saber qué te pasa? Ya hemos hablado de esto. No puedo volver.

—En mi aldea solo comemos comida laosiana.

—¡Precisamente por eso! Me gustaría tomar una *blanquette* ahora que tengo la oportunidad.

Durante un rato, comimos en silencio, hasta que una pareja de ancianos llegó y llenó el local con su conversación absurda sobre gallinas —hablaban demasiado deprisa como para que pudiera entenderlo todo— antes incluso de haberse acomodado en otra de las tarimas. Kun debió de molestarse por mi mohín de disgusto, porque sacudió la cabeza y me miró durante un rato antes de murmurar:

—Lástima que seas como todos los demás.

Resoplé y empecé a beber el caldo directamente desde mi cuenco, como había visto a la gente hacer en los mercados, con toda la dignidad que podía tener después de llevar prácticamente dos semanas sin acceso a nada que se pareciera mínimamente al jabón.

—¿Y qué se supone que quieres decir con eso?

—Usted piensa que es mejor que esos ancianos porque lleva zapatos y ellos van descalzos. —Sorprendida, porque me había hablado en francés y por el obvio tinte desdeñoso de su voz, dejé el cuenco vacío sobre la tarima—. Piensa que la comida francesa es mejor que la laosiana solo porque es más cara. Al final, no es usted más que una niña caprichosa, que cree que sabe tomar decisiones por sí sola, pero que espera que los demás la salven cuando no le gustan las consecuencias. Quería quedarse con su amiga anamita hasta que descubrió que también ella guardaba un secreto y decidió que no era

de fiar.

—¡No podía quedarme con Liên después de saber que era comunista! —Hice un esfuerzo por mantener el tono de voz por debajo de la discusión de los dos ancianos.

—¿Por qué no?

—¿Cómo que por qué no? ¡Pues porque es peligroso! —El francés sonaba ajeno en mi boca, como si la Fred que solía hablarlo se hubiera quedado atrás en el camino, con los vestidos de seda y las joyas de cristal—. ¿No has oído hablar de los ataques a las fábricas? Esa gente solo está interesada en destruir cosas, en atacar a la gente. ¿No sabes que Stalin es un aliado de Hitler? No podemos…, ¡no podemos fiarnos de los comunistas!

—Pero se fiaba de Liên antes de saberlo, mademoiselle. Igual que se fio del otro anamita, el que las engañó a las dos y se largó después de dejarla preñada.

De pronto me vi de nuevo en el estudio de Villa Noël, en Luang Prabang, frente a papá y a Sukenori —antes de que los mangos se cayeran de la cesta rebosante—, cuando pensaba que me saldría con la mía si ganaba la discusión. Pero nunca se me había permitido ganar, ni siquiera ahora que había conseguido irme lejos. Nunca había sabido, tampoco, manipular una conversación como lo hacía papá.

Sin embargo, en mi inocencia, había pensado que Sang no tenía que preocuparse por descubrir las mentiras detrás de las sonrisas falsas. Sang había pensado que estaba a salvo, porque Kun tenía los ojos de Nounou y ninguno de los dos me había rehuido nunca la mirada. Pero Sang no existía, claro, así que daba igual lo que yo hubiera creído.

¿Por qué me dolía tanto, entonces, que Kun volviera a llamarme «mademoiselle»?

Intenté imaginarme que era papá el que estaba frente a mí. Papá, al que odiaba un poquito desde que me había dicho que me enviaba a Japón como moneda de cambio para asegurar sus negocios por si perdíamos la guerra. Papá, y no Kun, el que me miraba como si acabara de clavarle un puñal afilado por la espalda. ¿Esta sería la cara que habría puesto papá si le hubiera dicho que estaba embarazada antes de irme?

—¿De qué me estás acusando, exactamente? ¿De haber confiado en Giang?

—No solo en Giang. También se fio del japonés e igualmente de mí.

¡Él había estado conmigo en aquel horrible coche cuando Sukenori había empezado a decir todas aquellas cosas!

—¡No me fiaba de Sukenori! ¿Y qué es eso de que confié en ti? ¿No debería haberlo hecho? ¿Qué clase de persona dice algo así?

—No sabe nada de mí.

—¡Claro que sí! Hemos viajado juntos desde Luang Prabang; sé que te gustan los proverbios y que eres un perezoso irremediable. Y se te da bien regatear.

Los labios de Kun se partieron en una sonrisa cáustica.

—¿Eso es todo?

—¡Eres el nieto de Laya! ¿Cómo no voy a confiar en ti? —En algún momento, los ancianos habían dejado de hablar sobre gallinas. Enrojecí, quizá porque sentía sus miradas estudiándome, juzgándome, y muy a mi pesar agradecí que Kun hubiera decidido tener esta conversación en francés.

—No debería, mademoiselle. Solo por ser familia de una persona que se ocupó de usted cuando era niña, porque trabajaba en su casa, no significa que mi intención no fuera robarle todo lo que llevaba y dejarla tirada en medio de la jungla en cuanto nos alejáramos de la ciudad.

Un escalofrío me recorrió la espalda. Recordé, muy inoportunamente, todas esas veces que me había maravillado de la agilidad y fuerza de Kun cuando había cargado con nuestros bultos o se había subido de un salto a un coche. No le costaría mucho deshacerse de mí. Nadie más sabía que estábamos aquí.

—¿Es eso lo que vas a hacer? —Para mi sorpresa, no me tembló la voz.

—Quizá debería.

—¿Por qué?

—Para darle una lección.

—No tengo nada de valor.

—Ya lo sé. Me lo dio todo en Vang Vieng. —Tragué saliva.

—Si era tan fácil —dije—, ¿por qué no lo has hecho antes? ¿Por qué no me has dejado tirada en medio de la jungla hasta ahora?

—Porque pensaba que mi amiga no-francesa Sang era diferente. Pero resultó que después de todo sí que era francesa.

—No —protesté—. Nací aquí. Soy tan laosiana como tú.

Kun ladeó la cabeza.

—Los laosianos no comemos estofado de ternera si no tenemos dinero para pagarlo.

—¿Todo esto es por el estofado de ternera? ¿Por qué estás intentado asustarme?

Una sonrisa de verdad, y por un instante el Kun que yo conocía volvió. Inspiré hondamente.

—¿Está asustada, mademoiselle?

—No —mentí.

—El mundo no es tan simple. No por ser nieto de alguien a quien conocía tengo por qué ser buena persona. No por ser comunista tiene su amante que ser un rufián.

—¡Pero lo es! Él no sabía que estaba embarazada cuando se fue, pero lo es. Y tú eres una buena persona. Si hubieras querido aprovecharte de mí, ya lo habrías hecho —insistí.

Kun suspiró.

—Mi plan —comenzó, desgranando las palabras como quien escupe las semillas de una rodaja de sandía— era robarles a usted y al japonés antes de llegar a Annam, vender sus cosas y escapar con el dinero.

Resoplé, esforzándome por no mirarlo mientras intentaba controlar el rubor de mis mejillas. La cuchara que descansaba en mi cuenco vacío tenía el mango un poco sucio; me pregunté cuándo habían dejado de importarme ese tipo de cosas.

En aquel momento, quizá porque era muy consciente de que los ancianos seguían bien pendientes de lo que decíamos —y porque no tenía modo de saber hasta qué punto entendían—, me afectó relativamente poco lo que Kun acababa de decir. Tal vez me enfadaría un poco más tarde, aunque para eso tendría que decidir si me molestaba más la falta de lealtad de Kun hacia su patrón —que no dejaba de ser papá— o el hecho de que él había tenido un plan para escapar de Sukenori y yo probablemente me habría dejado arrastrar hasta Japón.

—¿Y por qué no lo hiciste? ¿Por qué me ayudaste entonces? ¿Por qué no te marchaste con todo? Podrías haberme dejado atrás, podrías… —me interrumpí. ¿Me había equivocado tanto con Kun como con Giang? ¿Otra vez, justo después de jurarme a mí misma que no caería de nuevo en la misma trampa había depositado toda mi confianza en la persona equivocada?

Tal vez tendría que haberme quedado con Liên en Vientián. Tal vez…

—No habría llegado usted muy lejos —dijo Kun con un brillo burlón en los ojos.

Se me revolvió el estómago lleno al pensar en los mangos caídos en la carretera.

—¿Eso crees? —protesté sin mucho énfasis porque él tenía razón.

—Sí —rio—. Además, no podría haber vuelto a mirar a mi abuela a la cara si me hubiera marchado sin saber si estaba usted a salvo. Pero ¡nunca habría imaginado que tendría que cargar con usted todo el

camino!

Kun apretó los labios y sacudió la cabeza, como juzgando prudente no añadir nada más. Pero ya estaba todo dicho: Kun nos había salvado la vida, a mí y a mi bebé, y yo no le había dado ni las gracias. Tampoco tenía dinero con que pagarle, de modo que me tragué mi orgullo y le ofrecí lo único que podía.

—La próxima vez —dije en lao— tomaré mi *feu* con dos guindillas.

Kun dejó que la sorpresa coloreara su rostro por un instante antes de dedicarme una sonrisa. Me sentí tan satisfecha como si hubiera subido siete veces el monte Phousi. Igual de cansada también.

—¿No será demasiado picante para un paladar tan francés como el tuyo, querida Sang?

—Creo que quiero dejar de ser francesa —respondí medio en broma medio en serio. ¿No era lo que acababa de decir algo así como traición, ahora que estábamos en guerra? Pero el anciano, que ciertamente cuando me fijé no llevaba zapatos, pidió más limas a voces, y me dije que la guerra y mi hermano Jacques quedaban demasiado lejos como para que importara lo que decía en el pasaporte que rocé con los dedos cuando escarbé en mi bolsa en busca de piastras para pagar el almuerzo.

Kun rio.

—El gato no puede convertirse en tigre, por mucho que lo intente.

Pese a que me había puesto las gafas, el sol me cegó en cuanto salimos a la calle. Un conductor de *pousse-pousse* descansaba a la sombra de su vehículo vacío; Kun se acercó y le preguntó si sabía cómo conseguir un coche hasta la ciudad de Pakse.

10

Kun no había mentido cuando me dijo que el viaje sería agotador.

La única diferencia entre el trayecto en coche desde Savannakhet a Pakse y el que habíamos hecho ya de Vang Vieng a Vientián fue que esta vez éramos cinco pasajeros en lugar de cuatro —además del conductor—, y que ningún periodista extranjero me cedió el honor del asiento junto a la ventanilla. Durante largas horas me vi embutida entre Kun y una mujer laosiana que me preguntó no menos que tres veces si me habían robado durante el viaje.

Kun, por supuesto, se había quedado dormido nada más entrar en el vehículo. Poco más podía hacer yo que acurrucarme junto a él cada vez que un bache de la carretera me hacía pensar en mangos maduros y rezar cuando cayó la noche por que los ojos de nuestro conductor fueran lo suficientemente agudos como para adelantarse a las curvas que la luz tenue de los faros apenas dejaba adivinar.

—¿Falta mucho? —susurré junto a la oreja de Kun, sin esperar que me respondiera, solo porque no me atrevía a cerrar los ojos, no fuera que Sukenori me esperara al abrirlos de nuevo.

Ahogué un respingo cuando algo me rozó la mano. Los dedos de Kun, diestros en la oscuridad, desengarzaron los míos de la férrea tenaza en la que los tenía aferrados a la falda.

—No mucho —me dijo, también en voz baja.

Me esforcé en acompasar la respiración al ritmo de los círculos que su pulgar me dibujaba en la palma sudorosa hasta que, por fin, llegamos a Pakse.

11

Después de Pakse, la última ciudad de nuestro viaje, nos esperaba la jungla.

—Pensaba que lo peor serían las barcazas —comenté, sin dejar de caminar, tras horas esquivando raíces inmensas. Quizá tendría que haber aprovechado para, todavía en la ciudad, mientras Kun compraba unas cantimploras con las últimas piastras que nos quedaban, cambiar mis sandalias por calzado más apropiado.

Kun no respondió, porque, justo entonces, nos topamos con el elefante.

—¡Es un elefante! —exclamé—. ¡Es de verdad, Kun!

Lo montaban dos jóvenes; por sus ropas y su lao desvaído deduje que no eran étnicamente laosianos. Kun me miraba con una mueca que o bien significaba que necesitaba hacer una excursión detrás de los arbustos, o bien estaba intentando reprimir una carcajada. Intuí que era esto último, y que, si no lo hacía, era por no avergonzar a los dos muchachos al reírse abiertamente de mí. Ellos también parecían estar luchando por contener la risa.

La chica bajó del animal y me sonrió. Era muy guapa, aunque le faltaba medio incisivo izquierdo.

—¿Es la primera vez que ves un elefante? —me preguntó.

El muchacho me invitó a acercarme más, pero aquella criatura inmensa y vieja me estaba mirando con un ojo oscuro y profundo bajo las pestañas larguísimas. Decidí, por tanto, haciendo gala de una prudencia que no sabía que tenía, guardar las distancias, aunque no podía dejar de admirar lo grande que era y cuán majestuosamente agitaba las orejas.

Kun, entretanto, demostrando una vez más sus proverbiales dotes para dilatar conversaciones con perfectos desconocidos, aun cuando no hablaban el mismo idioma, empezó a contarles una historia de lo más peculiar, que tenía como protagonista principal a su abuelo, del que nunca había oído hablar —¿no sería el marido de Nounou?—, y que por lo visto había ayudado una vez, hacía muchos años, a un elefante con una pata herida. Ellos nos contaron que eran hermanos y que viajaban a la aldea en la que habíamos dormido Kun y yo dos noches antes. La muchacha iba a casarse con un joven al que había conocido en Bassac en el último Pi Mai.

Y tan ensimismados estábamos todos, los dos hermanos con su historia y yo observando muy atentamente al elefante, no fuera que se me acercara por sorpresa mientras estaba distraída dando un sorbo a mi cantimplora, que no nos percatamos de que nos atacaban hasta que fue demasiado tarde.

El primer tiro alcanzó al hermano.

Por un momento, el muchacho se quedó allí, quieto, con las piernas todavía enganchadas al cuello del elefante. Y con un río rojo floreciéndole en la frente.

Hasta que el cuerpo cayó.

Grité.

Me giré a toda prisa, en busca de la fuente del disparo. Tenía que encontrarla antes de que aparecieran los mangos.

El elefante barritó, la muchacha le daba instrucciones en una lengua extraña. ¿Qué hacía? ¿Por qué no iba a ayudar a su hermano muerto? Quise advertirla, pero me salió en francés.

Entonces algo se movió por entre los troncos.

Una camisa del mismo color que las hojas, el reflejo peligroso del sol en un cuchillo.

Noté un dolor agudo en la parte posterior de la cabeza cuando la culata del rifle golpeó la nuca de Kun. Tardé un segundo en comprender que era porque también me habían golpeado a mí.

Caí al suelo. Eran dos hombres, uno pisó mis gafas de sol. Deseé que los cristales negros se le clavaran en la planta de los pies a través de las botas. El otro utilizó el *sinh* de la muchacha, a la que acababa de apuñalar, para limpiar la sangre de su cuchillo.

¿Estaba perdiendo la consciencia o era alivio lo que sentía al alegrarme de que no me hubieran acuchillado a mí en la barriga, porque llevaba dentro el bebé de Giang?

—Ya lo tenemos —dijo uno de aquellos dos demonios. Sus pisadas crujientes se acercaban al elefante.

Otro barrito.

—¡Sujétalo bien!

—¡Este es bueno! ¡Mira qué colmillos!

¿Los entendía porque hablaban en francés o era lao?

No me habían apuñalado, pero nada les impedía darse la vuelta y hacerlo. No podía dejar que mataran al bebé. Era lo único que me quedaba. El bebé y Kun.

Intentando hacer el menor ruido posible mientras ellos lanzaban cuerdas por encima del cuello del elefante, giré la cabeza hacia donde Kun había caído. Tenía los ojos abiertos.

No se movía.

Se me llenaron los ojos de lágrimas. ¿Era demasiado tarde?

—Pero ¿qué hace? ¡Joder!

—¡Tira más fuerte, venga! ¡Que no se escape!

Kun parpadeó.

Enfocó la vista, me estaba mirando.

Oía el forcejeo del elefante, que chocaba contra los árboles en su intento de escapar, pero no podía apartar los ojos de Kun.

Este se incorporó, despacio. El elefante barritó y su grito desató una algarabía de chillidos y gorjeos irritados.

Kun asintió ante mi pregunta muda.

Me levanté y echamos a correr.

—¡Están vivos!

—¡Pues ve detrás de ellos, pedazo de imbécil!

Espantábamos a los pájaros a nuestro paso, o quizá fuera el elefante que, con sus bramidos desesperados, nos pedía ayuda.

Posiblemente fuéramos dejando el más obvio de los rastros. Pero no había tiempo para pensar o para escondernos.

Solo podíamos correr.

Aunque a cada zancada sintiera que la cabeza me iba a estallar de dolor, aunque las ramas se me clavaran en los brazos, las piernas e incluso a través del vestido. Aunque cada vez que tomaba aire pensara que la náusea ganaría y que me dejaría las entrañas esparcidas por la jungla.

Seguimos corriendo. Creí escuchar un tiro a lo lejos. ¿O estaba justo detrás de nosotros, pero no podía oírlo porque llevaba el corazón martilleándome los tímpanos?

Me daba miedo mirar por encima del hombro, por si me despistaba y perdía a Kun, que iba delante. No podía evitar preguntarme si sabía adónde nos estaba guiando. Igual daba, prefería perderme a acabar muerta, como aquel pobre muchacho, encaramado a su elefante. Como Tokihiko Sukenori, olvidado en una curva de la carretera.

Los pulmones podrían haberme explotado —de hecho, estaba segura de que lo harían de un momento a otro— y no habría parado de correr.

No se oían voces. El elefante hacía tiempo que había callado.

Solo nuestras respiraciones frenéticas, y la jungla.

¿Era esto lo que sentiría Jacques cuando Hitler atacara y lo mandaran a la guerra? ¿Era esto lo que sentían las gallinas cuando las perseguían para desplumarlas y cocinarlas?

Por fin me detuve cuando Kun, que iba unos pasos por delante de mí, cayó al suelo.

12

—¿Estás bien? —mascullé sin aliento. No se levantaba.

El *kup* le tapaba la cara. Corrí hacia él.

Cuando quise agacharme a su lado, me abandonaron por fin las fuerzas y me dejé caer cual saco lleno de arroz.

—¡Kun! ¿Estás bien?

El corazón me latía más rápido a cada segundo que pasaba sin que me contestara. Gateé para acercarme un poco más, aguantándome las oleadas de escozor al llenarme de tierra los cortes que debía de tener por todas las piernas.

—Sí. —Lentamente, Kun se retiró el *kup* y lo depositó con cuidado en su regazo—. Sí, no es nada —repitió con más firmeza. Con la otra mano se sujetaba la pierna.

—¿Te has cortado? —pregunté. No le adivinaba más que unos pocos rasguños entre las lágrimas de alivio que no sabía cómo detener.

Kun apretaba los dientes y agitó la cabeza un par de veces, como queriendo sacudirse el dolor. Después dijo una palabra lao que no había escuchado nunca.

—¿Qué es eso? ¿Qué te pasa? ¿Qué te duele?

Abrió la boca como para hablar, pero tardó un rato en hacerlo, minutos que pasé clavándome las uñas en la palma de la mano, conteniéndome para no sacudirlo y obligarlo a decirme qué le pasaba.

—El tobillo —dijo en francés, por fin.

El trozo de piel que su *pha-hang* dejaba a la vista parecía normal. Descarté que le hubieran disparado, pero no conseguí que el corazón me latiera más despacio. Volví a tragarme una náusea antes de preguntar:

—¿Te lo has torcido?

—Eso creo. —Se arrastró como pudo hasta el tronco de un árbol, contra el que se recostó.

—De acuerdo, ¿qué hago? ¿Qué necesitas? ¿Sabes si hay alguna aldea cerca? ¿Voy a buscar ayuda? ¿Crees que todavía nos persiguen? —Pero no creía que fuera capaz de levantarme de nuevo, aunque aquellos hombres volvieran a surgir de entre las hojas de los árboles. Aunque nos apuntaran con las armas directamente a la cabeza.

Sollocé.

—No… —Me esforcé por concentrarme en la respuesta de Kun.

¿Por qué hablaba tan bajo?—. No sé dónde estamos, Sang —confesó al fin.

—Vale. No pasa nada. ¡No pasa nada! Tranquilo. No puedes andar, ¿verdad?

Aquellos ojos que sabían leerme como si me conocieran de toda la vida, siempre perspicaces y tan llenos de vida, se cerraban muy despacio.

—¡Kun!

Decidí que no era momento para contenerme: le zarandeé el hombro con toda la fuerza que fui capaz de reunir, que probablemente fuera muy poca, porque seguía intentando mantener justo donde estaba lo que fuera que daba volteretas en mi estómago.

Kun parpadeó varias veces.

—¿Qué? ¿Dónde estamos?

—¿Puedes andar? —Asintió. Con demasiado entusiasmo, pues en cuanto intentó incorporarse masculló una maldición y se retractó—. Vale. De acuerdo. —Si Kun no podía andar, no podíamos movernos. Si intentaba alejarme para pedir ayuda, no encontraría el camino de vuelta hasta él. Y probablemente terminara topándome de frente con el elefante y sus nuevos dueños.

Respiré hondo, intentando tranquilizarme. Tenía que concentrarme. Kun dependía de mí.

—No. No, si… si descanso un poco, probablemente podamos seguir dentro de un rato.

Le olía la mentira en el temblor de las aletas de la nariz. Estaba más asustado que yo y eso no era buena señal. Pero asentí; me centré en un solo problema, el que me pareció más urgente, y me dije que después me ocuparía del resto. No era momento para pensar en que estábamos perdidos en medio de la jungla.

—De acuerdo. Voy a vendarte el tobillo, entonces.

Rebusqué en la bolsa hasta encontrar el vestido que el día que habíamos salido de Luang Prabang todavía era blanco. El que en vez de flores parecía llevar mangos bordados. Sin sentir remordimiento alguno, le descosí el dobladillo de un tirón y, tras un nada refinado intento de rasgar una tira de lino con los dientes, claudiqué antes de que se me rompiera la mandíbula y busqué en la otra bolsa la pequeña navaja que creía recordar que Kun llevaba.

Fue entonces, al ver la otra cantimplora entre lo que constituía la totalidad de nuestra despensa, cuando me percaté de que había dejado caer la mía junto al cuerpo de la muchacha muerta.

Un breve vistazo alrededor me confirmó que mi subconsciente no había tenido la conveniente idea de recogerla mientras yo estaba

distraída escapando de los disparos. Maravilloso.

Tomé todo el aire que pude. Al menos teníamos la navaja.

—¿Tienes sed? —pregunté en voz baja espabilando de nuevo a Kun, que, aunque malherido, no parecía querer renunciar a practicar su pasatiempo favorito.

—Estoy bien.

Descargué toda mi furia y frustración en los tajos que le hice al pobre vestido.

—Me alegro. Solo tenemos una cantimplora de agua. —No me atreví a mirarlo a la cara hasta que le hube enrollado, con menos torpeza de la que habría cabido esperar, la venda improvisada alrededor del tobillo y media pierna.

Dormía.

Bien. Siguiente tarea: decidir cuál era el próximo paso.

Los árboles tapaban casi por completo la luz del sol; los troncos juntos y tan abundantes que no se adivinaba camino ni claro alguno que mereciera la pena vigilar por si nos atacaban. De todas formas, bien pensado, daba igual por dónde viniera el peligro: si nos encontraban, no llegaríamos muy lejos. Así que recé un padrenuestro —sorprendentemente, no lo había olvidado— mientras reunía nuestras cuatro cosas lo más cerca posible de donde estaba Kun.

Hasta ahora, hacerle caso había demostrado ser el mejor curso de acción. No era momento de cambiar de estrategia. No había duda de que enfrentarse a los problemas con el cuerpo y la mente descansados era una muestra de gran sabiduría.

Tras usar la bolsa de la ropa a modo de incomodísima almohada, me tumbé al lado de Kun y me dormí sobre la tierra.

13

La hebilla de las sandalias se me clavaba en la piel cuando me desperté sobresaltada. Por un momento pensé que todo había sido una pesadilla y que estaba de vuelta en Villa Noël, en Luang Prabang. Hasta que mi cuello protestó también por la postura en la que lo había forzado y vi a Kun aún dormido a mi lado y lo recordé todo.

Había estado a punto de morir por un elefante.

¿Cómo había podido quedarme dormida? Esos hombres, cazadores furtivos o quienesquiera que fueran, podrían haber seguido nuestro rastro y habernos disparado mientras dormíamos. Y entonces ¿de qué habría servido haber venido hasta aquí?

Apreté los labios con fuerza para contener las lágrimas. No podía dejar que mi bebé muriera en medio de la jungla, antes de ver siquiera la luz del día. Teníamos que encontrar el camino de vuelta y evitar toparnos de nuevo con los cazadores. Teníamos que llegar por fin a la aldea.

Y para eso necesitaba a Kun.

Con una mano temblorosa, lo zarandeé. Sin demasiada fuerza, porque tampoco me quedaban muchas, pero creía recordar que alguna vez había oído que no era conveniente dejar que quienes se hubieran golpeado fuerte la cabeza durmieran durante muchas horas seguidas, aunque no sabía para qué. Igual que tampoco sabía cuánto tiempo llevábamos allí, pero parecía que oscurecía.

—Buenos días, dormilón. Dime que recuerdas cómo hemos acabado aquí.

Tras un instante, lo suficientemente largo como para que el pánico se asentara plácido en mi pecho, la comprensión iluminó su cara.

—¡Sang! ¿Estás bien?

—Sí, tranquilo. Todo está bien. No nos han encontrado, estamos solos.

—¿Qué quieres decir?

—He perdido mi cantimplora —añadí sin mucha paciencia para tranquilizarlo como quizá necesitaba—. Y parece que se está haciendo de noche y no sé si es buena idea que hagamos un fuego. ¿Crees que todavía nos buscan?

Kun se pasó la mano por la cara como para sacudirse el sueño. Miró hacia arriba, hacia el cielo oculto tras las copas de los árboles;

después, estudió detenidamente el vendaje que le había hecho e intentó mover el tobillo. No fue un experimento satisfactorio, a juzgar por su ceño fruncido —al menos, no gritaba de dolor; supuse que era buena señal—. Finalmente, me miró a mí.

—¿Eso implica que sabes hacer un fuego?

La pregunta me pilló totalmente desprevenida.

—¿Tenemos un encendedor?

La risa de Kun me ayudó a tragarme un nudo que no me había dado cuenta de que había estado incubando en la garganta.

—Media caja de cerillas.

—Bueno, entonces es cuestión de juntar un par de ramas y prenderlas, ¿no?

Las chimeneas de las ilustraciones de los libros de cuentos que Jacques me leía a veces cuando niña no eran algo que fuera necesario en absoluto en Luang Prabang.

—Más o menos. Pero tienes razón, quizá no sea prudente encender un fuego esta noche. Aunque eso implica que tampoco podemos cocinar.

—Pero ¿de verdad crees que nos están buscando? —Escudriñé los árboles que nos rodeaban, de entre los que, por supuesto, no emergió nadie para hacernos partícipe de sus planes malvados.

—Creo que eran furtivos, así que no me parece probable. Su objetivo era el elefante, no nosotros. —Aunque habían matado a los dos hermanos.

Me hice sangre al morderme el labio reseco.

—¿Y para qué quieren a los elefantes? ¿Por el marfil?

Kun asintió.

—Puede ser. O para vendérselos al dueño de alguna plantación para trabajar la tierra.

El elefante lloraba mientras nosotros corríamos para salvar nuestra vida. Aquella muchacha iba a casarse y quizá su novio no supiera nunca lo que le había pasado.

Se me estaban revolviendo las tripas; me dije que era el hambre.

Decidí que lo mejor sería cambiar de tema. Estiré los brazos, haciendo que chasquearan todas mis maltratadas articulaciones.

—Está bien. Si no llamamos la atención, no tienen por qué encontrarnos, ¿verdad? Y mañana, cuando haya luz, podremos irnos. Por aquí habrá alguna aldea.

No le contagié mi optimismo algo forzado. Pero tras sopesarlo accedió a que esperáramos hasta la mañana siguiente para movernos.

—¿Te importa traer la bolsa de la comida?

Hasta ahora habíamos conseguido conservar bastante bien las

provisiones que llevábamos, teniendo la suerte de haber encontrado casi siempre alguna familia amable que nos invitaba a comer. Aunque a veces Kun les daba puñados de legumbres a cambio.

Cada vez más sumergido en la penumbra, lo vi sacar el paquete de tela donde guardábamos el arroz. Tomó un puñado y empezó a masticar los granos crudos. Quizá el golpe en la cabeza había sido más fuerte de lo que pensaba.

—Deberías comer tú también —dijo. Las sombras iban engullendo poco a poco su rostro, le abrazaron la barbilla y se sentaron en sus labios gruesos, trepando por el bigote incipiente hasta fundirse con los lunares de sus mejillas.

Con el mismo entusiasmo con el que me metería en la boca un saltamontes vivo decidí arriesgarme y tomé cuatro o cinco granos, antes de que la oscuridad se los llevara también. Como cabía esperar, estaban duros.

Pese a que sentía que estaba comiendo tierra, tomé un poco más. Seguía notando una gran bola redonda de hambre y miedo que me rebotaba en el vientre —era demasiado pronto como para que fuera el bebé reclamando atención, ¿verdad?—, pero supuse que algo habría ayudado.

Cuando agité la cantimplora de Kun, me entraron ganas de llorar al comprobar que ni siquiera estaba llena.

—Bebe un poco —le dije. El arroz debía de haberle dejado la garganta arenosa también a él. Kun solo tomó un buche antes de devolverme la cantimplora. Lo imité.

Me acomodé sobre los fardos, aunque por supuesto no encontré una postura cómoda. Sentía como si un ejército de hormigas me estuviera recorriendo los brazos y las piernas, regodeándose allá donde las ramas me habían herido al atravesar la jungla a la carrera. Probablemente no hubiera hormiga alguna, pero no tenía modo de comprobarlo. No podía permitirme desperdiciar uno de los pocos fósforos que teníamos solo para asegurarme de que los bichos no me devoraran en mitad de la noche.

Nunca antes había dormido a la intemperie. Tenía frío. Me acerqué un poco más a Kun, sin llegar a tocarlo. Ya no viajábamos en un coche atiborrado, así que no podía utilizar esa excusa.

Me pregunté si él se alegraba también de haber llegado vivo hasta aquí. ¿Era una persona tan horrible como yo, que a cada minuto que pasaba me sentía más y más aliviada de que el primero en recibir un disparo hubiera sido aquel pobre muchacho encaramado a su elefante?

—Desde que viajo contigo he visto morir a tres personas —dije de

pronto.

—Yo también.

—Nunca antes había visto morir a nadie. Mi madre murió cuando yo era niña, por… Bueno, por complicaciones en un parto que se adelantó, eso da igual ahora, pero no me dejaron acercarme a su habitación hasta que estuvo enterrada y con la lápida puesta. —Kun no dijo nada. Temí que se hubiera vuelto a quedar dormido, pero cuando giré la cabeza pude adivinarle el brillo de los ojos reluciendo entre las sombras.

Miraba al frente. Tirité, no sé si de nervios o de frío.

—Mañana dormiremos en alguna aldea —me prometió.

—¿Y si no encontramos ninguna?

—Haremos un fuego.

—Vale. —Me acerqué un poco más a él—. Oye, he estado pensando… Creo que, si me hubieras robado, cuando estábamos con Sukenori…, te habría estado agradecida.

—¿Por robarte? —Noté que su pecho se agitaba con la risa contenida. Sintiéndome valiente, apoyé la cabeza en su hombro cálido.

—Sí. Habría sido una oportunidad para pensar un plan para escapar de él.

—¿No habrías ido a Japón? —No me había apartado de su lado. Lo tomé como una buena señal.

—No lo sé. Probablemente sí. No creo que hubiera llegado muy lejos yo sola.

—Puede que tu padre te esté buscando. Alguien habrá encontrado al japonés y nuestros cuerpos no estaban allí. Te buscará.

—A lo mejor piensa que me han capturado unos comunistas. Ya sabes, como cuando pensaba quedarme con Liên.

Esta vez pude oír la carcajada.

—Más bien unos cazadores de elefantes. Van a venderte a un circo para convertirte en una estrella saltimbanqui.

—A papá le daría un infarto.

Cuando las risas murieron de nuevo la oscuridad nos había envuelto por completo.

—Tu amiga anamita, esa Liên… No parecías muy cómoda con ella.

Suspiré. De algún modo, el brazo de Kun había acabado rodeándome. Abrazándome. Una noche en medio de la jungla, probablemente recubierta de hormigas, no parecía de pronto tan aterradora.

—Le mentimos y la utilizamos. Giang y yo. Aunque sea comunista, no se merece que le hiciéramos aquello.

—¿Tan malo fue? ¿Peor que querer robarle todas las joyas?

Resoplé.

—Kun, estoy esperando un hijo de su prometido.

—Si ese hombre no se hubiera ido, ¿qué habrías hecho? ¿Te habrías fugado con él o algo así?

—Él decía que me llevaría de vuelta a Annam. Que Hué y el mar eran los lugares más bonitos de toda Indochina. Decía que solo seguía en Laos porque quería buscar el millón de elefantes de las leyendas, pero que lo encontraría conmigo y podríamos volver a casa. Juntos. Entonces pensaba que era una manera bonita de prometerme que no me dejaría, y mira lo que pasó. O quizá con lo de los elefantes quisiera decir que planeaba predicar el comunismo por las aldeas, o yo qué sé. Ya no sé qué pensar sobre él. Siento que no lo conocía en absoluto.

La tela de la camisa gastada de Kun me raspaba las mejillas, quemadas por el sol.

—Yo tampoco he visto el mar, pero no creo que sea para tanto —dijo él, tras una pausa.

Cerré los ojos.

—Tengo sed.

—Mañana —me prometió Kun de nuevo. No me lo creí.

14

Cuando despertamos, con los dedos fríos y las gargantas resecas, empezaba a presentirse el amanecer. Kun seguía sin poder apoyar el pie, pero insistió en que debíamos empezar a movernos.

De alguna manera, conseguí cargar con nuestras dos bolsas y la mitad de su peso y echamos a caminar hacia lo que estábamos casi seguros de que era el este.

Pronto olvidé los tiritones de la noche anterior; las cascadas de sudor me recorrían la espalda encorvada bajo el peso, el flequillo enredado y sucio se me pegaba a la frente y lo único que me convencía para dar un paso y después otro y otro más era la promesa vaga de que, al final del camino, detrás de estos árboles y de los que vinieran más allá, encontraríamos agua.

Nos bebimos lo que quedaba en la cantimplora en la primera pausa que hicimos, en algún punto de la mañana.

Pero seguimos caminando, porque no podíamos hacer otra cosa. Aunque cuando llegara el momento en el que realmente no pudiéramos más, nos detendríamos y seguramente no volveríamos a levantarnos.

Las hojas nos bloqueaban la vista, las ramas se enganchaban a nuestras ropas, los troncos nos impedían caminar en línea recta y las raíces hacían que tropezáramos con nuestros propios pies.

Cuando volvimos a parar me di cuenta de que me costaba respirar. Me senté y metí la cabeza entre las piernas mientras Kun se aliviaba la vejiga apoyado en un árbol.

—¿Lo oyes? —preguntó entonces.

Alcé la cabeza, apartándome por fin el pelo de la cara con el antebrazo. En algún momento había perdido las horquillas, pero la grasa hizo que se mantuviera lejos de mi frente. Por un instante fui feliz.

Hasta que me concentré en la información que me mandaban mis orejas y ¿sonaba como una fuente?

—¿Te estás burlando de mí? —Me volví, exhausta y furiosa y dispuesta a pisarle el tobillo torcido a modo de venganza por atreverse siquiera a bromear con algo así. Seguía reclinado sobre el árbol, a la pata coja, con el *pha-hang* perfectamente anudado.

—Lo oyes, ¿verdad?

Lo oía. Sonaba como una fuente.

—Vamos. —Retomamos la marcha.

Tuvimos que rectificar el camino varias veces, cuando nos parecía que el arrullo de lo que debía de ser agua se apagaba, oculto siempre tras el rugido de nuestras pesadas respiraciones.

Pero poco a poco parecía que nos acercábamos, y si no era todo una ilusión y finalmente encontrábamos agua, no debía de quedar mucho más.

Lo único que me impidió lanzarme a un charco sucio, que fue lo primero que vimos, fue el brazo firme de Kun, que seguía recostado sobre mis hombros.

—No podemos beber eso —dijo.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Tenemos que encontrar el río. Eso que oímos tiene que ser una cascada y tiene que estar por aquí cerca, ese charco es la prueba.

—¿Qué más da si viene del río? —Los labios rotos me dolían al hablar.

—Mi padre decía que solo es seguro beber el agua del fondo del río, donde haya cantos rodados.

—¿Tu padre es el hijo de Nounou?

—Sí. Murió antes de que yo me fuera a la ciudad.

—¿A Luang Prabang?

—No, antes de eso. Cuando fui al templo y estudié como monje.

Iba a pedirle que me contara más, pero fue en ese momento cuando, por fin, vimos la pequeña cascada, allá al fondo, tras un tapiz de ramas que atravesamos como en un sueño.

Dejé a Kun sentado en la orilla y corrí al agua con la cantimplora vacía. Por supuesto, le hice caso y la llené desde el fondo.

Nada me impidió chapotear en el agua como un vulgar pato una vez que hubimos saciado nuestra sed.

15

Cuando aún vivíamos en Luang Prabang, todos los martes Liên visitaba a sus primos en una casa cerca del Vat Visounnarath.

Cada martes, Giang la visitaba a ella y yo visitaba a Giang; para cuando Liên volvía, nos encontraba tomando el té en el salón, con las esteras recogidas y las sonrisas bien puestas en la cara. Siempre le mentíamos cuando le decíamos que acabábamos de llegar.

Todos los martes reservábamos tres minutos antes de volver a vestirnos para, simplemente, sentir, ya saciados el uno del otro, respirando al unísono mientras en la calle llovía con toda la furia del monzón.

Era entonces, en esos tres minutos a la semana, cuando Giang y yo nos prometíamos todas esas cosas que ninguno de los dos había querido cumplir. Cuando entrelazaba mis dedos pálidos y torpes entre los suyos, callosos; cuando el presente era más importante que cualquier recuerdo o anhelo, cuando me sentía verdadera y auténtica.

Durante mucho tiempo había pensado que esos instantes eran lo único puro que tenía en la vida, especiales porque no habían sido contaminados por las mentiras, que estaban a salvo porque lo único a mano con lo que hubiera podido esconder mi desnudez, de haberlo querido, habría sido la piel tostada de Giang.

En cuanto volvía a ponerme la ropa interior, los encajes empezaban a taparme los lunares y comenzaban los disfraces.

Un día, al doblar una curva había aparecido una señora, encaramada a un artilugio herrumbroso cuya estructura no parecía lo suficientemente firme como para soportar su peso y el de la cesta de mangos que mantenía en precario equilibrio, pedaleando montaña arriba. Y desde entonces había descubierto que esos tres minutos nunca habían estado tan limpios como yo creía, y que probablemente los primos de Liên no fueran siquiera familiares de sangre.

Pero cuando Kun me dijo aquella mañana que solo quedaba media jornada de camino hasta su aldea, me di cuenta de que esa calma que había aprendido a asociar a mis tres minutos semanales de libertad estaba justo ahí.

Hasta entonces, a medida que nos acercábamos a la aldea, cada vez que recordaba que quedaba poco para llegar por fin, notaba un ligero cosquilleo en la boca del estómago. Por una parte, estaba deseando

que se acabaran ya las jornadas interminables de caminatas por la jungla; quería despertarme por la mañana sin tener que pensar que no sabía si al anochecer tendría un lugar en el que dormir, sin tener que masajearme los pies porque por muchos pañuelos que me enrollara antes de calzarme las sandalias seguían saliéndome ampollas. Quería abrazar de nuevo a Nounou y conocer al resto de su familia, de la que Kun me había hablado tan poco. Por otra, me aterraba el hecho de que llegar a nuestro destino implicaría el final del viaje. ¿Cómo sería mi vida en esa aldea extraña, lejos de todo lo que conocía, donde estaba segura de que me encontraría totalmente fuera de lugar? ¿Qué pasaría cuando los meses corrieran y el bebé que cada vez me costaba más apartar de mis pensamientos creciera y terminara por venir al mundo?

Pero allí, en medio de una jungla que estaba empezando a sentir como familiar, me di cuenta de que no tenía razones para estar nerviosa. Porque no estaba sola, porque no estaría sola ni aunque los tres minutos se agotaran.

Porque Kun me había prometido que no me dejaría atrás.

—¿Cómo va tu pierna?

—Aguantará.

Ya el día anterior había insistido en caminar solo, sin mi ayuda, después de que en la aldea en la que habíamos pasado la noche le hubieran ayudado a vendarse mejor el tobillo.

—¿Te importa que paremos un rato?

Pensaba que Kun empezaría a protestar, alegando que estábamos muy cerca y que podríamos descansar cuando llegásemos. Pero se dejó caer en el suelo, sin una palabra; debía de dolerle más de lo que quería dejarme ver.

Resoplé y me senté junto a él. Saqué la hoja de bananera en la que una amable señora nos había envuelto los *khao-tji* que nos había regalado para el desayuno; le tendí a Kun uno de los pastelillos antes de darle un mordisco a otro.

—¿Crees que alguien en tu aldea querrá enseñarme a cocinar?

—¿Así que has hecho todo este viaje solamente para buscar una maestra de cocina?

—¡Pues claro que no! Pero estaba pensando… ¿y si viene alguien como nosotros? Un viajero que necesite una estera para dormir y un plato de comida caliente. ¡Imagínate! Qué vergüenza si no fuera capaz de hacerle nada más que arroz.

Kun sonrió. Se quitó el *kup* para peinarse el cabello corto con la mano. Seguí con la mirada el recorrido que una gota de sudor le hizo desde la sien hasta la línea oscura de la mandíbula.

—Querida Sang, estoy empezando a creer que no mentías cuando

decías que no eras francesa sino laosiana.

—Pero ¿por quién me tomas? —Intenté ocultar el rubor de mis mejillas con otro mordisco, pero estaba segura de que se habría percatado de lo feliz que acababa de hacerme—. Tu querida amiga Sang nunca te mentiría sobre algo así.

—Ah, ¿no? —Ladeó la cabeza. Otra gota de sudor quiso unirse a la primera, pero la detuvo mi dedo en un impulso que mi mente consciente no fue capaz de parar.

Nos quedamos muy quietos: él porque probablemente no se esperaba la caricia, y yo porque no esperaba notar el intenso calor de su piel a través de la yema del dedo. Le recorrí el resto de la mejilla, era muy muy suave. Fascinada con el blanco de los dientes que solo podía entrever a través de los labios entreabiertos, tardé varios instantes en mirarlo a los ojos. Aquellos dos ojos profundos y sabios, que me hicieron tragar saliva al descubrirlos mirándome también, porque me encontré a mí misma en ellos.

Me acerqué más. Kun no se movió.

En un arranque de valentía —¿qué más me quedaba por perder?—, lo besé.

Kun me devolvió el beso, con la misma hambre con la que había devorado el *khao-tji* que coloreaba su aliento.

Dejé el mío a medio comer sobre la hoja de bananera cuando necesité la mano para atraerlo más hacia mí. No teníamos prisa, porque no había visita a primo alguno, ni era martes, ni caía la lluvia sobre los tejados del templo.

Interludio: 1959

—Brindemos.

—¿Por qué?

—Por nuestra vida de mierda.

La espuma se agitó en el estómago de los botellines cuando los cascos chocaron con un sonido profundo, como el de las campanas de las iglesias que, cuando soplaba el viento, llegaba hasta la habitación de Songkham.

Bebieron. A Songkham no le gustaba el sabor amargo de la cerveza, pero sabía agradecer y aprovecharse de una invitación. Y no le apetecía regresar demasiado temprano al cuarto pequeño y vacío en el que dormía, a tres manzanas de la fábrica, triste y frío pese a que tenía una cama para él solo y a través del ventanuco, a veces, se veían pedacitos de estrellas.

—No es tan mala —dijo, porque era verdad.

—Vamos, muchacho. Que no naciste ayer. No me digas que no estarías mejor si tuvieras una casa con estufa y un jodido perro que te saltara encima al entrar.

—No hace tanto frío. —El francés de Songkham seguía siendo bastante pobre, aunque llevaba cerca de un mes viviendo en París. El hombre que bebía a su lado, vestido con un mono azul prácticamente idéntico al suyo, dio un nuevo trago a su botellín. Songkham lo imitó.

—Espera y verás. Espera a que llegue el invierno y verás. Ya vendrás a llorarme, ya… —Y dijo algo en vietnamita, que por supuesto Songkham no entendió. Así que bebió un poco más, porque no sabía qué decir y porque, si tenía la boca ocupada, se le olvidaban por un momento las ganas de orinar.

—Si es que tendría que haberme casado cuando tuve la oportunidad… —dijo el otro sorprendiendo a Songkham con su tono melancólico.

—¿En Vietnam?

—En Luang Prabang.

—¿Viviste en Laos?

—Sí, hijo, sí. Y tenía dos novias.

—¿Y no te casaste con ninguna?

—Una era anamita y la otra, francesa. A la anamita siempre le decía que me casaría con ella, y entonces lo pensaba de verdad. Era lo

que se suponía que debías hacer con una anamita decente. Ella era de Tonkín, y los dos éramos comunistas, aunque no sabíamos lo que era eso. Habría sido bastante perfecto, ¿no te parece? —Songkham asintió y pidió otra cerveza al camarero porque su compañero había terminado la suya—. La francesa… Ya sabes, muchacho. Las francesas son diferentes. —Songkham no sabía, pero asintió de nuevo—. Esta era una señorita, así que tenía que decirle las cosas como se les dicen a las señoritas. Los dos sabíamos que una boda habría sido totalmente imposible, claro, así que le repetía que estaríamos siempre juntos y que era muy guapa. Cosas así. Era realmente guapa, como todas lo son cuando comen bien y no se tiran el día fregando suelos.

—¿Y qué pasó?

—Pues lo que tenía que pasar, muchacho. Lo que tenía que pasar. Que una se metió en el Viet Minh y yo me quedé aquí trabajando después de la guerra. No volví a saber de ella, así que no creo que me eche mucho de menos.

—¿Y la otra? La francesa, ¿no volvió aquí?

—Sí, sí que volvió. A veces hasta coincidimos. Ella me odia, claro. Creció y se dio cuenta de cómo funciona el mundo. ¿Y sabes qué es lo peor? —Songkham negó con la cabeza mientras el otro bebía y lo taladraba con una mirada profunda y vidriosa a la vez—. Que las dos, la niña francesa y la guerrillera comunista, ¡eran amigas! Cuando volví a verla por primera vez (a la francesa, digo), ¡ah! Estaba furiosa. Me llamó de todo, me dijo que era un sinvergüenza por haberlas dejado a las dos en Indochina cuando me vine. Tendrías que haberlo visto.

Songkham no sentía deseo alguno de ver a una señorita francesa insultando a un trabajador vietnamita.

—No sabía que las señoritas francesas podían ser amigas de las guerrilleras del Viet Minh. ¿No hay algo antinatural en todo eso?

—Quizá. Antes era diferente. Además, esta mujer era… ¿Cómo te explicaría, si no la has visto nunca? Nació señorita, pero no sabía serlo. Me dijo… —se interrumpió por una carcajada que se transformó en tos. Bebió un trago para relajarse la garganta—. Me dijo que era un cobarde y que su maravillosa y flamante amiga era mucho más valiente de lo que yo lo sería nunca. ¿Qué te parece eso? Tiene razón, supongo.

—Vaya —dijo Songkham, a falta de nada mejor que añadir.

—Se casó con un hijo de puta, como todos los franceses.

Songkham miró de soslayo al grupo que, a pocos pasos de ellos, bebía también apoyado en la barra. Todos eran franceses, pero por suerte ninguno parecía estar prestándole atención a su conversación.

—¿La quieres todavía? —preguntó.

—No se trata de querer, chaval. Que estás muy verde. Querer es cosa de mujeres. —Songkham se acordó de su padre, que siempre le había hablado de su madre ausente con palabras tan llenas de sentimiento; decidió que este hombre no podía estar nada más que terriblemente equivocado. Sintió lástima por él.

—¿Y crees que ella te quiere todavía?

La carcajada rota de su compañero resonó por la taberna.

—No sé si me quiso alguna vez —confesó bajando la voz—. Ella quería rebelarse contra su padre y yo era la oportunidad perfecta. Pero cuando me quedé sin trabajo me ayudó. El dueño de la fábrica… Una vez le pregunté, no vayas a pensarte que me lo guardé dentro. Le pregunté y ella lo negó todo, pero sé que me contrataron porque ella lo quiso. ¿Y tú, muchacho? ¿Tienes novia?

Songkham rio y terminó su cerveza. El otro hizo un gesto como para preguntar si quería otra, pero él se negó.

—No, no. No podría haberme venido si hubiera tenido una.

—Eres listo, chaval. Eres muy listo. Sigue así y llegarás lejos. O no, porque la vida es una mierda, pero eso que te llevas.

PARTE 3:

ฝรั่ง (Falang)

1940-1941

16

Faltaría poco menos de una hora para el atardecer cuando el camino que seguíamos comenzó a ensancharse; al poco vimos las columnillas de humo que se elevaban sobre las copas de los árboles y pronto empezamos a escuchar otras voces y trasiego de animales. Entonces no lo sabía —entre otras cosas porque, aunque se me hubiera ocurrido preguntar, en mis lecciones de geografía siempre había importado más que supiera nombrar las colonias integrantes del Imperio francés que el que fuera capaz de localizar en un mapa de Laos cualquier cosa que no fuera Luang Prabang y Vientián—, pero la meseta de Bolaven se extendía aún varios kilómetros más allá de la aldea antes de desembocar en la ciudad de Attapeu.

En todas las aldeas laosianas en las que habíamos parado a dormir durante nuestro viaje nos habían recibido siempre con banquetes de verduras, carne y frutas y con unas sonrisas tan amplias que les podíamos contar los dientes picados a sus dueños. Hasta en las casas más humildes se sacrificaba un pollo para agasajarnos como invitados, pese a que solo pasaríamos allí una noche y Kun no tenía más que puñados de arroz para corresponder a los regalos. Nos traían agua para asearnos y nos dejaban extender nuestras esteras en un rincón de su casa; en ocasiones insistían para que durmiéramos en el propio dormitorio de nuestros anfitriones, mientras que ellos se acostaban en otra habitación, generalmente la que hacía de cocina y sala de estar. Después de llevar días y días en camino, esos pequeños gestos, que cuando vivía en mi casa de dos plantas de Luang Prabang me habrían parecido totalmente insuficientes, me hacían ahora querer dar saltos de felicidad. Claro que había olvidado lo que era no sentir dolor en los pies, de modo que me conformaba con saltar en mi mente y con demostrar con mi gran apetito lo agradecida que estaba por las atenciones.

En aquel momento, después de haber recibido tanto de completos extraños, pensé que sería totalmente natural que en la aldea de Nounou, donde había nacido Kun, nos esperaría una bienvenida similar. El corazón me daba volteretas, ansioso, sin querer quedarse en su sitio, al imaginar lo maravilloso que sería poder seguir cerca de Kun durante más tiempo. ¿Todavía tendría, cuando despertara a la mañana siguiente, esta capa de felicidad adherida a la piel?

Y, sin embargo, cuando —¡por fin!— llegamos allí, nada fue como yo había previsto.

Un corro de una docena de casas acomodadas sobre zancos de madera cotilleaba formando una plaza en el medio, aunque el pavimento era en todos sitios la misma tierra roja que, sin jabón a mano, todavía no había conseguido limpiarme de las rodillas. Delante de cada puerta había un barreño: algunos vacíos, algunos rebosantes de espuma, en uno de ellos una niña se afanaba en fregar los cacharros. Cuando levantó la vista y nos vio, se nos quedó mirando, muy quieta, con la cara muy seria y los codos sumergidos en el agua sucia. Un grupo de hombres fumaba sin prestarnos atención, aun después de que cuatro o cinco muchachos se acercaran corriendo a Kun y empezaran a bombardearlo a preguntas que él contestó preguntando por sus madres. Una mujer surgió de debajo de una de las casas, sobresaltándome, porque en ese momento aún no sabía que mucha gente aprovechaba el espacio que quedaba entre la tierra y el suelo de las casas como despensa y para tender la colada.

—¿Kun? Pero ¿eres tú? —dijo la mujer dando otro paso hasta nosotros. Las cuentas de colores que le colgaban de las orejas titilaban con la luz rosada del atardecer.

—Madre. —El *nop* de Kun me pilló desprevenida. Igual que la relación de parentesco: nunca habría imaginado que aquella señora de frente amplia y pasos tímidos hubiera traído al mundo a Kun. A mi Kun.

Mientras la saludaba yo también, no pude evitar preguntarme si mi bebé, que había recorrido conmigo el reino del millón de elefantes, se parecería a mí cuando naciera.

Cuando volví a mirar, la niña del barreño había desaparecido.

—Pero ven, ven adentro. Tu abuela se alegrará mucho de verte. —La mujer hizo ademán de guiar a Kun hasta la casa debajo de la cual había estado trajinando, y solo entonces pareció fijarse en mí. Se detuvo, me miró de arriba abajo con sus ojos pequeños y hostiles. Se paró en la falda *evasé* de mi vestido, más corta, rota y sucia que su *sinh* tejido en colores brillantes; en los trozos de piel pálida, llena de cortes y quemada a ronchas; en las greñas sucias que no sabía cómo convertir en un moño sin ayuda de espejo y horquillas.

Unas punzadas de vergüenza que no sabía muy bien de dónde salían me impidieron alzar la barbilla y aceptar la inspección con dignidad. Quise correr a esconderme entre los árboles, donde a Kun no le había importado que mis cejas no estuvieran bien depiladas.

—Madre, esta es Sang.

—Esta mujer es una *falang* —dijo. Los brazos tensos a ambos lados

del cuerpo, los labios fruncidos sin ocultar el disgusto—. ¿Por qué la has traído? ¿Por qué estás aquí?

—Sang va a vivir aquí, conmigo. No vamos a volver a Luang Prabang.

Su madre chasqueó la lengua.

—¿Hasta qué punto vas a mancillar la memoria de tu padre? No solo traes hasta aquí a esta, que a saber qué le habrás dicho para convencerla, sino que además pretendes imponernos su presencia. ¡Qué descaro! Si lo que quieres es vivir con ella, deberías haberte quedado allá en la ciudad. Pero traerla hasta aquí… Estos *falang*, que se creen que solamente porque tienen las tierras y el dinero… ¿En qué estabas pensando, Kun? Después de que tu abuela aguantó tantos años, trabajando todo lo que trabajó, ahora le traes a esta *falang* aquí y…

—Madre. —Kun la interrumpió por primera vez; la cascada de protestas se detuvo por un momento, dándole tiempo a mi cerebro a procesar una información que le llegaba demasiado deprisa.

—Disculpe, señora, no era mi intención causar molestias a nadie —dije en un lao que me sonó lento y torpe comparado con el torbellino imparable de la madre de Kun. Esta enrojeció ligeramente antes de volver a la carga.

—No voy a dejar que le haga usted daño a Kun.

—Su hijo me ha salvado la vida y me ha demostrado que es un verdadero amigo al acompañarme hasta aquí. Yo solo se lo pedí porque necesitaba ayuda. —Kun me tocó el brazo; cuando lo miré, me percaté además de que a nuestro alrededor se había congregado una pequeña multitud. La niña del barreño se había perdido entre otras muchas muchas caras. Curiosas, con el flequillo tapándoles los ojos, resguardadas por el abrazo de sus madres, que parecían querer protegerlas de… ¿de mí? ¿Qué pensaban, que iba a maldecirlas?—. No deseo causar problemas —repetí.

—Sang va a quedarse aquí.

Tragué saliva, pero aquella sensación extraña que notaba adherida al cielo de la boca no se fue. Estuve a punto de susurrarle a Kun que lo dejara, que podía irme a otro sitio. Si no lo hice fue únicamente porque no quería contradecirlo después de que me hubiera defendido ante aquella congregación de miradas hostiles.

La madre de Kun guardaba silencio, esperaba sin duda que su hijo claudicara. Una gallina se me acercó y empezó a picotear el suelo entre mis piernas. Me di cuenta de que, si me movía para espantarla, me echaría a llorar sin remedio.

—*Ma petite*? Anne-Frédérique, ¿eres tú? —Una voz desgajada se

abrió paso entre las caras desconfiadas y me guio hasta una anciana desdentada con un pañuelo rosa en la cabeza. Habría reconocido esa voz en cualquier parte.

Nounou abrió los brazos, rompiendo una brecha en el muro que nos separaba a Kun y a mí del resto de la aldea. Corrí hasta ella, sin importarme ya que los sollozos se apoderaran de mi cuerpo. Nounou no estaba enfadada por que hubiera reaparecido por sorpresa en su vida.

Cuando rodeé sus hombros estrechos con mi abrazo me sorprendió que fuera tan menuda, tan delgada, aunque supuse que yo había crecido desde que nos habíamos despedido por última vez en Villa Noël. Y aun así era ella la que me sostenía con su fuerza, la que me anclaba a la tierra, y me dejé consolar por ella como si volviera a tener siete años y acabara de rasparme las rodillas jugando en el jardín.

—Madre.

—Vamos, Khompheng, deja a la muchacha. —Las manos ganchudas de Nounou se enredaban entre mis cabellos, como tantas y tantas veces habían hecho para deshacerme los nudos y anudarme los lazos—. Ven, hija, seguro que estarás hambrienta. Mi nieto te habrá estado llevando de un sitio a otro sin apenas parar para comer, ¿a que sí? —Negué con la cabeza en el hueco de su cuello, llenándole el *phabiang* de lágrimas y mocos.

—Nounou…

Una parte de mí quería retomar el control, ser capaz de separarme de ella y saludarla como se suponía que debía hacer, con la dignidad y el respeto que se merecía, como la señorita que ella tanto había batallado para enseñarme a ser. Pero no me había dado cuenta de lo muchísimo que había echado de menos su olor a jabón y hogar.

Y Nounou me abrazó largamente, ajena al murmullo sorprendido que iba extendiéndose por la aldea, sin dejar de susurrarme al oído cuánto me había añorado. Cuando por fin conseguí limpiarme las lágrimas con el dorso de la mano, sintiendo el pecho tan ligero como no lo hacía desde que había notado que no me bajaba el periodo, descubrí que Nounou me sonreía. Quizá todo saldría bien.

—Khompheng, querida hija, qué mejor ocasión que esta para matar a esos pollos que estábamos engordando, ¿no crees? No todos los días vuelve a casa el hijo de tu difunto marido. ¡Han pasado tantos años desde la última vez que te vi!

El «por supuesto, madre» de Khompheng casi se perdió en la exclamación de sorpresa de Kun cuando Nounou tiró de él para abrazarlo también.

Para recuperar el equilibrio, se apoyó sin querer en el tobillo aún lesionado. Los astutos ojos de Nounou, pese a la decreciente luz del crepúsculo y a la ligerísima niebla que empezaba a extenderse desde sus pupilas, no pasaron por alto la mueca que se le escapó a su nieto.

—¿Qué te pasa? ¿Es que piensas que te has vuelto demasiado mayor para abrazar a tu abuela? ¡Niño insolente, ven aquí!

—Empezaré a preparar la cena. —Khompheng desapareció detrás de una de las casas; el resto de la gente también se había dispersado y de pronto volvíamos a estar prácticamente a solas, a excepción de los hombres que seguían fumando y la niña que había vuelto a su tarea junto al barreño.

Nounou nos llevó a su casa sin soltarse del brazo de Kun. Por el rabillo del ojo lo descubrí respirando bien hondo cuando subimos por la escalerilla de palos hasta el porche.

—Ay, qué sorpresa y qué alegría teneros aquí a los dos —decía Nounou mientras tiraba de Kun hacia el interior—. ¡Cuánto tiempo ha pasado! Qué mayores estáis. Tenéis que contármelo todo, ¿eh? ¿Cómo es que estáis aquí?

Kun se había quedado como hipnotizado, mirando fijamente las ramas de bambú que formaban las paredes, de modo que me tocó responder a mí.

—Ah, pues, verás… En realidad es una historia un poco larga.

—Claro, claro, *ma petite*. No te preocupes: tenemos todo el tiempo del mundo. Esta noche tienes que contárnoslo todo. Es un poco tarde para que vayáis al arroyo a asearos. Kun, hijo, tráenos un poco de agua limpia. —Con un pellizco, Nounou soltó el brazo de su nieto. Este pareció despertar como de un sueño y la miró con los ojos muy abiertos antes de asentir—. Va todo bien, ¿verdad, Anne-Frédérique? —me preguntó en cuanto estuvimos solas.

Me tomé un momento antes de contestar; la poca luz del atardecer, que se colaba por las rendijas de las paredes, hacía que las arrugas del rostro de Nounou se me antojaran tan profundas como el Mekong. La abracé siguiendo un impulso que no supe de dónde había salido.

—Sí. Sí, todo está bien —dije en cuanto sentí sus brazos rodeándome de nuevo—. Es gracias a Kun que estoy aquí, gracias a él que yo estoy bien.

—*Ma petite*…

—Nounou, podemos quedarnos aquí, ¿verdad?

Kun volvió con un barreño de agua antes de que Nounou pudiera reconfortarme. Temblaba un poco cuando me separé de ella, pero me dije que era por el cansancio.

—Refrescaos un poco antes de la cena. ¿No tienes más ropa, hijo?

Ese *pha-hang* parece que se te vaya a deshacer en cuanto estornudes. Bueno, ya te buscaremos algo. ¿Y tú, *ma petite*? ¿Tienes algo limpio que ponerte?

Kun empezó a sacar nuestras cosas de la bolsa; sin que yo se lo pidiera, me tendió mi otro vestido. A continuación, se quitó la camisa raída y empezó a pasarse el trapo mojado por la piel, con movimientos rápidos y eficientes.

Mientras intentaba controlar el rubor de mis mejillas —tanto Kun como Nounou habían visto de mí ya todo lo que había que ver—, me desabroché lo más deprisa que pude los botones del vestido camisero y traté de esconder la necesidad que sentía de cubrirme el sostén con el brazo. Pero Nounou estaba ocupada colocando una tarimilla de ratán en el centro de la habitación y Kun se había quitado también el *pha-hang* y estaba estudiando, aunque no había velas ni lámparas en la casa, la hinchazón de su tobillo. «Bo pen nyan», me dije. De todas formas, me di prisa en terminar.

Nounou había extendido ya unas telas en el suelo cuando Khompheng trajo una gran cesta llena de arroz. Aún humeante, la dejó sobre la tarima y le pidió a Kun, con una sonrisa tirante, que la ayudara a limpiar el pescado. Él se llevó el cubo de agua sucia de sudor y tierra y su madre, nuestras ropas del viaje.

Respiré aliviada en cuanto la vi desaparecer por la escalerilla.

—Monsieur Noël no sabe que estás aquí, ¿verdad? —preguntó entonces Nounou. Di un respingo y me giré para adivinarla, en la penumbra cada vez más oscura, sentada ante la tarima con las rodillas dobladas bajo el cuerpo.

—No —admití en voz baja. Quería contárselo todo: hablarle de Giang y de Liên, de lo mucho que echaba de menos a Jacques y del pánico intenso que me había atravesado el estómago cuando había descubierto que estaba embarazada. Quería confesarle que Kun y yo habíamos dejado a Sukenori medio muerto en mitad de la carretera. Pero Nounou no siguió preguntando y yo no encontraba las palabras, de modo que esperé.

—Aquí estás a salvo, *ma petite*.

Nounou nunca me había mentido, me lo creí.

En cuanto Khompheng trajo el *padek*, la casa entera se llenó de un intenso aroma que habría rivalizado con los camembert que tanto le gustaban a la madre de Jeannine. La salsa, de un color entre marrón y verduzco, no parecía nada apetitosa, pero el brillo en los ojos de Kun al empapar su arroz en ella me convenció para probarla. No estaba mal, aunque seguía prefiriendo la *blanquette* de Boupha.

—Cómo lo había echado de menos —suspiró Kun—. Qué alegría

haber vuelto a casa.

—¿Significa eso que te quedarás por mucho tiempo? —intervino su madre. Su tono cortante casi me hizo tirar el puñado de arroz que me llevaba a la boca.

—Nos quedamos aquí, sí.

La mujer parecía querer replicar, pero calló ante la mirada reprobadora de Nounou. Se levantó entonces para coger una lámpara de parafina de un rincón, la encendió y la colocó sobre la tarima, entre los cuencos. El aspecto del *padek* no mejoró con la luz: ahora podía distinguir los trozos de pescado medio hundidos entre lo que parecía fango.

—¿Has tenido algún problema con monsieur Noël? —preguntó Nounou.

Kun me miró antes de responder.

—No. Quería enviarnos a los dos a Japón y Sang y yo decidimos no ir.

—¡A Japón! Pero ¿dónde está eso?

—Entiendo que lejos, querida —dijo Nounou—. ¿Y tu hermano? ¿Está monsieur Jacques en Japón también?

—No, no. Jacques está en Francia, en la guerra. Papá quería que fuera yo sola a Japón con uno de sus socios. Kun me ayudó a escapar.

—¿Qué guerra? —preguntó Khompheng.

—¿Eso es todo, *ma petite*?

Kun me miró de nuevo. «Venga, lánzate», parecía decirme.

—No, resulta que… El caso es que… —Tragué saliva, miré el *padek*. Recordé que ya no tenía el lujo de mentir, porque había una pequeña criaturita creciendo en mi vientre que necesitaba un hogar. Alcé la vista, clavándola en las aletas de la nariz de Khompheng, porque no me sentía tan valiente como para enfrentarme a los ojos de Nounou—. Estoy esperando un bebé. Por eso…, por eso no podía volver a casa. Papá no sabe nada, pero quería llevarme lejos y yo no puedo tener a este bebé lejos, en otro país, con gente extraña… —Callé, extremadamente consciente de que mis mejillas debían de verse ardientes de la vergüenza. Tuve que concentrarme para calmar mi respiración agitada, que parecía querer ganarle la carrera a mi corazón desatado.

Durante un rato nadie dijo nada; el arroz glutinoso tenía un brillo fantasmagórico a la luz de la lámpara.

—¿Un bebé? ¡Pero cómo! ¿Y el padre? ¿Estás casada, muchacha? —Khompheng fue la primera en hablar.

Negué con la cabeza, con tanta energía que notaba cómo los mechones sucios y apelmazados chocaban unos con otros.

Abrí la boca para confesar que el padre de mi bebé era un anamita que me había abandonado, que estaba prometido con una muchacha comunista y que no sabía si quería siquiera que llegara a saberlo algún día. Pero las palabras se me aturullaron en la punta de la lengua cuando, por fin, cometí el error de cruzar la mirada con Nounou. Ella no decía nada; estaba esperando sin duda a que terminara de contar la historia. Me había prometido que estaría a salvo. Como Kun.

Lo miré, desesperada. Quizá no fuera a gustarle lo que iba a decir. No había tenido tiempo de consultárselo, ni siquiera se me había pasado por la cabeza. Una buena persona, honesta y agradecida con los que la han acogido habría dicho la verdad. Lo habría contado todo sin guardarse ningún secreto, por muy sucios que estos fueran.

Pero yo había dejado de ser una buena persona hacía tiempo. Ya no quería ser Anne-Frédérique, sino Sang, y Sang podía tener la vida que yo quisiera, porque solo Kun sabía la verdad.

Y, si había una cosa de la que estaba segura en aquel momento, era de que confiaba en Kun. Con mi vida y con la de mi bebé. Me lo había demostrado, una y otra vez, al llevarme lejos de los mangos y cogerme de la mano cuando el bamboleo de las barcazas en las que habíamos bajado el Mekong me revolvía las tripas. Juntos habíamos encontrado agua en la jungla y compartido *khao-tji* al abrigo de las hojas de los árboles aquella misma mañana.

Así que mentí, y me dije que, si Kun me seguía la corriente, no había razón alguna para que la mentira no se transformase en verdad.

—Kun es el padre.

17

La casa de Nounou solo tenía aquella habitación en la que habíamos cenado. La tarima recostada contra la pared, la escalerilla del porche recogida, las esteras extendidas en el suelo y la lámpara apagada convirtieron el comedor en dormitorio. Pronto los ronquidos de Nounou se unieron al ladrido lejano de un perro y al rayito de luna que se colaban por la puerta entreabierta. Tenía los muslos pegajosos de sudor y la espalda no terminaba de acostumbrárseme a la ausencia de un colchón mullido, pero no me atrevía a moverme por si despertaba a Kun.

Aunque, cuando el perro por fin calló y me hube convencido de que Kun no habría desaprovechado la oportunidad de una buena noche de descanso, ni siquiera por mí, me sentí valiente y me di la vuelta, esperando acomodarme mejor al otro lado.

Los ojos brillantes casi me dan un ataque al corazón.

—¿Estás despierto? —susurré. Él respondió acercando más su estera a la mía. No decía nada, como tampoco lo había hecho durante la cena, pero sabía que estaba enfadado—. Mira, lo siento. Tendría que haberte preguntado antes de haber dicho algo así, y encima delante de tu madre. —Kun parpadeó. Seguí hablando, más para tranquilizar mi propia conciencia que para que él me perdonara—. Es decir, no cambia nada. Lo dije porque no me apetecía contarles lo de Giang. Después de todo, es un miserable y un sinvergüenza y no quiero volver a pensar en él, porque no se lo merece, pero esto no quiere decir que tú tengas que hacer nada ni ocuparte de nada, ¿vale?

Kun me miraba en silencio.

—Mi madre murió cuando yo era pequeño, igual que mis hermanas —susurró finalmente—. De fiebres. Mi padre volvió a casarse, con Khompheng. En la aldea la llaman Teng.

—Vaya. No lo sabía. Lo siento. —No añadí que mi madre también había muerto porque pensaba que habría sido egoísta reconducir la conversación a mí. Al mismo tiempo me sentía muy estúpida porque debería haber sabido qué decir en aquel momento, pero no recordaba prácticamente nada de ella e intuía que hablarle de las visitas al cementerio en la Toussaint no sería lo más apropiado.

Kun seguía mirándome fijamente, con la cabeza apoyada en el brazo. En aquel momento me percaté de que, si sus pupilas y las de

Nounou conseguían atravesarme el alma, era probablemente porque ninguno de los dos tenía problema alguno en mirarme a los ojos. Eran los dos únicos laosianos que conocía que no me rehuían la mirada.

Cuando Kun volvió a hablar, al cabo de un rato, lo hizo con una calma que yo estaba bien lejos de sentir.

—Sang, tenemos que casarnos antes de que nazca el bebé.

—¿Qué? Pero ¿qué dices? ¿Cómo vamos a casarnos? —Me incorporé, pero antes de que pudiera seguir preguntando un ronquido de Nounou me recordó que no estábamos solos.

—Khompheng y mi abuela nos preguntarán mañana que, ya que el bebé es mío, por qué no nos hemos casado todavía. De hecho, mi abuela tardará meses en dejar de reñirme por no haber cuidado mejor de ti. —El breve resplandor de una sonrisa a la que no me uní, porque no me parecía que aquello tuviera nada de gracioso, hizo que perdiera toda la fuerza de los brazos. Me dejé caer de nuevo en la estera.

—¿Y qué podemos decir?

—Que tu familia se opuso. Que por eso querían mandarte a Japón, para ocultar el escándalo.

Suspiré. De repente me encontraba muy cansada. Me giré de nuevo hacia él.

—Kun, ¿tú quieres casarte conmigo?

—Ese bebé no tiene la culpa de nada. Solo necesita que lo quieran y lo protejan.

—Va a ser una niña —dije con un hilo de voz tan fino que no estaba segura de que él pudiera escucharlo—. La llamaré Aimée. —«Y seré la madre que ella se merece», pensé, aunque no lo dije en voz alta. Kun se desperezó lentamente y se giró hasta quedar boca arriba. De repente dejé de sentirme sucia por tener el vestido pegado a la piel —. Oye, ¿cuántos años tienes?

Tardó un rato en responder; casi temí que se hubiera quedado dormido.

—Veintidós —dijo al fin—. ¿Tú?

—Diecinueve.

Su pecho me arrullaba al llenarse y vaciarse de aire, una silueta perfilada contra la pared por la luz tenue de la luna. Poco a poco el agotamiento iba horadando mi resistencia, forzándome a relajar la tensión que me hacía apretar las mandíbulas.

—Me alegro de haber venido, de tener a Laya —dije.

—Todo va a salir bien —me prometió Kun. Después, me quedé dormida.

18

Conocí a Vanhvilay a la mañana siguiente, cuando aún estaba estirándome los nudos de la espalda.

—¡Kun! Vamos, dormilón, ¡arriba! —Una vocecilla chillona gritaba más que los gallos, que revoloteaban revueltos por debajo de la casa.

Refunfuñando, Kun se levantó y fue a colocar la escalerilla. Me froté los ojos con los puños sucios, deseando poder quedarme un rato más tumbada antes de enfrentarme a un nuevo día, pero un breve vistazo a Khompheng, que ya enrollaba su estera con energía, me confirmó que quizá no sería lo más prudente.

Y entonces Vanhvilay irrumpió en la casa, llenando la habitación de una vitalidad que chocaba violentamente con las legañas que aún se me agarraban a los párpados.

—Abuela, ¿cómo estás? ¡Buenos días! Tía, mi madre me ha mandado a ayudaros. ¡Y ahí estás! ¡Tú debes de ser la *falang*! —Su moño alto brincaba con ella, pues más que caminar parecía que sus pies saltaran mientras se acercaba a mí. Se arrodilló a mi lado y me sonrió, inclinando la cabeza para el *nop*.

—Sang, esta es Vanhvilay —dijo Kun por fin.

Lo miré esperando que mencionara algo de lo que habíamos hablado la noche anterior, o que al menos le dijese a su amiga algo más sobre mí, como que nos casaríamos, pero él empezó a enrollar su estera y a mí no me quedó más remedio que devolverle a la joven el *nop* y la sonrisa.

—Ven, vamos a por agua. —Vanhvilay se levantó sin esperar a que aceptara o terminara de despertarme.

—Cuando volváis, sacad a las gallinas antes de venir a por el desayuno —nos despidió Khompheng. Nounou me sonrió, lo cual hizo que me sintiera un poco mejor.

Recordé que no me había puesto las sandalias cuando los travesaños de la escalera se me clavaron en las plantas de los pies. Bajo la casa, Vanhvilay enganchaba un palo largo a las asas de dos cubos.

—Espera, voy a por mis zapatos —le dije, pero me ignoró.

—Todavía es temprano y no habrá mucha gente en el arroyo. Toma —me tendió el palo con los cubos y me lo quedé mirando. Aún estaba un poco dormida. Ella cogió otros dos cubos y se pasó el palo por la

nuca—. ¡Vamos!

La imité. Era bastante incómodo y los cubos pesaban aunque estaban vacíos. No estaba segura de poder traerlos de vuelta llenos de agua, pero tuve que apresurarme porque Vanhvilay ya corría rumbo a la jungla y no quería perderme.

—¿Haces esto todos los días? —le pregunté para intentar olvidar que no había nada entre la tierra roja del suelo y las plantas doloridas de mis pies.

—¡Pues claro! Normalmente tengo que hacer dos viajes, y a veces también otro por la tarde, si se nos ha acabado el agua. No te preocupes, enseguida te aprenderás el camino y podrás venir sola.

Asentí. El palo se me clavó aún más en el cuello y, por un momento, pensé que me marearía y caería al suelo. Pero, sorprendentemente, el peso equitativo de los cubos me hizo recuperar el equilibrio. Me dije que mi objetivo principal era volver a la casa antes de que el palo me hubiera horadado un agujero en la nuca. Ya me preocuparía más adelante por el pequeño detalle de que se suponía que debía además recordar el camino.

Por suerte, no tardamos mucho en llegar al riachuelo. Respiré aliviada cuando pude descargar el peso y me permití una sonrisa al ver que Vanhvilay se dejaba caer en la orilla; se remangó el *sinh* y metió los pies en el agua. Aproveché para vaciar la vejiga tras unos arbustos, aunque no me alejé demasiado por si acaso.

—¿Ves? Te dije que no habría nadie.

—Es verdad. —Me senté a su lado, aunque no tenía muchas ganas de mojarme los pies con agua fría. Todo el calor que había pasado por la noche parecía haberse evaporado con la salida del sol, aunque estaba sudando del esfuerzo de traer los cubos.

—¿Y bien? ¡Cuéntame! ¿Eres francesa de verdad?

—Ah, sí. Sí.

—Es decir, ¿que tu madre y tu padre son franceses? ¿Los dos? —insistió y dejó caer su peso sobre los brazos estirados, disfrutando de la suave caricia del sol que empezaba a elevarse por encima de las copas de los árboles.

—Sí. —Me masajeé la nuca, pero el dolor no remitió. Solo esperaba que no me hubiera hecho una herida por el roce.

—Mi amiga Kham también era *falang*, pero solo por parte de padre. Se crio aquí hasta que la mandaron llamar y se fue con él a Bassac.

—Vaya.

—¿Tú has estado en Bassac?

—Ah, no. Kun y yo pasamos cerca, pero vinimos andando desde Pakse.

—Ah, claro —asintió ella—. Bueno, yo nunca he ido ni a Bassac ni a Pakse.

—¿Y a Attapeu?

—Tampoco. Aunque mi padre dice que tal vez cuando me case pueda ir con mi marido los días de mercado, si tenemos algo que vender.

—¿Algo como qué?

—¡Pues bordados, claro!

—Ah. —Contemplamos en silencio cómo el agua corría río abajo—. Oye, Vanhvilay, ¿y cómo es una boda lao? —pregunté angustiada de repente porque lo que me había parecido totalmente natural la noche anterior estaba empezando a teñirse de locura a la luz del sol.

—¿Eh? ¿Qué quieres decir? Una boda lao es una boda.

—Pero ¿es igual que una boda… francesa? —Había estado a punto de decir «normal», casi podía escuchar el chasquido de la lengua de Kun.

—¿Y cómo es una boda francesa?

—Pues… la novia lleva un vestido blanco y hay muchas flores, y por supuesto su padre la lleva al altar. Después la familia invita a un banquete para celebrarlo…

—Ah, entonces es igual. Lo del banquete, al menos. Recuerdo que en la boda de la tía Khompheng y el padre de Kun comimos un *padek* riquísimo. ¡Aunque nadie quiere casarse de blanco! Cuando yo me case, mi madre me bordará el *phabiang* más bonito de toda la aldea, ya lo verás.

—Seguro que sí —dije sintiendo unas repentinas ganas de llorar—. ¿Sabes? Yo siempre soñé que me casaría de blanco, con un vestido con… —Callé, porque no sabía cómo decir «manga obispo» en lao, y porque cuando me paré a pensarlo me di cuenta de que no era tan importante—. Parece que voy a casarme pronto —susurré.

—No creo que haya ninguna ley que diga que no te puedes casar con un *pha-biang* blanco —dijo Vanhvilay.

—No, da igual. Lo importante es el banquete, ¿no?

—¡No! ¡Lo más importante es el *baci*!

—¿El *baci*? ¿Eso que se hace para los recién nacidos? —Me sonaba vagamente de alguna historia de las que Nounou nos contaba antes de mandarnos a dormir.

—¡Claro! Es para atraer la buena suerte. Te va a encantar, ya lo verás, seguro que nos dejan mirar mientras las abuelas preparan las flores.

Le sonreí. La luz de la mañana se le reflejaba en los ojos risueños.

—Vanhvilay es tu nombre, ¿verdad? —dije—. ¿No tienes un

apodo?

Arrugó la nariz.

—Sí, claro. Pero no me gusta. Además, Vanhvilay es un nombre bonito, ¿no crees?

Me rugieron las tripas antes de que pudiera responder.

—¿No deberíamos volver? —pregunté. Vanhvilay asintió. Con los tobillos todavía en remojo, llenó sus cubos.

Intenté imitarla sin mojarme, contorsionándome desde la orilla, pero terminé con más agua en la falda del vestido que dentro del cubo.

—Anda, ven, que te ayudo. —Me enganchó las asas al palo y el peso repentino me hizo trastabillar.

—¿Cómo…?

Los brazos de aquella muchacha debían de estar hechos de hierro: ella abría el camino con pasos alegres y yo la seguía tambaleándome y rezando por que las casas de la aldea aparecieran pronto por entre los árboles.

Cuando por fin llegamos y dejamos el agua junto a los fuegos, en la parte de atrás de la casa, tardé exactamente dos segundos en vomitar todo lo que me quedaba de la cena en el estómago.

Me sobresalté cuando una mano rugosa y firme me apartó el pelo sucio de la cara.

—¿Cuántas sangres te faltan, *falang*? —preguntó Khompheng mientras yo recuperaba el aliento. Lo único que impedía que me fallaran las piernas era la vergüenza que me habría dado desfallecer delante de ella.

—Tres.

—Vanhvilay, pon agua a hervir —dijo. Me condujo por la escalerilla de vuelta a la casa y me obligó a sentarme en una estera. No había rastro ni de Nounou ni de Kun—. Tú espera aquí.

Desapareció escalerilla abajo, aunque no me dio tiempo a echarla de menos porque enseguida regresó con un paquetillo envuelto en una hoja de bananera.

—¿Qué es? —me atreví a preguntar.

—¡Vanhvilay! ¡Súbete una tetera! —gritó Khompheng mientras me colocaba la tarima delante—. Toma. —Me entregó el paquete—. Raíz de jengibre. Es mejor que te lo tomes antes de ir a por agua, así que asegúrate de que guardas un poco por la noche. No necesitas mucha cantidad, ¿ves? —Casi le arrancó la tetera humeante a Vanhvilay para echar un puñadito del polvillo que acababa de machacar en un mortero.

—¿Y para qué es esto?

Khompheng me miró como si acabara de preguntarle si en la luna había elefantes.

—Madre ha ido a una visita; en cuanto vuelva, desayunaremos. No sabes tejer, ¿no? —dijo sin contestarme.

19

En cuanto hubimos terminado los preparativos se celebró la boda.

No llevó mucho tiempo porque mi familia no estaba allí para que Khompheng pudiera recrearse siguiendo el estricto régimen de visitas que era natural en un noviazgo entre las familias de los novios. Papá no le exigió a la familia de Kun que pagara un *kha-dong* como prueba de que tenía posibles suficientes como para mantenerme ni había altar al que pudiera llevarme del brazo.

Khompheng —probablemente para evitarse la vergüenza de que en la boda de su hijo la novia vistiera unos harapos que habían recorrido Laos desde Luang Prabang— me prestó el *pha-biang* y el *sinh* rojos con los que ella se había casado y Nounou me enjugó las lágrimas que derramaba todas las mañanas cuando despertaba con la espalda dolorida antes de prepararme mi infusión. Me dije que, si ni papá ni Jacques estaban allí, era porque yo así lo había querido. Y que tal vez era lo que el propio papá deseaba, ya que me había enviado a Japón con un completo desconocido. Al menos tendría conmigo a Vanhvilay y a Nounou en vez de a Otoha Hirazakura.

Traje el agua desde el arroyo como todos los días y me gané una reprimenda de Khompheng como siempre, porque tardaba más del doble que el resto de las mujeres, ya que me paraba cada pocos pasos a descansar.

Después del desayuno, vino Vanhvilay e intentó anudarme el cabello en lo alto de la cabeza. Agradecí profundamente no tener a mano un espejo, porque estaba segura de que mi media melena no tenía ni la textura ni la longitud adecuadas para el peinado tradicional. Tampoco tenía muchas ganas de verme el día de mi boda sin velo ni ramo de flores. Achaqué el dolor de cabeza a la tirantez del moño.

Hasta aquel momento, la gente de la aldea apenas me había prestado atención: los niños venían a jugar junto a mí cuando lavaba y cocinaba arroz con Nounou, y la madre de Vanhvilay mandaba a su hija de vez en cuando a ayudarme con las tareas, pero más allá de eso y de alguna mirada curiosa que se desviaba en cuanto intentaba devolverla apenas nadie me había dirigido la palabra en aquellas dos semanas. Kun a veces me pedía que fuera al huerto con él y, mientras regábamos las verduras con el agua que tanto me costaba traer del

arroyo, me preguntaba si estaba bien.

—¿Qué, ya quieres volverte a Luang Prabang? —bromeaba, aunque yo sabía que lo decía en serio.

Y yo pensaba en Aimée y en la cara que pondría papá si llegara a enterarse, y en la mano que me había guiado por aquella carretera huyendo de los mangos.

—Hace falta más que un poco de trabajo duro para asustarme —decía. Kun entonces cambiaba de tema y respondía a mis preguntas mientras recogíamos lo que fuera que Khompheng nos hubiera pedido para la cena.

En los días en los que él no podía venir al huerto, porque se acercaban los monzones y lo necesitaban en los campos, siempre me costaba un poco más conciliar el sueño, aunque me tranquilizaba darme la vuelta y verlo allí tumbado, escuchar su respiración pausada y saber que podía despertarlo si simplemente me acercaba y lo sacudía un poco. Pero no lo hacía, claro, porque una vocecilla en mi cabeza me recordaba de vez en cuando que en mi villa en Luang Prabang tampoco él había tenido que pasarse el día agachado, arrancando a puñados malas hierbas de los arrozales.

Cada noche repasaba mentalmente la lista de todo lo que había dejado atrás: los baños calientes, las mañanas perezosas leyendo a la sombra de las palmeras, los pastelillos de Boupha y las sábanas suaves. Cada noche, me decía que Aimée no disfrutaría de ninguna de esas cosas cuando naciera. Y cada noche, me recordaba la suerte que había tenido, porque de haberme quedado en Luang Prabang sabía que nunca habría podido criarla como mi hija.

Así que intentaba relajarme para al menos recuperar un par de horas de sueño, porque necesitaba la energía para cargar con los cubos de agua y para intentar imitar la danza furiosa de los dedos de Khompheng en el telar.

La noche antes de la boda, había despertado con un grito ensartado en la garganta y un río de mangos aplastándome los pulmones. Me llevé una mano al vientre, donde Aimée seguía creciendo, y la otra a la boca, para tratar de acallar los gemidos que querían escapárseme de dentro.

El zumbido constante de los mosquitos parecía sonar más fuerte que nunca, más que los ronquidos de Nounou al otro lado de la habitación. ¿Sería esa la nana que arrullaría a Aimée, todas las noches, hasta que se durmiera? ¿La banda sonora de mis sueños durante el resto de mi vida?

Me tragué una náusea. Esconder la cabeza entre las rodillas no me ayudó a sentirme mejor.

Tumbado a mi lado, Kun dormía. ¿Cómo podía estar tan tranquilo, después de todo lo que había pasado? ¿Con todo lo que estaba por pasar?

Titubeé con la mano todavía temblorosa por la pesadilla, ya extendida hacia él. Bastante había hecho por mí como para que encima tuviera que consolarme en medio de la noche. Seguro que, cuando él había dejado su casa para irse a Luang Prabang, no se había pasado las noches en vela, llorando por lo que abandonaba.

Apreté los dientes. Le apoyé la mano en el hombro.

Enseguida, Kun abrió los ojos.

—¿Estabas despierto? —susurré.

—¿Estás bien? —dijo él también en voz baja. Se incorporó cuando tardé en responder, y aproveché para acercarme más a él, gateando. Hasta que nuestros brazos se tocaron—. ¿Sang?

Quise tomar aire para decirle que todo iba bien, que había sido simplemente una pesadilla estúpida, que podía volver a tumbarse, que solo estaba un poco nerviosa por la boda. Pero en cuanto abrí la boca me salió un sollozo, y lo único que pude hacer fue esconder la cara en el hombro de Kun para que no me viera llorar.

Kun no protestó ni se apartó, me sostuvo, atento y cálido, mientras yo dejaba que el miedo tomara por fin el control de mi cuerpo.

¿Habría tenido yo la misma paciencia para abrazarlo con ternura si Kun me hubiera despertado a mí de madrugada con el pecho lleno de preocupaciones inútiles? Posiblemente no, y por eso aún permanecí, largo rato después de que se me hubieran acabado las lágrimas, con la nariz enterrada en el charco húmedo que había dejado en la camisa de Kun, los brazos alrededor de su torso y las piernas enredadas en las suyas.

—Ven, vamos fuera —murmuró Kun cuando por fin me atreví a levantar la vista para mirarlo a la cara.

Tiró de mí para ayudarme a levantarme y salimos al porche estrecho. La escalera estaba recogida y no habíamos cogido ninguna lámpara, así que nos quedamos allí, con la pared de hojas de palmera tejidas como única separación entre nosotros y su familia.

—Sang. ¿De verdad que no quieres volver a Luang Prabang? —preguntó.

Le tomé la mano y la apreté con fuerza. La barandilla del porche no parecía demasiado resistente.

—Kun, ¿tú quieres casarte conmigo?

—No tienes que preocuparte por mañana, verás como…

—Ya sé que va a salir bien. —Me temblaban las piernas, así que me dejé caer donde estaba. Kun se sentó a mi lado porque aún no le había

soltado la mano—. Ya sé que no vas a echarme y que vas a cuidar de mi bebé. Pero, Kun, dime, ¿quieres que nos casemos?

—Sang…

—¿Quieres o no? —insistí como una niña mimada que llora hasta que le dan un puñado más de golosinas.

Kun me miraba bajo el tejadillo de paja que nos resguardaba de la luz de la luna.

—Sí —dijo al fin. Me pareció que se me encogía el corazón.

—Pero ¿por qué?

No tenía nada que ofrecerle: ni dinero ni mi virtud ni un ajuar. Solo un bebé de otro hombre, mis mentiras, mis caprichos. Kun sabía cómo era yo en realidad, y aun así quería caer en la trampa. ¿Por qué accedería a atarse a alguien como yo para siempre?

Kun, entonces, sonrió. Llevó mi mano hasta su regazo y empezó a acariciarla, distrayéndome, cautivándome.

—¿Por qué me has seguido hasta aquí, Sang? —preguntó.

Por un momento, creí que hablaba de nuestra pequeña excursión al porche.

—¿A la aldea? ¿Cómo que por qué? Ya lo sabes. No tenía otra opción.

—Sí, sí que tenías. Tenías mil opciones más, un millón, mucho más sencillas que venirte a vivir a esta aldea, sola, lejos de todo lo que conoces. —Las palabras de Kun, decididas, resueltas, no le impedían seguir acariciándome la mano con tanta delicadeza. ¿Querría acariciarme del mismo modo todas las noches si yo se lo pedía?—. Conmigo —añadió.

Fruncí el ceño.

—No —repetí—. No había otra opción.

Kun ladeó la cabeza y susurró, su aliento cálido haciéndome cosquillas en el oído:

—Por eso.

Me estremecí cuando sus labios me rozaron el lóbulo de la oreja, la mandíbula, la mejilla todavía reseca de lágrimas, trazando una senda de besos casi tímidos, prudentes.

Giang también había sido dulce al principio; prudente, nunca. No, no habíamos sido nada prudentes.

—Kun.

—Dime.

Fue fácil rodearle el cuello con los brazos y cubrirle también a él de besos el rostro. Más fácil aún olvidarme de la boda y de todo lo demás hasta que nos amaneció, todavía en el porche.

Y, entonces, la aldea despertó y Kun y yo tuvimos que separarnos.

Cuando quise darme cuenta, el *baci* de mi boda había comenzado y todos en la aldea —hasta esos ancianos a los que no parecía importarles nada más que pasarse el día fumando, tumbados indolentemente en los porches de sus casas— me anudaban cuerdecillas trenzadas a la muñeca, me deseaban buena suerte y que los espíritus me fueran favorables. Cada vez que conseguía que mi mirada se cruzara con la de Kun, él me sonreía y yo me esforzaba por imitarlo. Pese a la laguna de sudor que se me iba acumulando en la base de la espalda, que quería sumergirme con ella. Pese al olor penetrante de los aliños de las ofrendas, que parecía que se estuvieran pudriendo al sol. Pese al pánico con el que me había despertado en medio de la noche, que había vuelto a enredárseme entre las costillas y que hacía que cada vez que tomaba aire sintiera que me iba a desmayar.

Por fin terminó la ceremonia. Nos sentamos bajo el sol a compartir la comida y pasado un rato dejé de intentar participar en las conversaciones que me rodeaban para concentrarme en rellenar mi vaso de vino de arroz.

—¿Sang? —Kun, por supuesto, había percibido el temblor de mis manos, pero me excusé diciéndole que tenía que ir a orinar y me escabullí entre los árboles.

Me alejé de una pareja que rememoraba su boda al celebrar la mía y me adentré más de lo que acostumbraba en la jungla, hasta que la sombra de las hojas y la soledad me abrazaron y pude concentrarme en acompasar la respiración.

«Todo está bien», me dije. Podía confiar en Kun, y en Nounou, y había sido yo misma la que había decidido llegar tan lejos. No tenía sentido darle más vueltas.

Esa noche dormiría de nuevo junto a Kun, y todo iba a salir bien.

Cuando regresé me había calmado un poco; conseguí tragar algo de carne y fruta y resistir las ganas de limpiarme el sudor de la nuca con las mangas bordadas.

20

Di a luz en mitad de la noche, a solas con la lámpara de parafina y una mujer de dedos ariscos que todos decían que sabía lo que hacía. Ella me masajeaba el vientre y me separaba las piernas y yo me dejaba hacer, entre lágrimas y alaridos y el rugido rabioso de la lluvia y del viento contra la puerta atrancada.

Hasta que al fin me puso al bebé en brazos y me quedé tan embobada mirándole los labios inquietos, los ojillos rasgados y las manitas revueltas que apenas fui consciente de que Kun se había arrodillado a mi lado.

—Es un niño —dijo. Ni siquiera me había dado cuenta de que la partera había ido en su busca.

Un sollozo que podría haber pasado por un estornudo y el bebé arrancó a llorar con tanta fuerza que parecía querer hacerle la competencia al monzón. Me eché a llorar yo también, sin ser capaz de apartar la vista de él. Era tan pequeño y estaba tan vivo…

Kun le acarició con delicadeza una mejilla arrugada, bajo la luz amarillenta, el dedo oscuro sobre la cara sonrosada.

—Es tu hijo —susurré sorbiéndome los mocos y las lágrimas y el intenso dolor que me subía por entre las piernas—. ¿Qué nombre le pondrás?

Seguí con la mirada el dedo, el brazo, el hombro, el cuello y la mandíbula hasta llegar a los ojos de Kun, que brillaban como si acabara de beber el licor más exquisito del mundo.

—Se parece a ti —dijo. Reí haciendo que retemblara todo lo que aquella criatura había roto dentro de mí para poder salir al mundo. Pero ¿qué más daba si me desangraba allí mismo, lejos de todo y todos? El bebé seguía llorando—. ¿Verdad que sí, Lae, que te pareces a Maman?

21

Lae no tenía cuna ni sonajeros ni nodriza. De noche, cuando por fin se dormía, envuelto en mantas entre mi estera y la de Kun, me consolaba con la cadencia de su respiración profunda, y con la tenaza que a su manita pequeña le gustaba formar alrededor de mi pulgar.

Sus ojos grandes y brillantes seguían con atención el movimiento rápido de los dedos de Khompheng en el telar y después gateaba hacia mí como para reñirme, con sus silabeos adorables, porque mis telas avanzaban mucho más despacio que las de su abuela. Lloraba cuando Nounou lo bañaba en el río helado, pero no cuando Kun lo acunaba en sus brazos. Dio sus primeros pasos aferrado al *sinh* de Khompheng, que solo dejaba de refunfuñar cuando le contaba cuentos a Lae, y pronto su juego favorito fue corretear persiguiendo a las gallinas por debajo de la casa.

Era un niño sano, fuerte, de mejillas regordetas, que reía más que dormía, y que me daba fuerzas cada día para levantarme de mi estera e ir a buscar agua al río.

Una mañana, cuando chapoteaba a mi lado en un vado poco profundo mientras yo me afanaba en lavar pañales, Lae se dejó caer de nalgas con un gran salpicón y se echó a llorar.

—¿Ya estás cansado, cariño? Anda, salte un ratito del agua y ven a secarte al sol, verás qué bien se está.

Normalmente, el sonido de mi voz lo calmaba. Pero, aquel día, desconsolado, Lae lloraba y lloraba.

—¿Qué pasa? —le pregunté impaciente. Si Khompheng, que hacía también la colada un poco más abajo, escuchaba aquellos llantos desesperados, vendría sin duda a recriminarme lo mala madre que era.

Con un suspiro irritado, dejé el pañal ya limpio en la cesta y cogí a Lae en brazos. De inmediato, sin dejar de llorar, sus bracitos me rodearon el cuello con toda la fuerza que tenían.

—¡Pero bueno, qué sofocón! Ya está, ya estoy aquí. —Lo acuné, aunque solo se calmó un poco cuando empecé a secarle las lágrimas con los faldones de mi blusa. Todavía hipaba con sollozos que le sacudían todo el cuerpo.

—¿Te has hecho daño, Lae? Bueno, ya pasó, ¿ves como no duele tanto? —Pero no tenía cortes ni heridas ni reaccionó con la carcajada habitual cuando probé a hacerle cosquillas en la planta del pie.

Algo no iba bien.

El mundo se detuvo. Lentamente, con cada parpadeo pesado de Lae, volvía a arrancar.

No decía nada, mi niño, tan solo me miraba con los lagrimones devastadores chorreándole por las mejillas, como si de repente se hubiera guardado toda la tristeza del mundo dentro de sí y, confiado, esperase a que yo, mágicamente, se la sacara de ahí.

—Lae, mi vida, ¿qué tienes?

La frente le ardía cuando la dejó caer sobre mi hombro, como si no tuviese fuerzas para sostenerla por sí mismo.

Corrí con él en brazos, río abajo, hasta alcanzar a Khompheng.

—¿Y los pañales? —me preguntó desconfiada nada más verme aparecer.

—Madre, Lae está enfermo, tiene fiebre, de repente… —balbuceé arrodillándome frente a ella con el niño todavía en brazos. No quería soltarlo, no quería separarme de él. No me importaba si después me echaba en cara mi falta de consideración al actuar como una histérica delante del resto de las mujeres.

Khompheng había criado a dos hijos sanos que estaban estudiando en el templo. Ella sabría qué hacer.

Con la frente todavía arrugada, se secó una mano en el *sinh* y la acercó a la mejilla colorada de Lae. Frunció los labios. Involuntariamente, abracé al niño aún más fuerte.

—Llévalo a casa, haz que beba agua y no te muevas de allí hasta que llegue —dijo.

—Tía Teng, no te preocupes por las ropas, yo me encargo y luego te las llevo limpias a casa.

—Esta noche me paso y os acerco unos remedios que me trajo mi hijo de la ciudad, ¿no os acordáis de lo malito que estuvo mi marido hace dos años y lo bien que está ahora? Son infalibles.

Khompheng sacudió con brío una tela empapada.

—*Falang*! —gritó—. ¿Qué haces ahí parada? ¿No me has oído? ¡Llévate a Lae a casa!

El camino de vuelta a la aldea nunca se me había hecho tan largo ni tortuoso. Lae pesaba menos que los cubos de agua que subía por la misma senda cada mañana, pero yo tenía un agujero en el pecho por el que se me salía todo el aire que tomaba. Habría querido volar hasta casa o hasta los campos donde estaba Kun o hasta Attapeu o Pakse, donde habría médicos a los que poder acudir.

Lae apenas dejó escapar un par de gemidos lastimeros en todo el camino. Parecía haberse quedado dormido. Apreté el paso, porque no sabía si era buena o mala señal.

Nounou se levantó con una agilidad impropia de su edad cuando llegamos por fin a casa.

—*Ma petite*? ¿Qué ocurre?

Dejé que también ella examinara a Lae, la obedecí cuando nos mandó subir a sentarnos en el rincón más resguardado de la casa y me esforcé por hacer que al menos algo del agua que le acercaba a Lae en un pequeño cuenco pasara por sus labios poco predispuestos.

Khompheng llegó al poco. Me mandó bajar la escalerilla para ver de nuevo a Lae y sin más miramientos apartó del fuego la cesta de arroz que Nounou había estado cocinando y puso agua limpia a hervir. Empezó a explicarme cómo tenía que hacer con unas hierbas que traía envueltas en un pañuelo hasta que se percató de que no estaba comprendiendo sus instrucciones.

—¡Si no vas a prestar atención, más valdría que fueras al río a buscar los pañales que has dejado allí! ¡Por lo menos servirías para algo!

—¡No, por favor! —supliqué acunando suavemente a Lae, cuya piel seguía ardiendo pese a las compresas frías que le habíamos puesto en la frente y el cuello. ¿Cómo podía sugerir siquiera que me apartara de su lado?

—¡Escúchame entonces, *falang*!

—¡Khompheng! —La interrupción de Nounou me hizo dar un respingo—. El niño lo sentirá si nos alteramos —dijo.

Subimos nuevamente a la casa. Tan serena como siempre, Nounou me tendió un cuenco con el brebaje recién preparado. Parecía tranquila; si Nounou no estaba alterada, no había razón para que me preocupara, ¿verdad?

La pequeña escudilla humeante me abrasaba las yemas de los dedos.

—Esto quema —advertí sin soltarla.

—¡Por eso te estoy diciendo que prestes atención! —masculló Khompheng. Trepó decidida por la escalerilla, con la cara colorada, y me arrebató el cuenco con tanta violencia que, por un momento, pensé que me rociaría con el agua hirviendo. Rodeé con el brazo la cabeza de Lae, para protegerlo, pero Khompheng, sin derramar una sola gota, sopló tres veces la cocción y me la dejó junto a la rodilla—. Debes esperar a que esté tibio. ¿Ni eso sabes hacer? ¡Y asegúrate de que se lo bebe todo!

Asentí. Yo también quería soplar para que Lae pudiera tomarse su medicina más deprisa, pero sentía que casi no me quedaba ya aire dentro. Que el poco que tenía estaba podrido, descompuesto, corrupto. Que, si lo intentaba, solo conseguiría que Lae se pusiera peor.

¿Qué clase de madre era, que ni siquiera valía para enfriar la medicina de mi hijo?

Kun llegó entonces. Alguien lo habría avisado.

—¿Cómo está? —me preguntó. Igual que Lae, también él me miraba como si yo supiera responder.

Me mordí el labio inferior. ¿Qué podía decirle? ¿Que Lae había estado toda la mañana conmigo, y que aun así no me había dado cuenta de que estaba enfermo? ¿Que había dejado de llorar, y su silencio era mucho más aterrador que los sollozos inconsolables de antes?

—Vamos a necesitar más de esto. —Khompheng impidió que el ceño de Kun se frunciera más y más con cada segundo que yo tardaba en contestar. Le dijo que debía ir a otra aldea, o a la ciudad, a comprar más hierbas. No reconocí la palabra que utilizaron para nombrarlas.

Lae gimoteó ligeramente cuando Kun se arrodilló junto a nosotros, como si de alguna forma supiera que iba a despedirse. Quise suplicarle que se quedara. Que nos abrazara bien fuerte a Lae y a mí y no nos soltara hasta que Lae estuviera mejor.

Justo entonces, recordé que Kun me había dicho que su madre y sus hermanas habían muerto de fiebres. Ahogué un sollozo y, temblando, deposité a Lae en sus brazos.

—Maman va a mimarte tanto que te pondrás bueno enseguida, ya verás —murmuró Kun mientras besaba las manitas agarrotadas del niño.

¿Cómo se pondría bueno si Kun no se quedaba con él para mimarlo también?

Kun se inclinó hacia mí. Por un momento, con su aliento cálido en mi piel, sentí que todo estaría bien. Me dejó un beso dulce clavado en la frente.

—No tardes —le pedí con voz ronca.

—Volveré enseguida —prometió él anudándose las cintas del *kup* al cuello. La aldea más cercana estaba a casi un día de camino.

Lae lloriqueó un poco cuando hubo de tomarse la infusión, pero después se quedó dormido.

Durante horas, me ocupé tan solo de humedecerle los labios resecos, de cambiarle la compresa húmeda de la frente, de arrullarlo cuando abría de nuevo los ojos llorosos y de darle su infusión cada vez que Khompheng me rellenaba el cuenco.

Se me habían dormido las piernas cuando me levanté para bajar a orinar. Fuera atardecía. Dos hermanos, que vivían un par de casas más abajo, me saludaron al pasar, ignorantes o indiferentes de que mi bebé

estaba sufriendo.

Nounou me obligó a comer unos puñados de arroz glutinoso antes de devolver a Lae a mis brazos.

La lámpara no se apagó en toda la noche. Lae tuvo un mal sueño y se despertó llorando, y ya no conseguimos calmarlo hasta que, exhausto, cayó rendido cuando el sol estaba ya bien alto en el cielo.

De haber tenido un termómetro, habría querido comprobar la temperatura de Lae cada cinco minutos. Allí, en medio de la jungla, solo podía besarle suavemente las sienes y tratar de no dejarme llevar por el pánico cada vez que me parecía que la fiebre le había aumentado.

—Lleva demasiadas horas así; no le baja la temperatura, no ha querido comer nada. ¿No deberíamos buscar a un médico?

Khompheng resopló, enérgica, sin dejar de moler especias en el mortero.

—¿Vas a llevarlo tú hasta la ciudad para que lo vea un médico?

—¿La ciudad? Pero debe de haber algún doctor más cerca. ¿Qué ocurre cuando alguien de la aldea enferma, cómo…? —La mirada exasperada de Khompheng me hizo callar.

Me costó tragar saliva. No podíamos hacer mucho más que esperar.

Muchos niños morían todos los días en la jungla. Por eso era tan importante la ceremonia en la que los hijos recibían su nombre verdadero, y por eso a los bebés se los llamaba por apodos desagradables, para que los malos espíritus no se vieran tentados de llevárselos antes de que pudieran valerse por sí mismos. Lae todavía era Lae. Kun había ido en busca de remedios que ni siquiera eran medicinas de verdad. ¿Y si para cuando volviera ya era tarde?

¿No llegaríamos a ver cómo Lae aprendía a contar y a escribir? ¿Era ese año que habíamos podido disfrutar de él todo lo que mi niño podría vivir? Si Lae me faltaba, no me creía capaz de seguir adelante. No podría sobrevivir en medio de la jungla sin él, rodeada de recuerdos, sin la razón que me había llevado hasta allí. Mi pobre bebé, tan pequeño. En voz baja, elevé una plegaria al cielo para que se salvara, para que creciera, para que volviera a reír.

Cerré los ojos para tratar de contener las lágrimas. No podía dejar que Lae se despertara y me viera llorar. Tenía que ser fuerte, por él. ¿Qué otra cosa podía hacer más que quererlo y rezar?

Lae seguía respirando, laboriosa pero regularmente. Estaba allí, conmigo. Esperábamos juntos a Kun.

—Lo estás haciendo muy bien, mi vida. Muy muy bien —le susurré al oído.

Mi Lae era muy valiente, mucho más que yo, y vencería a las

fiebres. Habíamos recorrido Laos juntos, y algún día querría ver los elefantes.

La ausencia del peso de Lae en mis brazos me despertó.

—No, no, no…

—Sang, todo está bien. Descansa. —Kun, de espaldas a la lámpara, acercaba una cuchara a la boca de Lae.

Tomé una bocanada trémula de aire. Me dolían la espalda, el cuello, las piernas, el alma.

—¿Cuándo has vuelto? ¿Por qué no me has despertado? —pregunté. Lae balbuceaba con los ojos entreabiertos; curioso, trató de agarrar la cuchara de madera. Siempre paciente, Kun le cogió la mano.

—No te preocupes. Acabo de llegar, puedes volver a dormirte si quieres. —A regañadientes, Lae abrió la boca y tragó la papilla blanquecina.

—Está mejor —observé.

Kun sonrió. Le dio a Lae otra cucharada.

—Porque su madre ha cuidado muy bien de él.

Quise reír, pero se me saltaron las lágrimas. Kun permitió que me dejara caer sobre él; le abracé la cintura desde atrás y contemplé, por encima de su hombro, cómo alimentaba a Lae, cucharada a cucharada.

Un poco más allá, Nounou y Khompheng dormitaban.

—Kun —susurré.

—Come algo tú también —dijo.

Lo abracé más fuerte.

—Gracias. —Se le erizó el vello fino de la nuca cuando empecé a cubrirlo de besos por encima del cuello de la camisa.

22

Al caer la tarde, en el río, las muchachas más mayores ponían medio ojo en los chiquillos y el resto de su atención en su tertulia mientras sus familias aprovechaban el único momento de descanso del día para fumar a gusto.

Quizá si lo hubiera intentado con más ahínco habría conseguido labrar cierta amistad con el resto de las muchachas, pero era mayor que todas ellas y la única casada y, además, era el único momento que podía compartir con Lae sin la nariz de Khompheng husmeando por encima de mi hombro en busca de excusas para llamarme «perezosa *falang*» y reprobar todo cuanto hacía.

Lae soportaba mis abrazos con buen humor. Le hacía carantoñas y le soplaba en la nariz y me reprimía cada vez que quería acariciarle el finísimo cabello negro porque, como Khompheng había tenido a bien informarme, la cabeza era el punto más sagrado del cuerpo, y por tanto no debíamos profanarlo con mimos inútiles.

Si Vanhvilay hubiese tenido costumbre de bajar al río, no me habría importado haber hecho un esfuerzo por socializar más con ella; pero Vanhvilay no tenía hermanos pequeños que cuidar y también ella se quedaba fumando con su madre y sus primas. Nunca me habían invitado, ni yo les había pedido que lo hicieran.

Los que no tenían problema alguno en incluirme en sus juegos eran los niños que chapoteaban en el río, que me llamaban tía Sang como a todas las mujeres casadas de la aldea y me pedían que los ayudara a atarse el *pha-hang* cuando, cansados de juguetear desnudos en el agua, se acercaban a hacerle gracias a Lae.

Noy, uno de los más mayores, solía entonces sentarse a mi lado, en vez de volverse con sus amigos y las hermanas de estos a la aldea. La madre de Noy había muerto hacía años y su padre no había vuelto a casarse.

Mientras esperábamos a Kun, que ya casi nunca venía al huerto, les contaba a Lae y Noy historias del mundo que había más allá de la jungla, como si yo misma supiera de qué estaba hecho.

Y cuando Kun terminaba su trabajo en los campos, se pasaba por el río a refrescarse antes de la cena. Se bañaba deprisa, deshaciéndose de la tierra y el sudor con la misma eficiencia con la que se deshacía de mis preocupaciones cuando me atrevía a descargarlas sobre sus

hombros, y apenas me dejaba admirar la silueta de sus brazos fuertes en el atardecer antes de arrastrarnos a Noy y a mí también al río. Lae estallaba en carcajadas cuando las manos mojadas le hacían cosquillas en la tripa.

La noche engullía al crepúsculo y Kun mandaba a Noy de vuelta a la aldea con el bebé —Nounou se empeñaba en cantarle nanas para acostarlo—, y sus besos siempre me hacían entrar en calor aunque ya se hubiera puesto el sol.

—¿Qué tal te ha ido el día? —me preguntaba, la mano tendida para ayudarme a esquivar las raíces del camino en la penumbra.

Y yo le hablaba de las palabras nuevas que Lae aprendía día tras día y de lo mucho que le gustaba jugar con las cáscaras de rambután, y no me quejaba de las largas horas que debía pasar en el telar ni de lo sola que me sentía cuando Lae dormía sus siestas y las cuatro paredes de la casa empezaban a estrecharse a mi alrededor.

Una tarde en la que bajé al río tras haber quemado las verduras de la cena, con las orejas aún coloradas por la reprimenda de Khompheng, no distinguí la figura desgarbada de Noy entre los niños del río. Me extrañó.

—El tío Sen se lo ha llevado a los campos —me dijo una de las niñas cuando les pregunté; su hermana mayor se acercó de inmediato al verme hablando con ellas.

—¿Tú no vas a los campos también, tía Sang? —me preguntó la joven, que siempre fruncía los labios al verme bajar al río. Una de sus amigas rio mirando al suelo.

Yo también reí, sin ganas, mientras estrechaba con tanta fuerza a Lae entre mis brazos que el niño empezó a retorcerse para que lo dejara bajar al suelo. Noy tendría que estar en el templo, aprendiendo a leer, en vez de en los arrozales.

Las muchachas se alejaron y la niña más pequeña se unió al resto. Aquella tarde, jugaban a moldear esculturas en el barro de la orilla.

Interludio: 1959

—Ahí viene el jefe. Si consigues librarte de esa mueca de estreñido que tienes, quizá consigas causarle buena impresión.

En los dos meses que Songkham llevaba trabajando allí, aquella era la primera vez que el jefe se acercaba a la fábrica de bombillas. Si Giang no se lo hubiera advertido, quizá no le habría prestado atención a aquel hombre que caminaba con paso firme y saludaba con breves inclinaciones de cabeza a los trabajadores, pero ahora que lo sabía se dijo que era la única razón que había para que un hombre con pantalones claros y un pañuelo en el bolsillo de la chaqueta se pasease sonriente por entre las cintas transportadoras.

—¿Es esa su esposa? —Una señora con un vestido pomposo y un sombrero aún más pomposo iba del brazo del jefe, deteniéndose de tanto en tanto a hablar con alguno de los trabajadores.

—¿Qué dices? Claro que no. —Giang bajó tanto la voz que a Songkham le costó descifrar su francés—. La mujer de este vive en Lyon, no se aguantan.

Y calló porque la pareja se acercaba y la mujer posó en Giang sus ojos dulces y tan azules como un cielo claro de los que no había en Francia.

—Ha pasado algún tiempo —dijo—. ¿Cómo te va todo?

—Bien, madame. Gracias. —A Songkham no se le escapó la manera en la que los ojos del jefe, ensombrecidos por el ala del sombrero, se entrecerraron como con aversión mientras la mujer asentía, sonriente.

—¿Y tú? ¿Eres vietnamita también? —preguntó ella entonces, y Songkham tardó quizá más de lo que habría debido en comprender que se dirigía a él.

—Madame. No, no lo soy. Laosiano —dijo, en su francés titubeante y poco claro, turbado porque la sonrisa perfilada en rojo de ella pareció crecer.

—¡Qué agradable sorpresa! ¿No es genial, Didier?

El jefe asintió, rígido.

—¿Todo bien? —preguntó en un lao correcto.

—Muy bien, gracias —respondió Songkham automáticamente en su lengua materna, sin percatarse del cambio—. Monsieur —añadió apresuradamente.

—¿Te estás adaptando? —La señora volvió al francés.

—Sí, madame.

—¿Al clima? ¿A la lengua?

—Sí, madame. Es difícil, pero… —titubeó. No estaba seguro de que fuera totalmente aceptable contarle a aquella mujer, que ni siquiera sabía qué relación tenía con el jefe, que había noches, cuando estaba demasiado agotado para dormir, en las que no podía contener las lágrimas al recordar las grandes hojas de platanera y la textura rugosa de las esteras de dormir—. Madame —repitió, porque no sabía qué más decir. Miró de reojo a Giang, pero este parecía extremadamente concentrado en los zapatos de tacón de la mujer, tan rojos como sus labios.

—Casi todos nuestros trabajadores indochinos vienen de Vietnam, no de Laos —intervino el jefe.

—En Vietnam hay muchos refugiados, monsieur. Por la guerra —añadió, aunque quiso morderse la lengua inmediatamente después. Todo el mundo sabía sobre la guerra y su padre siempre le había dicho que, si no tenía nada de valor que añadir, lo mejor que podía hacer era quedarse callado.

—¿Y en Laos? ¿Por qué te marchaste?

—Donde yo vivo, las guerrillas están empezando a mandar armas y bombas. Mi padre creyó que era más seguro aquí para mí. —No mencionó los contactos de tía Vanhvilay ni lo que pensaba su padre de todo eso.

—¿Y tu padre sigue allí?

—Sí. Su esposa está embarazada y mi abuela está mayor. No podía marcharse, pero quieren que yo esté a salvo.

—¡Qué trágico! —exclamó la mujer—. ¿Y te gusta París?

—Sí, madame.

—Mi cuñada vive en Lyon. —El jefe chasqueó la lengua, pero cuando Songkham miró hacia él su rostro había recuperado la expresión impertérrita que había mantenido desde el principio—. ¿Has estado allí?

—No, madame.

—El clima es un poco más templado. Quizá te gustaría.

—¿Madame?

—Ella habla lao. Mi cuñada —aclaró—. Necesita ayuda en la revista.

—No necesita nada. Está perfectamente como está —intervino el jefe, y Songkham creyó leer cierta acritud en su tono, aunque no miraba a la mujer, sino a Giang, que no había levantado la vista del suelo.

—No seas así, Didier. Sabes cuánto lo echa de menos. Le escribiré.

Dime, ¿cómo te llamas?

—Songkham Phommachan.

—¿Querrías ir a trabajar con ella?

—Está bien, madame. —La sorpresa no le dejó formular todas las preguntas que empezaba a plantearse.

—Madeleine, tenemos que marcharnos. —El jefe posó su mano sobre el brazo de la mujer, que seguía entrelazado con el suyo propio, y ella asintió.

—Querido Giang, ha sido un placer volver a verte.

—Madame Noël.

—Madame —dijo Songkham entonces sin poder contenerse. La mujer lo miró con dulzura, esperando a las palabras atropelladas que no querían salir de sus labios. Estudió sin tapujos, como habría hecho su padre, la expresión apacible de ella; la curva de la barbilla, el suave rastro rosado en los pómulos. Y no consiguió conciliar nada de lo que vio con la imagen que hacía años que había empezado a borrarse de su mente—. Madame, ¿ha estado alguna vez en Laos?

Ella sonrió, y consiguió con ese simple gesto que le brillaran los ojos casi tanto como los grandes pendientes de perlas.

—No, desgraciadamente. He oído grandes cosas, sin embargo. Ha sido un placer conocerte, Songkham. Volveremos a vernos.

Y el jefe y ella se marcharon, llevándose todo el color de aquella fábrica que, hasta ese momento, a Songkham le había parecido completa y tan perfecta como una fábrica podía llegar a serlo. Songkham, en cualquier caso, prefería la jungla.

—¿Quién era ella? —le susurró a Giang en cuanto estuvo seguro de que no podrían oírlos. Las bombillas inacabadas que los esperaban en las cintas le parecían de repente lo más aburrido del mundo, aun con su magia incandescente.

—La hermana de Beaumanoir —dijo el nombre como si escupiera, con toda la furia que parecía sentir contra los franceses que los habían acogido en su país y su ciudad, pero triplicada y concentrada en este hombre como si fuera él el culpable de todas las desgracias del mundo.

—¿Y él? ¿Por qué te ha mirado así?

—¿No te lo dije? Es un hijo de puta, como todos.

PARTE 4:

Fred

1945

23

Hacía tiempo que Lae dormía toda la noche del tirón, pero yo seguía despertándome sobresaltada, de madrugada, cada vez que me parecía sentir un escollo en su respiración, un crujido en la madera del suelo o unas gotas de lluvia en el tejado de paja.

Para no despertar también a Kun, que terminaba por presentir igualmente mientras dormía cuándo necesitaba abrazarlo, me levantaba sin hacer ruido y salía al porche a esperar que los gallos cantaran.

Con una manta sobre los hombros, dejaba pasar las horas, consciente de que el descanso perdido durante la noche me haría estar lenta y malhumorada a la mañana siguiente, lo cual haría que Khompheng me reprimiera por no tomarme en serio mis quehaceres.

En su último viaje a la ciudad, Kun me había comprado unas hojas que, según le habían dicho, calmaban el cuerpo y la mente y ayudaban a dormir. Cada dos o tres noches me preparaba una infusión con ellas y me masajeaba los pies encallecidos hasta que notaba el efecto relajante de la tisana y me echaba en mi estera, a esperar al sueño, a esquivar la mirada preocupada de Kun, a convencerme de que sus desvelos no aumentaban la deuda que tenía con él porque era mi marido y era normal que hiciera cosas por mí.

—¿Maman? —La vocecilla de Lae revoloteó en el silencio de la noche.

Suspiré. Sin tiempo para lamentar la pérdida de aquellos minutos de calma, no fuera que Lae despertara a toda la familia, me levanté y sacudí las piernas agarrotadas.

El murmullo apagado de la voz de Kun me hizo detenerme en la puerta.

—Maman viene enseguida, cariño. Duérmete otra vez, anda, que todavía no es de día.

Mis pies descalzos se acercaron sigilosos a nuestro racimo de esteras.

Lae no reaccionó cuando me agaché junto a Kun.

—¿Se ha dormido? —susurré. Me tumbé en su estera y me pegué a su espalda, enlazando las piernas con las suyas. Escondí la nariz en su cuello para no tener que hacer frente a sus miradas preocupadas—. Ya estoy aquí —añadí sin separar los labios de su piel.

—Descansa —dijo Kun. Me apreté aún más contra él, pero no cerré los ojos.

24

A nuestra pequeña aldea de la meseta de Bolaven las noticias llegaban en forma de rumores traídos de Attapeu a lomos de un búfalo y de hojas de periódico sueltas con manchas de grasa corriendo la tinta; cuando las viandas que habían envuelto ya estaban bien guardadas bajo las casas, me traían los papeles, porque era la única a la que le interesaban. Y, por la noche, mientras Lae, Khompheng y Nounou dormían, me dejaba la vista al intentar descifrar las letras de molde diminutas, a la luz de la luna o de la lámpara de parafina, para juntar las piezas del rompecabezas. Cada vez eran hojas de un periódico distinto y a veces la fecha no se podía leer.

Así fue como me enteré de que, durante la estación húmeda de 1940, Hitler había invadido Francia, había llegado hasta París y habíamos firmado un armisticio que al general De Gaulle —estaba segura de que papá los conocía a los dos, a De Gaulle y al mariscal Pétain, pero nunca había prestado demasiada atención cuando se ponía a contar historias de la Gran Guerra— no le había hecho mucha gracia, a juzgar por lo que decía al respecto desde Londres. Los periódicos franceses llegaban a Indochina semanas después de ser impresos en París y, a Attapeu, semanas después de ser vendidos en Hanói y Nom Pen, de modo que cuando yo finalmente leía sobre el bombardeo de Londres, la rendición de Grecia y la invasión alemana de la Unión Soviética, lo hacía con una extraña sensación de estar aprendiendo sobre el pasado al tiempo que intentaba recuperar la escasa información sobre la localización de los países de Europa que aún quedaba en mi cabeza de aquellas lejanas lecciones de geografía.

A veces, sin embargo, el periódico era el *Pathet Lao*. Entonces todo era un ataque a los pérfidos tailandeses, que confabulados con Japón se habían quedado con territorios al oeste del Mekong que habían sido de Indochina hasta 1941. Y cuando lo que recibíamos era el suplemento *Lao Nyay*, era Kun —que había aprendido a leer lao en el templo— el que me leía en voz alta las historias sobre los viajes por Indochina del rey Sisavang Vong, que había venido desde Luang Prabang hasta Pakse sin que en la aldea supiéramos nada, y al que se quería mucho más en el norte que aquí en el sur.

Y es que, de repente, los periódicos hablaban de Laos como un todo, como una nación en lugar del protectorado que teóricamente

seguía siendo. Era Laos contra los japoneses o los tailandeses, con los franceses haciendo de tanto en tanto acto de presencia, y yo me sentía a un tiempo excluida y partícipe de todos los grupos.

Nunca probaba los mangos cuando Khompheng los incluía en el almuerzo. Cuando me enteré de que Japón se había aliado con Francia e Italia y había bombardeado Hai Phong y abierto no sé cuántas bases aéreas en toda Indochina, me alegré más que nunca de haberme venido con Kun, de no tener que fingir delante de Otoha Hirazakura y de su marido —si es que había sobrevivido a los bombardeos aquellos del ferrocarril a Yunnan— que todo lo que sus compatriotas estaban haciendo me parecía bien.

Aunque entonces miraba a Lae, que no hablaba ni una palabra de francés por mucho que yo le cantara en voz baja los éxitos del *music-hall*, de aquellos vinilos que el padre de Jeannine había traído de uno de sus viajes. Y me decía que no tenía sentido alguno preocuparme por lo que ocurriera con Francia y Europa y Japón y Estados Unidos, y todos aquellos necios que seguían tirándose bombas y granadas unos a otros, cuando había tanta ropa por lavar y tantas malas hierbas por arrancar.

Para mí, la jungla se había convertido en un lugar donde el mundo no vendría a buscarme si yo no lo buscaba a él.

Hasta que uno de los hijos de la partera se me acercó una tarde mientras recolocaba las piedras alrededor del fuego de cocinar. En vez de preguntarme por Lae, como hacía siempre, se arrodilló junto a las brasas y se me quedó mirando, como si nunca me hubiera visto.

—¿Quieres encargarte tú de esto? —le pregunté tendiéndole una de las pesadas piedras.

—¿Has llamado tú a ese *falang* para que viniera, tía Sang? —preguntó.

Fruncí el ceño y me incorporé mientras me limpiaba el hollín de las manos en el *sinh*.

—¿Cómo dices? ¿Qué *falang*? —No había más *falang* en la aldea.

—¡Ven, que te lo enseño! —Se coló por entre los zancos que sujetaban la casa y desapareció sin esperarme. Por un momento, casi me planteé olvidarme del asunto e ir al arroyo a buscar más agua, pero la curiosidad me pudo y rodeé finalmente la casa. El niño, con el *pha-hang* torcido, me esperaba casi saltando de la impaciencia—. ¡Tía Sang! ¡Corre, ven!

Lo seguí hasta la casa de uno de los ancianos que solo dejaban de fumar para el Pi Mai o, a veces, cuando había un *baci*. Nunca había entrado, pero el niño volvió a indicarme con un gesto que subiera tras él la escalerilla.

Dentro de la casa, un corro de hombres se volvió cuando entré. Escuché su voz antes de que se me hubieran acostumbrado los ojos a la falta de sol.

—¡No me lo puedo creer! —Había pasado tanto tiempo que las erres guturales de su francés me sonaron a campanillas celestiales—. ¿No será mademoiselle Fred? ¡Qué alegre coincidencia!

Tardé en ubicar el acento y la barba pelirroja lo que a aquel hombre corpulento en mangas de camisa le llevó acercarse a mí y tenderme la mano. Respondí con la mía de manera automática y por fin me recuperé de la sorpresa cuando me la besó.

—¡Monsieur Baudin!

—¡Qué feliz coincidencia! Y además se acuerda de mí.

—Pero ¿qué hace aquí? —Con un gesto abarqué aquella casa, en la que el olor de la adormidera estaba tan incrustado en la paja del tejado que ni un tifón habría podido llevárselo consigo.

—Ah, como les estaba explicando a estos honorables señores, mi misión deriva de un asunto de extrema gravedad. —Cuando enderezó la espalda y se estiró en toda su altura, mucho mayor que la de todos los demás que estábamos allí, pareció que la camisa se le blanqueaba también, dándole un aspecto más distinguido pese a la barba desaliñada y las botas gastadas—. Imagino, querida Fred, que sabrá que el general De Gaulle ha liberado Francia.

Si hubiéramos estado en Luang Prabang, le habría ofrecido algo de beber y un asiento en el estudio o en el porche, bajo las palmeras. Si fuera laosiano, le habría preguntado si ya había comido y le habría servido arroz y carne. Pero estábamos en la meseta de Bolaven y Baudin era francés, y mi cabeza estaba demasiado ocupada regocijándose en lo fácil que era escucharlo hablar, porque podía relajarme y aun así entendía todas y cada una de sus palabras, que no se me ocurrió cómo ser una buena anfitriona en aquella situación totalmente atípica.

Así que asentí y me quedé allí, de pie al igual que él, viendo por el rabillo del ojo cómo un anciano al que apodaban Bebé se encendía la pipa y nos observaba a través del humo.

—E imagino también —Baudin proseguía— que estará al tanto de la precaria situación en la que se encuentra Indochina.

—No entiendo a qué se refiere.

—Ya sabe, el almirante Decoux fue nombrado desde Vichy y su único interés aquí es lamerles el culo a sus amigos los japoneses. —La mueca que le secuestró la boca cuando dijo «almirante» y «amigos» me sugirió cosas sucias y depravadas que nunca habría esperado oír y que rimaban con el apellido del gobernador general—. Tal y como están

las cosas, no podemos permitir que Japón convierta estas bellas tierras en parte de su jodida Dai Tōa Kyōeiken.

—No sé nada de eso. —Y era verdad. No sabía japonés ni tenía interés alguno en aprender, y no entendía cómo hacía solo un momento se me había pasado por la cabeza que este hombre pudiera haber sido bienvenido en Villa Noël. Se habría mandado a alguien como Kun a decirle que papá se encontraba demasiado ocupado como para atenderlo, aunque estuviera fumando tranquilamente mientras ojeaba el periódico.

—Seré franco con usted: mi misión es la de reclutar soldados para luchar contra los japoneses.

—Indochina no está en guerra, monsieur Baudin —dije. O, al menos, así era cuando el último periódico que habíamos recibido en la aldea había sido impreso, poco más de dos meses atrás.

—¡Claro que lo está! —rugió Baudin—. Francia está en guerra con Japón desde el 40. Estamos reclutando un ejército de laosianos para defender Laos, señora mía.

—¿Quiere usted llevarse a unos cuantos muchachos a una guerra que todavía no ha estallado?

Como lo de Jacques, otra vez. Una promesa abstracta de gloria, una remotísima posibilidad de que la patria sea atacada, y los ojos inocentes de los jóvenes desocupados se encendían con un fuego que parecía que los quemaba por dentro. Poco les importaban las razones, lágrimas o abrazos que esgrimieran sus hermanas pequeñas; una vez que se habían imaginado con la guerrera caqui y el casco no querían volver a llevar chaqueta y corbata.

Menos mal que Lae solo tenía cuatro años y que Kun era demasiado inteligente como para dejarse engatusar.

—¿Habla usted lao, monsieur Baudin?

—Un poco, un poco. ¡*Contra los invasores japoneses*! —me demostró con una gran sonrisa y los tonos ligeramente trastocados.

—Buena suerte, entonces, monsieur.

Con un brevísimo *nop*, me di la vuelta para marcharme.

—¡Espere! —Baudin me cogió la muñeca. Me quedé mirando la pinza que los dedos, extraños y robustos como ramas de bambú, hacían sobre mi piel, más bronceada que la suya.

—¿Qué cree que está haciendo?

Me soltó. Lo miré a la cara.

—Dígame, Fred, ¿no querría usted unirse también?

—¿Disculpe?

—Necesitamos gente como usted, que hable lao y francés, que sepa moverse entre los japoneses…

—¿Para qué va a querer un soldado moverse entre nadie? ¿No se trata de disparar y de que no te disparen?

—No, no. Ah, perdone. No me he explicado bien. Verá, no tenemos recursos como para vencer a los japoneses en una batalla. Ya sabe, pocas armas, pocos soldados. No es como si pudiéramos mandar un barco cargadito de hombres, ¿comprende? La única manera de llegar es en paracaídas, en la jungla.

—No le sigo.

—Tenemos que ganar tiempo hasta que De Gaulle, los ingleses y esos malnacidos americanos nos puedan ayudar. Interceptar mensajes y cargamentos, robarles las armas… ese tipo de cosas.

—Monsieur, no le sigo —repetí.

—Usted está viviendo aquí, ¿no es así? Conoce la zona y a los laosianos. Dígame, ese otro muchacho…, el que venía con usted cuando nos vimos en Vientián: ¿está aquí también? Seguro que le ha enseñado cómo se vive en la jungla. ¿No lo ve? ¡Es perfecto! Además, con todo lo que me ha contado Liên de usted… Se acuerda de Liên, claro. Dice que ya en Luang Prabang la visitaba usted sin que nadie en su casa sospechara… ¡Eso, eso es lo que necesitamos! Maldita sea, ¡si es usted una señorita! Ese tipo de cosas no se puede fingir. Ya lo estoy viendo: se cambia usted esa ropa por un vestido occidental y con un poco de carmín tendría usted a los japoneses comiendo de su mano. ¡Se lo digo yo!

—Pero, oiga, ¿qué quiere? ¿Que seduzca a los japoneses?

—No, tiene razón. Esos idiotas tienen todos un palo metido en el culo y no reconocerían a una mujer ni aunque se les sentara usted encima. Los muy cerdos. No nos quieren aquí, ¿sabe? Dicen que Asia es para los asiáticos, como si estos borregos fueran a ser capaces de gobernarse a sí mismos. Ni carreteras tienen, ¡ni carreteras! ¿Qué me dice, Fred?

Me alisé con cuidado las arrugas de la camisa sucia.

—¿Dónde ha quedado eso de un ejército de laosianos para luchar por Laos? —pregunté con una media sonrisa.

—Oh, vamos. Ya sabe usted lo que quiero decir. Los japoneses se llenan la boca, pero no es más que propaganda; al final lo que quieren es quitarnos a nosotros para ponerse ellos. Son iguales que los putos nazis, lamiéndole también el culo a Hitler, no se confunda. Si los dejamos que hagan lo que les venga en gana, terminarán por pasarnos a cuchillo a todos los europeos, sentarán en los sillones importantes a un puñado de generales y almirantes traídos desde Tokio y pondrán a trabajar en las minas, los bosques de caucho y los arrozales a todos los monjes vagos de Indochina. Igual que han hecho en Corea y

Manchuria y en todos los sitios adonde han llegado con sus jodidas zarpas.

—¿Y robarles un cargamento de armas va a conseguir pararles los pies, dice usted?

—De Gaulle ha liberado Francia. También liberará Indochina. —Los ojos claros de Baudin brillaban cuando hablaba del general, aunque quizá fuera un efecto óptico por el humo del opio.

—En tal caso, De Gaulle no necesita mi ayuda.

—Oh, vamos, Fred. Usted es una mujer valiente.

Se me escapó una sonrisilla sardónica. Si él supiera lo que le había hecho a Liên…

—Monsieur Baudin, usted no me conoce de nada.

—Pero usted vive aquí, ¿no? En esta jungla, como si fuera laosiana. Apuesto a que tiene una familia preciosa, con tres o cuatro churumbeles correteando detrás de los perros. Se vino hasta aquí siguiendo un sueño: quería usted ser libre. ¡A mí no me engaña, no! ¿Va a dejar ahora que los japoneses le arrebaten esa vida que usted ha creado aquí? ¿Pretende hacerme creer que esperará de brazos cruzados a que se lo lleven todo? Fred, míreme a los ojos y dígame que ha olvidado sus ganas de vivir una aventura.

Baudin era un bruto entrometido, un iluso optimista y, si no refinaba sus modales, nunca ascendería en el ejército. Pero tenía superiores lo suficientemente competentes como para haberlo escogido para esta misión que obviamente sabían lo que hacían.

Porque, por mucho que me pesase, tenía razón.

Ay, tenía toda la razón. Solo le había faltado prometerme que no tendría que traer más cubos de agua del río y habría terminado de convencerme.

25

Baudin se marchó, alegando que debía llegar a otra aldea, que alguien le había marcado en un mapa, antes del anochecer. Me prometió primero que volvería al cabo de una semana.

Nounou me preguntó que de qué lo conocía, Khompheng frunció los labios cuando se lo conté y Kun rio cuando, aquella noche, le repetí la conversación entre besos susurrados.

—Sabes que todo eso nos da igual, ¿verdad, Sang? —dijo.

—¿Qué quieres decir? ¿Cómo va a darnos igual?

—Estábamos aquí antes de que llegaran los franceses y seguiremos estando aquí cuando se hayan marchado.

—Fue Pavie el que hizo que Laos fuera un territorio unificado —le recordé—. El rey…

—El rey de Luang Prabang hará lo que tenga que hacer. Dicen los sabios que se puede combar una rama joven, pero es difícil hacerlo con un árbol viejo.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Dime, Sang: ¿qué te importa más: en qué idioma se sellen los documentos en Vientián y Luang Prabang o que Lae tenga arroz para comer todos los días?

—¡Pues las dos cosas, naturalmente! ¿Y si llegan los japoneses y se llevan todo el arroz?

Kun calló durante largo rato. Cerré los ojos y me dejé acunar por su abrazo, su respiración calmada y la caricia de sus dedos dulces en la piel de mi barriga.

—¿Ves como siempre has sido francesa? —murmuró al fin. Desperté, porque casi me había quedado dormida—. Vas a irte, ¿verdad?

—No —protesté de inmediato. La caricia cesó y se me encogió el corazón—. Quizá. No lo sé.

—Lae va a echarte de menos.

Tomé sus dedos entre los míos y los conduje de nuevo, golosa, hasta mi piel.

—A veces siento que aquí me ahogo —murmuré en voz muy baja.

—Lo sé —dijo Kun. Me giré para rodearlo con mis brazos.

—No me arrepiento de haber venido. Eres lo mejor que me ha pasado en la vida. —Sonreí en la oscuridad, escondiendo mi sonrojo

en el hueco de su cuello—. Ahora es cuando tú me dices que yo soy lo mejor que te ha pasado a ti en la tuya —añadí cuando Kun no respondió.

—Si no hubieras venido, probablemente habría terminado casándome con Vanhvilay —confesó en voz todavía más baja que el resto de la conversación.

Le besé la clavícula.

—También sentía que me ahogaba en Luang Prabang. Por eso…, por eso iba a casa de Liên para estar con Giang.

Kun me besó casi con violencia, como solo hacía cuando estábamos solos. Por un momento, consiguió hacerme olvidar que llevaba toda la vida en busca de algo que no encontraba, boqueando como un pez engarzado en las redes de un pescador.

—No voy a ir contigo —dijo después. Asentí.

—No tiene por qué cambiar nada.

La sonrisa de Kun fue lo último que vi en la penumbra cuando se levantó para entrar en la casa. Hacía calor, como siempre, pero me apresuré tras él porque un escalofrío me recorrió la espalda en cuanto se separó de mí.

26

Baudin regresó, como había prometido, y no lo hizo solo: llevaba detrás, cual gallina con sus polluelos, a una pequeña cuadrilla de muchachos, algunos recién salidos del templo adonde los enviaban a estudiar. Y, tras haber abrazado a Lae y a Nounou con fuerza y haber recibido una mirada de total desdén de Khompheng, me uní al grupo y seguí a Baudin haciendo el camino inverso al que había recorrido con Kun cinco años atrás. Aunque esta vez no nos encontramos con cazadores de elefantes y teníamos agua de sobra y el mapa de Baudin, de modo que llegamos sin contratiempos hasta la camioneta que nos esperaba en Pakse.

—Tía Sang. —De mi aldea solo había venido Noy, que había crecido desde que contemplábamos atardeceres juntos, pero que ahora no se separaba de mí ni cuando le pedía que me dejara orinar a solas.

—Noy, duérmete.

La camioneta estaba techada con unas grandes lonas, que dejaban fuera el paisaje y la brisa que levantaba el vehículo; dentro, las almas curiosas de aquellos niños que querían ser soldados.

—Es que, tía Sang, tengo las tripas revueltas.

Iba a decirle que intentara contenerse, que no necesitábamos su almuerzo a medio digerir decorándonos las ropas, aunque entonces me acordé de lo mal que me habían sentado a mí las barcazas del Mekong y me mordí la lengua.

Pero realmente no era buena idea dejar que nos vomitara encima, a mí y al resto de los muchachos que intentaba conciliar el sueño pese a los baches de la carretera y el zumbido de los mosquitos; intenté distraerlo contándole algunas de las historias que venían en mis viejos libros del catecismo. Después de años viviendo, pensando y soñando en lao, era como si el mecanismo que permitía a mi cabeza traducir del francés estuviera atrofiado, las palabras llegaban a mis labios perezosas y llenas como de moho, tornando las historias en ajenas y nuevas porque nunca las había oído en aquella lengua.

Pero Noy se calmó y los muchachos que no dormían me miraban con los ojos muy muy abiertos. Todos con los brazos fuertes, porque, aunque los varones no traían agua del río, sí que ayudaban en el campo desde que eran un poco mayores que Lae. Qué jóvenes parecían todos y qué vieja me había vuelto yo.

El campamento estaba cerca de Thakhek, en las montañas. O eso dijo Baudin, porque la jungla era la jungla y más aún en la noche, cuando llegamos con los estómagos vacíos y las vejigas llenas. Otro hombre nos recibió cuando bajamos de la camioneta con una linterna en la mano que solo conseguía ahuyentar algunas sombras superficiales de su rostro y que le dejaba incrustadas como entre los huesos las más profundas. Era francés, pero nos dijo en lao que lo siguiéramos montaña arriba.

Tropecé con todas las piedras, ramas y agujeros que había en el camino, pero por fin, cuando el cielo ya clareaba, nuestro guía esquelético se detuvo en la entrada de unas cuevas. Silbó y, mientras esperaba a que le respondieran, me dejé caer de rodillas porque pensaba que el corazón se me saldría del pecho.

Noy me sujetó con fuerza por el codo, como si temiera que fuera a despeñarme.

Un montón de gente salió de la cueva; supuse que era nuestro comité de bienvenida. El señor esqueleto empezó a gritar instrucciones en un lao tan terrible que me entraron ganas de reír a carcajadas. Si no lo hice fue porque, de repente, me vi inmersa en un abrazo.

Era Liên.

—¡Fred! ¡Ay, Fred! ¿Estás bien? Tienes mala cara. Ven, ven dentro. Te daremos algo de comer.

Sin darme tiempo a responder, me condujo hacia el interior de la cueva, con Noy aún enganchado a mí. Nos dio a cada uno un cuenco de sopa clara.

—¿Llevas mucho tiempo aquí? —pregunté.

—No, no. Solo un par de meses; volví a encontrarme a Hugues en Vientián.

Asentí.

—Este es Noy —dije aún en francés. El muchacho levantó la cabeza del cuenco que engullía como si fuéramos a quitárselo.

Liên me contó que pronto viajaría a Tonkín, con otro grupo que estaban formando allí. Me habló de una hermana suya que nunca antes me había mencionado y de sus primos de Luang Prabang.

Me preguntó por Noy en cuanto este se hubo acurrucado a dormir en el suelo duro de la cueva.

—No sé muy bien por qué ha venido. Cuando él era más joven éramos amigos, pero hace años que coincido más con su madre cuando baja a lavar la ropa al río.

—Entonces ¿te has quedado a vivir con aquel chico? Trabajaba en tu casa, ¿no?

En otro mundo, varias vidas antes.

—Nos casamos —sonreí—. Tenemos un hijo.

—¡Pero qué alegría! Me alegro mucho, Fred.

—¿Y tú?

—Giang sigue en Francia —respondió solamente. Su barco había salido desde Hai Phong en las Navidades del 39.

—Liên. —Necesitaba cambiar de tema—. ¿Crees que esto merece la pena? Baudin dijo que sí, que los japoneses van a atacar, que es inminente, pero… ¿tú qué crees?

Liên suspiró. Tenía el cabello más corto desde la última vez que la había visto, aunque seguía llevando una cinta de tela anudada en la cabeza. Un mechón negro y liso se le había escapado del moño, se balanceaba suavemente cuando estiraba el cuello, como el péndulo de un espectáculo de hipnosis. Jeannine había visto uno una vez, en Saigón.

—Creo —comenzó— que no lo sabremos hasta que ocurra. Pero es mejor que estemos preparados, ¿verdad?

—¿Tú por qué viniste? ¿Ocurrió algo en Vientián?

—No, no. Para nada. Pero me siento mejor sabiendo que al menos estoy haciendo algo, contribuyendo de alguna manera. ¡Ah! —exclamó de pronto. Temí que fuera a despertar a Noy, pero no se inmutó—. Sé precisamente qué es lo que necesitas. Ven, te buscaremos unas esteras para que puedas descansar. Ya lo verás, cuando despiertes te encontrarás como nueva. ¡Y será como habíamos pensado! ¿Te acuerdas? Cuando dijimos que viviríamos juntas. Quién lo habría imaginado, ¡después de tanto tiempo!

Me sentí un poco mal al separarme de Noy, pero la cueva tampoco era tan grande y, por lo que podía ver, yo era la única mujer francesa. Liên me abrazó de nuevo, despertando en mí todas esas cosas que creía bien enterradas.

Cuando desperté, horas después, tardé varios minutos en recordar por qué ni Lae ni Kun estaban allí. No era de día todavía, pero no debía de faltar mucho. Me encogí sobre mí misma; Lae no había llorado al despedirnos, quizá porque no había entendido que no nos veríamos en un tiempo. ¿Lloraría si se desvelaba en medio de la noche y Kun no podía decirle que yo regresaría pronto?

Quizá no. Los niños se acostumbraban a todo, incluso a estar sin su madre. Éramos nosotras las que teníamos el corazón dividido desde el momento en el que nacían.

Pero había sido yo la que lo había dejado allí, la que lo había alejado de mí. No tenía derecho a llorar ahora porque lo echaba de menos, especialmente cuando sabía que Kun —y Nounou y Khompheng y toda la aldea— cuidaría de él. Mejor que yo, incluso.

Dejé que las lágrimas me resbalaran por las sienes sin hacer el menor movimiento para enjugármelas. Me mordí el labio inferior para detener sus temblores.

Pronto amanecería. No podía dejar que nadie me viera así. Era mejor que llorara todo lo que quisiera al abrigo de la oscuridad para que después no me asaltaran las lágrimas en el momento más inoportuno.

Por la mañana, me enseñaron a utilizar un arma, y el peso del rifle en mi hombro, aunque aún no nos dejaran utilizar las escasas reservas de munición, me convenció de que lo que estaba haciendo era lo correcto.

27

Aunque Vanhvilay y Khompheng habían conseguido enseñarme a tejer, con mucho esfuerzo por su parte y mucha frustración por la mía, al final eran siempre ellas o Nounou las que terminaban por remendar los agujeros en los *pha-hang* y daban las puntadas que mantenían los *sinh* en su sitio. Tejer no tenía nada que ver con coser, así que cuando el señor con cara de esqueleto —se llamaba Michel, aunque nunca supe si de nombre o de apellido— me tendió un día un rollo de tela del color de los espárragos me lo quedé mirando sin entender qué quería que hiciera con él.

—Fred, ¿verdad? Hágase un vestido en condiciones para ir a Thakhek —dijo. Me eché a reír, removí las brasas con un palo y, como ya estaban listas, coloqué la cesta llena de agua y arroz crudo sobre las piedras que evitarían que se quemase el bambú; el agua terminaría por evaporarse mientras se cocinaba el arroz glutinoso.

—Y si le parece, con mangas de farol, cuello camisero y un sombrero a juego. —Me levanté—. ¿Sabe usted que para coser hacen falta aguja, hilo y habilidad?

—Soldado —comenzó. La peculiar configuración de su rostro hacía que su mueca seria impusiese respeto cuando cerraba la boca. Me erguí más derecha, aunque por mucho que me estirara él era más alto que yo—. La gente reparará en usted si va vestida como una laosiana siendo francesa.

—¿Qué tengo que hacer en Thakhek?

—En Thakhek, comprar provisiones. Aquí, dirigirse a mí como «señor».

—Deme dinero, entonces, señor, y me compraré primero un vestido.

Cuando Michel fruncía los labios parecía como si todo lo que quedaba debajo de su nariz se paralizara. Recogió el rollo de tela y, por la manera en la que me miró, deduje que estaba planteándose cómo echarme de aquel pequeño ejército. Pero éramos pocos, los laosianos no sabían francés y los franceses no sabían lao, y yo sabía de los dos y cocinar, la mayoría de las veces sin quemar los guisos, así que no me preocupé en exceso.

—Vaya mañana. Llévese a la anamita —dijo tras una larga pausa.

Y se dio la vuelta.

Se lo conté a Liên a la mañana siguiente, cuando bajábamos las dos la montaña; yo, con una bolsa de dinero discretamente camuflada bajo la camisa y ella, con una pistola con dos balas discretamente escondida en la bota.

—Que usen la tela para vendas —sentenció. Y me aconsejó comprar un vestido oscuro, por si en algún momento tenía que lavarle la sangre.

La esperé junto al río; supuse que, con el trasiego de barcazas y sampanes, tanto los que bajaban el Mekong desde Vientián como los que lo cruzaban hasta Tailandia, llamaría menos la atención.

Había menos gente de la que había previsto, sin embargo; caminé lentamente por la orilla, simulando que examinaba la mercancía de las mujeres que vendían fruta en la calle, sin acercarme tampoco demasiado a ellas para no resultarles después fácil de recordar. Pero habría sido más llamativo si me hubiera quedado quieta en medio del ajetreo de la mañana, de modo que me resigné a soportar las miradas curiosas de los hombres que bajaban de las barcazas con la espalda curvada bajo el peso de unos descomunales fardos y que andaban más despacio al pasar junto a mí.

—Disculpe, ¿podría ayudarme? —Di un respingo cuando el hombre apareció frente a mí, de repente. No me dio tiempo a esquivarlo.

—Tengo prisa —mascullé automáticamente respondiéndole en el francés en el que él me había hablado. Con el sobresalto, se me olvidó que no me convenía abrir la boca ni siquiera para eso.

El ala del sombrero panamá oscurecía un rostro que me resultaba vagamente familiar, en el que creció una amplia sonrisa.

—Verá, será solo un momento. Creo que estoy un poco perdido, ya sabe usted cómo es esto. Acabo de llegar de Tailandia y… —¿Tal vez había escuchado ese acento extranjero antes, en alguna otra parte?

—No puedo ayudarlo. —Lo interrumpí. ¿Quién podía ser aquel hombre? ¿Me habría reconocido y por eso me abordaba? ¿Sería algún socio de papá; nos habríamos visto en Luang Prabang?

—¿No es usted de por aquí? Ah, discúlpeme. Perdone, tengo la extraña sensación… ¿No nos habremos visto antes, por algún casual?

—No lo creo —respondí de inmediato.

La tela de su ropa se veía algo gastada, al igual que los zapatos. Aquel bigote descuidado no parecía pertenecer al tipo de personas con el que solía relacionarme en Luang Prabang. ¿De dónde sería? ¿Español, italiano quizá?

Por un momento, temí que estuviera buscándome a mí. ¿Lo habría enviado papá?

Era totalmente absurdo. Estaba siendo una tonta. Había pasado

demasiado tiempo y ¿cómo iba a saber nadie que yo estaba en Thakhek?

—¿Está segura? Me precio de tener muy buena memoria para las caras, ¿sabe usted? Me viene muy bien para mi profesión. ¿No se lo he dicho? Soy periodista. Ramón María Fernández, redactor-corresponsal para la Agencia EFE. Mucho gusto. —Ay. Sí, sí que me acordaba. Era muchísimo peor que si fuera un conocido de Luang Prabang; habíamos coincidido en aquel coche, desde Vang Vieng a Vientián, cuando llevaba todavía la sangre de Tokihiko Sukenori pegada a la suela de los zapatos—. ¿De verdad que no hemos coincidido…?

—No, no lo creo. Si me disculpa…

Pero él negó con la cabeza. Dio un paso hacia mí como respuesta al que yo había dado para alejarme de él.

—Llevo varios años en Indochina, viajando siempre de acá para allá, podrá imaginarse. Precisamente quería preguntarle si sabría usted cómo podría conseguir transporte hasta Tonkín. Cualquier cosa me vale, no se vaya usted a pensar, que uno está ya habituado a todo —rio, sin duda buscaba una complicidad que no encontraría conmigo —. Aunque, si me permite serle sincero, no me importaría si tuviera que retrasar un poco el viaje. Quizá usted lo haya oído también, pero corren rumores de que, en las montañas, cerca de aquí, aguardan escondidas guerrillas francesas. ¿Quizá sabe usted…?

—Perdone, me espera mi marido —lo interrumpí con un cabeceo firme que probablemente no lo engañara.

—No es que quiera publicar nada sobre las guerrillas —se apresuró a añadir el periodista con una media sonrisa ladina que me dio escalofríos—, a mi agencia no le serviría de nada y nuestra labor no es ayudar a los japoneses, ¡ni mucho menos!

Me di la vuelta e hice un verdadero esfuerzo por mantener un paso sosegado que no traicionara el frío pánico que me atenazaba la garganta.

—Que tenga un buen viaje —murmuré por encima del hombro. No me detuve a comprobar si me había oído, con lo cual me arriesgaba a resultarle aún más memorable por mi falta de cortesía.

Pero no podía quedarme allí a charlar tranquilamente con él sobre las guerrillas.

—Gracias, madame. —Aún escuché su despedida, y si yo pude hacerlo, lo más probable es que la oyeran también todos los que estaban allí—. ¡Usted también! No me rehuirá la próxima vez que nos veamos, ¿verdad?

Me reuní con Liên en la base de la montaña.

—¿Dónde te habías metido? ¿No habíamos quedado en el río?

El corazón todavía me latía con fuerza.

—Es que estaba poco concurrido. Me pareció peligroso. ¿Y tú? —pregunté con la esperanza de que fuera suficiente para desviar su atención—. ¿Qué tal? ¿Has tenido suerte?

28

Un día antes de que los japoneses empezasen a fusilar oficiales franceses, fui con Liên por última vez a la ciudad —según Baudin, no era más que un pueblucho con ansias de grandeza, porque decía que en Laos no había ciudades—. Bajamos la montaña a pie y después aprovechamos el búfalo de un granjero que iba a vender fruta a Thakhek para hacer más cómodamente la última etapa del camino. Eran los meses más calurosos del año, antes del Pi Mai y de los monzones, y cuando por fin nos despedimos de nuestro pintoresco taxista me pareció que los ríos de sudor que me corrían por la espalda podrían haberse convertido sin problemas en afluentes del Mekong.

Acompañé a Liên hasta el punto donde la esperaba otro anamita en un coche, junto a una estupa más bien sosa.

—Que tengas buen viaje —sonreí mientras me decía que, si tenía los ojos llorosos, era porque el sol brillaba demasiado en aquellas horas del mediodía y no porque la ciudad de Mon Cay quedara lejísimos de allí, casi en la frontera con la provincia china de Kouang.

—Tú eres quien debe tener cuidado. —Liên me abrazó con más fuerza de la que parecían tener sus brazos delgados—. Yo me vuelvo a casa.

Asentí.

—Nos veremos pronto —le prometí sin saber muy bien por qué, aun a sabiendas de que no era realmente una posibilidad a menos que a mí también me enviaran a Tonkín a por otro cargamento de armas.

El anamita del coche chasqueó la lengua y arrancó el motor, espantando con la humareda del tubo de escape a unos muchachos de la edad de Lae que se habían acercado a jugar junto a las ruedas traseras. Liên se montó en el asiento del copiloto y me sonrió al otro lado de la ventanilla sucia. La despedí agitando una mano y me protegí los ojos del sol con la otra. Cuando lo único que quedaba del vehículo era la nube de tierra que habían levantado los neumáticos, me di la vuelta y me dije que era para mejor. Le había contado a Liên tantas mentiras que no entendía cómo era capaz de mirarla a la cara.

Y, entonces, cuando empezaba a buscar la tienda donde tenía que comprar las verduras que me habían encargado —preguntándome también si me llegaría el dinero que me habían dado para comprar un *kup*— creí ver un espectro. Me escondí a tiempo tras un *pousse-pousse*,

con la sensación de que la falda con vuelo del vestido flotaba demasiado tras de mí.

Jeannine no me vio.

Porque era ella, paseando de la mano de un niño de unos dos o tres años. Dos cabezas igualmente rubias y dos nucas, imaginé, asimismo pálidas; una porque una sombrilla de encaje la mantenía a la sombra y la otra porque el traje de marinero tenía tantas capas y cuellos que era muy posible que al pobre niño le diese un síncope por exceso de calor. Los zapatos de ella marcaban el ritmo al que me latía el corazón mientras caminaba con su hijo calle abajo. Se detuvieron a comprar golosinas en un puesto; las monedas brillaban tanto como los pendientes de Jeannine mientras hablaba con la mujer *hmong* que les tendió un paquetito envuelto en una hoja de periódico.

Desaparecieron al doblar una esquina sin que me atreviera a llamarlos. El dueño del *pousse-pousse* me miraba aburrido rascándose una ceja, quizá intuía que no le pagaría para que me llevase a ningún sitio.

Qué valiente me sentía cuando pensaba en meterles una bala entre los ojos a los soldados japoneses; en mi fantasía siempre tenían el rostro de Tokihiko Sukenori antes de morir rodeado de mangos. Qué cobarde cuando veía a mis antiguas amigas y no sabía si algún día podría confesarles alguno de los secretos que guardaba la persona en la que, sin querer, me había convertido.

29

La tediosa pero familiar rutina del campamento —preparar comidas medianamente comestibles, practicar con los rifles con la esperanza de poder acercarme algún día a la munición de verdad, imaginar que esta vida lejos de Kun y Lae serviría para algo, echar de menos a Liên cuando solo había pasado un día desde que se había marchado— desapareció cuando los japoneses, siempre poéticos a la hora de bautizar sus ideas sangrientas, pusieron en marcha lo que habían dado en llamar «Operación Luna Brillante».

Noy se acuclilló a mi lado a la hora de la cena, se sacó dos guindillas de un pliegue del *pha-hang* y metió una en mi sopa.

—Ha ocurrido algo —susurró.

—¿Algo como qué?

—Monsieur Michel acaba de mandar a Mansay y a otros dos a Thakhek.

—¿Ahora? Pero si ya es de noche. ¿Los ha mandado bajar solos?

—Con sus armas.

Asentí despacio. Noy bebió de su cuenco y yo del mío; la sopa había mejorado mucho con la guindilla.

—Habrá recibido algún mensaje —dije al fin.

Noy entreabrió los labios, como queriendo sonreír, pero sin atreverse del todo. Reconocí la emoción: era la misma que yo había sentido antes de tener a Lae, cuando pensaba que mi bebé sería una niña y viviría feliz para siempre porque teníamos a Kun.

—Tía Sang, ¿crees que vamos a luchar por fin?

Me entraron ganas de apartarle el flequillo de la frente, de pedirle que apoyara la cabeza en el hueco de mi cuello y de hacerle cosquillas en el ombligo, pero entonces recordé que Noy tenía quince años y no era hijo mío. Lae estaba a salvo, con su padre, en casa.

—Es posible.

—Bien —contestó.

Me terminé la sopa y pensé que Noy me pediría que le contara un cuento, pero parecía perdido en su propio mundo, con la mandíbula apretada y la mirada decidida, y supuse que no era el momento adecuado.

El fuego moría un poco más allá y lamía las piedras que lo sofocaban como pidiendo ayuda. Pero ya no hacía falta cocinar nada

más y nadie quería que el humo delatara nuestra posición.

—¡Fred! —El grito de Michel me sobresaltó, no me había dado cuenta de que me había quedado dormida.

—¡A sus órdenes! —Mis rodillas cansadas protestaron cuando me levanté de repente. Del fuego solo quedaban rescoldos y de Noy, el cuenco vacío. Creía que ya me había acostumbrado al rostro espeluznante de Michel, pero aquella penumbra pálida y su expresión totalmente seca hacían que las cicatrices y las arrugas aún se marcaran más que de costumbre. Reprimí el impulso de dar un paso atrás cuando lo tuve delante, tan cerca que podía oler el café requemado en su aliento, un lujo que el resto de los soldados rasos del campamento no podíamos permitirnos.

—Los japoneses nos atacan. Baudin aún no ha vuelto. Baje a por él y tráigalo de vuelta.

Le busqué los ojos en la oscuridad que se le adivinaba bajo la curva de las cejas. No encontré nada, eso significaba que no era momento de discutir.

—¿A Thakhek?

—No lleve armas, mantenga las orejas bien abiertas y, vea lo que vea y pase lo que pase, no deje que sepan que es francesa. ¿Entendido?

—Sí, señor.

Pero no lo comprendía. Había soldados mucho más capaces que yo en el campamento, despiertos y trasteando de un lado a otro como ratas asustadas. Venían de la India, habían sido entrenados por los británicos y sabían lo que hacían. Yo tenía problemas hasta para sazonar la sopa. ¿Cómo encontraría a Baudin en medio de un ataque de los japoneses?

—¡Noy! —llamé, pero no recibí respuesta. Me crucé con algunas sombras, pero todos parecían tener una misión urgente a la que acudir y nadie me prestó atención.

Me esforcé por tranquilizarme mientras me ponía las botas para bajar la montaña. No funcionaría, sabía que no funcionaría. Todo el mundo se daría cuenta de que era francesa. Mi juego con Kun había sido eso, un juego, pero por mucho que cambiara mis ropas y olvidara mi lengua no podía buscarme una cara nueva.

En el último momento, doblé mi vestido francés y me lo anudé a la espalda con un retal, como si fuera un fardo con comida. Por si acaso. Me dije que, si llevaba el *kup* nuevo, al menos mi cabello quedaría oculto y me lo puse aun siendo de noche.

Cogí una luz y empecé a bajar la montaña.

Solo se oían mi respiración entrecortada por el ejercicio, mis

pisadas amortiguadas por la tierra y las piedras y el latido frenético de mi corazón, que me obligaba a avanzar, aunque estaba segura de que al siguiente paso me toparía con una raíz y caería rodando ladera abajo.

Pero llegué finalmente a la base de la montaña y eché a correr hacia la ciudad con una resistencia que no sabía que tenía, porque sentía que por mucha prisa que me diera llegaría demasiado tarde. Como si estuviera soñando y fuera a despertar antes de alcanzar mi objetivo.

¿Qué hacía yo metida en aquel berenjenal? En busca de Baudin, cuando ni siquiera había amanecido aún, mientras los japoneses atacaban aquella ciudad que tan lejos quedaba de mi hogar. ¿Por qué, por qué había dicho que sí? ¿Por qué había venido hasta aquí? ¿Para perder el aliento esquivando los baches de la carretera sin saber si encontraría una laguna de mangos detrás de las primeras casas?

Me crucé con un par de familias, pero me calé el *kup* todo lo que pude y mantuve la cabeza baja para que no vieran mi rostro. No hablaban, solo caminaban alejándose de la ciudad a la que yo me acercaba, con un hatillo en cada hombro y un niño hambriento y medio dormido de la mano.

Por fin llegué a Thakhek. El cielo empezaba a clarear tras los tejados, pero nadie salía a abrir las contraventanas, a dar de comer a las gallinas o a buscar la primera remesa de agua a la fuente.

Auxiliada aún por las sombras abrazadas a las paredes, recorrí las calles de la ciudad, guiándome por unas voces que me parecía escuchar a lo lejos, pero que no conseguía entender.

—¡Tía, vete a casa! —masculló una muchacha asomada a una ventana que se entreabrió cuando pasé por delante.

Sorprendida, olvidé mi disfraz y la miré, y ella abrió mucho los ojos e hizo el amago de cerrar la ventana.

—¡Espera! —dije en lao—. ¿Qué está pasando? ¿Dónde están todos?

—Los franceses ya se han ido a Siam —susurró ella con una voz tan baja que aun en el silencio de la mañana tuve que esforzarme por entenderla—. No dejes que te descubran.

—¿A Siam? —repetí, pero la niña cerró la ventana y la madera pintada de verde ya no me respondió.

Tragué saliva y seguí caminando. Cada pocos pasos me aseguraba de que tenía todavía el *kup* bien encajado en la cabeza, muy consciente de que en una hora a lo sumo habría bastante luz como para que mi piel, quemada y maltratada por el sol, me delatara.

Pero no tuve que esperar tanto, porque las voces se hicieron de

repente más claras y supe por qué no las había entendido hasta entonces.

No era francés ni lao, ni siquiera anamita. Era inglés, pero desprovisto de esas cadencias que, aunque no comprendía, habría sido capaz de reconocer. Era el inglés que hablaban los japoneses, que —como Otoha Hirazakura en aquella tarde lejanísima en la que Jeannine, ella y yo habíamos comido *éclairs* en mi villa en Luang Prabang— desdoblaban las sílabas, añadían sonidos y hacían que todo sonara mucho más largo de lo que era.

Con cuidado de que no me vieran, escondida tras una esquina y el tronco de unas palmeras, intenté entender lo que pasaba.

Había varios soldados japoneses, con los uniformes caqui y los rifles probablemente bien provistos de balas. Uno de ellos leía de un papel a grito pelado y en aquel inglés que no sonaba a tal y que seguramente su audiencia tampoco entendía. Los fusiles de los otros soldados apuntaban a una mediana multitud, formada toda ella por franceses: las mujeres con delantales sobre las faldas y alguna con los rulos apresándole el flequillo; los hombres, con pantalones claros y una mueca de desprecio bajo el bigote que no era otra cosa sino una máscara para el terror que debían de sentir al ver a sus hijos, abrazados a peluches o mantas o las pantorrillas de sus madres, en la línea directa de fuego de las armas japonesas. Había también algunos con el uniforme de la Garde Indochinoise, pero esos estaban apartados del grupo principal, aunque igualmente vigilados.

Ni rastro de Baudin.

Estaba a punto de darme media vuelta —quizá si informaba a Michel de esto que estaba viendo se decidiera a enviar a alguien un poco más cualificado a buscar a Baudin— cuando vi al hijo de Jeannine.

En realidad, al principio no lo reconocí. Solamente lo había visto un momento, de lejos, y sin la camisa de dormir y los lagrimones. Pero supe que había algo familiar en él cuando se separó del grupo y echó a correr por entre las piernas del primer soldado japonés. ¡Venía en mi dirección!

Y entonces Jeannine surgió de entre la multitud y alargó los brazos llenos de pulseras, chillándole al niño que volviera atrás.

—¡Ven aquí!

Uno de los soldados ya le había cortado el paso al muchacho con un culatazo en la mejilla, y tuve que llevarme la mano a la mandíbula para comprobar que no me había saltado a mí uno o dos dientes.

Jeannine chillaba, el japonés que leía se había callado. Los franceses se miraban horrorizados.

El niño había caído al suelo y no lloraba.

Quise gritar, correr y dispararles a los japoneses, pero recordé que estaba desarmada y que no me permitían acercarme a la munición; me contuve para no salir de mi escondite a intentar estrangular a alguno de aquellos desalmados.

Entonces oí el tiro.

Volví a asomarme y junto al cuerpo del niño vi el de Jeannine, ambos sobre un charco oscuro. Uno de los japoneses le dio una patada a mi amiga y gritó algo en su propio idioma.

Jeannine no se movió.

30

—¡No! —grité o susurré o soñé.

Pero debí de hacer ruido, porque dos soldados japoneses se volvieron hacia mí, con sus fusiles cargados, y supe que no podía quedarme allí.

Eché a correr.

Thakhek era una ciudad pequeña, apenas unas pocas casas, un par de estupas y el cruce entre las Rutas Coloniales doce y trece como punto de mayor afluencia de personas. No tenía escapatoria, a menos que me decidiese a cruzar el Mekong a nado hacia Tailandia, lo cual en aquel momento me pareció mi mejor oportunidad.

Así que me dirigí hacia el río.

Sabía que no sería capaz de pasar al otro lado: los japoneses tenían muy buena puntería.

Acababan de matar a Jeannine.

¡A Jeannine!

Me pareció ver una montaña amarilla de mangos en una tienda y me detuve sin pensar. Pero cuando los busqué ya no estaban allí.

Algo me tiró de la muñeca y me resistí antes siquiera de darme la vuelta.

—¡Fred! Fred, ¡soy yo!

La barba pelirroja de Baudin me hizo cosquillas en las sienes cuando me abrazó; lo aparté enseguida, porque no era momento de quedarnos quietos en medio de la calle.

—¡Vámonos de aquí!

Lo seguí hasta una casa, trepé tras él una verja oxidada, remangándome el *sinh* y arañándome las piernas. Nos tumbamos entre las hierbas altísimas del jardín al escuchar voces en la calle. Intenté respirar con normalidad mientras trataba de hacerme lo más pequeña posible, con la nariz enterrada entre los yerbajos; no funcionó. Al menos contuve las náuseas.

—Se han ido —dijo Baudin, y se incorporó con cuidado. Llamó a una puerta semioculta tras un tronco de dos palmos de diámetro.

Alguien abrió desde dentro y nos invitó a entrar.

—¿Qué coño hace aquí? —me preguntó Baudin antes de que hubiera tenido tiempo de devolverle los *nop* a nuestros anfitriones. Aunque no pareció importarles, porque desaparecieron por un pasillo

que daba a unas escaleras y nos dejaron solos, sin preguntarnos siquiera si habíamos desayunado—. ¿Está loca? ¿La buscaban esos soldados?

—¡Han matado a Jeannine! Tenían a todos los franceses juntos ¡y la han matado!

—¿Quién es Jeannine?

—¿Qué? —Recordé entonces con quién estaba hablando—. ¡Michel me envió a por usted! Esta madrugada no había regresado. ¿Qué está pasando?

—¿Cómo que qué está pasando? ¿Es que no lo ve? ¡Están de nuestro lado!

—¿Quiénes?

—¡Los laosianos! Nos apoyan contra los cerdos japoneses. ¿No se da cuenta?

—Pero ¿qué dice? Usted lo ha visto también, ¿verdad? Han cogido a los franceses ¡y los están matando!

—Esos son solo los que tardaron demasiado en irse.

—¿En irse? ¿Adónde?

—¡A Tailandia, por supuesto!

Empezaba a dolerme la cabeza.

—No entiendo nada.

—Ay, Fred. Ande, venga conmigo, veamos si esta buena gente tiene algo de comer.

Entre bocados de arroz glutinoso, porque pese a mi lao y el optimismo de Baudin aquella gente nos veía como franceses y tampoco estaban muy dispuestos a matar sus gallinas para alimentarnos, me explicó que la tarde anterior los japoneses habían tomado el control de Indochina desde Saigón.

—Ese jodido embajador japonés engañó a Decoux y le dijo que quería hablar sobre los precios del arroz o no sé qué mierdas fritas y, cuando lo tuvo frente a frente, ¡zas! Sacaría una pistola y el otro cobarde se rindió.

—¿Y ya está? ¿Ahora Indochina es japonesa? ¿Tan fácil?

—Bueno, no. Los japoneses lo sabían, claro, así que han atacado nuestras guarniciones en todo el país, desde Lang Son hasta la Cochinchina. ¡Los muy canallas! Están muy bien organizados, y tienen muy buenas armas. Han ganado en casi todas las ciudades.

—¿Y entonces por qué están matando a la gente?

—La Garde Indochinoise les plantó cara en Thakhek.

—La Garde Indochinoise estaba también allí y no hizo nada por defender a Jeannine.

—Su inspector se ha ido a Siam, el muy cabrón.

—¡El mayor cabrón de todos! —exclamé.

Baudin me sonrió.

—Pero no está todo perdido, aún hay algunos luchando en el cuartel. Escuche, descanse un rato. Ahora no es un buen momento para volver al campamento.

—Estoy bien.

Pero él rio y me condujo hasta una habitación al fondo de la casa, desde donde entraba algo de luz por un ventanuco con los cristales agrietados.

—Ande, duerma. —Y no esperó a que le replicara. Se tumbó en una de las esteras enrolladas tras la puerta y cruzó los brazos sobre el pecho, como un cadáver listo para ser enterrado.

Así que lo imité y utilicé el vestido arrugado como almohada, porque el haber visto el cuerpo sangrante de Jeannine me había recordado a mi cama de Luang Prabang, con sus sábanas almidonadas y sus cojines ahuecados.

Encogí las rodillas, reprimí un escalofrío y cerré los ojos, e imaginé que era Kun y no Baudin quien respiraba pausadamente a mi lado y que, si me despertaba una pesadilla, podría acercarme a él con la excusa de que tenía frío.

31

Aquella noche, cuando volvimos a la montaña, nos encontramos con un Michel frenético, porque no habíamos dado señales de vida en casi veinticuatro horas, y con cinco laosianos jóvenes de Thakhek que querían unirse a nosotros porque los japoneses de gatillo fácil no les inspiraban confianza. También fue entonces cuando el primer oficial francés cayó enfermo, aunque no nos dimos cuenta hasta que, con las orejas coloradas y abrazándose el vientre, se me acercó a la mañana siguiente y me suplicó al borde del llanto que lo ayudara.

—¿No será mejor que le pregunte usted a Vallette? —le dije, cuando en realidad lo que quería era increparle por qué no había intentado nada cuando los japoneses habían matado a Jeannine. Pero no lo hice, lo único que yo misma había hecho era salir corriendo y, aunque fuera solamente por eso, todos los del campamento nos merecíamos que nos entrara diarrea.

Vallette era enfermero, o eso decía, pero por lo visto aquella mañana bajó a Thakhek para enterarse de si había cambiado algo. Así que le di leche de coco a aquel pobre hombre, porque recordaba vagamente que Nounou nos la daba a Jacques y a mí cuando de niños teníamos el vientre suelto, y me confesé en silencio, frente a la lumbre donde cocinaba, por todas las veces que había pensado cosas horribles sobre Jeannine. Pero no sirvió de nada, porque las llamas no absolvían de los pecados y aquel hombre volvía de cada excursión a los arbustos con la cara más azul y las piernas más temblorosas.

Hasta que encontramos a Vallette, que nos dijo que lo que tenía era disentería y que nos laváramos bien las manos antes de comer. Así lo hicimos, como siempre, pero terminamos por enfermar prácticamente todos los que vivíamos en aquellas cuevas, uno tras otro.

También yo me pasé una semana entera maldiciendo a los espíritus que habían mandado a los japoneses a Thakhek y que no nos dejaban ir a por más medicinas que las que nos daban algunos aldeanos de los alrededores, que nos apoyaban, pero no tanto como para venirse con nosotros a las montañas.

Así que, cuando por fin dejé de encontrarme tropezones de sangre entre las heces, corrí a pedirle a Michel que me mandara a algún sitio, porque no podía soportar estar más tiempo en aquel lugar del demonio rodeada de enfermos quejicas que alardeaban sin pestañear

de los alemanes a los que habían matado en las trincheras, pero que en cuanto se descubrían unas gotitas de sangre en los calzoncillos llamaban desesperados a sus santas madres, que bien ganado tendrían el cielo.

Michel me mandó con otros tres a cortar líneas de telégrafo al otro lado de la montaña.

—¿No me da un arma, señor?

—Procure que no los descubran. Y, si lo hacen, intente convencerlos de que es usted más laosiana que francesa, por el amor de Dios. No queremos que le pase lo que a Colin.

Unos días antes, el inspector de la Garde Indochinoise de Thakhek, que el día 9 se marchó con su familia a Siam, había intentado volver para apoyar a sus hombres, quienes habían luchado hasta el final contra los japoneses —su adjunto había sido fusilado tras haberse rendido—, pero había desaparecido junto con otros siete hombres, dos de ellos clérigos, y todos sospechábamos que los habían matado también. O, infinitamente peor, que el Kenpeitai se los había llevado. Colin no sabía nada de nosotros, ni dónde estábamos escondidos ni lo que planeábamos hacer. Solo que estábamos en Laos. ¿Qué clase de torturas podría soportar un hombre con un corazón tan grande que había vuelto atrás a por los suyos una vez a salvo?

No protesté más. Y corté donde me dijeron, sin arma.

No volví a bajar a Thakhek hasta después de que el rey de Luang Prabang, al que no hacía ni un mes se le había llenado la boca prometiendo que se mantendría fiel a los que habíamos ayudado a su familia a unificar Laos —esto es, los franceses—, proclamara de la noche a la mañana la independencia de Laos y el final del protectorado francés. ¡El muy traidor, poco había tardado en lamerles el culo a los japoneses!

Baudin tenía razón desde el principio: Sisavang Vong de Luang Prabang era tan cobarde como el emperador de Annam y el rey de Camboya. Si queríamos que estas junglas que se habían convertido en nuestra casa no pasaran a ser simplemente un punto más en los mapas de conquistas del Gran Imperio del Japón, tendríamos que hacer algo nosotros mismos. Unos pocos infelices, sin apenas entrenamiento ni munición, escondidos en las montañas y con el vientre suelto, contra unos señores perfectamente organizados que tenían aterrorizada a toda Asia.

Me iba a dormir todas las noches con las imágenes de la sonrisa ávida y calculadora de Tokihiko Sukenori y la máscara perfecta de Otoha Hirazakura encoladas en la cara interior de los párpados.

—Haremos que funcione —decía Baudin—. ¡Esos malditos cerdos

se tragarán todo lo que nos han hecho!

Y yo asentía sin creérmelo del todo, porque sabía que Kun tampoco lo haría, y hacía tiempo que había aprendido a confiar ciegamente en su criterio. Aunque seguía practicando con los fusiles, cocinando para los muchachos y contándole cuentos a Noy cuando volvía de poner bombas en las carreteras o de recoger los sacos de arroz que los campesinos nos regalaban para no tener que vendérselos a los japoneses.

Celebramos un Pi Mai tristísimo, porque cuatro muchachos laosianos de nuestro campamento habían sido capturados por los japoneses y los oficiales franceses decidieron que no podíamos permitirnos una fiesta en condiciones. Mientras esperábamos a que llegaran los monzones Michel me mandó de nuevo a la ciudad.

—Tiene que conseguir información —me ordenó—. Si esos muchachos han revelado dónde estamos, hay que moverse y rápido. Además, debe usted intentar que los funcionarios laosianos se pongan de nuestra parte.

—Llamaré mucho la atención. No quedan franceses en Thakhek, señor.

—¡Precisamente, soldado! ¿Quién pensará que una pobre muchacha francesa trabaja en realidad para nosotros? Vaya allí y diga que tenía familia en la ciudad, que busca a sus hermanos y no sabe si han muerto. O lo que sea, improvise si hace falta.

Ya me veía como Colin, desaparecida y torturada sin que se volviera a saber de mí. Tragué saliva.

—¿Y si me capturan? Señor… —añadí por si lo hacía cambiar de idea.

Michel me enseñó sus dientes largos y afilados en una sonrisa que no pretendía transmitir alegría.

—Si no ha regresado en cuarenta y ocho horas, la daremos por perdida. Procure no revelar nada antes de tiempo, denos al menos algo de margen para salir de este agujero.

Reí sin ganas, porque por lo menos eran realistas y no esperaban que resistiera las torturas.

—Sí, señor.

32

Toda mi protección ante los japoneses residía en un disfraz que consistía en el vestido azul oscuro, las botas para bajar la montaña y el *kup* que al menos me protegía del sol. En Thakhek no me quedaba nada, porque Liên se había ido, Jeannine había muerto y aquellos cuatro muchachos desaparecidos estarían probablemente criando malvas con Colin y sus colegas de la Garde Indochinoise.

El arroz del desayuno se me revolvía en las tripas mientras caminaba por la calle principal, donde los únicos que no me siguieron con la mirada cuando pasé junto a ellos fueron dos monjes jóvenes que buscaban la sombra de las palmeras.

Con un terrible presentimiento en la boca del estómago —casi temí haber vuelto a enfermar. ¿Cómo de irrespetuoso sería vomitarle sobre los documentos al primer japonés que encontrara detrás de un escritorio?—, crucé el porche del edificio que había venido a visitar y alcé la barbilla cuando pasé junto a un soldado japonés. No me impidió la entrada, pero tampoco me abrió la puerta ni me demostró en modo alguno que mi presencia fuera bienvenida allí. Aceleré el paso para ocultar el temblor que se apoderó de mis rodillas cuando comprendí que tendría que volver a pasar junto a aquella estatua de hombre para salir. Si volvía a hacerlo, claro.

—¿Madame? —Un hombrecillo pequeño y con cara de espantado intentó disuadirme de ver a su superior cuando le expliqué en francés a qué había venido.

—Monsieur Chanthavong está muy ocupado esta mañana, ¡ocupadísimo! Madame no querrá esperar todo el día; si madame regresara en otro momento, monsieur Chanthavong no tendría inconveniente alguno en recibirla, esto es, cuando monsieur Chanthavong tenga un día menos ocupado.

—No se preocupe: lo comprendo perfectamente. Yo también tenía un día muy ocupado, pero en lugar de atender todos los asuntos urgentes que me esperan en casa he tenido que dejarlos de lado para venir a averiguar la suerte que han corrido mis empleados. Estoy segura de que monsieur Chanthavong estará encantado de verme en cuanto sepa que estoy aquí y por qué he venido. No le llevará mucho tiempo averiguar si los han detenido por error nuestros queridos amigos del Gran Imperio del Japón al confundir a mis pobres

muchachos con alguno de esos locos desgraciados que se echan al monte a disparar tiros al aire, ¿no cree?

—Si madame está tan ocupada como asegura, quizá sería mejor que volviera en otra ocasión, cuando su horario esté más despejado para esperar a monsieur Chanthavong.

—No se preocupe —repetí—. Usted avise a monsieur Chanthavong y yo aguardaré el tiempo que haga falta.

—Monsieur Chanthavong está reunido en estos momentos, madame.

—Esperaremos juntos, pues.

Me senté en un banco de ratán, con las piernas cruzadas y las manos cuidadosamente entrelazadas sobre las rodillas. El hombrecillo me miraba por el rabillo del ojo mientras desordenaba y volvía a ordenar los papeles arrugados de una pila, pero no me dejé intimidar.

Lo seguí cuando se levantó de su asiento con una cesta grande de bambú; entró en un despacho al fondo del pasillo.

—Buenas tardes, señores —saludé a los tres hombres que había allí reunidos: un japonés, que tuvo la deferencia de quitarse la gorra del uniforme para saludarme; un francés, con la misma sorpresa en los ojos claros al verme que la que yo me apresuré a esconder, y el laosiano al que había venido a ver, monsieur Chanthavong, que aceptó la cesta de manos de su ayudante y la colocó encima de los documentos de su escritorio, llenos de *kanji* que yo no entendía y que suponía que aquel hombre tampoco.

—¿Madame? —El hombrecillo apocado se me adelantó y, antes de que pudiera hilar mi historia, empezó a disculparse en lao con monsieur Chanthavong mientras este sacaba *khaotji* de la cesta y yo intentaba ignorar el hambre que tenía y los recuerdos de una mañana en la jungla de la meseta de Bolaven.

—Buenas tardes —repetí aclarándome la voz—. Me llamo Geneviève de la Fontaine y mi familia tiene una plantación de arroz a veinte kilómetros al sur de la ciudad. —El francés se ajustó la chaqueta y empezó a susurrarle al japonés casi al oído; supuse que le estaba traduciendo mis palabras y me esforcé por ignorarlo, como habría hecho de ser cierta mi historia. Bastante tenía ya con que no se me notara el pánico absoluto que me gobernaba—. Por supuesto que comprendo que nos hallamos ante tiempos difíciles, monsieur, y no pido nada más que lo que es justo: precisamente ahora es más necesario que nunca que sigamos produciendo arroz y alimentos para sostener esta nación, pero para ello debo contar con que mis trabajadores van a poder salir a los campos sin miedo a ser abducidos ni acosados.

—¿Alguien está acosando a sus trabajadores, madame? —Monsieur Chanthavong masticaba con la boca abierta, en un claro signo de desprecio que habría llevado a las cejas de Khompheng a elevarse hasta hundirse en las raíces de su cabello de haber estado aquí.

—Así es, monsieur, lamentablemente. Hace una semana desaparecieron cuatro de mis hombres, todos jóvenes y fuertes, y el resto de mi cuadrilla teme salir a trabajar por miedo a que se los lleven también. ¿Qué me aconseja que deba hacer, monsieur, ahora que los monzones llegarán de un día para otro?

—¿Y qué sugiere usted que haga yo, madame de la Fontaine?

—Solo sugiero lo que es justo y apropiado, monsieur. Deseo saber el paradero de mis trabajadores para solucionar este malentendido y poder devolverlos a sus familias sanos y salvos a fin de que puedan regresar al trabajo sin mayores complicaciones.

Se hizo el silencio mientras monsieur Chanthavong tragaba, daba un bocado a un nuevo pastelillo y lo saboreaba sin prisas. El francés terminó de traducir y, por un momento, todo quedó en calma en aquella oficina diminuta que no estaba preparada para acoger a tanta gente. Casi podía ver las motas de polvo que se asentaban sobre las lámparas y el teléfono a la luz filtrada por unos visillos que una vez habrían sido blancos.

Y entonces el japonés dejó escapar una carcajada que sobresaltó también a monsieur Chanthavong, quien se sirvió apresuradamente un trago de una botella que tenía a su derecha, de la que no nos ofreció a ninguno de los presentes.

—Si lo que está insinuando, madame, es que sus trabajadores han sido retenidos en contra de su voluntad —tradujo el francés, en voz baja, de lo que el japonés decía en su propia lengua, con una sonrisa que se parecía demasiado a la de la máscara de Otoha Hirazakura como para no hacerme tragar saliva—, permítame recordarle que los únicos que han sido privados de libertad formaban parte de las guerrillas francesas en contra del gobierno del señor Tsuchihashi. Ah… —El francés dudó; el japonés asintió, como animándole a terminar—. ¿Sabe usted algo de eso?

—No, por supuesto que no —respondí, quizá demasiado rápido—. Mi única preocupación es el bienestar de mis trabajadores.

—Sería inaudito: una patrona francesa verdaderamente interesada por sus trabajadores asiáticos.

—¿Disculpe? Usted no tiene derecho alguno a…

—Pero usted no… —Una nueva pausa del francés, en la que pude notar cómo toda la sangre del cuerpo se me iba corriendo a las mejillas—. Usted no es la patrona de ninguna plantación. Madame —

añadió el hombre hablando cada vez más rápido.

Tenía huellas como de hambre o miedo bajo los ojos. Como si temiera que en cualquier momento alguien fuera a retirarle la alfombra de debajo de los pies, tirándolo al suelo sin darle tiempo a recuperar el equilibrio. Pero no de la manera servicial con la que se comportaba el ayudante de monsieur Chanthavong; este hombre, con su chaqueta gastada y su voz casi inaudible, parecía haber ido al infierno y vuelto de allí, y aun así no se atrevía a mirar más que de reojo al japonés para el que traducía, que acababa de sacarse un cigarrillo del bolsillo de la guerrera y encendía una cerilla con indiferencia.

—¿Cómo dice? —balbuceé con toda la dignidad que pude reunir, pensando en papá por primera vez en años y en cómo siempre sabía mantener el orden a su alrededor, fueran cuales fueran las circunstancias.

—Todos los ciudadanos franceses de la zona han sido realojados —respondió el francés sin que el japonés hubiera dicho nada—. Para garantizar su seguridad —añadió, deprisa, juntando tanto las sílabas que casi me costó descifrar lo que decía. Monsieur Chanthavong rio, pero trató de camuflarlo con un nuevo mordisco a su almuerzo cuando el japonés expulsó el humo de su cigarro en su dirección.

Di un paso atrás, pese a que sabía que no era buena idea, pese a que al hacerlo me vi con la espalda pegada a una vieja bandera raída del protectorado de Laos, aún con la tricolor en una esquina de la tela roja. Los tres elefantes blancos del centro parecían reírse de mí mientras repetían junto a mi oreja las palabras de Michel: «Procure no revelar nada antes de tiempo».

Notaba la nuca completamente empapada de sudor.

El japonés sonrió de nuevo sin sacarse el cigarro de la boca.

—Veo que usted no lo sabía, madame. Dígame, ¿dónde ha estado el último mes? —preguntó a través de su intérprete.

—En mi casa, naturalmente. Trabajando.

No podía retroceder más. El humo no me dejaba ver la puerta. Monsieur Chanthavong seguía comiendo delante de la ventana.

«No queremos que le pase lo que a Colin», me había dicho un esqueleto que había salido de su tumba. Pero ¿qué le había pasado a Colin?

—Díganos la verdad, madame. Usted vive en la jungla, escondida con sus compañeros, que resisten fútilmente lo inevitable.

—No.

—Esos cuatro hombres son guerrilleros. La han enviado a descubrir su paradero.

—¡No! Son mis trabajadores.

—Trabaja con ellos, ciertamente. Es una espía.

—¡No! ¡No es cierto!

—Chanthavong, arréstela.

Las voces quedaron sofocadas por un repentino repiqueteo en el tejado: habían comenzado los monzones.

Interludio: 1959

El sol acariciaba la espalda de Songkham cuando este llegó al lugar de la cita. Antes de aproximarse al local, comprobó que el nombre de la calle que llevaba anotado correspondía con el que aparecía en el cartel de la esquina del edificio. Madame Madeleine Noël le había contado que, cuando era más joven, antes de casarse y de mudarse a París, ella misma había trabajado en aquel *bouchon*. Llevaba su carta de recomendación en el bolsillo interior de la chaqueta, demasiado gruesa para el verano de Lyon, pero que no osaba quitarse porque era la única que tenía y quería causar buena impresión.

En la terraza del *bouchon*, sentada en una silla de mimbre bajo un gran parasol blanco, una mujer sola bebía café. No alzó la vista mientras Songkham se acercaba, concentrada en la lectura de su periódico, y solo se dignó a ello cuando él se detuvo junto a su mesa, inseguro de cuál sería la mejor manera de enfrentarse a ella cuando lo miraba con tanta fuerza a través de los cristales oscuros de unas gafas de sol.

La mujer descruzó las piernas, llamando la atención de Songkham hacia el fragmento de piel blanca que dejaban al aire sus pantalones negros, y se irguió un poco en el asiento. De pronto, se levantó, todavía mirándolo fijamente. Songkham, un poco más alto que ella, se sintió pequeño ante aquel escrutinio. Aún no había dicho nada, ni una sola palabra. ¿Era un vistazo suficiente para que ella lo enviara de vuelta a París?

Entonces, Songkham recordó de repente que madame Noël le había explicado que esta mujer había vivido en Laos y se suponía que lo echaba de menos y decidió hacerle un *nop*.

Ella le correspondió con otro y le sonrió, tentativa. Songkham se permitió tragar saliva.

—¿Madame Beaumanoir? —preguntó.

—Sí. Pero llámame Fred. Tú debes de ser Songkham, ¿no es así? —Ella respondió en lao y Songkham se sintió de pronto en casa. Tuvo que reprimir la tentación de mirar por encima del hombro, casi esperando descubrir a su abuela refunfuñando por alguna tarea que no había terminado o a su padre dejando las herramientas del campo bajo la casa.

—Sí, madame.

—¿Te llamaban así en casa?

Songkham sonrió y decidió ser sincero.

—No. Pero ya no soy un niño.

Madame Fred asintió. Abrió la boca como para decir algo, pero pareció cambiar de opinión, porque sacudió la cabeza y se sentó de nuevo. Dobló el periódico y le indicó a Songkham con un movimiento de cabeza que tomara asiento en la silla libre que había frente a ella. Él obedeció.

—¿Quieres tomar algo? ¿Has comido ya?

La familiaridad de las palabras hizo que a Songkham la voz se le atragantara en la boca del estómago. Negó con la cabeza.

—Almorcemos, pues.

Songkham se descubrió a sí mismo relajándose en la silla, respondiendo impaciente a las preguntas sorprendentemente acertadas de madame Fred. Incluso se olvidó por una vez de la curiosidad que lo embargaba siempre que probaba la comida francesa y aceptó sin más el plato que le trajo el camarero, a juego con el de ella.

—¿Hace mucho tiempo que vivió en Laos, madame? —preguntó cuando esta lo animó a probar los buñuelos que había pedido para el postre.

—Pues… hará diez o… No. Trece años. En el 51 volé a Vientián desde Saigón, camino de Tailandia, pero no me quedé más que una noche.

Songkham quiso preguntar muchas cosas: si pensaba volver en el futuro, por qué su lao no sonaba como el de los franceses de Vientián, sino más bien con la música del sur, qué se sentía al viajar en avión. Si el resquemor ácido que él sentía en el pecho al comparar los árboles entre los que se había criado con las sombrillas que les daban sombra en aquella terraza se haría más pequeño algún día. Pero no dijo nada, porque aquella mujer le dedicó una sonrisa cálida, que no se parecía a ninguna de las que había recibido desde que se había despedido de su padre y tía Vanhvilay camino de Vietnam, y simplemente asintió y se llevó un buñuelo a la boca.

—¿Has estado alguna vez en Vientián? —añadió ella.

—No, madame. —Songkham esperó a que el dulce se le deshiciera en la boca por si madame Fred quería decir algo más, pero ella parecía satisfecha con comer con él en silencio y, finalmente, el joven se animó a continuar—. Pero mi padre me ha hablado de los mercados y las estupas. La primera vez que estuvo era más joven que yo y viajaba hacia el norte; me ha contado historias de cómo se perdió en el mercado y tuvo que pasar la noche bajo una palmera hasta que vino una vendedora de baguettes de madrugada y lo echó de allí. —

Madame Fred sonrió y tomó otro buñuelo—. Cuando iba a coger el barco en Saigón le pregunté a mi tía si Vientián era así de grande y de… ¿Cómo decirlo? Había mucha gente. No tanta como en París, claro, pero…

—Sí —dijo madame Fred, y Songkham sintió que lo había entendido pese a su evidentemente pobre explicación—. E imagino que ahora habrá más coches, todavía más gente…

—Mi tía dice que Vientián nunca ha sido como Saigón. Que nunca llegará a ser tan… así.

—Es probable —concedió madame Fred, pero sonreía como si no pensase que eso fuera algo inherentemente negativo.

—Una vez mi madre casi dejó plantado a mi padre en Vientián, a punto de subirse a un barco —dijo Songkham sin saber muy bien por qué.

Madame Fred rio brevemente. Se quitó las gafas de sol y limpió los cristales con un pañuelo blanco que sacó de su bolso. Tenía los ojos claros, como de tinta muy diluida en agua. Capaces de derretirse en cualquier momento, en cuanto se despistara y ella mirara hacia otro lado.

Ni expandió su historia ni ella le preguntó.

Tras los postres, Songkham no dudó en seguirla hasta su coche.

—Sube. Llegaremos enseguida.

«No te fíes de madame Beaumanoir», le había advertido Giang cuando se habían despedido tras su último turno juntos en la fábrica. Songkham había asentido dispuesto a obedecer, porque después de todo los consejos previos de Giang siempre habían resultado útiles y fundados; pero entonces madame Fred aparcó su escarabajo verduzco frente a lo que decididamente parecía un almacén abandonado, sacó un generoso racimo de llaves de la guantera y miró a Songkham antes de abrir la puerta del conductor.

—¿Alguna vez has visto un elefante? —preguntó.

—No, madame. —Y recordó una promesa rota y una manga rugosa que le acariciaba la mejilla; el sol magullaba la piel de la mujer a través de la ventanilla y le excavaba arrugas alrededor de los ojos—. ¿Y usted?

—Una vez. Solo una, en Laos. Fue… —Se detuvo, como si no supiera encontrar la palabra que buscaba. Y quizá fuera así, porque al fin y al cabo seguían hablando lao. Ella no llegó a terminar la frase, pero Songkham, de alguna manera, entendió.

—Sí.

—Todo es de mi marido. El coche, la casa y todo lo demás. Lo poco que tenía mi padre aquí lo vendimos cuando se murió o se lo quedó

mi hermano. Lo de allí se perdió. Menos esta revista… Esto es mío. Solo mío. Cada vez que vengo es como si viera de nuevo a ese elefante, ¿comprendes?

Songkham asintió, pero no porque supiera lo que se sentía al ver un elefante, sino porque le estaba ocurriendo algo parecido con aquella mujer. Y tampoco eso lo entendía. No era lo mismo que cuando hablaba de bodas con las muchachas con las que se había criado, ni por supuesto lo que ocurría por las noches cuando salía a beber con Giang. Era como si de pronto el aire de Lyon oliese a las *dok-tjampa* de los templos laosianos, como llegar a un arroyo tras una larga carrera bajo el sol.

Madame Fred se bajó del coche, con energía pese a una leve cojera, y abrió el portón de madera oscura. Songkham era incapaz de recordar si le había preguntado a Giang por qué no debía confiar en ella.

Madame Fred accionó el interruptor y las bombillas, quizá fabricadas en Ampoules Lyonnaises, SARL, titilaron antes de iluminar de amarillo las máquinas. Madame Fred las acariciaba al tiempo que las esquivaba, abriéndose paso hasta los ventanales donde descorrió las cortinas.

—Bienvenido, Songkham —dijo. Era la primera vez que se lo decían desde su llegada a Francia.

Olía a tinta y a papel y el suelo de madera crujía cada vez que Songkham se acercaba a una de las máquinas y escuchaba atentamente cómo madame Fred le explicaba cómo las crónicas de viajes, que llegaban por correo aéreo desde lugares lejanos e impronunciables, terminaban como lectura casual de las señoras que aguardaban a que los químicos les moldearan el pelo.

—Mira, aquí imprimimos las planchas, ¿ves? Vamos, acércate, que no muerden.

—Son muy grandes —observó Songkham, y como le pareció algo extremadamente estúpido que decir y no quería que madame Fred pensara que lo era, añadió—: ¿Usted ha viajado mucho, madame?

—Algo, sí. Con mi marido, cuando era soldado… Antes. Hace un tiempo que no vivimos juntos. Sobre todo viajábamos por África, puedes imaginarte…

—¿Cómo es? ¿Es muy distinto de esto o de Laos?

—Sí, claro que sí. Es… Cuando viajas, es como… Te presentan a gente distinta, te invitan a comer cosas nuevas y duermes en sitios que te dan dolor de cuello. El sol te quema la piel de manera diferente. Todo es diferente y emocionante. Eso sí, descubres también cosas bellas en todos los sitios, aprendes a decir «buenos días» y «gracias» en

otras lenguas. Pero, al final, todos los aeropuertos son parecidos y todos los bebés lloran igual. Cuando estás de viaje no puedes relajarte, porque todo es incómodo. Lo mejor de los viajes siempre es volver a casa… ¡Ah, cuidado con la guillotina! No te cortes.

—No —murmuró él apartando los dedos de la cuchilla que había estado acariciando sin querer, distraído por la nana dulce de madame Fred—. Entonces, madame, ¿esta es su casa?

—La mayoría de los días. Bueno, ¿qué me dices? ¿Te vuelves a París con Didier o te quedas a ayudarme?

Songkham no había sido consciente de que volver a París con las bombillas era una opción. Se dio la vuelta para admirar el conjunto de las máquinas a la luz de la tarde, que había asediado toda la sala a través de los ventanales. Madame Fred callaba; los ruidos de la calle les llegaban muy amortiguados. No se oían los pájaros de la jungla ni el murmullo de los arroyos, pero si entrecerraba los ojos, Songkham casi podía imaginar que vestía un *pha-hang* en vez de pantalones y que su padre nunca le había pedido que se fuera. ¿Qué tenía aquella imprenta modesta que ver con su aldea? Nada, en realidad. Absolutamente nada, pero cuando se volvió madame Fred aguardaba con los ojos brillantes.

Songkham habría sido capaz de meter un millón de elefantes bajo un solo parasol, y hasta en el bolsillo de su americana, si madame Fred se lo hubiera pedido.

—¿Tendré que leer mucho en francés?

PARTE 5:

仏 (Futsu)

1945

33

No sabía cuánto tiempo llevaba allí, suspendida por las muñecas, colgada de un gancho como una ristra de ajos, a solas con mis pesadillas, mis excrementos, los rugidos de mis tripas impacientes y las carcajadas atragantadas al llegar a los labios sangrantes y resecos.

¿Estaba sucumbiendo a la locura, al hambre, a ambas a la vez?

De todas las personas a las que había conocido, de todas las vidas que había ansiado robar y hacer mías, seguía acordándome, una y otra vez, de Jeannine. La envidiaba. ¡Cómo la envidiaba! Porque estaba muerta. Porque ya no sentía nada.

A Jeannine no le susurraban «futsu» entre carcajadas y lo que suponía que eran insultos, porque ni ellos hablaban francés ni yo había aprendido más que lo que entendía que era mi nuevo apodo. A Jeannine no le temblaban las manos cuando por fin la dejaban sostener un cuenco con arroz a medio hervir, inseguras porque habían olvidado cómo era moverlas tras horas y días en aquellas posturas innaturales. A Jeannine no la habían dejado a oscuras en aquella caja, durante lo que habrían podido ser semanas o meses, para contarles sus penas a las cucarachas que imaginaba que correteaban por allí.

¿Seguía en Thakhek o me habían llevado lejos?

Ni siquiera recordaba qué había pasado cuando me detuvieron. ¿Con quién había hablado? ¿Qué les había contado?

Solo sabía que me dolían los hombros y las muñecas y que, si cerraba los ojos, veía a Jeannine y a Kun y que, si intentaba llorar, me dolía el pecho también.

Hasta que un día desperté y los soldados japoneses que normalmente reían y bromeaban mientras yo me esforzaba por hacer pasar granos de arroz por mi garganta irritada y seca estaban apuntándome con sus armas, diciendo cosas que no entendía y tirando de mí para que me levantara.

Me costaba caminar. Me arrastraron por un pasillo hasta que salimos al aire libre. Sollocé cuando la tormenta me golpeó el rostro, empapándome los cabellos y el vestido sucio al instante, llevándose la locura y a Jeannine y el olor a orín viejo que tenía adherido a la parte interior de los muslos. Abrí la boca y dejé que la lluvia violenta me calmara la sed en el medio segundo que los japoneses me permitieron descansar antes de empujarme para que siguiera adelante por la tierra

embarrada. Cada vez que mis piernas débiles resbalaban en el fango aparecía un brazo fuerte con uno de esos brazaletes blancos con *kanji* rojo sangre que mi mente cansada había asumido que significaban «muerte». Cada vez que intentaba quedarme atrás, reconocer dónde estaba, planear una huida que sabía infructuosa entre los troncos de las heveas, un nuevo empellón se unía a la colección de cardenales que debía de ser mi espalda, y me devolvía al presente y al pánico absoluto que me asaltaba al recordar que no sabía qué estaba pasando y que era la primera vez que me dejaban salir desde que me habían capturado. Que sus armas eran de verdad y que estaban llenas de balas y que bastaba un pequeño gesto de un dedo índice para terminar por fin con mi absurda y siempre inconformista existencia.

Pero entonces me decía que eso era lo único que me faltaba para ser exactamente como Jeannine, y me entraban ganas de reír.

34

Me llevaron a una cabaña de madera, que no era laosiana porque no estaba apoyada sobre zancos y el agua no tenía por dónde correr. Habían excavado un valle en el barro para que los ríos de lluvia no arrastraran la casa, pero no parecía funcionarles porque habían puesto a tres soldados a mantener el dique con piedras. Me hizo tanta gracia verlos allí agachados, construyendo paredes que iban a derrumbarse a las pocas horas, que esta vez no pude contener la carcajada.

El militar que tenía más cerca me dio una patada en el estómago y aquello fue lo único que necesité para vomitar lo que fuera que quedara en mi vientre. Lo hice demasiado cerca de sus botas impermeables porque volvió a golpearme con tanta fuerza que pensé que había perdido el conocimiento.

—*Futsu*! ¡Muévete! —gruñó en francés junto a mi oreja, tan cerca que me forzó a levantarme todo lo deprisa que pude.

Dentro de la cabaña no había muebles ni ventanas ni celdas. Solo un cubo lleno de agua de lluvia con nenúfares de barro flotando en la superficie.

Me ataron las manos a la espalda y me indicaron por gestos que esperara sentada mientras la tormenta se colaba por las rendijas del techo mal casado. El estómago me palpitaba donde acababan de golpearme; me acerqué las rodillas al cuerpo todo lo que pude, como si al ocupar menos espacio fuera a dolerme menos.

Llovía y llovía y quería dormir, pero no me atreví porque no estaba sola en mi celda y los soldados no se habían relajado. De vez en cuando una gota de agua sucia caía de la gotera al cubo, con un sonoro clonc que retumbaba por encima del estruendo del monzón y rompía la paz del agua acumulada.

Pese a todo, debí de haberme quedado dormida, porque me desperté sobresaltada y tiritando cuando sentí una presencia junto a mí. Tardé unos segundos en reconocer al japonés que se inclinaba como para estudiarme de cerca —el uniforme impoluto, la leve sonrisa distraída, la caída de ojos de quien se dedica día tras día a repetir una tarea rutinaria— y tan solo conseguí ubicar su rostro cuando descubrí a otro hombre tras él, tan tenso como los militares que montaban guardia, tan francés como la primera vez que los vi a ambos en aquella oficina maldita de monsieur Chanthavong.

—Traidor —siseé al reconocer al traductor y al oficial que había ordenado mi arresto, porque estábamos en guerra y aquel hombre era francés como yo y había dejado que me mataran de hambre en una celda diminuta.

Él asintió sin responder, como si lo aceptara, como si le diera igual.

El japonés me agarró la barbilla con sus dedos afilados para obligarme a mirarlo a los ojos; era como si todas las cucarachas de mi celda se hubieran puesto de acuerdo para pasearse por mi espalda. Aquellos dedos eran los mismos que se habían encendido un cigarro, indolentemente, mientras él jugaba conmigo.

Dijo algo de lo que no entendí más que la palabra «futsu», otra vez. El traductor no tradujo y lo odié un poquito más.

El japonés me soltó y me permití respirar hondo, aunque me dolió todo el cuerpo al hacerlo.

—¿Qué es lo que quiere? —mascullé.

—¿Dónde tienen su base? —preguntó él a través de su traidor esbirro.

—No sé de qué me habla. Cuando mi familia sepa lo que me están haciendo, habrá consecuencias.

—Es cierto, su familia. ¿Cuál es su verdadero nombre?

No recordaba qué me había inventado aquella mañana lejana en la que bajé a Thakhek, cuando todavía no habían llegado los monzones y mis brazos funcionaban como se suponía que debían hacerlo.

—Ya se lo dije.

—Y tiene usted una plantación de arroz.

—Efectivamente.

—¿Dónde?

—Al sur de Thakhek.

—¿Y la base de las guerrillas?

—No lo sé.

—¿También al sur?

—No lo sé.

—¿Cuántos son?

—No hay guerrilleros en mi plantación.

Había poca luz; de vez en cuando un rayo iluminaba una cicatriz que el japonés tenía en el labio inferior mientras la voz pausada del traductor repetía lo que este decía, pero retirando la entonación y las inflexiones. Habría resultado una situación cómica de no haber sido porque llegó un momento en el que el japonés perdió la paciencia e hizo una seña a uno de los soldados.

Apenas intenté resistirme cuando me sujetaron por los hombros, empujándome hacia el suelo hasta hundirme un poco en la tierra

húmeda. Uno de ellos me tapó la nariz y para cuando comprendí lo que estaba pasando tenía el cubo lleno de agua delante y me obligaban a beber.

Agua, agua y barro, que al principio calmaban mi lengua rasposa, mi garganta raída y mis labios rajados. Pero pronto estuve saciada, y venía más agua. Recordé una cascada lejana tras haber escapado de unos cazadores furtivos. Otra tormenta, de las que Giang usaba para sofocar sus gruñidos de placer. Una fuente eterna, los chorros que se me desbordaban de los cubos cuando cada mañana los cargaba desde el arroyo. Más agua, que se llevaba por delante todo lo que encontraba, como el rudimentario dique de fuera de la casa; agua que debía tragar porque seguía viniendo, cayendo, rompiendo, asolando.

Hasta que el cubo se acabó y tomé aire como si llevara un año entero sin respirar.

—¿Dónde está la base? ¿Cuántos hombres hay? ¿Cuáles son sus planes? ¿Cuál era su misión? —Las preguntas se me clavaban en las entrañas, pero no podía recordar qué debía responder ni por qué debía callar.

Me eché a llorar, porque comprendí que no tardaría mucho en tener que orinar. La sola idea de que el hilo amarillento se me escapara sin que pudiera controlarlo hizo que me ardieran las orejas. ¿Por qué, por qué me daba tanta vergüenza si sentía que una gota más de líquido me haría explotar?

Explotar, como las bombas que habíamos puesto en los caminos. ¿Para qué, para qué eran?

—¿Cuál es su verdadero nombre?

—¿Eh? —Alcé la mirada cuando noté de nuevo la presión de unas manos fuertes sobre los hombros, que me inmovilizaban otra vez.

Me sacudí con todas mis fuerzas, pataleé y luché, pero no sirvió de nada porque también me sujetaron las piernas.

Clonc.

El cubo estaba lleno de nuevo; ¿quién lo había llenado?

—¿Cómo se llama? —repetía una voz insípida en una lengua vieja, que por alguna razón me costaba comprender.

No respondí, porque no sabía cuál era la respuesta correcta. Era algo que tenía que ver con fuentes, pero no podía pensar en agua o me orinaría encima.

El primer golpe me cortó de nuevo la respiración: un palo que aterrizó en mi estómago, justo en un sitio donde ya me habían golpeado, y retumbó porque estaba lleno.

Chillé.

Quise encogerme, huir, arrastrarme y desaparecer excavando un

agujero, pero no me dejaron moverme. El palo se alzó, cayó de nuevo.

Vomité todo el líquido que acababan de meterme dentro.

—¿Cómo se llama?

—Anne-Frédérique Noël —murmuré con los ojos cerrados, porque no quería ver el cubo ni el palo ni los chorros de agua colándose por las goteras.

35

Abrí los ojos de golpe. Unos dedos se me cerraban sobre el cuello, apretando con saña.

Abrí los ojos y vi el mechón de pelo lacio y gris adherido a la frente arrugada. El bigote enmarcaba una boca que se movía, frenética —«futsu», rugía—, exigiendo respuestas que yo no tenía, inquiriendo hambrienta en una lengua que yo no comprendía. Los ojos, rasgados y brillantes y, por primera vez, fijos, muy fijos en los míos; tanto que quemaban mientras sus dedos me exprimían el cuello como limones para echar al *feu*. En lugar de zumo, se llevaban el aire, la sangre, la vida.

¡Respira!, me gritaban los pulmones, rotos y maltrechos, y su súplica era lo único que alcanzaba a escuchar.

¡Respira!

Pero no podía.

Se me nubló la vista; ya no sentía el dolor intenso que me había atenazado los hombros apenas segundos antes.

¡Respira!

«¿Para qué?», respondí dejándome llevar.

Tendría que haberlo hecho antes, me habría ahorrado el dolor.

Respira…

Un débil susurro, como la caricia de una brisa tímida filtrada por las hojas de las palmeras. Un rayo de sol tamizado por el visillo que me acariciaba los pies descalzos y el aroma de los matojos de *dok-tjampa* que escalaba por las patas de las sillas de ratán.

¿Para qué había corrido tan lejos si al final solo había conseguido volver a casa?

¿Para qué…?

Respira; un eco de murmullo, suave.

Obedecí.

Se rompió el hechizo.

La brisa se volvió vendaval; los monzones querían llevarse la cabaña consigo y la atacaban con violencia. El sol y las flores se marcharon, presurosos, para devolverme la consciencia de que tenía un cuerpo y de que ese cuerpo necesitaba mi atención.

Tomé aire. Tosí. Respiré y tosí de nuevo. Había algo muy feo que protestaba desde mi estómago, pero lo ignoré porque había

recuperado la vista y el sentido y tenía ante mí a un demonio con rostro humano, que por alguna razón había cambiado de opinión cuando ya casi me había estrangulado.

Me esforcé por concentrarme en sus movimientos cuidados, firmes y eficientes mientras se erguía, se estiraba la guerrera del uniforme, se ajustaba los puños y se peinaba con los dedos el mechón de cabello rebelde. El corazón me latía fuerte y veloz tras las orejas, recordándome con cada pulsación lo mucho que dolía estar viva.

Terminó de recomponer su imagen perfecta al entrelazar las manos tras la espalda, como si aquellas mismas uñas no acabaran de excavar caminos paralelos en mi piel. Como si nunca hubiera dejado escapar a la bestia en la que acababa de convertirse de la jaula a la que la había devuelto.

Hablaba con calma y ya no se dirigía a mí directamente, sino que ladeaba la cabeza ligeramente hacia su traductor, fingiendo que no me miraba con tanta atención como con la que yo lo vigilaba a él.

Y el infame traidor que no se había inmutado mientras me estrangulaban con los dedos desnudos repetía con diligencia las palabras del asesino. Para mi satisfacción, le descubrí una pizca de pánico que sin duda quería ocultar bajo la vibración de las uves.

—No sabe quién es él.

No era una pregunta, pero contesté igualmente:

—No.

—No tiene ni idea. No lo adivina, sucia perra, ni aun después de lo que hizo.

Incluso mi cerebro exhausto, al que sobornaba cada dos segundos con promesas que no podía cumplir para que regresara de los sueños lejanos a los que quería llevarme, fue capaz de reconocer que había algo raro en todo aquello. No supe identificar qué era, porque nunca antes había sido hecha prisionera ni había tratado con el Kenpeitai ni me habían torturado haciéndome beber agua. Pero me parecía que alguien me estaba haciendo señales luminosas y yo no las entendía porque estaba rodeada de niebla. Y porque nadie me había enseñado el código ni me habían dejado linternas para responder.

—No sé de qué me habla —dije tras dos intentos infructuosos de empujar las palabras fuera de mi boca—. Yo no sé nada.

El japonés repitió mi nombre masticando las sílabas, deformándolas con su acento lejanamente familiar, descuidando por un momento su disfraz para dejarme intuir el profundo odio que le corría por dentro.

—Llevo cinco años buscándola —tradujo el francés, que me miraba solo de reojo, con los brazos muy tiesos, tan pegados al tronco que me

recordó a uno de los soldados de juguete que le robaba a escondidas a Jacques cuando éramos niños. A mí me gustaba imaginar que eran caballeros que venían a cortejar a mis muñecas y mi hermano se vengaba, porque nunca podía encontrarlos cuando se los escondía bajo las raíces de una de las palmeras del jardín, cortándome en pedacitos los lazos de raso con los que Nounou me adornaba los cabellos. Cuando ella se enteraba, los dos acabábamos castigados sin postre y fingíamos reconciliarnos aunque no nos arrepentíamos ni una pizca, porque los dulces de Boupha eran demasiado irresistibles.

El recuerdo de los ojos censuradores de Nounou —¿o serían los de Kun?— me devolvió al presente, donde el japonés seguía hablando, el francés seguía traduciendo y la tormenta seguía arreciando.

—Hace cinco años merendó usted con mi esposa y asesinó a mi cuñado.

Mi primer impulso fue negarlo todo, como sabía que Michel y Baudin habrían esperado de mí. Pero esto no tenía nada que ver con ellos ni con las cuevas en las montañas de Thakhek.

Los mangos —amarillos y tan maduros que casi tenían moscas revoloteándoles alrededor— estaban allí cuando comprendí.

—Hirazakura —susurré.

Él asintió, hizo una seña a uno de sus soldados y el dolor se volvió de pronto tan fuerte que el sueño de mi villa en Luang Prabang se me hizo imposible de resistir.

36

Aquellas sesiones se repitieron varias veces. El hecho de saber lo que se me venía encima cada vez que los soldados iban a por mí, con esos blanquísimos brazaletes caligrafiados con sangre, no hacía que fuera más fácil. Casi que al revés: sabía perfectamente lo que me esperaba mientras caminaba tropezando con las ramas caídas en dirección a la cabaña. E intentaba prepararme mentalmente para el dolor, para la culpa, para dejar fuera siempre a Kun de la historia que había contado ya millones de veces; para recordar qué mentiras había hilado y cuánta verdad había tejido en cada una, como si la tela de mi cautiverio fuera un *sinh* que se me resistía en el telar. Cuanto más me esforzaba por hacer algo de lo que Khompheng pudiera estar orgullosa, más me parecía que lo único que conseguía era arrastrar mis buenas intenciones por el barro.

No dije nada sobre las guerrillas, aunque estaba segura de que habían pasado más de quince días y suponía que Michel se los habría llevado a todos de allí. No merecía la pena, ya lo había entendido. Los japoneses eran invencibles y querían que los laosianos gobernaran Laos; no había nada que pudiéramos hacer. Ni siquiera estaba segura de querer hacer nada después de todo.

Lo único que sabía era que tendría que haberle hecho caso a Kun, aunque solo fuera porque una y otra vez había demostrado tener razón en todo, y haberme quedado con mi vida incompleta y tranquila en la meseta de Bolaven, con Lae y Nounou y los pollos de debajo de la casa.

—Fue un accidente —repetía una y otra vez ante las preguntas incansables de Hirazakura—. Chocamos contra un árbol. Fue un accidente.

—¿Quién le pagó para matarlo? ¿Dónde escondió el cadáver?

—No he vuelto a comer mangos —respondía yo, o empezaba a contarle cómo Vanhvilay me había enseñado a cocinar *lap*, cambiando a Vanhvilay por la madre de una niña cualquiera de una aldea cualquiera, a veces llegando a Nape y, otras, en las afueras de Sayaboury.

O le contaba las historias viejas de Giang con sus hermanos en Hué, aunque habían pasado tantos años que probablemente estuviera mezclándolas unas con otras, y de todas formas Hirazakura perdía

pronto la paciencia cuando se daba cuenta de que no estaba respondiendo a sus preguntas. Entonces me golpeaba o traía el cubo lleno de agua o me devolvía a la celda oscura y diminuta hasta que volvía a acordarse de mí.

A veces seguía contando mis historias aun mucho después de que los soldados se hubieran ido. Una vez que habían cerrado la puerta, llevándose el olor a lluvia con ellos, una parte de mí sabía que no hacía falta que siguiera hablando cuando estaba sola, que sin audiencia no era necesario que dejara fuera del cuento a Noy ni a Lae; pero había otra, que solía ganar, que me susurraba al oído que no podía relajarme, que no podía confiar ni en la oscuridad que me rodeaba. Que, si dejaba de mezclar hechos, personas y fechas, terminaría por contar una historia que fuera verdad, y por alguna razón empezaban a temblarme las piernas cada vez que lo recordaba.

El traductor de Hirazakura me encontró en medio del relato de la boda de una de las hermanas pequeñas de Khompheng, que había decidido ubicar al norte, donde los campesinos quemaban los campos y los bosques para prepararse para la estación de las lluvias.

—¡Y había tanto humo que tuvieron que esperar a que la novia dejara de toser para anudarle las cuerdecitas en la muñeca! —exclamé sin ser capaz de reprimir una risilla al imaginar el mohín de disgusto de Khompheng si su hermana hubiera arruinado de tal manera el *baci* de su boda.

Se abrió la puerta y apareció el traductor, solo. Me costó un poco reconocerlo, porque la luz repentina hirió mis pupilas y le envolvió la silueta en un halo casi místico, que me habría hecho doblarme de la risa si la barriga no me doliera como si me la hubieran rajado. Había dejado de llover y aquella figura inesperada parecía un fantasma salido de mi historia de bodas de humo.

—Madame —dijo antes de dar un paso hacia mí. No podía acercarse más, porque los zapatos se le habían quedado a un centímetro de mis rodillas. Me sorprendió comprobar que sus punteras, por supuesto llenas de barro como todo lo demás, estaban mucho más gastadas de lo que habría cabido esperar de un traidor como él. ¿No le pagaban los japoneses lo suficiente como para comprarse calzado nuevo?

Alcé la vista despacio, esperando a que hablara, estudiando en la penumbra la tela de sus pantalones, demasiado gruesa para el clima de Indochina; las manchas ya indelebles de sudor en una camisa otrora blanca; la sombra de una barba castaña mal afeitada, que le llegaba hasta la nuez.

—¿Ha venido solo? —pregunté al fin por romper el silencio.

—Quiero hacerle una pregunta —dijo. Me asomé a través de sus piernas abiertas; lo único que vi tras él fue la figura enhiesta de los dos soldados que le habrían abierto la puerta, firmes y mirando al exterior. No parecían muy preocupados por lo que pudiera decirme este hombre.

Ni rastro de Hirazakura. Supuse que había mandado a su traductor para hacerme bajar la guardia, y que este después le prepararía un detallado informe a su jefe repitiendo todas y cada una de mis palabras.

—¿Sabe escribir en japonés, monsieur?

Frunció el ceño, pero negó con la cabeza. Sería un informe de viva voz, en tal caso. Deseé que hubiera algo más de espacio en aquella celda que parecía una jaula para poder apartarme de aquel ser inmundo que no pestañeaba mientras torturaban a una compatriota suya. Aunque, me dije, Francia estaba mucho mejor sin individuos rastreros y viles como aquel.

Esperaba que volviera a preguntarme por las guerrillas o por Sukenori o por lo que había hecho durante los cinco años que separaban estos dos puntos de mi vida y que estaba consiguiendo mantener más o menos en secreto, jugando a despistarlos con historias disparatadas. Tenía ya preparada una nueva versión de la boda de la hermana de Khompheng, donde pensaba incluir dos elefantes que habrían amenizado el convite, pero me descolocó cuando se arrodilló frente a mí —a la manera japonesa, cómo no— y me dijo su nombre con más emoción en la voz de la que había demostrado hasta ahora.

—Me llamo Didier Beaumanoir. —Ni siquiera me había molestado en averiguar su nombre. Estaba a punto de responderle que me daba igual y que si había visto alguna vez un elefante, pero algo en la manera en la que ladeó la cabeza, como para comprobar por el rabillo del ojo que los dos soldados no habían aprendido francés en los cinco minutos que llevaba conmigo, me hizo callar—. Usted es familia de Jacques Noël, ¿no es así?

Entrecerré los ojos y fruncí los labios para retener dentro de la boca las preguntas que luchaban por salir. «Es un truco. Solo quiere información», me dije.

Estábamos prácticamente a la misma altura y me miraba como si, al hacerme parpadear, pudiera leer los secretos más ocultos de mi mente.

—Una vez estuve en Vientián —dije, porque temía lo que pudiera deducir de mis silencios—. Me quedé a vivir con un cestero jemer que me enseñó a trenzar ratán y que no sabía decir ni tres palabras en francés. Comíamos caracoles de río todos los días.

—Noël y yo combatimos juntos en la batalla de Francia, en el 40, frente a los alemanes. Lo conocí mucho. Fueron tan solo unos meses, porque después lo hicieron prisionero y eso fue lo último que supe de él. Pero me contaba historias de aquí, de Laos y de su familia. Usted es su hermana, ¿verdad?

—No sé nada de mi hermano desde que se marchó de Indochina a finales del 39. No puedo decirle nada, no he vuelto a verlo.

—Ya lo sé. Lo que quiero decir es que… él me hablaba mucho de usted. Siempre decía que allí hacía un frío de perros y que no veía el momento de volverse a Luang Prabang, donde ni se sabía lo que era la nieve. Pensé que exageraba, pero… —rio por primera vez desde que lo conocía y su rostro pareció perder toda la dureza y la indiferencia que la guerra seguramente le había impreso para dejarme ver un pedacito de otro hombre, más sencillo, quizá más feliz—. Decía que esto era un paraíso y que tenía muchas ganas de regresar para contárselo todo a usted.

—Y ha venido usted en su lugar, ¿no? A recitarle a la hermana presa de su amigo sus historias de batallitas. No me figuraba que fuese tan considerado.

—Madame, yo no sabía quién era usted.

—¿Y qué cambia eso? Si lo que dice es verdad y mi hermano fue hecho prisionero, ¿qué es lo que hizo, monsieur? ¿Por qué está ahora aquí, traduciendo para Hirazakura?

—Madame, no podría explicarle en tan poco tiempo…

—¿Tiene usted prisa?

Una nueva ojeada a los soldados japoneses, un suspiro y otro pedacito de un Beaumanoir que no tenía cara de traidor, sino de persona. Si decía la verdad y había sido amigo de Jacques… Me mordí los labios y me tragué la sangre de las heridas abiertas para no echarme a llorar.

—Me hirieron en las trincheras y me mandaron a un hospital. Después escapé a Suiza, me uní a las tropas de la Francia Libre de De Gaulle y luché en el África Occidental. En el 43 estaba en Fort-Bayard, en Kouang-Tchéou-Wan, cuando los japoneses llegaron.

—Y decidió hacerse amigo de ellos.

—Soy tan prisionero como usted, madame.

—¿No me diga? ¿Y le dan de comer tres veces al día?

—Madame, disculpe que se lo diga así, pero no sabe lo que es la guerra.

—Ah, ¿no? ¿Y esto entonces qué es? ¿Una merienda en el parque?

—La esperanza no se pierde en la primera batalla. «Habrá otra oportunidad, esto no ha hecho más que empezar», todos nos

repetíamos estas cosas para darnos ánimos. Y funcionaba. Éramos capaces de ponernos de nuevo el uniforme y de salir a luchar. Pero llega un punto en el que uno pierde la cuenta de las balas que ha disparado; ya no sabes a cuántos enemigos has matado, a cuántos has herido ni cuántas veces tu compañero se ha llevado el balazo que iba para ti. Llega un punto en el que dejas de esperar que algún día todo cobre sentido. A los muertos les da igual la venganza y a los vivos les da igual sobrevivir. ¿No lo entiende? Al final tanto da quién gane o quién pierda, porque solo se trata de arrebatarle unos días más a la muerte.

—No da igual. Si diera igual, no habría guerras.

—Siempre habrá guerras, madame.

—Decídase.

—Los soldados perdemos, pero siempre hay gente que gana.

—¿Qué gente? ¿Los japoneses? ¿Los que son como usted, que les bailan el agua? —Hirazakura, me dije. Hirazakura ganaba. Él era el que lo tenía todo bajo control, el que decidía si yo vivía o moría. El que disponía si podía comer o dormir o si tenía permitido retener todas mis extremidades y durante cuánto tiempo. Hirazakura ostentaba todo el poder del mundo, pero era yo la que tenía la información que necesitaba. ¿Significaba eso que era yo la que tenía poder?

Me habría echado a reír si hubiera tenido la capacidad de contraer los músculos del estómago y si la voz firme y serena de Beaumanoir no me hubiera devuelto al presente.

—Decoux también les bailaba el agua, madame.

Tardé cinco largos parpadeos en recordar de qué estábamos hablando y quién era Decoux. El gobernador de Indochina durante toda la guerra desde que nos habíamos rendido a Hitler. Claro que les bailaba el agua a los japoneses, eran todos ellos amigos íntimos. Los nazis y el Kenpeitai de Hirazakura y los cobardes de Vichy que no habían impedido que Jacques fuera hecho prisionero. Apreté los dientes al pensar que también él podría haber sufrido lo que me estaban haciendo a mí y me tragué un gemido de dolor; debía de tener toda la mandíbula remendada de cardenales.

—Por eso hay quienes quieren echar a los japoneses y a sus amigos —mascullé—. Como Decoux y como usted. —«Nosotros», pensé. «Es por lo que luchamos», me dije.

—¿Es De Gaulle mejor que Decoux?

—Los japoneses acabarán marchándose de Indochina.

—¿Y todo estará bien? Madame, dígame. Después de haber involucrado a laosianos en las guerrillas francesas, ¿todo volverá a ser

igual?

—Será incluso mejor —dije con una seguridad que estaba lejos de sentir, porque algo me impedía visualizar a Noy, Michel y Baudin luchando juntos sin diferencias de rango.

—Tal vez —concedió, pero la manera en la que desvió la vista me confirmó que tampoco él se lo creía. Aún no había descubierto qué hacía aquí, hablando conmigo.

Me contuve antes de empezar a contarle alguna historia sobre telares o los misterios del *padek* en favor de la pregunta que llevaba un rato quemándome la lengua.

—¿Por qué me cuenta todo esto? ¿Qué gana con decirme que hace cinco años era amigo de Jacques?

—Nada. No gano nada. Pero supuse que querría saberlo.

—¿Lo sabe Hirazakura?

—Le diré que no ha respondido a mis preguntas.

—¿Y confía en usted?

—Ese hombre no confía en nadie.

Hacía bien. Hirazakura podía ser muchas cosas, pero no era estúpido.

—¿No ha vuelto a saber de Jacques?

—No. —Tomé aire, y el dolor que me recorrió todo el cuerpo me ayudó a recordar dónde estaba.

—¿Y de mi padre? Henri Noël, fue teniente en la Gran Guerra.

—No, lo siento.

Asentí. Tampoco había esperado mucho más.

—La próxima vez, traiga comida.

Beaumanoir frunció los labios, como con intención de decir algo más. Pero finalmente llamó la atención de los guardias y se marchó.

37

Beaumanoir me traía fruta, me contaba anécdotas de cuando mi hermano y él habían hecho la guerra juntos y me decía, si yo le preguntaba, en qué día estábamos.

—Hoy es 10 de mayo.

—¿Seguimos en guerra?

—En Europa no. Alemania va a firmar la capitulación.

—¿Y Japón? ¿Y aquí?

—Aquí seguimos igual.

Aquella información no me servía de mucho, porque no podía utilizarla contra Hirazakura en modo alguno —por eso me la daba Beaumanoir—, pero me consolaba pensar que, al menos, pasaban los días y seguía viva. Era algo de lo que sentirme orgullosa, aunque era más bien mérito del poco interés que Hirazakura parecía tener en matarme que de mi casi inexistente capacidad de resistencia.

A veces, Beaumanoir volvía a enunciar alguna de sus sombrías ideas sobre la guerra y la naturaleza del ser humano.

—El mundo es el que es, y es igual en todas partes. Sangre y muerte, dolor y tristeza. No se puede luchar contra eso.

—¿No es ese el trabajo de los soldados?

—*Shikata ga nai*.

—¿Qué era eso? ¿Por fin pasamos a los insultos?

—No es un insulto. Es sabiduría japonesa.

—¿Desde cuándo tienen espacio para la sabiduría entre la crueldad y el orgullo? ¿No están demasiado ocupados queriendo invadir el mundo entero?

Reí y me retorcí de dolor. Una cárcel era aparentemente un lugar tan estupendo como cualquier otro para discutir de filosofía.

—No todos los japoneses son soldados, madame.

—Y no todos los comunistas son unos energúmenos ni todos los laosianos son unos holgazanes, pero aquí estamos usted y yo.

—¿Y los franceses? ¿Qué somos los franceses?

—No sabría decirle —mentí. Arrogantes, egoístas y ambiciosos como papá. Superficiales y petulantes como Jeannine. Oportunistas como Beaumanoir y envidiosos como yo.

—*C'est la vie* —dijo él respondiendo a una pregunta que no recordaba haber formulado. Y se acuclilló muy cerca de mí y me

acercó a la boca una bola de arroz o un mango maduro o un melocotón. Siempre aguardaba pacientemente a que lo devorara a mordiscos, porque aún tenía las manos atadas a la espalda y él nunca me las liberó.

Hasta que un día se abrió la puerta y me sacaron a rastras de la celda, pero en lugar de llevarme a la cabaña de siempre me vi empujada a la parte trasera de una camioneta donde ya esperaban otros prisioneros; la mayoría eran laosianos. Varios tenían más pinta de niños que de hombres, a todos les sobraba tela en las camisas agujereadas, de lo delgados que estaban, y, para mi alivio, no conocía a ninguno.

Eso no quería decir que Michel, Baudin y Noy no estuviesen presos también en cualquier otro campamento japonés, pero al menos no tenía pruebas de que así fuera.

Los prisioneros miraban al frente pero sin ver. Incluso cuando se cerraron las puertas —privándonos de la luz y del frescor húmedo de la lluvia, y de un aire no viciado por las heces y el orín y la consternación que todos llevábamos incrustada bajo las uñas, detrás de las orejas y en las plantas cansadas de los pies—, ninguno se inmutó. La camioneta se movía y nosotros con ella, porque no teníamos espacio para sentarnos ni asideros a los que agarrarnos, así que chocábamos unos con otros —cuerpos pestilentes contra cuerpos pestilentes— sin arrugar siquiera la nariz.

De vez en cuando, alguno tosía con tanta violencia que casi esperaba ver cómo expulsaba el hígado o las tripas por la boca. O alguno daba un respingo cuando el vehículo se detenía abruptamente y la repentina ausencia de baches nos hacía perder nuestro ya precario equilibrio.

Pasaron horas o tal vez días —no pudieron haber sido muchos porque nadie había muerto en el trayecto—, y al final llegamos a otra jungla, que parecía la misma pero que debía de ser diferente. Nos hicieron bajar en fila india a punta de pistola y nos condujeron a una nueva celda.

Nos metieron allí a todos juntos, repartieron agua y arroz hervido y cerraron las puertas con llave. Dormí con los barrotes fuertes de madera incrustados en la espalda.

Al día siguiente, empezamos a trabajar en la carretera.

Cada mañana nos contaban, repartían un desayuno ligerísimo de arroz o bambú picado —nunca ambos a la vez— y nos ponían en grupos a mover piedras o a fabricar cemento. Ninguno de los soldados que gritaba las instrucciones en su inglés deformado llevaba un brazalete blanco y, en cuanto terminaban de organizar el trabajo de

los anamitas y los laosianos, se ponían ellos también a picar piedras y a colocarlas ordenadamente en el suelo. Algunos aldeanos se paraban a mirar cómo trabajábamos. Nos sonreían antes de acercarse al oficial japonés que estuviera al mando para entregarle la liana de la cual traían a un cerdo rollizo que inevitablemente me hacía salivar. Los oficiales respondían con un *nop* y después llamaban a otro soldado que se llevaba al aldeano lejos de la carretera. Al principio, pensé que para incorporarlos al trabajo, pero un anamita me sacó de mi error.

—No les tenga lástima —me dijo en francés. Caía una lluvia fina que, de momento, no nos impedía trasladar las pesadas piedras del camión a la orilla de la carretera. En cuanto arreciara, nos ordenarían parar y nos llevarían de vuelta a la celda—. Los que trabajan reciben un sueldo y a los que los alimentan les pagan por los cerdos.

—¿Les pagan? ¿Les compran la comida?

—¡Los muy cabrones tuvieron suerte de que los franceses huyeran en cuanto pudieron! A estos los tratan a cuerpo de rey, ni siquiera dejan a los soldados salir por las noches para no asustarlos. ¡Qué hijos de puta!

No volví a ver al anamita. Cada día me parecía que dormía entre hombres diferentes, aunque quizá era que el cansancio no me permitía recordar sus caras. Apenas hablaba con ninguno, porque no tenía nada que decirles.

—¿Dónde estamos? —pregunté en voz baja al pasar junto a Beaumanoir. Tras varios días trabajando en la carretera, cuando en las manos me habían florecido ya ampollas alrededor de las ampollas y había casi olvidado lo que significaba un brazalete blanco en el uniforme color tierra de los japoneses, Hirazakura me reclamó para una de nuestras fiestas privadas.

—Después —prometió Beaumanoir en un murmullo prácticamente ahogado por la conversación en su idioma que Hirazakura mantenía con uno de sus soldados mientras este dejaba caer al suelo un cubo lleno; el agua se desbordó y se derramó formando un pequeño charco.

Hirazakura no me preguntó por las guerrillas, pero tampoco volvió a intentar estrangularme, aunque le conté entre toses tres versiones distintas de mi viaje en barcaza por el río Mekong.

Cuando me devolvieron a la celda, reconocí por primera vez uno de los rostros exhaustos allí arracimados.

—¡Liên! —exclamé y me abalancé sobre ella, tropezando con piernas esqueléticas y pies descalzos y esquivando insultos y escupitajos. La abracé con las pocas fuerzas que me quedaban, dejando que ella soportara mi peso y apretando los dientes cuando sus dedos se posaban en uno de los muchos puntos donde me habría

descubierto un cardenal de haber tenido luz, un espejo y ganas de inventariarlos.

—¡Fred! Fred, ¡ay, Fred! —Estaba más delgada, como todos. Sollozó enganchada a mi cuello y, mientras le acariciaba los cabellos, sucios y enredados pero dóciles, recordé que era más joven que yo y que la última vez que nos habíamos visto Indochina todavía era francesa—. ¿Qué haces aquí? Pero ¿qué te ha pasado? ¿A quién más han capturado?

Se lo conté, sin ser capaz de reprimir las lágrimas, en voz baja porque otro prisionero nos increpó que no lo dejábamos dormir.

Se lo conté todo: todo lo que podía contarle, claro. Lo de Hirazakura y Sukenori, y también le hablé de Otoha porque en aquella merienda en Villa Noël me había despedido por última vez de Jeannine. No podía hablarle de Lae, así que acerqué mis labios a su oreja todo lo que pude y le conté lo de Beaumanoir.

—Pero entonces ¿conoces al traductor?

—Más o menos.

—Vale. Vale, tendremos que pensar en algo.

—¿Qué quieres decir?

—*Futsu*!

Antes incluso de mirar hacia la puerta de la celda, que acababa de abrirse, sabía que se refería a mí. Me tambaleé hacia el soldado que me hacía señas para que me acercara.

Beaumanoir asintió en su dirección y este se inclinó a la manera japonesa antes de girarse para mirar con aparente desinterés al resto de prisioneros.

—¿Qué ocurre?

—Estamos en Sam Neua. Es su oportunidad.

—¿Mi oportunidad para qué?

—Hirazakura se va mañana a Hanói. Volveré mañana por la noche. Estén preparados.

Asintió de nuevo, pero ya no me miraba a mí, sino al soldado. Este me tomó del brazo y me empujó sin miramientos de vuelta a la celda, donde choqué con un anamita que me sonrió.

—Mañana —dijo en francés, y sonó como una promesa. Tampoco a él recordaba haberlo visto antes.

—Mañana —repitió Liên a mi izquierda. No la había oído llegar.

38

Aquellas últimas horas que pasé con Liên fueron sin duda las más felices de todas las que fui prisionera del Gran Imperio del Japón. Apenas llovió aquel día en el que instalamos codo con codo adoquín tras adoquín en aquella carretera interminable. Liên me contó qué había sido de ella en los meses que habían pasado desde que nos habíamos separado en Thakhek. Me habló de la terrible hambruna que había sufrido en Tonkín, donde las guerrillas tenían armas pero no comida, donde los campesinos no podían darles más que ánimo y esperanza. Me habló de lo que me había echado de menos; de que la habían capturado junto con otros cinco hombres de los que no había vuelto a saber nada.

Me dijo que cada noche escapaban prisioneros anamitas de campamentos como aquel, que ella misma había recogido a muchos en la jungla. Me dijo que todo lo que teníamos que hacer era serrar los barrotes de madera de la celda.

—Pero ¿cómo?

—No te preocupes por eso. Lo que tienes que hacer es convencer a tu traductor para que distraiga a los soldados.

Valía la pena intentarlo, me convenció, aunque no necesitaba yo muchos incentivos. Una mujer con un *pha-biang* rosa trajo el cerdo del día para venderlo y las llamaradas de envidia que me incendiaron el estómago fueron suficientes para decidirme.

Esperamos impacientes a que llegara la noche, charlando para acallar los nervios. Incluso si todo salía mal, me dije, habría merecido la pena solo porque había pasado un día con Liên.

Liên, mi dulce Liên, que tan pronto soltaba una carcajada y me decía que el traductor no era mal partido como apretaba los labios y me aseguraba que llegaríamos a Tonkín sanas y salvas y que todo saldría bien. Inocente y sagaz al mismo tiempo, idealista y eficiente. La guerrillera perfecta: poco propensa a cuestionar órdenes, rápida en tomar decisiones cuando la situación lo requería.

—Nunca llegué a presentarte a mis primos, ¿verdad? —me dijo aquella tarde, cuando tomábamos nuestra cena de arroz, con las tiras de sol entre barrote y barrote que le dividían verticalmente el rostro redondo.

—No.

—¿Te gustaría conocerlos?

—¿Tienes primos en Tonkín?

—Tengo primos en todas partes.

Me llevé otro puñado de arroz a la boca para no responder.

—¿Seguirás luchando cuando acabe la guerra? —pregunté al cabo de un rato cuando una de las líneas en sombra le cortaba justo el ojo por la mitad.

—Siempre.

Beaumanoir decía que daba igual vivir o morir y que todas las guerras eran igual de inútiles. Sopesé preguntarle a Liên qué opinaba de aquello, pero callé porque ya sabía lo que me respondería.

Me terminé mi arroz y esperé a que llegara la hora de salir de allí. Quizá en Tonkín consiguiera ver las cosas de otra manera.

Cuando Beaumanoir llegó, los soldados japoneses que normalmente montaban guardia fuera de la celda parecían haberse esfumado.

—Tome. —Me entregó un lío de ropa áspera a través de los barrotes de madera. Los dos teníamos las manos frías.

—Mantenga a los soldados ocupados —susurré aferrándome a la tela.

—Descuide. —Beaumanoir me sonrió—. Suerte.

Desapareció entre las sombras mientras los anamitas serraban los barrotes. Intenté forzar los ojos para identificar el regalo que acababa de hacerme, pero solo lo entendí cuando lo desdoblé y descubrí la gorra escondida bajo los pantalones y la Cruz de Lorena cosida en una esquina. Me tragué el nudo que se me formó en la garganta.

—Póntelo —me aconsejó Liên—. Llamarás menos la atención.

Asentí y acaricié de nuevo la tela con las yemas de los dedos; ya no sabía si la textura era así de rugosa de verdad o era yo la que había ido apagando mi sentido del tacto a fuerza de acarrear piedras.

—Pero es el uniforme de un soldado francés —protesté aún espiando con codicia bajo las pestañas las ropas de campesino anamita que Liên vestía, en las cuales no se me había ocurrido reparar hasta ese momento.

—¿Y por qué estás tú aquí si no, a ver?

Se nos acababa el tiempo y no era momento de ponernos a discutir, así que le hice caso, porque siempre me iba mejor cuando hacía caso a cabezas como la de Liên.

Me puse los pantalones bajo la falda y remetí los jirones que quedaban por dentro antes de abrocharme la guerrera por encima. La lluvia insistente me caló los hombros en cuanto abandonamos la débil aunque eficaz protección de la celda, pero al menos me ayudó a aliviar el intenso calor que daba aquel uniforme. Sentía que estaba

rompiendo ciento veintisiete reglas a la vez: había dejado de odiar a Beaumanoir, me estaba escapando de una cárcel, pensaba seguir a Liên hasta sus primos comunistas y había aceptado un uniforme que no era mío y que sentía que no merecía llevar, porque todo lo que había contribuido a aquella guerra había sido dejar que me llevaran presa.

En la jungla, todo parecía mayor, más importante, más terrorífico, más arriesgado. La lluvia hacía más daño, los árboles eran más altos y la oscuridad, más profunda. Sin antorchas ni cerillas ni un mísero rayito de luna que hubiese conseguido esquivar los nubarrones rabiosos, lo único que me guiaba en aquella carrera a ciegas era la mano de Liên. Sus dedos firmes y siempre seguros me ayudaban a esquivar troncos y ramas; a no caer desfallecida bajo el peso de la lluvia; a recuperar el equilibrio cuando mis pies torpes, acostumbrados a la jungla pero no al peligro, tropezaban con una raíz o una roca o el pánico que amenazaba con descontrolárseme cada vez que me acordaba de lo que estábamos haciendo.

Corrimos y corrimos, aunque me había quedado sin resuello; me ardían las piernas y algo en el vientre parecía que se me rompía un poco más con cada nueva bocanada de aire. Y seguimos corriendo.

Hasta que vi las luces y escuché las voces, pese al estruendo de la tormenta. Estaban cerca.

No veía nada más que la cortina de agua resbalándome diligente por la visera de una gorra prestada, pero vi con perfecta claridad lo que tenía que hacer.

Solté la mano mojada de Liên.

—¡Fred! —No alzó la voz, estaba segura de que también habría oído a los japoneses.

—Ve —dije. Ella dudó solo por un momento antes de desaparecer entre los árboles.

La luz se acercaba, amarilla y cálida. Me sentía como una polilla tonta dando pasos hacia la luz, intentando llenar de aire unos pulmones que me parecía que nunca volverían a ser capaces de funcionar con normalidad.

—*Futsu*!

Levanté los brazos cuando la luz me cegó. Los dos soldados, protegidos de la lluvia por unas buenas capas impermeables, gritaban, nerviosos, y me apuntaban con sus armas.

No me moví.

El disparo me alcanzó en el muslo izquierdo.

39

La noche que nos dieron una estera para dormir me la pasé entera llorando.

—¿Tanto te duele la pierna? —me preguntó Didier Beaumanoir, que trasladaba piedras conmigo desde que se había descubierto que el uniforme era suyo.

—No, no. No es eso. Es que en mi casa… —empecé, pero los sollozos no me dejaban seguir. Le hablé entre hipidos de las esteras que Khompheng me había enseñado a tejer, del poco aprecio que me tenía y de la primera noche que había pasado en la aldea, cuando Kun y yo habíamos decidido que nos casaríamos.

—Todas esas historias… —habló al cabo de un rato cuando pensaba que se habría dormido. No le veía la cara, pero podía intuir dónde estaba por el calor que emanaba su cuerpo—. Las que le contabas a Hirazakura, quiero decir, ¿eran verdad?

—No. No, claro que no.

Aquella noche no dije nada más, pero a veces, sin que él me preguntara, le contaba lo mucho que echaba de menos a Nounou, a Kun y a Vanhvilay. Lo culpable que me sentía por haber abandonado a Lae.

—Volverás a verlo, ya lo verás —me aseguraba él. Y antes de que pudiera echarme a llorar, cambiaba de tema y me hablaba de aquella vez que Jacques y él habían ido de permiso a París o de cómo su hermana pequeña, que se llamaba Madeleine y hacía la mejor tarta de praliné de todo Lyon, le había enseñado a zurcirse los calcetines.

—Me gustaría conocerla —respondía yo mientras la imaginaba sin querer con el rostro dulce de uno de los angelitos rubios de mis viejos libros de estampas.

—Tendrás que ir a Francia para eso. Madeleine no aguantaría este calor ni cinco minutos.

Hacía calor, pero yo no lo sentía, o no quería sentirlo. No me había pedido que le devolviera el uniforme ni yo lo había hecho; a veces me asaltaba la vergüenza porque sentía que mi sudor corrompía la tela poco a poco.

—¿Por qué lo hiciste, Didier? —le pregunté una de las noches cuando me entregó uno de los botones de la guerrera, que se había descosido y yo había creído perdido para siempre.

—Por Jacques. —Me guardé el botón en el bolsillo, porque no tenía medios para volver a coserlo.

También me enseñaba algo de japonés para ayudarme a entender las instrucciones de los soldados. No habría sido capaz de mantener una conversación corriente con ninguno de ellos —ni tampoco lo deseaba, faltaría más—, pero sabía qué insultos significaban que el que los decía estaba enfadado, era capaz de contar hasta el ciento noventa y dos —mi número de prisionera— cada mañana y tenía las palabras «derecha» e «izquierda» tatuadas en los callos de las manos.

—¿Cuánto tardaste en aprenderlo?

—No mucho. Lo más difícil es escribirlo, pero no nos hace falta ni a ti ni a mí. La gramática es bastante simple.

—Yo tampoco sé leer lao —confesé tras una pequeña pausa.

—¿Quién te enseñó a hablarlo?

—Nounou. Mi padre decía que aprendí antes a hablar lao que francés. —Reí. Era fácil hablar con Didier, mucho más fácil de lo que lo había sido nunca con Jeannine o Liên, con quienes a menudo no sabía cómo rellenar los silencios. Kun estaba tan lejos que me dolía el pecho cada vez que lo pensaba. También había sido siempre fácil hablar con él—. Me casé con su nieto.

—Y tuvisteis un hijo, ¿verdad?

No habíamos vuelto a ver a Hirazakura desde que Didier había dejado de cobrar por trabajar para los japoneses. Quizá fue por eso por lo que me atreví a decirle la verdad, en voz muy baja, aquella noche eterna que quedaba interrumpida cuando amanecía y contaban a los prisioneros y construíamos una carretera. A veces me preguntaba si no estaría soñando cuando trabajaba colocando piedras y despierta solo mientras le hablaba a la oscuridad, con los ojos cerrados porque me picaban de cansancio y la voz de Didier que preguntaba y preguntaba y escuchaba con atención cuando yo respondía.

—No.

40

En el hospital de Vientián al que nos llevaron los americanos descubrí tres cosas.

La primera, que para tales americanos éramos poco más que unos inútiles y unos cobardes, porque nos habíamos dejado capturar, porque Decoux había aceptado el ultimátum de los japoneses el 9 de marzo y porque nuestros soldados habían perdido la batalla de Francia contra Hitler en el 40. Nos miraban a todos los franceses por encima del hombro, como si todavía lleváramos la mugre y el olor de los campamentos adheridos a la piel. Lo cual probablemente fuera cierto, pero me hacía desear que conocieran a Hirazakura y a sus colegas del Kenpeitai.

La segunda, que estábamos en septiembre y que en los últimos meses habían pasado demasiadas cosas en el mundo como para que mi cerebro, falto de entrenamiento para todo lo que no supusiera recordar el pasado con nostalgia y construir carreteras, pudiera asimilarlas de una sola vez.

—Pero ¿qué es eso de una bomba atómica? —pregunté a la enfermera británica que intentaba que mi pierna izquierda recuperase sus funciones originales, pero ni su francés ni mi inglés ni las explicaciones del oficial francés al que, en la cama contigua, le estaban cambiando los vendajes por una vieja herida en el estómago fueron suficientes para que yo lo entendiera.

La tercera cosa que averigüé, y que hizo que tuviera que apoyarme contra la pared estucada del pasillo porque me fallaban las dos piernas, la mala y la buena, fue que papá había estado en aquel mismo hospital, quizá bajo aquella misma lámpara, apenas cuatro días antes que yo.

—Los civiles que no presentaban daños permanentes fueron evacuados a Nong Khai a través del río.

—¿Está usted segura? ¿Monsieur Henri Noël? ¿Y qué hacía aquí?

—Todos los civiles internados en campamentos de prisioneros japoneses han de ser examinados. Su padre se encontraba bien de salud.

—Y, ahora, ¿dónde está? ¿Qué va a hacer en Tailandia?

—Las fuerzas británicas se ocuparán de que regrese a casa sano y salvo.

—Pero a casa, ¿dónde? ¿A Luang Prabang?

La enfermera no supo responderme. Se disculpó y se marchó pasillo adelante, sin duda para atender a pacientes que necesitaran su ayuda más que yo.

—¡Fred! No puedo creerlo, ¡joder! ¡Pero si es usted, Fred! Pensaba que esos malditos cabrones le habrían volado los sesos. ¡Venga, venga acá! No me negará un abrazo.

Era Baudin. Lo reconocí gracias a la dulzura con la que adornaba sus palabras, porque se había afeitado la barba y de repente parecía diez años más joven. Me hizo olvidarme por un momento del mareo que tenía y que no sabía si era porque quería volver a ver a papá o me alegraba de que estuviera en otro país.

—¿Quién más está aquí? ¿Qué sabe de los demás?

—No mucho, no mucho. Está la cosa jodida, ya sabe. Aquí cada uno barre para su casa y esos cabrones del Viet Minh lo han puesto todo patas arriba. Nadie sabe quién está muerto y quién está en Vietnam pegando tiros.

—Pero ahora que han venido los americanos todo se tranquilizará, ¿verdad? Me han dicho que mi padre estaba aquí, en este hospital. Nos ayudarán a que todo vuelva a la normalidad. Ahora que se ha acabado la guerra…

—Fred, esto no ha hecho más que empezar. Los americanos no van a ayudar más que a la madre que los parió. Ya se lo dije una vez, ¿no? No podemos esperar de brazos cruzados a que vengan a salvarnos desde fuera.

Me lo había dicho y en su momento me lo había creído. Pero el tomarme la justicia por mi mano no me había salido especialmente bien, de modo que no le respondí ni que sí ni que no. Lo que habría dado por tener a Kun a mi lado, por poder preguntarle qué opinaba él. Aunque probablemente me respondería con un proverbio que vendría a significar que dejara de intentar arreglar el mundo, porque cada uno tiene ya bastante con arreglar su casa.

—Los japoneses se han rendido —murmuré—. ¿No lo sabe? Nos dejaron allí en los campos y se fueron, ¡ya no están! Ya no tenemos que echarlos de aquí porque se han ido ellos solitos.

Baudin chasqueó la lengua.

—De aquí no se ha ido nadie. Dicen que algunos se han unido a Ho Chi Minh en Hanói y que otros están de nuestro lado contra los comunistas. ¿No has oído lo que ha pasado en Thakhek? Los cabrones de los japoneses han tenido que proteger a los nuestros porque los jodidos anamitas se los habrían comido vivos.

Tragué saliva antes de preguntar:

—¿Y Liên? ¿Sabe algo de ella? Estaba conmigo, se escapó, iba hacia Tonkín…

—Se habrá unido también a ellos.

—¿A quién? Ella nunca lucharía con los japoneses.

—Al Viet Minh, Fred. Liên estará con el Viet Minh.

—¿Y usted? ¿No es también comunista?

—Ya no. No, ya no. Yo soy francés.

Empezaba a dolerme la cabeza, solo quería encontrar una silla donde sentarme y cerrar los ojos y recordar por qué estaba aquí y adónde quería ir.

—¿Y qué vamos a hacer ahora? ¿Dónde está Michel?

Baudin me sonrió. Parecía la sonrisa de un extraño, sin la barba pelirroja para tamizarla y suavizarla. Era la sonrisa de quien mira a un niño pequeño y no sabe cómo no romperle las ilusiones al decirle la verdad.

Antes, Baudin siempre me había mirado con admiración, como si yo fuera un acertijo digno de ocupar tiempo para ser resuelto.

—No lo sé. Usted debería volver a casa —dijo cansado—. No debí haberla traído a todo esto. Debió haberme mandado a la mierda cuando aparecí en su aldea.

—¿Por qué dice eso?

—Váyase a casa. Hemos ganado, o eso cuentan.

Baudin se alejó caminando despacio por el pasillo, uno de tantos soldados con uniformes incompletos que pululaban por el hospital a la espera de una nueva misión. Pero ¿cuál era la misión cuando la guerra acababa?

—¡Espere! —lo llamé. Corrí hasta él, aferrándome a la pared para que la pierna no me traicionara—. ¿Y Noy? ¿Qué fue de él?

—¿Quién?

41

En el hospital, había escasez de medicinas y abundancia de pacientes que las necesitaban. Civiles a los que habían fusilado con tal mala suerte que no habían perdido la vida; soldados que habían perdido extremidades, o la razón o ambas cosas; prisioneros que tras las torturas de los japoneses se asemejaban más a espectros que a personas.

La herida de mi pierna estaba prácticamente curada, y la desnutrición que me diagnosticaron solo podrían curarla el tiempo y el arroz.

—Simplemente necesito algo que me ayude a dormir, nada más —les suplicaba a las enfermeras, que sin excepción apretaban los labios y sacudían la cabeza, no sin antes invitarme a dar un paseo por las salas del ala derecha, donde los pacientes por los que no se podía hacer nada aguardaban entre gemidos a que terminara su sufrimiento.

—No se ha enterado usted por mí —me susurró la enfermera que nos traía las sábanas limpias—, pero se rumorea que el señor McCaulley puede conseguirle algo que la ayudaría a descansar.

—¿Quién es el señor McCaulley? ¿Un médico? ¿Cuándo puedo hablar con él?

—Es un paciente, madame. —Brevemente, me explicó dónde estaba su cama.

—Algo que me ayude… —repetí. Como si no estuviera hablando conmigo, ella miraba concentrada las sábanas que estiraba con presteza sobre la cama—. Pero ¿cómo va un paciente a…? ¿Opio? —exclamé sin apenas reaccionar cuando ella me chistó para que bajara la voz.

—Yo no le he dicho nada —insistió, y siguió cambiando sábanas en la fila de camas de enfrente.

Intenté aún, durante dos días más, conciliar el sueño por mi cuenta. No tenía dinero para pagar el opio ni modo de conseguirlo ni ganas de convertirme en una adicta como los ancianos de la aldea, que a veces no reconocían ni a los niños de su propia familia.

Pero a la tercera noche yacía todavía despierta en mi colchón incómodo, rodeada de toses y gimoteos, aferrándome con dedos temblorosos a las sábanas demasiado ásperas, como si pudieran protegerme de un enemigo que ni siquiera estaba ahí.

Un leve desvanecimiento me impidió levantarme con rapidez. Aguardé, con toda la paciencia del que ha tomado una decisión que sabe que no es la correcta, hasta que me sentí con fuerzas suficientes como para recorrer salas y pasillos esquivando las esquinas de las camas.

También de día el hospital estaba oscuro; las ventanas permanentemente entornadas para que la excesiva claridad no perturbase a los pacientes. De noche, las camas se perdían en las sombras, y la única forma de orientarse era sorteando quejidos y lamentos.

Decidida, seguí caminando, arrastrando mi pierna herida, sin saludar a la enfermera que hacía punto en el pasillo a la luz de una pequeña lámpara de aceite, que ni siquiera levantó la vista de su labor cuando pasé a su lado.

Quizá tardara horas en llegar a la cama de McCaulley.

No se adivinaba un cuerpo bajo las sábanas.

Me froté los ojos con el dorso de la mano. ¿Me había perdido?

Aquella sala era más pequeña. Un hombre lloraba al fondo, al lado de la puerta.

Envidié a otro que roncaba dos camas más allá.

¿Había llegado demasiado tarde y McCaulley había muerto mientras me decidía a venir? ¿No habría otra persona en aquel hospital que pudiera ayudarme?

Apoyé mi peso en los barrotes del pie de la cama. Volver a la mía me parecía una hazaña imposible de conseguir en aquellos momentos. Quizá debiera sentarme a descansar un poco. Podría intentarlo pasadas unas horas. Quizá consiguiera dormir, por fin, agotada por el ejercicio físico.

—¿A quién busca?

Solté el barrote como si quemara. Di un paso atrás; sin querer, descansé todo mi peso sobre la pierna izquierda.

Perdí el equilibrio.

Podría haber extendido la mano para aferrarme de nuevo al barrote, estaba ahí, a mi alcance, impasible y burlón, y yo me tambaleaba y caía.

Cuando estaba aprendiendo a andar, Lae se dejaba caer continuamente: daba tres pasos y, de pronto, decidía que ya no quería llegar más lejos o que había corrido lo suficiente y, sin previo aviso, se desplomaba, sin importarle si debajo había tierra mullida o tablones de madera o una estera de dormir. Al principio yo corría hacia él con el corazón acelerado y un beso listo en los labios para calmarle el llanto que de seguro vendría; la confusión que debía de causarle el

mundo, tan nuevo y grande y feroz. Pero el llanto no venía. Lae se levantaba, volvía a caminar, caía de nuevo.

Yo, sin embargo, me quedé en el suelo. La pierna me temblaba.

El paciente de la cama de al lado resolló y se revolvió, un monstruo de sábanas que surgía de la penumbra.

El silbido de la cerilla cortó la oscuridad. Con cierta dificultad, la mano vendada encendió una vela.

—¿Busca usted a McCaulley? —La luz me reveló un rostro vagamente conocido: la barba desaliñada, los ojos vivos, el sombrero colgado del cabecero de la cama—. Se ha ido esta mañana a Tailandia.

Asentí.

Reuní las pocas fuerzas que me quedaban para levantarme del suelo. Tras un breve instante de vacilación, me senté en la cama vacía.

—¿Está herido? —le pregunté sin darle pie a que fuera él quien iniciara la conversación.

El hombre sacudió la cabeza.

—Fue una mina, pero no salí muy mal parado. —Alzó la mano vendada—. Me faltan dos dedos, pero es la izquierda, así que todavía puedo escribir. Es importante para mi profesión, como podrá usted comprender.

Asentí nuevamente.

—Porque es periodista —dije.

Cuando sonreía se le arrugaban los ojos.

—En efecto. Veo que se acuerda usted de mí. A la tercera va la vencida, o eso dicen. —Ladeé la cabeza—. No me ha dicho su nombre todavía.

—Llámeme Fred, monsieur Fernández.

Me tendió la mano sana, que tenía todos los dedos, y se la estreché desde la otra cama.

—Estoy seguro de que la suya es una historia fascinante, Fred.

Reí para mí.

—No crea. Las hay mejores. ¿Me cuenta usted la suya?

—Si usted quiere, ¿por qué no? No es demasiado emocionante, pese a lo que pueda parecer. —Se recostó con el almohadón duro entre el cabecero y la espalda—. Bien, ¿por dónde empezar? No siempre es lo más apropiado, pero supongo que por una vez puedo caer en el cliché; empecemos por el principio. ¿Por qué no? Veamos. Mis padres regentaban un colmado y me mandaron a la capital a estudiar. No habían pasado dos años cuando mi padre murió y, naturalmente, volví a casa. Mi madre me necesitaba; no pensaba volver a irme, pero me dijo: «Hijo, no puedes quedarte aquí, en este pueblo, toda la vida». «Madre, pero ¿no quiere usted que la ayude con

la tienda, que la acompañe a misa de nueve y tomemos chocolate con churros los domingos?», le respondí. Me figuraba que se le caería la casa encima, ella sola con el negocio después de tantos años casada con mi padre. Pero me dijo que no, que me volviera a Madrid, que hiciera mis exámenes y que, después, si podía, viajara mucho y muy lejos. Solo me pidió que le escribiera de vez en cuando cartas bien largas para contarle todas las cosas que hubiera visto aquí y allá.

—¿Y no la echa de menos? ¿Hace cuánto que no vuelve a España? —pregunté.

Suspiró.

—Había estado fuera, pero volví cuando la guerra. La nuestra, quiero decir. ¿Han oído ustedes hablar de ello, aquí tan lejos? Nosotros los españoles no nos esperamos a que ustedes todos se metieran en esto y empezamos un poquito antes con el asunto, para ir adelantando.

¿Una guerra en España? Quería sonarme, pero mi cerebro tenía tanto sueño que solo acerté a emitir un quedo murmullo de asentimiento.

—¿Y cuándo se marchó de nuevo?

—Hará cinco años este próximo noviembre.

¡Cinco años! ¿No eran cinco años también los que hacía que yo no veía a papá? A Jacques, unos meses más. Mucho, demasiado tiempo.

—¿Y le ha merecido la pena? ¿Venirse desde tan lejos, cuando no se le ha perdido nada aquí, a ver la guerra?

—Señora mía, si vamos a pasar hambre de todas formas, qué menos que descubrir cosas nuevas por el camino.

Se me escapó una risilla que estaba totalmente fuera de lugar, pero que me dejó sin aire ni fuerzas para tomar más. Me tumbé en aquella cama ajena por encima de la sábana.

—¿Y ha descubierto usted muchas cosas? —pregunté—. Como bien dice, el hambre es el hambre en todas partes.

—Ah, es algo apasionante, ¿no le parece? Cómo los seres humanos buscamos formas de hacernos daño unos a otros en cualquier parte del mundo.

—A veces no lo buscamos. A veces se te presenta un enemigo en casa y no te queda más remedio que defenderte.

Monsieur Fernández alzó las cejas. La luz de la vela no le llegaba a las arrugas de la frente.

—¿Es eso lo que le ocurrió a usted?

—¿Qué quiere decir?

—Disculpe el atrevimiento, pero me muero de curiosidad. Una señorita francesa viviendo en la montaña como parte de la guerrilla.

¡Es usted una leyenda en este hospital! No me negará que como punto de partida de una historia es excitante.

—¿Excitante? ¿Va usted a publicarla? ¿Quiere entrevistarme para su periódico? —La idea no me escandalizaba tanto como habría cabido pensar.

—¡Ya me gustaría! —La almohada, nada voluminosa, pareció engullirlo por un momento—. Pero mucho me temo que me costaría convencerla no solo a usted, sino también a mi agencia. Trabajo para la Agencia EFE, ¿no se lo he dicho? —Se incorporó como para asegurarse de que me daba cuenta de que aquel dato era importante —. Redactor y corresponsal. Entiéndame, las historias de rebeldes que viven en cuevas no son de lo más demandado ahora mismo en España. Si al menos tuviera un desenlace trágico… Se hace usted cargo, imagino…

No me hacía cargo de nada, pero le dije que sí de todas formas y le pedí que siguiera hablando, que me contara historias de la guerra, como cuando era niña y le pedía un cuento tras otro a Nounou hasta que finalmente me quedaba dormida.

—¿Ha oído hablar usted de la matanza de Songkhon? Pues debo decirle, antes de nada, que no fue tal matanza, porque solo murieron siete personas. Pero, claro, a estas cosas hay que darles un matiz épico. «Matanza» tiene otro soniquete, ¿no cree? En fin. Fue en 1940, pero yo estaba todavía en Filipinas por aquella época, acababa de llegar, como quien dice, al continente. Sin embargo, fíjese que hace unos meses di con esta historia, siete mártires masacrados por los tailandeses por ser católicos. Eso sí que es conmovedor, ¿no le parece? Sospechaban que eran espías que apoyaban a los franceses y los mataron, aunque esa parte deberé omitirla de mi crónica, como es natural. En cuanto salga de aquí me pondré a trabajar en ella; ahora que ha terminado la guerra, este tipo de historias son las que llegan a la primera plana de los periódicos. ¿Sabe usted lo difícil que es hacerse un huequecito en esas páginas cuando se cubre desde lugares tan lejanos? En Madrid muchos no sabrían poner Indochina en los mapas —se lamentó. Tal vez soñaba con educar a las masas en geografía con sus crónicas enternecedoras—. Pero qué le vamos a hacer. No saben lo que se pierden.

Suspiré.

—¿Y qué se pierden, monsieur Fernández? ¿La guerra? En todas partes es igual, ¿no me lo ha dicho antes?

—¿Eso he dicho? Ah, sí, sí, supongo que sí.

—Pero cuénteme más. ¿Ha conocido a más españoles aquí en Indochina?

—Oh, sí. Pocos, no se crea. Me encontré con un par en Tonkín; ¿ha oído usted hablar de la Legión Extranjera Francesa? Gente muy variopinta. Muchos también terminaron en la guerrilla, igual que usted. Tendrá que contarme también esa historia, ¿eh, Fred? Pero, en fin, estos marchaban hacia China… Habrán llegado ya, supongo.

No quería oír hablar de guerrillas. Cambié de tema.

—¿Tiene usted hijos, monsieur Fernández? ¿Está casado?

42

Didier me halló recostada contra el marco de la primera ventana que encontré. El día comulgaba con mi estado de ánimo; sin una sola nube en el cielo, los rayos del sol se enredaban en las hojas de las palmeras, arrancándoles reflejos de un color verde muy verde, casi tanto como el de la jungla. Y, sin embargo, en lugar de sentirme viva, como las hojas, me parecía que me ahogaba con el calor, que la ausencia de brisa alguna me aplastaría bajo su peso; que la ansiedad y el miedo y la falta de unos barrotes de madera que nunca habría pensado que echaría de menos terminarían por llevarse todo el aire de mis pulmones. Cuando se fueran, no quedaría nada.

Solo Fred, la niña tonta que le robaba a su hermano los soldados de juguete.

—¿Quieres tirarte? Es solo un piso, terminarías con un par de huesos rotos.

—No bromees con esas cosas —murmuré, y me aparté un poco de la ventana. No quería tirarme, no quería morir. Pero si alguien me hubiera empujado, tampoco habría supuesto una gran diferencia. ¿Habría intentado aferrarme al alféizar? ¿O me habría dejado caer, sin más?

—¿Cómo estás?

—Mañana cojo el barco. Vuelvo a casa.

—¿Con Kun?

—Claro. ¿Adónde si no? —Callé al mirarlo a la cara por primera vez. Se acercó más a mí, alzó el brazo como para tocarme, pero lo detuvo a medio camino. Una mano congelada entre los dos, temblando ligeramente. No me aparté, pero tampoco le tendí la mía —. ¿Y tú? ¿Adónde vas? ¿A Vietnam?

Negó con la cabeza. Recuperó por fin su mano y la devolvió al interior del bolsillo de su pantalón, como la otra. Se recostó también en la ventana, justo donde yo había estado hasta hacía unos minutos, aunque mirando hacia dentro. Mirándome a mí.

—Me vuelvo a Francia. Desde Tailandia, como tu padre.

—No sé si está en Francia. No sé si ha vuelto o si se ha quedado allí.

—Lo averiguaré.

—No. Es mejor que busques a Madeleine.

Sonrió y sacudió de nuevo la cabeza. Seguí con los ojos el movimiento de su flequillo, hipnotizada por las vetas de cobre que sus cabellos adoptaban a la luz del día cuando estaban limpios.

—La buscaré. Pero estará en Lyon y la encontraré enseguida. Buscaré a tu padre también.

—¿Por qué? ¿Por qué vas a hacer eso? ¿No te dije que me escapé de casa? Papá no desea verme. No querrá saber dónde estoy. Ni yo que lo sepa.

—¿Y Jacques? ¿Y, si encuentro a Jacques, puedo contárselo?

—¡No! ¿Qué vas a contarle? No puedes decirle nada.

—Que estás viva. Que estás bien. Que has vuelto a casa con tu familia.

—Pero no es verdad… —susurré, sin saber por qué tenía ganas de llorar.

—¿Quieres venirte conmigo?

—¿Qué?

—A Francia. ¿Es lo que quieres? ¿Quieres buscar tú a tu padre y a tu hermano?

—No puedo hacer eso. No digas disparates. Cojo el barco mañana —insistí.

—Está bien. Si eso es lo que quieres, está bien.

Crucé los brazos sobre el pecho. Le había devuelto a Didier la guerrera y la gorra de su uniforme, pero me había quedado los pantalones. Él me había dicho que eran un regalo, que no tenía que devolvérselos, pero algo en la manera en la que me miraba me hizo dudarlo.

—Claro que está bien. ¿Por qué no iba a estarlo?

—Está bien —repitió él con más firmeza. Se incorporó un poco; de repente, se parecía más al traductor que trabajaba para el Kenpeitai que al prisionero que me contaba historias antes de dormir.

—Adiós, Didier.

—*Sayōnara*.

No me gustó que se despidiera en japonés, pero no se lo dije porque estaba ocupada mordiéndome los labios para no echarme a llorar.

43

No lo supe hasta unos días más tarde, cuando las noticias nos llegaron desde Attapeu, pero el día que regresé a la aldea fue el mismo en el que el Lao Issara promulgó una constitución provisional para Laos en contra de los deseos de los reyes de Champassak y Luang Prabang, que habían reafirmado su lealtad a los enviados de De Gaulle desde Francia. Hice sola el viaje desde Pakse sin encontrar cazadores ni elefantes ni besos con sabor a *khaōtji*.

Lae había crecido. Me lancé a sus brazos en cuanto lo descubrí chapoteando junto a otros niños en la orilla del río; él se dejó hacer, sin preguntar nada, sin protestar por el rastro de lágrimas y mocos que iba dejando al paso de mis besos por sus mejillas rellenas y su naricilla achatada.

—Lae, mi pequeño, mi tesoro. Te quiero, te quiero muchísimo —susurraba entre sollozos en un lao que me sonaba oxidado porque llevaba meses sin usarlo, deseando decirle mil cosas que no podía porque solo me salían en francés y porque él tenía cinco años y no quería que supiera lo cruel que era el mundo fuera de la aldea.

—¿Maman? —murmuró él, al fin, y cuando asentí noté cómo sus bracitos mojados se me enredaban alrededor del cuello me empapaban la blusa y se sumergían como tantas otras veces en los cabellos a medio rizar de mi nuca. Me anclaban a la meseta de Bolaven como el barro rojizo y la brisa de la tarde, que me daban también la bienvenida, nunca podrían—. ¡Has vuelto!

—Sí, mi vida. He vuelto, claro que he vuelto. Te he echado muchísimo de menos, Lae, cariño. Mucho mucho.

Le limpié los mofletes con la manga y abracé a los otros niños, que pese a sus grandes sonrisas y sus «¡tía Sang!» entre salpicones no consiguieron desterrar del todo las lágrimas de mis ojos.

Khompheng preparó una gran cena, como la de la primera noche que había pasado en la aldea, con un *padek* apestoso, melón verde y durianes aún más apestosos. Nounou no accedió a irse a dormir hasta que les hube contado qué había sido de mí en los casi diez meses que había estado fuera recorriendo Laos.

—No he podido averiguar qué ha sido de Noy —confesé, aunque no me habían preguntado. Lae se había quedado dormido con la cabeza apoyada en la tela áspera de mis pantalones y no conseguía

resistir la necesidad de peinarle los cabellos suavísimos con la yema de los dedos.

—Ve a hablar con su madre mañana —dijo Khompheng levantándose para desenrollar las esteras. Dejé a Lae en la suya, con cuidado para no despertarlo, y seguí a Kun hasta el porche.

En cuanto se apagó la lámpara de parafina y nos envolvió la oscuridad, le tiré de la camisa para acercarlo a mí y lo besé. Sedienta y ansiosa y a sabiendas de que había muchas cosas por las que tenía que pedirle perdón.

—Me alegro de que estés bien —dijo cuando nos separamos para tomar aire. No había sido más que un susurro, pero se me aceleró el corazón al pensar que toda la aldea podría escuchar lo que teníamos que decirnos, lo que llevaba meses aguardando y reservando para contarle a Kun y solo a él.

Lo conduje un poco más lejos de la puerta entreabierta, pero no era suficiente.

—¿Qué pasa?

—¿Crees que aquí nos oirán? —murmuré mientras intentaba descubrir si las sombras que se intuían en los porches de las casas vecinas eran testigos entrometidos o la silueta difuminada de las escalerillas, que se recogían durante la noche.

Kun se sentó con la espalda recostada contra la pared de troncos. Sus dedos cálidos me envolvieron la muñeca, donde él sin duda podría apreciar cómo se me avivaba el pulso. Tiró de mí con suavidad; me dejé caer, sin oponer resistencia, porque estaba en casa, entre sus piernas abiertas.

Tirité sin frío. Kun me abrazaba.

—Nadie nos escucha. Estamos solos —me prometió escondiéndome un beso en la raíz del pelo—. Estamos bien. Tú estás bien.

—Sí.

Descansé la cabeza contra su pecho como había querido hacer tantas y tantas noches de pesadillas. ¿Por dónde podía empezar cuando había tanto que quería decirle? ¿Qué podía contarle que fuera verdad, cuando los recuerdos se mezclaban unos con otros en mi mente cansada, después de haber contado un millón de mentiras? ¿Qué había ocurrido, qué imaginado? ¿Cómo había podido marcharme tan lejos de Kun cuando sentía tanta paz aquí junto a él?

—Muchas noches he soñado que te morías, Sang. Te morías tan lejos de aquí que no nos enterábamos. Y Lae y yo te esperábamos durante años, pero nunca regresabas…

—Estoy aquí. Estoy aquí. —El corazón de Kun, pegado a mi oreja, también latía con fuerza.

—¿Vas a quedarte?

—Por supuesto —respondí inmediatamente. Y me dejé envolver aún más por el abrazo de Kun, porque algo en mi estómago lleno, que se contraía cada vez que veía un cubo con agua, se me revolvió sin permiso.

44

Habían pasado meses y ya era capaz de traer agua desde el río sin tener que pararme a vomitar a mitad de camino, pero todavía a veces me despertaba sobresaltada en medio de la noche, pensando que al darme la vuelta me encontraría a Liên o a Didier, y tardaba varios minutos en recordar por qué era Kun el que dormía junto a mí y por qué me dolía el vientre si no tenía el período ni disentería ni cardenales gigantescos grabados en la piel.

Algunos días me dejaba llevar y me quedaba mirando las piedras alrededor del fuego, calculando la mejor manera para fijarlas a la tierra, como si también estas fueran a formar parte de la carretera interminable que habíamos estado construyendo desde Sam Neua.

—Desde que has vuelto de tus aventuras estás como atontada, *falang*.

Khompheng lo llamaba así: «mis aventuras». Como si hubiera estado explorando paisajes lejanos, cantando canciones al calor de una hoguera y acostándome con un hombre diferente en cada aldea. A veces, tenía que llevarme la mano a la pierna para recordar que lo que Khompheng pensaba y lo que había ocurrido de verdad eran dos realidades bien distintas.

—No le hagas caso, *ma petite*. —Nounou me acariciaba la mejilla, me dedicaba una sonrisa vacía de dientes y me recordaba que vigilara el guiso, no fuera que nos quedáramos todos sin almorzar.

Cuando me pasaba y Kun estaba cerca casi sentía que podía leerme la mente y que él sabía exactamente lo que estaba pensando. Aunque era ridículo, por supuesto, porque ni yo misma entendía por qué me descubría a veces echando de menos los barrotes de madera de los que tanto había soñado con escapar. Pero no podía evitar la vergüenza que me coloreaba las mejillas cuando me daba cuenta de que, después de todo, la aldea no había cambiado. Y yo, en el fondo, tampoco; esta vida no había sido para mí cinco años antes, cuando la había abrazado escapando de las miradas condescendientes de papá y unos mangos derramados, así que tampoco podía serlo ahora, después de haber descubierto que las guerras no se ganaban ni se perdían y que solo dependía de mí decidir qué quería hacer con mis pesadillas.

Pero Kun no me leía el pensamiento, solo estaba preocupado por mí.

—Si quieres irte, deberías irte —me dijo un día, bajo la casa, cuando tendía la ropa que acababa de traer limpia del río.

—No quiero irme.

—Tampoco quieres quedarte. —Me ayudó a estirar un viejo y pesado *sinh* de Nounou; extendido, el rectángulo de tela verde ocupaba él solito todo el largo de un poste de bambú. Los bordados amarillos lloraban, chorreando cascadas que terminaban por reunirse en un gran río embarrado en el suelo.

—¿Y adónde iría?

—Dicen los sabios que aquel que camina detrás de un elefante se siente ciertamente seguro, pero se verá salpicado de estiércol.

—¿Y eso qué quiere decir?

El *pha-biang* granate y empapado de Khompheng parecía pesar siete toneladas, aunque estaba segura de que era porque me estaba esforzando demasiado por no mirar a Kun a la cara.

—¿Eres tú el elefante, Sang? —me preguntó en francés. Me resultó chocante, grotesco. Las palabras de Kun sonaban mejor en lao, pese a que las primeras que le había oído habían sido en francés. Varias vidas atrás, antes de los mangos.

—Yo soy yo, y punto. Y tú estás diciendo muchas tonterías.

—Lae está seguro aquí. Siempre lo estará.

Tendí dos *pha-hang*, uno de adulto y uno de niño, antes de responder.

—Si mi hermano Jacques hubiera muerto en un accidente en otro país, me habría gustado saberlo —murmuré.

—Y quieres saber qué pasa con los reyes y los príncipes en Vientián y Luang Prabang y con los chinos amigos de los comunistas anamitas.

Resoplé, dispuesta a desmentirlo todo, pero cuando me giré con un trapo mojado en las manos Kun no sonreía; me miraba fijamente, con esos ojos profundos que siempre me invitaban a confiarles mis más oscuros secretos, y no pude mentirle.

—Soy una persona horrible —confesé—. Siempre envidio lo que no tengo.

—Quizá es porque eres francesa, Sang.

—¿Eso es lo que crees? Incluso si lo intento con todas mis fuerzas, ¿nunca podré ser laosiana?

—Incluso si lo intento con todas mis fuerzas, yo nunca podré ser un elefante.

Respiré hondo. Exprimí toda el agua que pude del trapo, salpicándome los pies ya embarrados.

—Kun.

—Sang.

—¿Tú preferirías que yo no fuera francesa?

Kun rio. Con delicadeza, me hizo abrir los dedos que estrujaban el trapo y lo devolvió a la cesta.

—A veces —murmuró justo encima de mi oreja.

—Idiota. —Ladeé la cabeza y mis labios se encontraron con los suyos—. Si me voy, ¿me odiarás?

—No. —Apenas un jadeo entre beso y beso.

—¿Lae me odiará?

Pero no respondió, porque de repente nos interrumpió una explosión de cacareos y gallinas perseguida por una nube de chillidos infantiles.

45

—Cariño, mi vida, voy a contarte un secreto.

—¿Qué es?

—Pero no puedes decírselo a nadie, ¿eh?

—¡Vale!

—Me voy de viaje.

—¿Otra vez?

—Sí, pero volveré pronto y te traeré un regalo. ¿De acuerdo?

—¿Qué regalo?

—Mmm… Pues algo bonito. Algo como un millón de elefantes bajo un parasol blanco.

—Pero, Maman, ¡no caben! Dice papá que los elefantes son grandísimos. ¡Tan grandes como nuestra casa! ¿Tú has visto un elefante alguna vez?

—Ah, sí. Una vez. Tienes razón. Entonces traeré uno solo. Ese sí cabe, ¿verdad?

—Pues no sé. Tiene que ser un parasol muy grande también. Oye, ¿y quién sabe el secreto?

—Nadie. Solo tú.

—¿Y papá?

—Papá lo sabe, aunque no se lo he dicho, porque papá es muy listo. Casi casi tan listo como tú.

—Bueno, ¿y no puedo ir contigo a ver elefantes, Maman?

—Más adelante, cuando seas mayor, ¿vale?

Interludio: 1959

Madame Fred hablaba poco de su vida en Laos. Respondía con monosílabos a las preguntas de Songkham —«Pero ¿había muchos vietnamitas en Laos en aquellos años?», «¿Y ya entonces se comía *padek*?», «Entonces ¿nunca supo qué fue de las minas de su padre?»— y cambiaba de tema, distrayéndolo con alguna historia fantástica sobre alguno de sus viajes con Didier Beaumanoir.

A veces le regalaba pedacitos de información cuando se suponía que debía estar encuadernando el nuevo número de la revista y ella lo descubría, sin embargo, observando ensimismado las ilustraciones de un grupo de monjes de naranja o de un par de sampanes que según el artículo flotaban en Indonesia, pero que a Songkham le olían a *lap*.

—Mi mejor amiga era anamita —decía madame Fred entonces, antes de enseñarle las cuatro palabras en vietnamita que sabía, que probablemente fueran las mismas que tía Vanhvilay le había hecho memorizar antes de ir a Saigón. O arrugaba la nariz y fingía escandalizarse porque a Songkham le gustara el *padek*, que en palabras de ella era lo único que no echaría nunca de menos de Laos. O se ajustaba el pañuelo que se anudaba a la cabeza cuando trabajaba y dejaba que se le perdiera la mirada entre las motas de polvo—. ¿Las minas, dices? Ah, nunca llegamos a averiguarlo. Cuando volví a mi casa en el 46 se lo habían llevado prácticamente todo, así que con las minas pasaría lo mismo.

—¿Quiénes?

—Qué se yo. Los japoneses, los comunistas… Fíjate que a lo mejor hasta fuera Boupha.

—¿Quién es Boupha?

—Te habría encantado conocerla. Hacía unos *éclairs* que estaban para chuparse los dedos, te lo digo yo. Aunque, en fin, como te gusta el *padek* quizá no supieras apreciarlo…

Songkham tampoco hablaba mucho sobre sí mismo, porque donde había crecido todo el mundo lo sabía todo sobre él y, después, tampoco nadie se había interesado lo suficiente. Además, era mucho más interesante escuchar a madame Fred hablar sobre Argelia y las montañas doradas de sus desiertos. Aunque, a veces, cuando bajaban a almorzar al *bouchon* o cuando llovía y madame Fred se ofrecía a llevarlo a casa, ella preguntaba y él respondía.

—¿Cuál fue el último *baci* al que fuiste?

—La hermana de la mujer de mi padre tuvo un bebé —dijo Songkham tras pensarlo un momento.

—¿Cómo lo llamaron?

—Daravong. Aunque, ya sabe, será Noy hasta que se vaya de la aldea.

Madame Fred dejó pasar a una señora que cruzaba la calle bajo un gran paraguas y no rompió el silencio hasta que aceleró de nuevo con un rugido del motor.

—Yo tenía un amigo al que también llamábamos Noy. Nunca llegué a descubrir cuál era su nombre completo, ni siquiera después de que nos fuéramos de la aldea. Lo vi por última vez antes de que me capturaran los japoneses.

Songkham sabía que madame Fred había estado en Japón, pero no que hubiera sido prisionera de los japoneses. Cuando la miró por el rabillo del ojo la encontró tamborileando con los dedos sobre el volante, concentrada en lo que había fuera del coche. Quizá su cojera tendría algo que ver con aquello. Songkham no se atrevió a preguntar.

—¿Es verdad que los japoneses mataban a los laosianos que escondían franceses en las aldeas? —dijo, sin embargo.

—Sí.

Y detuvo el coche accionando el freno de mano con un chirrido. Songkham tardó un minuto en comprender que habían llegado; cuando el limpiaparabrisas se lo permitió, vio que estaban estacionados a pocos metros de la buhardilla donde vivía.

Estiró la mano para abrir la puerta, pero la voz de madame Fred lo retuvo.

—¿Siguen mandando a los niños a aprender a los templos?

—Claro, madame. Mi padre me envió para que me enseñaran a escribir. Allí aprendí francés también.

Madame Fred rio, porque el francés de Lyon y Songkham aún no habían conseguido entenderse.

—A las niñas no las mandan, ¿no?

Songkham negó con la cabeza y madame Fred asintió.

—Tía Vanhvilay dice… Es la mujer de mi padre. Dice que todo está cambiando, que cuando Ho Chi Minh llegue… —Calló, porque ya había dicho demasiado. Pero madame Fred no chasqueó la lengua ni le recordó que debía bajarse del coche ni le demostró en forma alguna que no estuviera dispuesta a escuchar; ella lo miraba, esperando, con las manos aún abrazando el volante en la penumbra difusa de una farola lejana—. Están metiendo armas en Vietnam del Sur para apoyar al Viet Minh. Pasan por Laos desde Hanói con la ayuda de personas

como tía Vanhvilay.

Madame Fred asintió de nuevo. Abrió la boca para hablar, pero la cerró antes de que Songkham pudiera encontrarle el brillo de los dientes. Volvió a tamborilear con los dedos antes de dejar las manos completamente laxas sobre su regazo. Llevaba guantes y Songkham recordó que había planeado comprar unos también porque tenía las manos permanentemente frías.

—¿Es por eso por lo que viniste a Francia, Songkham? —preguntó entonces con cierta violencia en las cejas fruncidas. Como si la respuesta de Songkham, una levísima cabezada, fuera de vital interés para ella—. ¿Porque los comunistas están cruzando Laos?

—Dice mi padre que no se conformarán solo con cruzar —susurró él sintiéndose valiente porque estaban solos, aislados por la lluvia.

Madame Fred elevó la comisura derecha de los labios, apenas la sombra de una sonrisa.

—Por lo que me has contado, tu padre parece un hombre sabio —dijo.

Songkham quiso contarle que seguía algo enfadado con él, porque al fin y al cabo lo había mandado al otro lado del mundo, pero no estaba seguro de querer que madame Fred cambiara su opinión sobre él. Le habría gustado que pudieran conocerse.

—Lo es —respondió solamente.

Madame Fred desvió la vista hacia el parabrisas, todavía barrido rítmicamente por los cepillos automáticos. Songkham lo tomó como la señal que estaba esperando para despedirse y volvió a hacer el amago de salir del coche. Nuevamente, ella lo detuvo.

—Y tú, ¿qué piensas?

—¿Madame?

—Me has contado lo que dicen tu padre y su mujer, pero no lo que piensas tú.

—¿Sobre el Viet Minh?

—Sí, también. Sobre todo. Nunca… nunca me dices qué es lo que piensas.

—Mi padre y tía Vanhvilay tienen más experiencia y sabiduría que yo.

Madame Fred no insistió.

—Probablemente tengas razón. Es tarde, en cualquier caso. Nos vemos mañana, Songkham.

—Buenas noches, madame.

Pero ella añadió, en voz baja:

—Sé que no tiene nada que ver conmigo y que mi opinión importa poco a estas alturas, pero ¿puedo serte sincera?

—Por supuesto, madame.

—¿Conoces el dicho «Huye del elefante y encontrarás al tigre; huye del tigre y encontrarás al cocodrilo»?

—Lo conozco. —A su padre y a su abuela les encantaba regar el día de proverbios, aunque a Songkham le sabían a rancio.

—Si Ho Chi Minh termina por llegar a Laos, es posible que las niñas sigan sin ir a los templos.

—Es posible —concedió Songkham, que en realidad pensaba que era demasiado joven como para plantearse ese tipo de cosas.

—Mañana… ¿Sabes qué día es? —preguntó entonces madame Fred, y Songkham tuvo la sensación de que se había perdido una parte de la conversación, que quizá había continuado por su cuenta en la cabeza de su jefa.

—¿11?

—Es 12. 12 de diciembre. —La intensidad con la que madame Fred lo miraba lo hizo asentir—. Dime, ¿querrías cenar conmigo?

—¿Madame?

Ella apretó los labios. Su mirada volvió a perderse en la calle mojada antes de regresar nuevamente a Songkham.

—Haré comida laosiana —añadió algo vacilante.

Songkham no estaba seguro de que fuera del todo apropiado, pero parecía importante para ella.

—¿*Padek?* —bromeó.

La risa de madame Fred deshizo la nube de tensión que se había aposentado en el interior del coche.

—Olvídalo. No importa.

Songkham inclinó la cabeza.

—Iré.

PARTE 6:

Anne-Frédérique

1946-1950

46

La Nagoya que me recibió en marzo de 1946 parecía un negativo defectuoso de la ciudad que Otoha Hirazakura me había descrito, hacía tanto tiempo, entre *éclairs* y sorbos de té.

Había imaginado calles abarrotadas de gente, con enamorados cogidos de la mano y donde en lugar de monjes de naranja habría damas delicadas que se protegerían la piel perlada con un parasol; edificios altos, trenes y tranvías y jardines ordenados y desprovistos de la anarquía salvaje de la jungla. Lo que encontré, en cambio, fueron ruinas, escombros, indigentes y hambre. Niños no mucho mayores que Lae que mendigaban a la orilla de amplísimos descampados, donde el aire parecía más ligero, como si lloraran luto por la ausencia de los edificios que ya no estaban allí.

—Las bombas —me explicó la taxista, en inglés, cuando me descubrió cautivada intentando descifrar ese misterio que se extendía al otro lado de la ventanilla.

Un misterio demasiado grande, inabarcable para mi concepción de lo que era una ciudad. Por primera vez entendía el desdén de Hugues Baudin cuando mascullaba que en Laos las ciudades no eran sino pueblucho que jugaban a serlo. Nagoya era demasiado colosal para mis ojos curiosos, demasiado enorme. Como el avión que me había traído hasta aquí, un elefante al lado de la hormiguita que era mi vida, al lado de mi aldea en la meseta de Bolaven y los senderos mal abiertos por la jungla.

Me costaba conciliar la imagen que tenía de los japoneses —asesinos, soldados e ingenieros de carreteras— con aquellas mujeres que no llevaban sombrillas ni ropas de seda, y que pedaleaban furiosas en sus bicicletas con vestidos tan occidentales como el mío —traído de París en 1938, que había rescatado junto con un fajo de piastras de los viejos baúles de la buhardilla de Villa Noël—. No había muchos rótulos ni carteles, pero los que había estaban llenos de *kanji* y símbolos que Didier no me había enseñado a descifrar, y a veces también de transcripciones en un inglés que, a juzgar por la amalgama de mayúsculas, minúsculas y letras invertidas —como las que llenaban los cuadernos de cuando Jacques estaba aprendiendo a escribir, que también había encontrado en la buhardilla anudados con una cuerda —, no debían de ser más inteligibles que los propios *kanjis*.

La lluvia caía con tanta suavidad que mi *kup* seguía prácticamente seco cuando llamé a la gran aldaba. Mis tacones nuevos, extraños y ajenos en unos pies que estaban ya demasiado acostumbrados a un calzado más práctico, no encontraron ningún charco en el camino desde el taxi.

Me abrió la puerta una mujer menuda, con el cabello corto y muy brillante y un delantal blanco sobre la falda.

—Buenos días —saludé en japonés—. ¿La señora Hirazakura?

La mujer asintió, esperó a que siguiera hablando y, cuando no lo hice, me preguntó algo que, por supuesto, no entendí.

Llevaba días escuchando las cadencias de aquella lengua llena de altibajos y vocales que había aprendido a reconocer pero no a hablar —siempre me sorprendía cuando identificaba una palabra suelta, perdida en medio de una frase árida—, pero hasta que no crucé el umbral de aquella casa, en pos de un fantasma con una máscara y de una manera de acallar mi conciencia chillona, no me recorrió el escalofrío que supuse que llevaba esperando desde que había aterrizado en aquella isla. Estaba en Japón, que por descontado estaba lleno de japoneses, y acababa de meterme en la casa del hombre cuyos ojos indiferentes poblaban todas mis pesadillas.

Kun se habría reído de mí.

Un árbol de tronco nudoso y las ramas llenas de capullos de rosas presidía el jardín; una hilera de piedras planas lo cruzaba hasta la veranda en la que me recibió la dueña de la casa.

—Los capullos florecerán en menos de dos semanas —dijo en francés—. Es una pena que vaya a perdérselo.

Alcé la vista.

Allí estaba ella. Entre el gris de la lluvia y las maderas pálidas y una liviana niebla que me hacía tiritar de frío; alta como una estrella, esbelta como las aves bordadas en sus ropas y tan implacable como los monzones. Me sentí estúpida y vanidosa porque aquella mañana, antes de salir del hotel, había intentado moldearme el pelo con los *victory rolls* de las revistas, mientras que el sencillo moño bajo de Otoha Hirazakura gritaba gracia y elegancia sin alzar la voz.

Me esforcé por estirar la espalda, por componer mi expresión; por recordar que no necesitaba parecerme a ella para decir lo que había venido a decir.

—¿Está su marido en casa? —pregunté con toda la entereza que supe encontrar.

Otoha parecía a un tiempo la criatura más delicada del mundo, en las arrugas poco profundas del rostro sin maquillar, y tan indestructible como un diamante, en la manera en la que me

observaba. Como si viera a través de mí.

Le sostuve la mirada hasta que me invitó a pasar.

—Póngase cómoda. Mikaze limpiará sus zapatos. —Comprendí que se refería a la mujer del delantal, que se llevó mis tacones.

Otoha me condujo por la veranda, bajo la protección del tejado artesonado, hasta una habitación con el suelo forrado de alfombras. La luz eléctrica imprimía una cierta violencia a los *kanjis* caligrafiados en tinta negra sobre unos pergaminos amarillentos, que colgaban de la pared. Ella tomó asiento a la manera japonesa ante la mesita que constituía todo el mobiliario de la sala.

La imité.

—Creo que sabe por qué he venido.

—Los tribunales están en Saigón. Si quiere reclamar compensaciones contra Shintarō, debería haber acudido allí, aunque permítame que le informe de que la lista de solicitantes es extensa y no llega usted la primera.

Tardé medio segundo en adivinar quién era Shintarō y uno entero en comprender de qué me estaba hablando.

—¿Compensaciones? ¿Su marido va a ser juzgado?

—¿No es por lo que ha venido?

Ni siquiera se me había pasado por la cabeza. Menos aún después de haber visto el estado de las calles de Nagoya.

—Oh, no. No, no tiene nada que ver con eso. En realidad he venido a hablarle de su hermano. De lo que pasó en 1940.

La bombilla del techo titiló brevemente y casi creí ver el rizo de una mueca de dolor cruzando por sus labios delgados. Pero enseguida apareció Mikaze, recortada contra el jardín envuelto en niebla, y cuando volví a mirar la máscara estaba perfectamente recompuesta. Esperé a que la mujer se marchara de nuevo, tras inclinarse ante unas instrucciones de Otoha que no entendí, para volver a hablar.

—No hay mucho que contar.

—Diga lo que tenga que decir.

Respiré hondo y me recoloqué el abrigo que había comprado por una cantidad de yenes que no sabía cuánto significaba, en parte porque tenía frío y en parte porque no sabía por dónde empezar.

—Fue un accidente. Sukenori iba muy rápido y, después de una curva, apareció una mujer con una bicicleta. Quiso esquivarla, pero no pudo controlar el coche y chocamos contra un árbol.

Mikaze volvió con una bandeja tintineante que dejó sobre la mesita. Descubrí un ligerísimo temblor en el chorro de agua hirviendo que Otoha me sirvió en un vaso y me dije que aquello no estaba siendo difícil solo para mí.

—Disculpe que no pueda ofrecerle más que estas golosinas. —En un plato gigantesco, dos diminutas esferas translúcidas parecían naufragar. Otoha tomó una entre sus dedos gráciles cuando hubo terminado de servir el té—. Siga, por favor.

—Sí… El vehículo quedó destrozado. Sukenori estaba… —Tragué saliva, pero me sabía a mangos. Bebí un sorbo de té que me escaldó la lengua y me ayudó a continuar—. Sangraba por todos sitios; no estaba consciente. Fue la última vez que lo vi. Hice a pie el resto del camino hasta una aldea.

Otoha no dio muestras de haberse quemado mientras bebía de su té a pequeños sorbos.

—¿Estaba vivo?

—No lo sé. Es posible. —Me revolví un poco porque la postura empezaba a tirarme demasiado de la pierna.

—¿Y lo dejó allí para que se muriera?

—Sí —musité—. Así es.

La lluvia era silenciosa en Japón; durante largo rato, bebimos té contemplando el jardín.

—Encontraron el coche vacío —declaró Otoha finalmente—. Faltaban piezas.

—¿Y Sukenori?

—Shintarō dice que probablemente le quitaran también lo que pudieron encontrar antes de quemarlo. O enterrarlo o lo que quiera que hagan ustedes en Indochina con los muertos.

—Los laosianos creman a sus difuntos. —Consideré que aquel era un buen momento para probar la golosina; era sorprendentemente dulce y ligera, y se me acabó demasiado pronto.

—No quería creerlo. No había otra explicación. Tokihiko no habría dejado que pasaran seis años sin dar señales de vida. Pero… tenía la esperanza de que… Quizá estaba prisionero o escondido. Quizá lo tenía usted retenido y no lo dejaba volver a casa.

—Lo siento.

—Por favor, mademoiselle Anne-Frédérique. Ahórreselo.

Asentí.

—¿Vive sola aquí? —pregunté.

—Con Mikaze. —Asentí de nuevo. No tenía nada más que decir, pero sentía que todavía no debía marcharme—. ¿Usted ha vuelto a Luang Prabang? ¿Ha llegado Ho Chi Minh también hasta allí?

—Al Viet Minh solo le interesa la independencia de Vietnam.

—¿La conseguirán?

—Probablemente.

El vaso vacío había dejado de ofrecerme protección contra las

corrientes de aire que nos atacaban desde el jardín.

—¿Va a volver a Laos? —Otoha preguntaba sin parecer realmente interesada en mis respuestas, pero se las di de todas formas.

—No inmediatamente. No me siento cómoda tomando partido por ninguno de los dos bandos.

—¿Es que solo hay dos? —Dejó su vaso en la mesita—. ¿Y las guerrillas a las que usted pertenecía?

—Nunca admití que perteneciera a ninguna.

—Yo lo habría hecho. —Clavó la mirada en el cerezo y quise pensar que era la vergüenza, que no la dejaba encararme—. Habría vendido a mi propia familia con tal de hacerlos parar. Lo que dicen que hacían nuestros soldados… Hasta Shintarō… Y usted fue y luchó por su país y aguantó todo eso mientras yo me escondía en el campo sin preocuparme más que por si las sedas estarían aquí cuando pudiera regresar a casa.

Probablemente habría tenido palabras de consuelo para ella si no hubiera recordado en aquel momento el cadáver de Jeannine derramando sangre por las calles de Thakhek.

—¿Estaban?

—Sí. Pero no se pueden comer.

—No —concedí.

—¿Vuelve a Francia, pues?

—Nunca antes he estado.

El eco de mis palabras se perdió en aquella habitación vacía, en la que solo estábamos ella y yo y nuestras espaldas bien erguidas.

—¿Más té? —me ofreció.

47

Estaba en mi naturaleza echar siempre de menos cosas de cada una de las vidas que había llevado, pero sin duda lo que más añoraba desde que había salido de Indochina era la capacidad de mi cuerpo de relajarse cuando no tenía frío. Por mucho que me acercara a las chimeneas o que escogiera siempre las mesas que el sol mimaba con sus rayos a través de los cristales, el fuego me dejaba los pies fríos y el sol se me antojaba triste y contrahecho; me iba a dormir tiritando, aunque había pedido en el hotel otra manta, y me daba miedo abrir las ventanas, porque fuera no había palmeras ni olía a *dok-tjampa*, aullaba el viento y me entraban ganas de llorar.

Normalmente me aguantaba las lágrimas, porque hacía tiempo que había aprendido que no me llevarían a ninguna parte y estaba demasiado ocupada contando el dinero que me quedaba —no era mucho—, buscando diferencias entre Francia y lo que había visto de Japón —no había muchas— y tratando de localizar a Jacques o a Didier o a alguien para justificar este viaje que cada vez estaba menos segura de que hubiera merecido la pena.

Y, al final, había terminado en la barra de aquel *bouchon* intentando decidir si estaba lo suficientemente desesperada como para pedir un coñac aunque no eran ni las once de la mañana o si debería volver a mi papel de mujer más o menos decorosa y conformarme con un café antes de acercarme a las oficinas donde previsiblemente pasaría el resto de la mañana. En realidad lo que me haría falta era un par de caladas de una pipa bien cargada de opio; otra línea en mi lista de nostalgias reprimidas.

—¿Qué le pongo, madame?

—Coñac.

La camarera, con la barbilla distinguida, la piel fresca y el vestido azul a juego con los ojos, parecía más indicada para actuar en un largometraje frívolo de Hollywood que para secar cucharas con un trapo. Me sonrió.

—¿Le importa que la acompañe? —preguntó poniendo dos vasos sobre la barra.

—¿Un día duro?

—Más bien un año duro. —Vació su bebida de un trago—. ¿Usted?

—Algo así.

Se rellenó el vaso.

—¿Más?

Reí.

—¿Por qué no?

Brindamos.

—Por nosotras. Para aguantar los años duros.

—Y que vengan mejores —concedí.

El alcohol me calentaba solo el estómago y aún me faltaban horas antes de poder regresar al hotel a cambiarme aquellas finísimas pero respetables medias por unos calcetines de lana, pero al menos conseguí relajarme un poco.

—Y este —dijo ella sirviéndose por tercera vez—, para volverme valiente.

—¿Alguna batalla en el horizonte? —Negué con la cabeza cuando agitó la botella en mi dirección.

—Un amigo de mi hermano suele venir a tomar café —me confió. Me dije que no necesitaba alcohol para imprimirse seguridad con ese pulso firme que exhibía y que ya me gustaría a mí haber recuperado cuando me habían liberado del campamento de los japoneses—. Todos los días me propongo invitarlo a cenar, pero ¡ay! Siempre me acobardo en el último momento.

Me debatía entre si debía asentir, pagar y marcharme a seguir con mis gestiones, porque ni era asunto mío ni tenía interés alguno en que lo fuera, o si debía quedarme y animarla recordándole que lo peor que podía pasar era que la rechazaran. No llegué a hacer ninguna de las dos cosas, porque la mujer se atusó las ondas rubias justo cuando la puerta abierta dejó que se colara una ráfaga helada.

Reconocí la voz antes de volverme en el taburete.

—¡Buenos días, Madeleine!

La camarera aprovechó mi lentísima capacidad de reacción para besarle las mejillas, inclinándose de puntillas desde detrás de la barra. Si él no me vio, fue necesariamente porque estaba demasiado ocupado mirándola a ella.

No se me ocurrió esperar a que se separaran.

—¿Jacques?

Era él, con los pómulos más marcados, una cicatriz en la mandíbula y la nariz colorada por el frío. Con un abrigo gastado pero con aspecto acogedor y una bufanda con los puntos sueltos enrollada sobre el cuello de la camisa. Sin corbata ni gemelos ni surcos de lociones fijadoras en el cabello. Pero era Jacques.

—No puede ser… —susurró—. ¿Qué haces aquí?

Me salió una sonrisa trémula.

—He estado buscándote.

—¿Es que no vas a darme un abrazo?

La tela de su abrigo me arañó las mejillas. No sabía si él había crecido o si yo me había vuelto más pequeña a consecuencia de vivir siempre encogida de frío.

—Pero entonces ¿es que os conocéis? —La camarera nos miraba, risueña, con los codos apoyados sobre la barra y la barbilla en las manos.

—Desde el día en que nació. Madeleine, querida, te presento a mi hermana Fred.

48

Jacques vivía en Lyon desde que Didier Beaumanoir le había conseguido trabajo en una fábrica de cemento a través de un amigo de su hermana Madeleine. No tardamos mucho en llevar mi maleta desde el hotel donde me había estado quedando hasta el apartamento que él tenía alquilado, entre preguntas y explicaciones y más abrazos cuando las palabras no eran suficientes.

—Papá está arriba —me dijo cuando subíamos las escaleras crujientes y sin pintar. Él, cargado con mi maleta, y yo, con otros veinte kilos de ansiedad.

—Pero ¿vive contigo?

—Sí. Volvió hace poco, cuando terminó la guerra.

—Lo sé —suspiré, y tuve que pararme antes de llegar al primer descansillo, no porque me doliera la pierna, que también, sino porque de repente las paredes se me hacían muy estrechas.

—¿Lo sabes?

—Sí. Casi coincidí con él en un hospital en Vientián, pero cuando yo llegué se lo habían llevado ya a Tailandia. ¿Y vivís los dos aquí?

Jacques me guiñó un ojo al adivinar lo que estaba pensando. Me esperó hasta que me sentí con fuerzas de nuevo como para seguir escalando aquella montaña y, cuando llegamos al segundo piso, se sacó una llave del bolsillo del pantalón, aunque la puerta parecía necesitar tan solo un ligero empujón para dejarse vencer por las grietas.

—Pensaba que estaría en Nantes. ¿No teníamos una casa allí? ¿Tierras? Pensaba ir allí si no os encontraba aquí.

—No queda nada en Nantes. Por las bombas. Eran de los nuestros, ¿sabes? Bombas americanas.

Pensé en lo que había visto en Nagoya y asentí. Jacques giró la llave y mantuvo la puerta abierta para mí. Bajo la ventana había dos sillas, una más grande que la otra, junto a una mesa. Un fuego para cocinar en una esquina, recubierta de azulejos estallados. Un saco de patatas en el suelo. Una alfombra de polvo donde las huellas de zapatos marcaban el camino hasta las dos únicas puertas.

—No queda tampoco mucho en Luang Prabang. La casa está entera, pero faltan los muebles y las alfombras, las lámparas… Se lo han llevado todo.

Respiré hondo. Olía a humedad, a cerrado y a pobreza.

—¿Por qué viniste a Lyon antes que a Nantes?

—También buscaba a Didier.

Jacques asintió, como si lo hubiera supuesto. Tal vez los dos habían hablado de mí. Tal vez Didier le había contado lo que habíamos vivido juntos. ¿Había sido tan importante para él como para merecer más que una mención pasajera entre relatos de batallas y hazañas de guerra?

Didier y yo también habíamos hablado mucho de Jacques.

—Me dijo que pensabas quedarte en Laos. Que habías formado allí una familia, que… —Jacques se detuvo.

Asentí. Mi familia estaba en Laos, pero también aquí.

—¿Hace mucho que se fue Didier? —pregunté.

—No, no mucho. Unas semanas.

Madeleine había comentado que su hermano había vuelto a Indochina, a luchar contra el Viet Minh. Quizá Liên y él se estuvieran matando el uno al otro en aquel mismo instante mientras Jacques metía mi maleta en una de las habitaciones.

—Ese es el cuarto de papá —me indicó señalado la puerta contigua. Estaba cerrada—. No te importa dormir conmigo, ¿verdad? Como en Villa Noël con Nounou. ¿Te acuerdas?

No me importaba.

—Me casé con el nieto de Nounou —dije.

No me quedé a ver su reacción. Mis tacones dejaron también sus huellas en el polvo cuando me acerqué a la puerta de papá. Llamé, pero no obtuve respuesta. Con cuidado, giré el pomo.

—¿Jacques? ¿Ya estás en casa? —No parecía la voz de papá, esta era más ronca y estaba más triste. No me habría extrañado haberme encontrado con el dragón Phaya Naga de las historias de Nounou al otro lado de la puerta.

La habitación estaba a oscuras, apenas pude distinguir la cama estrecha casi incrustada en la pared. Un bulto pareció moverse entre las sábanas, pero quizá fuera mi imaginación. Jacques me puso una mano en el hombro; el escalofrío me dejó las piernas temblorosas.

—Papá, voy a abrir la ventana, ¿de acuerdo? No me vas a creer cuando te cuente a quién me he encontrado en el *bouchon* de Madeleine.

Papá rio y se estremeció a un tiempo y se me encogió el corazón porque estaba allí, delante de mí por fin después de tanto tiempo, y no se parecía en nada al hombre al que yo recordaba.

—¿A ese fracasado hermano suyo? ¿Ya ha vuelto de la Cochinchina?

—Ahora se llama Vietnam, papá. —Jacques descorrió las cortinas y un relámpago de luz entró en la habitación. Era más pequeña de lo que había supuesto, solo cabían una cómoda diminuta, una mesilla con una lámpara y la cama en la que papá hacía esfuerzos por incorporarse cuando, por fin, me vio.

—Anne-Frédérique.

—Hola, papá.

—¿Necesitas algo? —intervino Jacques. Se agachó para recoger una palangana, ajeno a que los faldones de su abrigo barrían el suelo. Solo entonces vi el vómito manchado de rojo.

Di un paso hacia adelante y entré en la habitación. No habría cabido una persona más.

—En el hospital en Vientián me dijeron que estabas bien. Una enfermera británica me lo contó. Estuve allí en septiembre, cuando nos rescataron los americanos. Me dijeron que estabas bien —insistí.

Papá me miró largo rato, como había temido que me mirara aquella mañana en la que me había hecho llamar al estudio para presentarme a Tokihiko Sukenori.

—Pensé que volvería a verte cuando nos encerraron a todos en aquel horrible campo de prisioneros —dijo—. Pero no estabas allí. ¿Dónde estabas?

Parecía más amarillo y más viejo sin su pipa. O quizá era que estaba enfermo y que habían pasado seis años desde la última vez que nos habíamos visto.

—En las guerrillas.

—¿Para eso te marchaste? ¿Para ir a las guerrillas?

Jacques volvió con la palangana limpia. No me había dado cuenta de que nos había dejado solos.

—Sukenori murió —susurré.

—¿Sabes el dinero que gasté en buscarte? ¿Sabes cuántas veces vino ese impresentable de Hirazakura a amenazarme para que le dijera dónde te escondías? ¿Dónde estabas, Anne-Frédérique?

—Papá. —Jacques se arrodilló junto a la cama y lo ayudó a recostarse contra un almohadón. La camisa de dormir de papá tenía el cuello amarillento.

—En Laos. No llegué a salir de Laos. No quería irme a Japón.

Papá suspiró, y lo que hasta ese momento había sido una mueca de ira se convirtió en la personificación de la fatiga más absoluta.

—Al menos no te cayó una bomba en la cabeza, hija. Menos mal.

No, pero me cayó una bala en el muslo. Aunque me había ido yo solita a buscarla y tampoco tenía muchas ganas de prolongar aquella discusión, y menos con el vacío que se me estaba formando en el

estómago, así que cambié de tema.

—¿Y a ti? ¿Qué te ha pasado a ti? ¿Cómo estás?

Papá miró a Jacques, después me miró a mí y terminó mirando por la ventana. Fuera nos faltaban las palmeras y los brillos dorados de los tejados de las estupas, así que no me sorprendió el tono derrotista con el que me respondió.

—Cuando llegué a Laos la primera vez y enfermé, mamá vino conmigo. Jacques acababa de nacer, pero ella lo dejó todo atrás y me siguió al fin del mundo. Eso fue lo que me salvó entonces, Anne-Frédérique. La compañía y el amor de tu madre. —Se le apagó la voz y tiritó de nuevo; vi por el rabillo del ojo cómo Jacques sacudía la cabeza.

—Pero ¿qué tienes? —pregunté.

—Debió de empezar como malaria. Ahora, lo que tengo es la muerte encima, hija.

Di otro paso hacia él y al apoyar la pierna izquierda sentí como si las costuras torcidas que mi piel había formado en torno al agujero de bala volvieran a rasgarse y abrirse. Me aferré a los barrotes de la cama para no caerme al suelo.

—Vas a ponerte bien —dije.

—Mamá ya no está para salvarme, Anne-Frédérique.

Quise protestar y recordarle que estaba yo, y estaba Jacques, y que después de todo lo que habíamos pasado no tenía sentido alguno que papá hubiera venido a Lyon a dejarse morir en aquella alcoba fría, pero Jacques se me adelantó y carraspeó.

—Papá, no me gusta que hables así. Ven, Fred. Ayúdame a preparar la cena.

49

—¿Qué me ofreces hoy?

—*Quenelles*.

—¿De carne o de pescado?

—Ojalá. ¿Te pongo vino?

Suspiré y asentí, acomodándome en una de las mesas junto a la ventana. Me había quitado el abrigo al entrar en el *bouchon* —Jacques decía que, si me lo dejaba puesto todo el tiempo, al volver a salir sentiría aún más el frío—, pero me dejé los guantes hasta que Madeleine me puso el plato delante; una única *quenelle* en un mar de salsa aguada.

—Tengo noticias para ti.

—¿Noticias sobre qué? ¿Queréis que sea la madrina de la boda? ¿Estás embarazada?

Madeleine rio con la despreocupación propia de quien tiene la conciencia tranquila. Mi intención no había sido hacer una broma, pero sonreí yo también.

Madeleine dudó un momento antes de sentarse frente a mí. Solo había otro cliente en el *bouchon*, tan entretenido leyendo *L'Équipe* en la barra que estaba segura de que se le habría enfriado ya el café.

—No, tonta, no es nada de eso. —Volvió a comprobar, echando un vistazo rápido por encima del hombro, que el cliente del café no había decidido repentinamente que nuestra conversación era más interesante que los resultados de las carreras de coches—. Es sobre lo que me dijiste, sobre ese hombre al que estabas buscando.

Me metí una cucharada de salsa en la boca para que no me temblaran las manos.

—Nguyễn Văn Giang.

—Sí. Ese. ¿Adivina qué?

Se atusó el lazo con el que se había recogido los rizos rubios.

—¿Qué? Dilo ya, mujer.

—Pues que lo he encontrado.

Tomé otra cucharada, pero no fue suficiente, así que le di un buen sorbo a mi vaso de vino. Madeleine se inclinó hacia mí con aire conspiratorio, las pestañas le temblaban de emoción a la luz gris que entraba por la ventana.

—Está en Francia, ¿verdad?

—Sí. Parece que no se ha movido de aquí desde antes de la guerra. Ahora trabaja en París, en algo de electricidad. Mi prima no ha podido darme más detalles, pero tengo una dirección.

Se sacó un papelillo doblado por la mitad del bolsillo del delantal.

Descrucé y crucé de nuevo las piernas bajo la mesa. Una dirección significaba que podía ir y plantarme en su casa y gritarle todo lo que llevaba reconcomiéndome desde que me había dejado para coger un barco en Hai Phong en el 39.

Era una de las dos cosas que me quedaban por hacer antes de volver a Laos. Esperar a que papá muriera y decirle cuatro verdades a Giang.

—Gracias, Madeleine.

—Nada, nada. Bueno, basta de hablar de hombres. —Se relajó en la silla y cruzó los brazos por encima del pecho—. ¿Qué tal en la revista? ¿Te tratan bien?

—No está mal. Nunca imaginé que las máquinas harían tanto ruido, pero no está mal.

—Me alegro. Cuando madame Martin me dijo que buscaba a alguien, fuiste la primera en la que pensé.

—No sé qué haríamos sin ti, Madeleine. —Sonreí. Me tomé la *quenelle* sosa a pequeños bocados, estirando todo lo que pude mi descanso para el almuerzo. Madeleine me acompañó un rato y me preguntó por mis nuevas compañeras y mi jefa y por los planes que tenía para gastar mi primer sueldo, que no le confesé porque estaba ahorrando para el billete de vuelta a Laos y no quería romperle la sonrisa angelical con la que me alegraba todas las mañanas. Hasta que entró un matrimonio y tuvo que ir a servirles un plato a cada uno.

El reloj de la pared me confirmó que aún me quedaban diez minutos para volver al trabajo; apenas tenía que dar la vuelta a la esquina y no me gustaba caminar despacio porque la niebla de Lyon se me metía en los huesos, pero no me quedaba nada más que hacer allí.

Estaba poniéndome los guantes de nuevo cuando monsieur Renard, el cartero, entró frotándose las manos.

—¡Mademoiselle Beaumanoir! Buenas tardes, buenas tardes. ¿No me preparará un cafetín?

—Enseguida. —Madeleine le dedicó una de sus sonrisas seráficas.

—Y buenas tardes a usted también, mademoiselle Noël. ¿Ya se marchaba? Espere, que tengo algo para usted.

Monsieur Renard salió de nuevo; lo vi rebuscar en las alforjas adosadas a su bicicleta, que había dejado aparcada junto a una farola. Me lo encontraba día sí y día también cuando venía a almorzar al

bouchon, pero nunca antes había recibido correo.

—¿Será de algún novio secreto que dejaste en Laos? —rio Madeleine ocupada con los granos de café.

Reí con ella, pero porque la idea de Kun escribiéndome —y en francés, nada más y nada menos—, cuando ni siquiera sabía que estaba en Francia, me resultaba hilarante. Las carcajadas no me dejaban espacio en el estómago para los remordimientos.

Jacques sabía la verdad, pero aún no se lo había contado a Madeleine.

El sello era en efecto de la Indochina francesa, si es que tal cosa seguía existiendo; tomé aire porque se me habían sonrojado las orejas. Hasta que le di la vuelta al sobre y, en una caligrafía pulcra y azul, leí el nombre del remitente.

—Es de Didier —dije. Y me despedí de Madeleine antes de abrirlo en la fría calle de diciembre, con torpeza debido a los guantes, porque no estaba segura de querer tener testigos en caso de que el calor de las orejas se me extendiera a otras partes del cuerpo.

50

Hanói, noviembre de 1946

Mi querida Fred:

Disculpa que no te haya escrito antes. No es la primera vez que pienso en hacerlo, pero no nos hallamos en una situación muy propicia para sentarnos con tranquilidad y una pluma. Espero que cuando recibas esta carta te encuentres bien, y que también estén bien Jacques y vuestro padre. Repetidamente le he pedido a Madeleine que me cuente qué tal os va y que os mande recuerdos de mi parte; confío en que lo habrá hecho.

Ignoro cuánto de lo que ocurre aquí sabéis allá en Francia. Creo que te alegrará saber que los territorios cedidos a Tailandia por Decoux en el 40 han sido devueltos a Laos. También, quizá, que antes de lo ocurrido en Hai Phong me encontré por casualidad con el teniente Michel; ha perdido una oreja, pero lo reconocí al recordar tus historias en cuanto me dijo su nombre. Te envía por su parte saludos.

No supe si reír o vomitar al imaginar a Michel con una sola oreja, de modo que opté por el camino medio y me llevé la mano al estómago para mantener bajo control náuseas y carcajadas por igual.

Pero precisamente de la tragedia de Hai Phong quería hablarte. Hace unos días nuestros hombres pararon un sampán de contrabando y lo remolcaron hasta el puerto. Nada fuera de lo normal. Pero el Viet Minh abrió fuego contra los nuestros, a modo de protesta, y hubo muertos. Imaginarás que las represalias no han sido ligeras, aunque no creo que puedas intuir hasta qué punto ha escalado la situación. Un crucero ha bombardeado la ciudad. Toda la información que voy a darte en esta carta la conozco de primera mano porque estuve en uno de los hospitales.

Me figuré que era preciso que lo supieras y cuanto antes.

Tuve un mal presentimiento; algo me decía que no me convenía seguir leyendo, que debía parar justo ahí y seguir con mi vida y ya si acaso volver a la carta cuando tuviera un poco más de tranquilidad. Se me fueron los ojos hacia abajo, hasta la firma estricta, esperando

descubrir el motivo del gigantesco nudo que acababa de instalárseme en la garganta. Las manos temblorosas me hacían difícil la lectura, pero me daba igual porque no quería encontrarme nombres como Liên o Baudin o los de tantos otros a los que Didier no conocía, pero que podían perfectamente haber terminado muertos en un hospital de Tonkín mientras yo tomaba, indolentemente, mi *quenelle* sin carne ni pescado. No quería seguir leyendo, pero tampoco podía parar.

En un arrebato de simpleza infantil, por un momento me convencí de que, si no continuaba leyendo, si no sabía, nada malo podría pasar. Pero la certeza de que alguien había muerto ya, días o semanas atrás, antes de que Didier escribiese la carta, me hizo componerme lo suficiente como para enjugarme las lágrimas con la manga del abrigo. Seguí leyendo.

> Hay miles de vietnamitas muertos. Civiles, en su mayoría. No tenemos forma de saber cuántos de ellos pertenecían al Viet Minh. Te encantaría conocer a nuestros almirantes, no descartan ni que los niños de pecho sean pequeños comunistas en potencia, entrenados desde la más tierna infancia para convertirse en aguerridos guerrilleros cuya única ambición en la vida es acabar con lo que ellos llaman los invasores franceses. No sabes cuánto te echo de menos, Fred.

Resoplé, y aquel gesto agridulce fue la última sonrisa que me permití en mucho tiempo. Aquel segundo que tardaron mis ojos en saltar de párrafo fue el último en el que me sentí completa, limpia y optimista. Aunque me faltaban todos los trozos que había ido dejando atrás con cada despedida, tenía tatuajes de tinta incrustada bajo las uñas y de vez en cuando me dejaba seducir por la sospecha que llevaba un tiempo acechándome de que, después de todo, por mucho que buscara y rebuscara, por mucho que huyese y viajase, no encontraría lo que necesitaba en ninguna parte. Porque ya lo había encontrado, en una aldea en medio de la jungla, y había decidido que no quería resignarme a vivir allí.

El mundo, que siempre me había parecido enorme, lleno de posibilidades y digno de ser salvado, explotó para mí mientras leía aquella carta; mientras iba resbalándome por la pared contra la que, sin querer, me había recostado, hasta que el suelo frío y húmedo me recibió con toda su verdad.

> Un hombre moribundo, que no era anamita sino laosiano, me suplicó que buscara alguna forma de enterrar a su hijo muerto según la tradición cristiana, porque la madre del niño era católica. El hombre tenía medio rostro quemado y

los médicos me aseguraron que los pulmones no le aguantarían una noche más. Le pregunté por el nombre del niño, que parecía que dormía, aunque los escombros le habían arrancado una pierna y tenía la ropa toda llena de sangre. Me dijo que lo llamaban Lae y que en lao eso significa «de piel oscura». Pero la piel del niño era mucho más clara que la de su padre, y entonces recordé tus historias y le pregunté a aquel hombre si conocía a una mujer francesa que se había escapado de su casa de Luang Prabang para esconderse en la jungla, que se había hecho guerrillera y que tenía más coraje que un batallón entero de soldados franceses. Me dijo, mi muy querida Fred, que había viajado a Hai Phong desde esa misma jungla en busca de un barco para seguir a su esposa, de quien había oído que había vuelto a Francia.

Lo enterré junto al niño, a la manera cristiana, a la mañana siguiente.

En momentos como este me pregunto qué hago aquí y por qué no sigo mis propios consejos, que sonaban tan razonables cuando fingía una sabiduría que por descontado no tengo, allá cuando nos conocimos en otra guerra. Probablemente tuvieras razón al reírte de mí. Otra vez me hallo solo, rodeado de muerte, sin saber cómo salir.

Si estuvieras aquí, me dirías que merece la pena vivir, que siempre hay algo por lo que luchar, ¿no es así, Fred? Temo que yo he perdido demasiadas veces las razones que creía que tenía para hacerlo. ¿Me ayudarás a encontrar unas nuevas? ¿Me dejarás compartir las tuyas?

Espero volver a verte pronto. Espero que no tengas que volver aquí para ver en qué se ha convertido la bella Indochina que tanto amas.

Lamento muchísimo ser portador de tan malas noticias. Tuyo,

DIDIER BEAUMANOIR

51

No me casé con un vestido de mangas obispo porque ni tenía dinero para comprarme un traje nuevo ni las mangas obispo seguían de moda en 1950. Así que Madeleine me vendió su propio vestido de novia y le pidió a una amiga suya que me prestara un velo de encaje. Y yo le pagué a la mujer que me vendió las enaguas para que volviera a cogerme las costuras que a mi cuñada le habían ensanchado en el vientre. Quise bromear con que para la tercera boda me compraría finalmente un vestido nuevo y mío, pero sabía que Kun me habría dicho que pensar de esa manera me hacía muy francesa y se me encogió el estómago antes de abrir la boca.

Celebramos nuestra luna de miel en un barco rumbo a Madagascar.

Interludio: 1959

Songkham no fue consciente de lo mucho que había echado de menos el *feu* hasta que madame Fred le puso un tazón por delante. Estaban sentados a una mesa en lugar de en el suelo, y el arroz glutinoso no tenía el aspecto al que Songkham estaba acostumbrado, pero una repentina ráfaga de nostalgia lo asaltó y lo hizo aceptar el vino que madame Fred le ofrecía.

A juzgar por la botella vacía junto al fregadero, ella había comenzado la fiesta por su cuenta.

—¿No hay *padek*?

Madame Fred rio mientras exprimía un limón en su cuenco.

—No quiero que me huela la casa a pescado durante una semana. No es el auténtico, porque siempre hay cosas que no puedo encontrar aquí, pero…

A Songkham le daba cierto reparo empezar a echarle condimentos al *feu*, sobre todo porque madame Fred parecía comodísima en la que al fin y al cabo era su casa y él aún no se había acostumbrado a vestir pantalones en lugar de un *phahang*. Se llevó una cucharada de sopa sosa a la boca.

—Está muy bueno —dijo—. Se parece al que hacía mi madre.

—¿Es buena cocinera?

Songkham meditó su respuesta mientras masticaba un trozo de carne gelatinosa.

—No. Cada vez que mi padre hablaba de ella mi abuela aprovechaba para recordarnos a todos que se le quemaban siempre las verduras.

Madame Fred vació su copa de un solo trago e insistió en rellenar de nuevo la de Songkham, que este apenas había tocado.

—¿Murió?

—Se fue.

—Lo siento —dijo madame Fred tras una pequeña pausa. Songkham asintió y siguió comiendo; tomó un puñado de arroz y descubrió que estaba demasiado crujiente y los granos querían despegarse los unos de los otros—. Es la primera vez en muchos años que cocino para alguien.

Songkham no tenía intención alguna de preguntarle por su marido, así que aprovechó para alargar el brazo para tomar la bandeja con los

condimentos, por si la cosa mejoraba al sazonarla. Reconoció pocas de las verduras que madame Fred había cortado y preparado, pero como no sabía cuándo volvería a tener la oportunidad de hacer aquello echó un poco de cada cosa a su tazón.

—¿Por qué me ha invitado entonces, madame? —dijo al fin. Los tallarines sabían ahora mucho mejor.

—No lo sé. No quería estar sola hoy.

—¿Madame?

—No te lo he contado nunca, pero una vez tuve un hijo. Si estuviera vivo, tendría más o menos tu edad. Ya sabes cómo son estas cosas; di a luz en una aldea pequeñita y no sé ni qué día era. Finales de septiembre o principios de octubre. Como no puedo celebrar su cumpleaños, me acuerdo de él el día que me enteré de que había muerto.

—Lo siento, madame. ¿Cómo murió?

—No estoy segura. Lo más probable es que lo mataran los soldados franceses.

—¿No era su marido soldado francés? —Songkham se arrepintió de haber preguntado en cuanto vio la sombra que cruzó el rostro de madame Fred.

—Didier no era mi marido entonces.

—Ah.

—Estuve casada antes, cuando todavía vivía en Laos.

—¿A su hijo le gustaba el *feu*?

—¿Te gusta a ti?

—Sí, madame.

—Pues eso es lo que importa.

Se levantó a sacar otra botella de vino de la pequeña nevera, que por lo que Songkham había podido ver tenía los cajones llenos de verduras y las baldas, de botellines de cerveza y refrescos. Era un aparato ostentoso pero práctico, como el resto de cosas que poblaban la casa de madame Fred: el sofá de almohadones sedosos donde se sentaron cuando hubieron terminado de cenar, la estufa que hacía que Songkham quisiera quedarse en mangas de camisa pese al temporal que azotaba las ventanas, la cafetera brillante que dormía en un rincón de la encimera de baldosas.

Llamaron al timbre y madame Fred dejó el sacacorchos sumergido en el tapón de la botella; Songkham siguió con la mirada el camino de pisadas mudas que sus zapatos dibujaban. Debía de haber bebido más de lo que pensaba porque estuvo a punto de alargar la mano para borrar las huellas de la alfombra, para comprobar si era tan suave como parecía. Se contuvo porque Didier Beaumanoir irrumpió en el

apartamento, llenándolo de rabia y frío.

—¿Estás borracha? —inquirió.

—¿Y a ti qué más te da?

Songkham había fijado la vista en el líquido oscuro de su copa, pero la levantó porque, aunque racionalmente era consciente de que madame Fred hablaba francés, se sorprendió de igual manera al oírla. ¿Por qué el lao se le antojaba mucho más natural viniendo de sus labios?

Beaumanoir se sacudió los zapatos mojados en el felpudo de la entrada, entre el paragüero y el perchero donde Songkham había colgado su abrigo. Solo entonces pareció reparar en este, sentado junto a la estufa sin atreverse a apoyarse en los cojines.

Beaumanoir se encaró de nuevo con madame Fred, que para entonces había cerrado la puerta con cuidado, pero en ningún momento había invitado a su marido a pasar. Songkham no pudo evitar pensar que, si hubieran estado en Laos, Beaumanoir habría recibido ya un plato de comida caliente y hasta una toalla limpia. Y se sintió estúpido casi al instante, porque madame Fred no podía ser más distinta que el resto de las mujeres laosianas a las que había conocido.

—¿Qué hace este aquí? —La pregunta de Beaumanoir sonó estrangulada, como si se hubiera tragado las espinas del pescado.

—Lo he invitado a cenar. Lo cual no recuerdo haber hecho contigo.

Songkham decidió que aquel era el momento perfecto para marcharse.

—Madame. —Los dos Beaumanoir se giraron para mirarlo cuando se levantó, como si ninguno de ellos hubiera esperado que abriese la boca—. Gracias por la cena —dijo en francés.

—Didier ya se iba. —Pero Beaumanoir no parecía tener intención alguna de irse.

—No hace falta que te pongas así, solo quería comprobar que estabas bien.

—¿Y por qué no iba a estarlo?

—Fred, déjate de acertijos, que todos sabemos leer un calendario.

—No tenías que venir. Si tan preocupado estabas, podrías haberme llamado.

—Eso haré el año que viene.

—No te molestes. Estaré bien. Podemos repetir esta cena, ¿verdad, Songkham?

Songkham no se habría sentido cómodo ni aceptando ni negándose, de modo que se conformó con un *nop*. Dejó la copa sobre la mesita y se aseguró de que tenía la camisa bien metida por dentro del pantalón antes de dibujar su propio camino de pisadas en la alfombra.

—Monsieur —dijo alargando el brazo hacia el perchero para recuperar su abrigo—. ¿Me permite?

Él no se apartó.

—¿No es un poco joven hasta para ti, Fred? Podría ser tu hijo.

—¡No hables de mi hijo! No tienes derecho ninguno a hablar de mi hijo. ¡Ninguno! —Songkham se encogió cuando madame Fred empezó a gritar, porque algo en su voz le indicó que estaba al borde de las lágrimas. No quería estar en la misma habitación que madame Fred si ella se echaba a llorar, pero no podía marcharse sin su abrigo—. Además, no es nada de eso —continuó ella, de repente más calmada —. No es lo que piensas. ¿Es que no me conoces?

Beaumanoir resopló, consiguiendo de alguna manera que pareciera un gesto elegante al pasarse una mano por los cabellos repeinados.

—Perdona si te he ofendido, pero precisamente porque te conozco…

—Deberías irte.

Y Songkham supuso que se dirigía a su marido, pero se sintió también aludido. Descolgó por fin el abrigo, con cuidado de no rozar a Beaumanoir, y se lo puso. La estufa seguía encendida y probablemente en cualquier otro momento se habría notado sofocado al instante, pero el nuevo peso que le abrazaba los hombros lo hizo percatarse de que realmente no quería abandonar aquella casa cálida y acogedora que todavía olía un poco a bambú y a historias viejas para correr bajo la lluvia por las calles empedradas de Lyon.

—Buenas noches, monsieur —dijo, sin embargo. Se esforzó en concentrarse para abrocharse correctamente los botones del abrigo, que no querían colaborar—. Hasta mañana, madame Fred.

—Si yo fuera tú, muchacho, no me molestaría en madrugar mañana. Aquí donde la ves, con esa cara de señora respetable, mi querida esposa aún se tomará otras tres o cuatro botellas de vino antes de dignarse a ponerse el camisón. Sería un milagro que mañana pudiera salir de la cama.

—Pero ¿cómo te atreves?

—Disculpe, monsieur, pero no creo que sea… —titubeó en busca de una palabra que se ajustara a lo que sentía, que se dijo que era sin duda el alcohol obligándolo a intervenir— correcto hablar así de madame Fred.

—¿No se lo has contado, Fred?

—Didier, será mejor que calles antes de que digas algo de lo que podamos todos arrepentirnos. Songkham, déjalo estar.

—Ahora llora por su hijo muerto, pero lo que no te dice es que fue todo culpa suya. Él iba a buscarla, la pobre criatura, ¡porque ella lo

había abandonado! En busca de aventuras, de fama… ¿Qué era? ¿Qué era lo que querías, Fred? Es lo que mejor sabes hacer: abandonar a tu familia. Primero, cuando te fugaste con tu criado, después cuando dejaste a tu hijo para irte a ver mundo y, ahora, cuando te empeñas en vivir aquí en vez de venirte conmigo a París.

—¡Didier! Es suficiente. ¡Vete de mi casa! —Madame Fred abrió la puerta, pero él la cerró de un portazo.

—Es mi casa, Anne-Frédérique. Yo la compré.

Songkham siempre había creído que el alcohol y el opio nublaban el entendimiento en lugar de agudizarlo, pero quizá porque aquella noche se había emborrachado con más que con vino se sintió de repente la persona más inteligente del mundo. Y la más estúpida al mismo tiempo, por no haberlo comprendido antes.

Los Beaumanoir seguían discutiendo, pero a Songkham no le resultaba difícil bloquear sus palabras porque seguían hablando en francés. Miró a madame Fred como debería haberla mirado desde el momento en el que la conoció, aquella mañana en el *bouchon*, debajo de un parasol blanco. La miró y no le costó imaginarla con un *sinh* y un moño en lo alto de la cabeza y un ramo de promesas sobre elefantes que estaba seguro de que ella había estado dispuesta a cumplir.

—Madame. ¿Madame? —Se aferró a los botones rebeldes del abrigo con tanta fuerza que temió romperlos—. ¿Cuál es su nombre completo, madame?

Songkham lo sabía, lo había sabido desde hacía tiempo, porque su padre le había dicho que, si lograba encontrarla, todo iría bien. Los espíritus que los habían separado durante tantos años habían vuelto a reunirlos, aunque ellos hubieran tardado meses en darse cuenta. Y su padre nunca le había mentido, así que todo tenía que salir bien.

Songkham quería sonreír y abrazarla y preguntarle si había encontrado un millón de elefantes en sus viajes, pero cuando escuchó la confirmación de lo que ya sabía fue incapaz de reaccionar.

—¿Cómo? Anne-Frédérique Beaumanoir. Era Noël antes de casarme. ¿Por qué lo preguntas? ¿Te encuentras bien? ¿Quieres un vaso de agua?

Pero Songkham no quería agua porque tenía los monzones en las venas y una cascada llena de rápidos en el pecho. Le ardían las piernas, las manos; quería salir de allí.

Quería gritar, pero no sabía gritar en francés.

—¿Estás bien? ¿Has bebido demasiado? Ven, siéntate. ¿Songkham?

—No —masculló él sin ser capaz de procesar que ella lo llamara por el nombre que aparecía en los registros.

—¿Qué te ocurre?

Beaumanoir también preguntaba, pero no podía importarle menos lo que dijera o dejase de decir. Había imaginado aquel momento mil veces y ninguna, siempre lleno de lágrimas y alegría. Pero ahora, por más que se esforzara, solo sentía rabia. También algo de tristeza, quizá.

Flexionó los dedos con cuidado, relajando el puño cerrado que estos habían esculpido sin su permiso.

—¡Songkham! —Ella intentaba conducirlo de nuevo hasta la estufa, hasta los sillones, pero el Songkham que había podido relajarse y beber tranquilo había desaparecido. Se desasió de la mano de ella, que se le había posado en la manga del abrigo.

—¡No me llames así!

—Dime qué pasa. —No sabía si el que ella hablara en lao lo hacía todo más fácil o solamente complicaba las cosas, pero fue decididamente el detonante de las lágrimas—. Dime qué puedo hacer.

—No estoy muerto —susurró él, al fin, con la respiración entrecortada por los sollozos—. No estoy muerto, ni papá está muerto tampoco. Te estábamos esperando, pero nunca volviste. ¡Tendrías que haber vuelto! Dijiste que volverías… —Se enjugó las mejillas con las mismas manos que habían aprendido a manejar las máquinas de la revista. Todo aquello estaba mal; llevaba pantalones en vez de un *pha-hang* y calcetines bajo los zapatos. Si Beaumanoir no hubiera estado allí, quizá se habría desabrochado los cordones de un tirón. Quizá descalzo sería capaz de hacerla entender.

—Songk… Ay, perdona. No. Perdona. Dime qué necesitas. Te ayudaré, pero tienes que decirme qué ocurre.

—¿No sabes quién soy?

—Pero ¿cómo no voy a saberlo? Mira, ¿quieres que llame a una ambulancia? —Se giró, quizá en busca del teléfono. Songkham se tragó un sollozo para que no le temblara la voz.

—¿Quién soy? —repitió.

Ella alargó el brazo nuevamente, pero él la apartó de un manotazo.

—Songkham Phommachan —dijo casi sin parpadear. No había alzado la voz ni había amenazado con llamar a la policía, pese a que Songkham sabía que debía de parecer un borracho descontrolado a ojos de cualquiera. Se frotó los ojos con el dorso de la mano, pero las lágrimas no paraban.

—No. ¡No! ¡Eso dicen los papeles!

—Oh. Nunca me dijiste cómo te llamaban en casa.

Y Songkham sabía que ella tenía razón. Pero no debería haber hecho falta.

Inspiró aire por la nariz. Y volvió a hacerlo por la boca para evitar ser asfixiado por sus propios mocos.

—Soy Lae, Maman.

PARTE 7:

Madame

1958

52

Cualquier asomo de sosiego que pudiera haberme traído de los Jardines de Luxemburgo, aunque fuera pegado a la suela de los zapatos, se evaporó en cuanto vi a Didier con los negativos.

Dejé caer el manojo de llaves, que repiqueteó en el cuenco de cerámica. Didier no se giró, debía de estar muy concentrado en las imágenes que veía al trasluz.

—¿De dónde has sacado eso? —pregunté, aunque sospechaba que eran los mismos negativos que estaba segura de haber dejado dentro del sobre antes de salir de casa.

—El sobre estaba abierto.

—Ya, ya sé que estaba abierto. Pero en mi mesilla y a mi nombre.

Tendí la mano, que me temblaba ligeramente. Didier me devolvió los negativos como quien le da una limosna a un pobre.

—¿Con quién has hablado para que te manden fotos de Japón?

Respiré hondo. Deshice el camino hasta la entrada y me descalcé con una sola mano, sin soltar la ristra de fotografías. Me puse inmediatamente los zapatos bajos que usaba en casa, que me aliviaban un poco los dolores de espalda que me causaba la cojera.

—No la conoces. —Dejé los guantes en la mesita, junto al cuenco de las llaves.

—Podrías haberme pedido ayuda. La gente siempre está más receptiva a cerrar un buen trato cuando les hablas en su idioma.

—Nos entendemos perfectamente en francés, gracias.

Sin quitarme el abrigo, porque parecía que Didier tenía tiempo de ojear la correspondencia ajena, pero no de encender la estufa, fui al dormitorio en busca de un batín de lana que ponerme sobre el jersey.

—El remitente es de Nagoya —insistió mi marido cuando reaparecí en la sala.

—No, las fotografías no me las ha hecho Hirazakura si es lo que estás insinuando.

—Ya suponía que no —suspiró—. ¿Has almorzado?

—Con Madeleine y los niños. ¿No tienes frío aquí?

—¿Quieres que ponga la estufa?

—Es que, si no la enciendes ahora en diciembre, no sé para cuándo lo vas a dejar.

Esperé hasta que escuché a Didier trasteando con el calefactor para

salir del dormitorio.

—No hace falta que te pongas así —dijo sin girarse para mirarme a la cara—. Pensaba que te haría ilusión pasar por fin unas Navidades en condiciones sin tener que abanicarnos en la misa de Nochebuena.

—Claro que sí. Cualquier cosa es mejor que vivir debajo de un baobab.

—¿Preferirías pasar las Navidades en Japón? —Didier dejó escapar algo que se parecía sospechosamente a un bufido y que habría escandalizado a papá si este hubiera vivido lo suficiente como para vernos a mi marido y a mí riñendo en aquel piso diminuto donde la cocina y la sala de estar compartían espacio.

—Mi correspondencia no es ni ha sido nunca asunto tuyo —dije irguiéndome un poco, porque había llegado a un punto en mi vida en el que hacer cosas que habrían escandalizado a papá me daba fuerzas para seguir adelante.

—Pero ¿quieres explicarme cómo piensas llevar una revista desde África? Madame Martin solo quiere venderte esos trastos viejos porque no sabe cómo deshacerse de ellos.

—En África hay revistas, Didier. ¿Sabes ya adónde iremos? ¿Túnez de nuevo? ¡No puedo esperar! ¿Sigue allí tu querido amigo Bouhlel?

—Fred, sé razonable. Sabes perfectamente por qué te digo lo que te digo, y que Bouhlel no tuvo nada que ver con…

—Lo que sé —interrumpí cruzando los brazos sobre el pecho— es que su sobrina llevaba puestos mis pendientes en la boda de su hermano, y que fuiste tú quien me convenció para invertir en joyas en lugar de poner mi dinero en el banco, como hace todo el mundo.

Didier se levantó. La estufa estaba encendida.

—Fred, lo hemos hablado un millón de veces. Bouhlel no tiene necesidad alguna de robarte cuatro baratijas para lucir con su familia en ningún sitio. Y los bancos y los billetes desaparecen rápidamente cuando las cosas salen mal…

—Bouhlel puede que no se beneficiara directamente de mandar robar mis joyas, pero a ti te vino de maravilla.

—Bueno, lo que tú digas. De todas formas, no creo que vayamos a Túnez de nuevo.

—Maravilloso. Mientras no sea Vietnam…

A Didier se le escapó una ojeada al calendario publicitario de su empresa, que colgaba en la pared junto a la nevera.

—Ah. Perdona, lo olvidé. —Su voz se había vuelto suave y empalagosa, justo como cuando me susurraba caricias para que le contara secretos en una celda japonesa.

—¿Y de qué hablas ahora? —Pero los dos sabíamos en qué mes

estábamos y qué significaba eso para mí.

Didier sacudió la cabeza. Yo clavé las uñas en la tela del batín.

—¿Sabes? Quizá si dejaras de tomar esos brebajes supercheros de indígenas y tuviéramos niños, podrías superar por fin algo que pasó hace más de diez años.

—Descuida, que no será tu dinero el que invertiré en la revista.

—¿Y cuál si no?

Apreté los labios. No tenía ganas de discutir por eso también, pero tampoco ganaba nada guardando el secreto por más tiempo.

—El de monsieur Fernández —dije.

Didier dejó escapar una risa burlona.

—Ese hombre quiere aprovecharse de ti, Fred, ¿es que no lo ves? Nadie en su sano juicio invertiría en un negocio como este, y lo sabes.

—No es nada de eso. Él sabe lo que hace, fue idea suya, me sugirió que…

—¿Lo has visto? —me interrumpió Didier. Dio un paso hacia mí; todo asomo de humor desapareció de su rostro repentinamente ansioso. Clavé los talones en el suelo; no me dejaría acobardar ni pensaba retroceder un solo milímetro—. ¿Es que está aquí? ¿De ahí vienes, de reunirte con él?

—¡Te he dicho que vengo de estar con los niños! —grité—. Puedes preguntarle a Madeleine si no me crees. ¡O contratar a un detective! No, he hablado con él por teléfono —añadí—. Está ahora en España.

—Debe de tener mucho dinero para gastarlo en conferencias internacionales y en negocios que ni le van ni le vienen.

—Es un préstamo —mascullé—. Se lo devolveré.

—Ah, claro, claro —asintió Didier con las cejas elevadas. Con toda la tranquilidad del mundo, como quien charla distraído sobre el tiempo, se acomodó en el sofá—. Se lo devolverás —repitió arrastrando las palabras al tiempo que cruzaba, indolente, una pierna sobre la otra—. ¿Y cómo piensas hacerlo? ¿Vas a invitarlo a cenar cuando esté por aquí, y así quedaréis en paz?

—¿Y qué si lo hago? —repliqué sin caer en su provocación—. Somos amigos desde hace muchos años. No hay nada de malo en…

—¡Amigos! Sabes perfectamente que ese periodista quiere ser mucho más que…

—¿Puedes dejar de decir tonterías? —Sofocada de repente, me desabroché el cinturón del batín con dedos desmañados—. No te preocupes por el dinero —añadí, porque intuía que era lo que más alarmaba a Didier—, también podría pedírselo a Jacques.

—Fred… —musitó con cierto aire lastimero, y por un momento me creí su pose de marido apenado, angustiado porque su esposa no

confiaba en él.

—Déjame tranquila —mascullé—. Vete a pasear un rato, a ver si te empapas bien de frío. No sé qué hacemos aquí. No quiero volver a estar otro invierno en Francia.

—Lo decía en serio. Ha pasado mucho tiempo. Otra distracción… te haría bien.

—Ya, eso dices, pero no quieres que monte mi revista.

—¿Y qué tendrá que ver una cosa con la otra? Una revista no es un niño.

—¡Pues claro que no lo es! —exclamé—. No voy a dejar de tomar nada y no voy a tener un hijo ahora mismo. Si quieres hacerle mimos a alguien, podrías ir a visitar a tus sobrinos, que pronto no van a saberse ni tu nombre. ¡Y déjame sola!

—Pero ¿por qué no me escuchas? ¿No ves que lo que no quiero es que te ilusiones para después…?

Cerré la puerta del baño de un portazo. Cuando salí, con el pelo encrespado por el azote furioso del cepillo, Didier se había marchado.

Interludio: 1959

—¿Qué ocurre? —intervino Beaumanoir.

Ella lo ignoró.

—No, no es posible. ¡No puede ser! —Se llevó una mano a la boca y miró por fin a su marido—. ¡Me dijiste que habían muerto! —Pero él no la entendió porque había olvidado cambiar al francés—. Pero ¿eres tú de verdad? —Volvió a dirigirse a Songkham—. ¿Cómo se llama tu padre? —preguntó con la voz trémula, intermitente como la lluvia en Francia.

—Se llama Kun, Maman. Y a ti te llamaban Sang en la aldea.

Madame Fred sacudió la cabeza.

—¡Pensaba que tu madre era laosiana!

Dio medio paso hacia Songkham. Se detuvo antes de alargar el brazo para tocarlo y aprovechó el movimiento para enjugarse una lágrima que aún no se le había desprendido del todo del rabillo del ojo.

—Didier —dijo—. Didier, ¿por qué me dijiste que mi familia estaba muerta?

Didier Beaumanoir los miró a los dos con los ojos entrecerrados y lo que parecía un nuevo insulto bien prieto entre los labios fruncidos. Songkham comprendió entonces que era él hacia quien debía dirigir su enfado; al momento dejó de preocuparse por contener su mal reprimido rencor.

—Tal vez lo que quería era casarse contigo —sugirió en francés.

—Dime que no es verdad.

Beaumanoir se desabrochó y volvió a abotonarse el cuello del abrigo antes de responder.

—No te habrías quedado en Francia si ellos te hubieran estado esperando —admitió finalmente.

—No. No, claro que no. —Por un momento, Songkham pensó que ella le propinaría un puñetazo a Beaumanoir. Pero entonces toda la tensión pareció abandonar su cuerpo; asintió con la cabeza, caminó con pasos firmes hasta la encimera y terminó de abrir la botella de vino que había dejado abandonada—. Vete de mi casa y no vuelvas más.

—Te recuerdo que es mi casa.

—Ten al menos la vergüenza de marcharte, y descuida porque voy

a remover cielo y tierra para divorciarme de ti.

—Oh, vamos, Fred, no te pongas melodramática.

—¡Fuera de aquí! —Le tiró la copa llena de vino. No golpeó a Beaumanoir, pero este no tuvo reflejos suficientes como para evitarse las manchas en los pantalones. La copa rodó por la alfombra, empapando las fibras de rojo oscuro.

Beaumanoir observó, en silencio, los brillos que la lámpara del techo dibujaba sobre el cristal, como buscando las grietas que deberían haberlo rasgado. La copa estaba intacta.

Despacio, Beaumanoir se dio media vuelta y se fue. Su sombrero empapado se quedó colgado en el perchero.

Madame Fred abrió calmadamente uno de los armarios altos de la cocina y sacó una copa limpia.

—¿Maman? —susurró Songkham. Casi temía que se la lanzara también a él, pero ella no volvió a mirarlo hasta que no hubo llenado la copa hasta el borde. Se bebió el vino de un solo trago.

—¿Quieres más? —le ofreció.

Songkham asintió. Se quitó de nuevo el abrigo y regresó junto a la estufa esquivando las manchas de la alfombra.

—Maman —repitió.

Ella se sentó primero, y Songkham la imitó.

Madame Fred se limpió las mejillas húmedas con el dorso de una mano temblorosa y sonrió. Brindaron.

—Lae —dijo ella por fin. Songkham tomó una gran bocanada de aire, que pareció arrastrar consigo todo el resentimiento que hubiera podido quedarle dentro—. Lae —repitió. Songkham casi recordaba haberse quedado dormido acunado por aquella voz—. Cuéntame. ¿Cómo están todos? ¿Cómo es que estás aquí?

Songkham no sabía por dónde empezar. Tenía calor, frío, un nudo en el estómago. También a él le temblaban las manos.

—Tía Vanhvilay y papá se casaron hace poco. Cuando me marché esperaban un bebé, quizá ya haya nacido.

—¡Un bebé! —Songkham quería preguntar si todavía quería a su padre, pero le pareció demasiado pronto. Se acomodó un poco mejor entre los cojines mullidos, suaves al tacto, cómodos—. ¿Viven todavía en la aldea?

—Sí. Papá quiere marcharse, a Attapeu, quizá, pero la abuela está mayor.

—¿Nounou?

Songkham bebió un poco más, porque aquella palabra le traía recuerdos.

—La abuela Laya murió —dijo en voz baja.

Madame Fred se santiguó. Songkham le estudiaba las arrugas de la cara, preguntándose cuáles eran nuevas y si alguna estaba ya allí cuando él nació.

—¿No te han escrito? ¿Les has escrito tú? —preguntó al cabo de un rato. Songkham negó con la cabeza, y tuvo que aferrarse al asiento del sofá porque le parecía que lo veía todo un poco borroso. Tenía ganas de reír y llorar y de orinar también, pero decidió aguantarse porque sabía que, si empezaba, no pararía—. Podríamos escribirles juntos.

Songkham abrió la boca, pero no se le ocurrió qué decir. Notaba los párpados pesados. Dejó la copa vacía sobre la mesa para no dejarla caer.

—¿Lae?

Tras un brevísimo instante de duda, madame Fred estiró el brazo y le acarició la mejilla. Songkham no se apartó, ella sonrió y le limpió los mofletes con la manga del jersey, secándole unas lágrimas que no era consciente de haber derramado. Como había hecho tantas y tantas veces cuando él era niño.

No pudo contenerse más y la abrazó, como en un recuerdo olvidado, en el que su nariz llorosa encajaba a la perfección en el hueco del cuello de su madre.

Epílogo

Nevaba el día que fuimos a París.

Era la primera vez que Lae veía la nieve. Con una suerte de admiración infantil, estudiaba absorto los copos que, lánguidos, nos dieron la bienvenida cuando salimos de la estación.

—¡Maman, mira! —exclamó. Extendió una mano, con la palma hacia arriba, para cazar la nieve al vuelo.

Su risa al descubrir que los copos que atrapaba morían en cuanto los rozaba la lana caliente de los guantes aflojó ligeramente el nudo que yo tenía en el estómago, que crecía y se enmarañaba un poco más, irremediablemente, con cada paso que dábamos, con cada metro que nos alejaba más y más de casa.

Caminábamos despacio por las calles heladas, envueltos un silencio que sabía diferente al que habíamos guardado en el tren.

—Aquí es —dijo Lae. La nieve sucia se amontonaba a ambos lados del portal y abría una vereda estrecha en la acera.

Lae entró primero y comenzó a subir escalones. En cada rellano, se detenía y hacía como que examinaba el pasamanos de madera o la maceta medio mustia que languidecía en un rincón, y yo hacía como que no me daba cuenta de que en realidad nos esperaba a mí y a mi pierna maltrecha.

Llegamos sin resuello a la cima de la escalera. Notaba las axilas húmedas de sudor después de los cinco pisos, pero no me quité el abrigo, Lae ni siquiera se relajó el nudo de la bufanda.

Tomó una gran bocanada de aire que, tras haber recorrido sus pulmones cálidos, dibujó una nube de vaho en la penumbra.

Le di la mano. Tenía el guante todavía mojado.

Llamé a la puerta con la que me quedaba libre, con cuidado de no rozar las muescas de la madera.

Un gato maullaba en algún lugar del edificio, quizá quejándose de frío.

—¿Crees que estará en casa? —preguntó Lae, y justo entonces una llave giró en la cerradura.

Lae me estrechó la mano y me la soltó, la espalda erguida y la mirada firmemente clavada en la puerta que se abría.

Giang tardó varios segundos en reaccionar.

Entonces abrió mucho los ojos. Lae había sugerido que lo

avisáramos antes de presentarnos de improviso en su casa. Me alegré de haberme negado.

—Giang —dije.

Fue como si le hubiera dado permiso para hablar.

—Me cago en la hostia. ¿Qué hacéis aquí?

Por el rabillo del ojo vi que Lae seguía congelado, los brazos tiesos a ambos lados del cuerpo, la mirada clavada en Giang. Tal vez en la mancha marrón junto al bolsillo de su camisa desabrochada o en los dientes picados que yo recordaba siempre blancos.

Giang lo miraba también a él, quizá porque la alternativa era mirarme a mí.

Carraspeé.

—Tenemos que hablar contigo. ¿Podemos pasar? —pregunté con sequedad.

—¿De qué coño quieres hablar ahora conmigo? Songkham, chaval, ¿no te dejé bien claro que no te acercaras a ella? —Sacudió la cabeza —. Y tú —dijo sin llamarme siquiera por mi nombre, con una frialdad capaz de rivalizar con el invierno de la calle—, ¿para qué lo has traído? ¿No es un poco joven para ti? Que no te engañe, chaval, que esta no tiene dinero. No sé qué te habrá…

—Madame —interrumpió Lae. Tanto Giang como yo nos sobresaltamos. Lae no me había llamado así desde aquella cena en diciembre, desde que lo había abrazado de nuevo como mi hijo—. Podemos irnos ya —susurró.

El gato seguía maullando, cada vez más lejos.

Siempre había sabido que no era una buena madre. Ya desde el principio, porque ¿qué clase de madre se arriesga como yo lo hice, huyendo sin dinero y sin un plan, sin medios para comprarle pañales y juguetes a su bebé? Rompí todas las promesas que le había hecho a Lae. Lo había dejado a su suerte en medio de la jungla. No lo reconocí cuando lo tuve después ante mí, ya crecido y criado. Me había conformado con llorarlo.

Le había fallado a mi hijo demasiadas veces. A mi hijo, que ya no se me abrazaba a las piernas ni se acurrucaba bajo mi manta si se despertaba en mitad de la noche. A mi hijo, que de alguna manera me había encontrado de nuevo después de cruzar el mundo. A mi hijo, que hablaba francés.

Entré decidida en el piso. Giang se apartó tras una breve vacilación.

Dentro olía a cerveza rancia.

Lae me siguió. Giang cerró la puerta. Los tres de pie apenas cabíamos en el recibidor.

—Este es Songkham —dije.

Giang bufó.

—Ya sé quién es.

No. Giang no sabía nada. Giang nunca había sabido nada.

¿Cuántos años hacía que no lo veía? ¿Cuántos años llevaba él trabajando para Didier?

«No se puede ser más mezquino», le había dicho una vez, recién llegada a Francia. «Nos mentiste a las dos, a mí y a Liên. Nos dejaste solas. ¡A las dos! ¿Por qué, Giang? ¿Por qué te marchaste sin decirnos la verdad?».

Ahora me daba cuenta de que me engañaba a mí misma. Giang no era mezquino, no más que yo. No éramos tan diferentes.

Por aquel entonces, yo pensaba que había perdido a Lae para siempre. Culpar a Giang por haber querido llevar una vida mejor era fácil, mucho más que recordar que había abandonado, dos veces, a mi hijo en la aldea de la meseta de Bolaven.

¿Quién había seducido a quién en Luang Prabang? Ambos nos habíamos aprovechado de la situación, de la generosidad de Liên.

Giang también llevaba años viviendo lejos de casa en aquel quinto piso oscuro y frío.

—Es tu hijo —solté sin más preámbulos.

Giang frunció el ceño.

—Pero ¿qué dices? ¿Cómo va a…?

—Estaba embarazada cuando viniste a Francia.

—¡Que no! No, no puede ser. —Giang negaba con la cabeza. Yo callé. ¿Qué más podía decir?—. Pero tú eres laosiano, trabajabas en la fábrica… —le dijo a Lae—. ¿Te ha pagado para que vengas? Es eso, ¿verdad? Te estás vengando, mira que eres retorcida, venir aquí y decirme que…

—No, ¡no es nada de eso! —intervino Lae.

Apreté los labios. No tenía derecho a enfadarme. A estas alturas, poco debía importarme lo que Giang pensara o dejara de pensar de mí. ¿No había hecho cosas peores de las que él pudiera imaginar? Pagar a un muchacho para que se hiciera pasar por hijo mío, ¡menuda ocurrencia! ¿Qué habría ganado yo con eso?

—Es tu hijo —repetí.

—¿Y por qué no me dijiste nada? —preguntó con un hilo de voz. Cuando no gritaba parecía más joven; en Luang Prabang, gritar era un lujo que ni él ni yo podíamos permitirnos—. Podrías haberme escrito. Nunca… No me dijiste nada. No lo entiendo, Fred. Y vienes ahora con esto…

—No se lo conté a nadie. Y después vino la guerra —resumí.

—¿La guerra? Pero ¿qué tendrá eso que ver?

No tenía intención alguna de contarle a Giang la historia de mi vida, así que no respondí.

Ni siquiera nos había invitado a beber un vaso de agua.

—¿Quieres hablar con él? —continué en lao, solo para que mi hijo me entendiera.

—No tengo dinero —intervino Giang antes de que Lae tuviese tiempo de abrir la boca—. No puedo darte nada porque no tengo.

—No te preocupes —respondió Lae—. No necesito nada. Solo quería… Maman me lo dijo hace unos días. Solo quería que tú también lo supieras. No hace falta que… —Sacudió la cabeza.

Tras la puerta entreabierta que daba al resto del piso se oía el zumbido de un televisor.

Me sentía generosa. Lae me había perdonado; en aquel momento, perdoné yo a Giang.

—Lae —llamé—. Te espero abajo.

Con paso firme salí del piso de Giang.

Durante años y años había cargado con el peso de este secreto, llevándolo conmigo de puerto en puerto, siempre bien oculto en el fondo de mi equipaje de mano. Había llegado a pensar que moriría conmigo, que nunca podría desprenderme de él, que las consecuencias serían terribles si algún día veía la luz.

¿Terribles? Qué soberana tontería. ¿Terribles para quién? Habían pasado tantos años…

Salí a la calle.

Había dejado de nevar.

Lae no tardó mucho en salir del portal.

Lo estudié con atención, como si un solo vistazo fuera a decirme si seguía entero o tenía que subir de nuevo a reclamarle a Giang alguna pieza que se hubiera dejado atrás.

Tal vez por eso precisamente insistió Lae tanto en ir pese a la nieve; ¿querría dejar un trocito de sí en París? ¿O llevarse consigo, quizá, uno de Giang?

—Lae —dije.

Con los brazos cruzados sobre el pecho, Lae tiritaba.

Lo abracé con fuerza.

—Tengo una idea —murmuré junto a su oreja—. Solo si te apetece, ¿vale? Escucha, ¿qué te parece si volvemos a la estación y nos vamos a un sitio más calentito? Podríamos ir a la playa, a Niza o a Marsella, por ejemplo. Cogeremos el tren que salga antes. Lo pasaremos bien, ya verás.

Los brazos de Lae, largos y algo temblorosos, me rodearon la

cintura.

—Pero ¿no íbamos a ver al tío Jacques? —preguntó con la cara enterrada entre los pliegues de mi bufanda.

—Podemos ir otro día. Si lo llamamos desde la playa, seguro que los niños quieren venirse también. Podemos encontrarnos allí. —Era una idea estúpida, claro. ¿Para qué íbamos a viajar al mar para vernos cuando ya estábamos todos en París?—. O también podemos ir en secreto, no hace falta que llamemos a nadie. ¿Qué prefieres?

—¿Podemos volver a París otro día?

—Claro que sí. Siempre que quieras. No tiene por qué ser en domingo, lo dejaremos todo preparado en la revista y nos cogeremos unas vacaciones. ¿Adónde quieres ir? —añadí.

Lae se separó de mí y se sorbió la nariz, colorada de frío.

—¿Podemos escribir a papá desde la playa?

—Claro.

—Quiero hablarle de la revista. Maman, ¿crees que podríamos hacer un número dedicado a Laos? Tendríamos que conseguir una buena foto de un elefante.

—¿Solo una? —bromeé. La risa se me escapaba de la boca, había hecho bien en traer aquí a Lae, en hablar con Giang. Estaba bien. Todo estaba bien—. Necesitaremos todo un reportaje. Tendremos que buscar un buen fotógrafo.

—Puede que papá conozca a alguien.

—Deberíamos mandarle un regalo para convencerlo. ¿Tal vez un juguete para el bebé? Y una postal. Sí, tenemos que comprar una postal. Del mar. —Decidí. Juntos, echamos a andar hacia la estación de metro—. Le gustará, ¿no crees?

Glosario alfabetizado

Debido a que no existe una romanización estandarizada de la lengua lao, la mayoría de las palabras provenientes de este idioma se han adaptado al alfabeto latino utilizando transcripciones basadas en los sonidos que se emplean en la lengua francesa, ya que la protagonista y narradora de la historia piensa en francés, procurando en todo momento fidelidad al contexto general de la novela. Sin embargo, en algunos casos en los que sí que existe un cierto consenso (Luang Prabang, *baci*), se ha utilizado la grafía generalmente empleada.

Para las palabras originalmente en japonés se ha utilizado el sistema de romanización Hepburn.

Aimée (fr.): amada, querida.

Annam (fr.): protectorado francés situado en lo que hoy, junto con Tonkín al norte y la Cochinchina al sur, es Vietnam.

Áo dài (viet.): traje tradicional vietnamita, utilizado generalmente por mujeres, que consiste en una túnica de seda bajo la que se suelen vestir pantalones.

Baci (del lao ບາສີ, también llamado *soukhouan*): ceremonia en la que se cantan mantras alrededor de una estructura de flores y ofrendas de comida para atraer la buena suerte.

Blanquette (fr.): estofado de ternera acompañado por salsa mantecada y zanahorias.

Bo pen nyan (del lao ບໍ່ເປັນຫຍັງ): frase hecha muy común en Laos, que se utiliza ante la imposibilidad de cambiar algo que ya ha ocurrido. Puede ser en cierto modo equivalente al japonés «shikata ga nai» o al francés «c'est la vie».

Bouchon (fr.): restaurante típico de la ciudad francesa de Lyon.

Dai Tōa Kyōeiken (del jap. 大東亜共栄圏): literalmente «Esfera de Coprosperidad de la Gran Asia Oriental», concepto imperialista que Japón esgrimió entre 1930 y 1945 para justificar la ocupación de territorios en Asia, que buscaba contrarrestar la influencia europea.

Dok-tjampa (del lao ດອກຈຳປາ): plumeria, flor nacional de Laos.

Éclair (fr.): bollo de pasta *choux* horneada, que habitualmente se rellena de crema o chocolate.

Falang (del lao ຝຣັ່ງ): extranjero de piel clara, francés.

Feu (del lao ເຝີ): sopa de fideos y carne que en Laos se sirve con una guarnición de diversas verduras y condimentos que cada comensal añade a su gusto.

Futsu (del jap. 仏): francés, abreviatura para Francia.

Kanjis (del jap. 漢字): ideogramas empleados en la escritura de la lengua japonesa.

Kenpeitai (del jap. 憲兵隊): literalmente, «Cuerpo de soldados de ley», policía militar del Ejército Imperial Japonés.

Kha-dong (del lao ຄ່າດອງ): dinero que tradicionalmente paga la familia del novio a la de la novia el día de la boda.

Khai-phen (del lao ໄຄແຜ່ນ): aperitivo preparado con algas de agua dulce secas y sazonadas.

Khao-nyao mak-mouang (del lao ເຂົ້າໜຽວໝາກມ່ວງ): postre típico de Laos y Tailandia, hecho de arroz glutinoso con mango y leche de coco.

Khao-tji (del lao ເຂົ້າຈີ່): pastelillos de arroz glutinoso y huevo.

Kup (del lao ກຸບ): sombrero cónico de paja utilizado mayoritariamente por los campesinos.

Lan Xang Hom Khao (del lao ລ້ານຊ້າງຮົ່ມຂາວ: literalmente «El reino del millón de elefantes bajo el parasol blanco», reino que, entre 1354 y 1707, existió en el territorio que hoy forma parte de Laos, Tailandia, Camboya, China, Birmania y Vietnam. Está considerado como la base de la cultura e identidad laosianas.

Lao Issara (del lao ລາວອິດສະຫຼະ: literalmente «Laos libre», movimiento nacionalista anticomunista que gobernó Laos entre el 12 de octubre de 1945 y el 24 de abril de 1946.

Lao Nyay (del lao ລາວໃຫຍ່): literalmente «gran Laos», primer periódico publicado en lengua lao, entre 1941 y 1945.

Lap (del lao ລາບ): ensalada de carne muy típica de Laos.

Ma petite (fr.): mi pequeña.

Madame (fr.): señora.

Mademoiselle (fr.): señorita.

Maman (fr.): mamá.

Merci (fr.): gracias.

Monsieur (fr.): señor.

Nop (del lao ນົບ): saludo respetuoso tradicional que consiste en juntar las palmas de las manos a la altura del pecho mientras se inclina levemente la cabeza.

Nounou (del fr. *nourrice*): nana, niñera.

Noy (del lao ນ້ອຍ): pequeño.

Padek (del lao ປາແດກ): salsa hecha de pescado fermentado.

Pathet Lao (del lao ປະເທດລາວ): literalmente «nación lao», fue primeramente un periódico en francés destinado a una élite lao durante el gobierno de Vichy, y entre 1950 y 1975 la organización nacionalista, independentista y comunista que tomó el control del país tras la guerra civil (1975).

Pha-biang (del lao ຜ້າບ່ຽງ, también llamado *sabai*): prenda de ropa tradicional que en varios países del Sudeste Asiático se utiliza para cubrir la zona del pecho.

Pha-hang (del lao ຜ້າຫາງ también llamado *chang kben*): prenda de ropa tradicional, utilizada en varios países del Sudeste Asiático, que consiste en una tela larga que se enrolla alrededor de la cintura y se pasa por entre las piernas, a modo de pantalón bombacho.

Pi Mai (del lao ປີໃໝ່: festival que conmemora el año nuevo, celebrado en abril, al comienzo del monzón.

Pousse-pousse (fr.): *rickshaw*.

Quenelle (fr.): croquetas típicas de la zona de Lyon.

Rutas Coloniales (fr.): red de dieciocho carreteras construidas antes de 1954 que conectaban las ciudades más importantes de Indochina.

Rue (fr.): calle.

Sang (del lao ຊ້າງ: elefante.

Sayōnara (del jap. 然様なら): adiós, cuando la despedida es definitiva.

Sinh (del lao ສິ້ນ: tipo de falda de tubo tradicional en Laos y Tailandia.

Toussaint (fr.): festividad católica de Todos los Santos y Todos los

Difuntos.

Vat (del lao ວັດ: templo, estupa.
Voi (viet.): elefante.

Nota histórica

Cuando en septiembre de 1939, tras la invasión de Polonia por parte de Hitler, Francia le declaró la guerra a la Alemania nazi, la oficialmente llamada Unión Indochina —más conocida como Indochina francesa— era una federación de protectorados perteneciente al Imperio colonial francés. La región estaba compuesta por el enclave de Kouang-Tchéou-Wan (actualmente parte de China) y los protectorados de Laos, Camboya y Tonkín y Annam (estos dos últimos, junto con la antigua colonia de Cochinchina, forman lo que hoy en día es Vietnam). Entre octubre de 1939 y mayo de 1940, quince barcos cargados con trabajadores indochinos fueron enviados a Francia para ayudar con los esfuerzos de guerra.

En junio de 1940, tras la victoria alemana en la batalla de Francia, el mariscal Philippe Pétain instauró en Francia un régimen autoritario y favorable al fascismo con capital en la ciudad de Vichy, que nombró al almirante Jean Decoux como gobernador de la Indochina francesa. Estos territorios se mantenían en teoría dependientes de la metrópoli francesa, pero en la práctica se hallaban bajo la influencia de Japón, aliado de Alemania.

Tailandia, que en la década de 1930 había pasado de ser una monarquía absoluta —el reino de Siam— a un régimen autoritario y fascista, invadió en octubre de 1940 territorios de Indochina, lo cual desembocó en la llamada Guerra franco-tailandesa que, con mediación japonesa, supuso la cesión por parte de Francia de territorios de Laos y Camboya. Tailandia devolvió estos territorios tras el final de la Segunda Guerra Mundial.

Decoux firmó un acuerdo en 1940 que permitía a las autoridades japonesas establecer bases militares en el territorio de Indochina, pero, sin embargo, reconoció como legítimo el gobierno provisional que el líder de la Francia Libre, el general Charles De Gaulle, estableció en Francia tras la liberación de París en 1944.

El 9 de marzo de 1945, con la finalidad principal de asegurar su posición militar en el Pacífico, y ante la creciente presencia de guerrillas y fuerzas militares francesas y británicas en territorio indochino, Japón dio un golpe de Estado que le confirió el control administrativo oficial sobre Indochina, que ya ejercía de manera oficiosa. Este gobierno, que buscaba entre otras cosas modernizar las

comunicaciones y erradicar la influencia francesa de la zona, duró tan solo hasta la rendición japonesa de agosto de 1945, tras la explosión de las bombas nucleares en Hiroshima y Nagasaki.

Francia intentó recuperar el control de sus antiguas colonias y protectorados, pero en Vietnam tropezó con la resistencia del Viet Minh, de ideología nacionalista y comunista, que contaba con el apoyo de los servicios de inteligencia de Estados Unidos, los cuales se encontraban en el territorio para ayudar a la liberación de los campos japoneses de prisioneros de guerra. Este conflicto desembocó en la Primera Guerra de Indochina, entre 1946 y 1954, que resultó en la independencia de Camboya y Laos y la división de Vietnam en dos países: al norte, un estado socialista liderado por Ho Chi Minh y apoyado por China, a quien según la Conferencia de Potsdam de 1945 le correspondía pacificar el territorio tras la Segunda Guerra Mundial; al sur, un estado capitalista bajo la influencia de Estados Unidos.

En Laos, el rey de Luang Prabang había declarado la independencia en abril de 1945 bajo presiones de los japoneses. Tras la rendición de estos, un grupo nacionalista anticomunista y anticolonialista tomó el control del país hasta la reocupación francesa de Vientián en abril de 1946. El reino de Laos aprobó su constitución en 1947 y obtuvo su independencia de Francia en 1953.

Nota de la autora

Esta novela surgió cuando me percaté de mi desconocimiento absoluto acerca de ese exótico país llamado Laos. No sabía nada sobre su geografía, historia, cultura ni religiones. Desconocía qué idiomas se hablaban allí. Tenía una ligerísima idea de que había existido algo llamado la Indochina francesa. No habría sabido hilar más de cuatro frases sobre la Guerra de Vietnam.

Quizá sea mi naturaleza curiosa la que me impulsó a enfrentarme a este desconocimiento de la mejor manera que pude: escribo para aprender, y para mí no hay mejor aprendizaje que el que hago mientras me documento para escribir.

De modo que investigué, leí, pregunté y planifiqué. Y escribí el primer borrador de esta novela en apenas cinco meses, después de otros tantos de preparación previa.

Una de las primeras personas a las que le conté que estaba trabajando en este proyecto fue a mi queridísima Ysabel Herrera, que siempre me regala ovejas y que supo hacerme ver que la historia de Fred tenía que ser algo más que la trama de enredos de una telenovela.

Tengo que darles las gracias a mis dos lectoras cero, María García y Celia Martín, que se horrorizaron apropiadamente cuando les dije que le había cambiado el nombre a Kun. Gracias a María (y a su madre, Encarna), que se acuerdan de mí cuando ven carteles anunciando la venta de *éclairs*. Gracias a Celia por leer aquellos esqueletos de capítulos que no llegaban ni a borradores, y por decirme siempre que leer a Fred es como volver a casa.

Gracias también a Alejandro de Valentín, por el apoyo y los contactos. Y mil gracias a Víctor Tardío Díaz y a Kannika Wongwai (Nook), por sus extensísimas y pacientes respuestas a todas mis preguntas y porque ya me había resignado a no averiguar nunca cómo llaman en Laos a los sombreros *kup*.

Gracias a mi agente, Ana Vidal, por creer en este proyecto y apostar por él. Gracias también a mi editor, Alberto Marcos, y al resto del equipo de Plaza & Janés, por acompañarme y llevarme de la mano en este viaje por Laos.

Y gracias, como siempre, a mi familia, por estar siempre ahí. Como dice un proverbio laosiano: «Si tienes fruta, recuerda al que la cultivó;

si tienes dicha, recuerda de dónde vino».

As se conocía Laos en tiempos medievales: Lan Xang Hom Khao, el reino del millón de elefantes bajo el parasol blanco…

Anne-Frédérique Noël, la joven hija de un terrateniente francés en Indochina, debe abandonar su hogar en Laos para marcharse a Japón con uno de los socios de su padre, quien busca tanto protegerla de la guerra como afianzar sus alianzas comerciales. Lo que nadie sospecha es que Fred guarda un gran secreto que la empuja a no regresar a casa cuando el coche en el que viaja tiene un accidente. Lejos de su familia, decide unirse a Kun, el sirviente que la acompaña, en una peligrosa aventura que los llevará a recorrer Laos en busca de una nueva vida. Descubrirá el amor, encontrará su propia identidad y acabará sumergida de lleno en esa guerra que parecía tan lejana desde el corazón de la jungla.

En su cautivadora primera novela con Plaza y Janés, Elena Álvarez ha creado unos personajes redondos y una trama absorbente ambientada en un entorno único: la exótica Indochina de la Segunda Guerra Mundial. *Un elefante bajo el parasol blanco* es una historia de amor y pérdida, coraje y tenacidad, crecimiento y superación. En definitiva, una aventura épica difícil de olvidar.

Elena Álvarez Rodríguez (Olivenza, 1994) es graduada en Turismo por la Universidad de Extremadura. Ha trabajado como profesora de idiomas y en el sector del turismo para diversas entidades. Enamorada de los viajes, la música y, sobre todo, de los libros, en su web esquinasdobladas.com comparte su pasión por la lectura y la escritura, aficiones que la definen desde la infancia.

Anteriormente ha publicado otras dos novelas de corte histórico, su género predilecto, con las que ha conseguido una excelente recepción de los lectores: *Cuando la luna brille* (Tandaia, 2016), un romance imposible ambientado en la época de los vikingos, y *Esa nube tiene forma de oveja* (Letrame, 2019), la desgarradora historia de una familia separada por el Muro de Berlín. *Un elefante bajo el parasol blanco* es su primera novela con Plaza y Janés.

Primera edición: noviembre de 2022

© 2022, Elena Álvarez Rodríguez.
Autora representada por Ana Vidal de la Agencia Literaria Infinia
© 2022, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Marina Martínez Oriol
Fotografía de portada: © Getty Images

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-01-02962-2

Compuesto en www.acatia.es

Facebook: penguinebooks
Twitter: penguinlibros
Instagram: plaza&janes
YouTube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

Emily Dickinson

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

Un elefante bajo el parasol blanco

Prólogo

Parte 1: Mademoiselle

- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Interludio: 1959

Parte 2: Sang

- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Interludio: 1959

Parte 3: Falang

Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Interludio: 1959
Parte 4: Fred
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Interludio: 1959
Parte 5: Futsu
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37

Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Interludio: 1959
Parte 6: Anne-Frédérique
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Interludio: 1959
Parte 7: Madame
Capítulo 52
Interludio: 1959
Epílogo
Glosario alfabetizado
Nota histórica
Nota de la autora

Sobre este libro
Sobre Elena Álvarez

Créditos